

# BILL BRYSON



Un paseo por el bosque



RBA

Título original inglés: *A Walk in the Woods*

© Bill Bryson, 1997

© David Cook. Kirkby Malham, 2014

© de la traducción: Pablo Álvarez Ellacuria, 2014.

© de esta edición digital: 2014.

REF.: OEBO782

ISBN: 978-84-9056-388-5

PARA KATZ,  
POR SUPUESTO



1. MONTE SPRINGER
2. HAWASSEE
3. FRANKLIN
4. PARQUE NACIONAL DE LAS SMORT MOUNTAINS
5. ROANORE
6. WAYNESBORO
7. ROCKFISH GAP
8. PARQUE NACIONAL DE SHENANDDAH
9. SHYLAND
10. FRONT ROYAL
11. HARPERS FERRY
12. CENTRALIA
13. DELAWARE WATER GAP
14. PITTSFIELD
15. WILLIAMSTOWN
16. MANCHESTER
17. MONTE HILLINGTON
18. HANOVER
19. MONTE WASHINGTON
20. MONSON
21. MONTE RATAHDIN



# 1

Un día, no mucho después de haberme trasladado con mi familia a una pequeña población de New Hampshire, di con un caminito que se adentraba en un bosque a las afueras de la ciudad.

Un cartel indicaba que no se trataba de un caminito cualquiera: era el famoso sendero de los Apalaches. Hablamos del patriarca de las grandes rutas senderistas, un camino que cubre casi toda la Costa Este de Estados Unidos siguiendo el trazado de los serenos montes Apalaches a lo largo de más de 3.300 kilómetros. Recorre catorce estados, desde Georgia hasta Maine, y atraviesa vistosas y rotundas formaciones montañosas cuyos nombres (las Blue Ridge, las Smokies, las Cumberlands, las Catskills, las Green Mountains, las White Mountains) parecen una invitación a echar a andar. ¿Quién es capaz de decir «las Smokies» o «el valle de Shenandoah» sin que le entren ganas, como dijo el naturalista John Muir, de «echar al hatillo una hogaza de pan y una libra de té, y saltar la valla del jardín trasero»?

Y resulta que, inopinadamente, el sendero de los Apalaches también serpenteaba, peligrosamente seductor, por el simpático pueblecito al que acababa de mudarme. La idea era, cuando menos, curiosa: podía salir de casa y caminar a través de 2.900 kilómetros de bosque hasta llegar a Georgia, o tirar en dirección contraria y ascender por las escarpadas rocas de las White Mountains hasta alcanzar la mítica cumbre del Katahdin, que se asoma sobre los bosques a 750 kilómetros de distancia, en un paraje agreste que muy pocos hemos visto. Una voccecita en mi cabeza me dijo entonces: «No suena mal. ¡Venga, hagámoslo!».

Empecé a buscar razones a favor. Volvería a ponerme en forma después

de años de abúlica pereza. Sería una forma interesante y reflexiva de familiarizarme de nuevo con las dimensiones y la belleza de mi patria, tras casi veinte años de residir en el extranjero. Sería útil (no estaba muy seguro de cómo, exactamente, pero sería útil, seguro) aprender a valerme por mí mismo en la naturaleza. La próxima vez que un grupo de tipos con pantalones de camuflaje y sombreros de caza hablase en el Four Aces Diner de sus osadas andanzas al aire libre, ya no tendría que sentirme un blandengue. Me apetecía tener parte del aplomo que resulta de poder contemplar un horizonte lejano con ojos tallados en puro granito y decir, con deje pausado y masculino: «Sí, he cagado en el bosque».

Y luego había otro motivo de más peso: en los Apalaches se encuentra uno de los grandes bosques de frondosas del planeta, un extensísimo reducto de lo que en tiempos fue la más vasta y diversa superficie forestal de las zonas templadas, y ese bosque está en peligro. Si las temperaturas globales aumentan en cuatro grados centígrados durante los próximos cincuenta años, como es más que posible que suceda, todas las áreas naturales de los Apalaches, de Nueva Inglaterra hacia abajo, acabarán convertidas en una sabana. Los árboles están muriendo y a un ritmo preocupante. Olmos y castaños desaparecieron hace tiempo; a los imponentes tsugas y floridos cornejos no les falta mucho y las píceas rojas, los pinos de Fraser, las caryas y los arces azucareros van por el mismo camino. Evidentemente, si de conocer de cerca ese entorno tan singular se trataba, no iba a haber mejor momento que aquel para hacerlo.

Y decidí que lo haría. Lo anuncié con la misma precipitación: se lo conté a mis amigos y vecinos, informé de ello muy confiado a mi editor, me aseguré de que se supiese entre quienes me conocían. Luego compré unos cuantos libros y hablé con gente que había completado el sendero o había recorrido parte de él, y poco a poco fui dándome cuenta de que me había metido en algo que excedía con mucho (pero mucho) todo cuanto me había propuesto hasta entonces.

Casi todas las personas con las que hablé conocían alguna historia truculenta sobre un ingenuo conocido suyo que, armado con mucha ilusión y unas botas nuevas, intentó recorrer el sendero y a los dos días regresó renqueante, con un lince sobre la cabeza o con una manga vacía y chorreante



de sangre y musitando con voz ronca: «¡Un oso!» antes de desplomarse inconsciente.

El peligro, al parecer, acechaba en los bosques: serpientes de cascabel, mocasines de agua, y nidos de crótalos; linceos, osos, coyotes, lobos y jabalíes; montañeses desequilibrados por ingerir cantidades obscenas de licor de grano destilado de cualquier manera y varias generaciones de sexualidad profundamente contraria a las enseñanzas de la Biblia; mofetas, mapaches y ardillas portadores de la rabia; inmisericordes hormigas coloradas y voraces moscas negras; yedra venenosa, zumaque venenoso, hiedra venenosa y salamandras venenosas; incluso un puñado de letales alces, enajenados por la presencia de gusanos parásitos que anidan en sus cerebros y los azuzan a perseguir a excursionistas por prados remotos y soleados hasta hacerles saltar a lagos glaciares.

En el sendero de los Apalaches podían pasarle a uno cosas literalmente inimaginables. Oí contar la historia de un tipo que sufrió el ataque de un búho corto de vista cuando salió de su tienda para echar su meadita de medianoche: fue la última vez que vio su cuero cabelludo, recortado contra la luna llena, perdiéndose a lo lejos, colgado de las garras del animal. Y la historia de la chica que se despertó al sentir un cosquilleo en el vientre y al mirar dentro de su saco de dormir se encontró un crótalo acomodado entre sus muslos. Oí cuatro historias distintas (todas narradas entre risitas) sobre campistas que durante algunos confusos y agitados momentos compartieron tienda con un oso; relatos de gente que se vio sorprendida por tormentas repentinas en un risco y se volatilizó por completo («no quedó de ellos más que un cerco carbonizado») al alcanzarles un rayo descomunal; de tiendas aplastadas por árboles caídos, o despeñadas por precipicios tras rodar pendiente abajo sobre cojinetes de granizo, o arrastrados por el muro de agua de una inundación; de un sinfín de excursionistas cuya última experiencia fue un temblor de tierra y una aturrida idea pasándoles por la cabeza: «Pero ¿qué coj...?».

Apenas hacía falta un repaso somero a los libros de aventuras (y poca, poquísima, imaginación) para verse a uno mismo atrapado en un círculo cada vez más estrecho de lobos envalentonados por el hambre; o avanzando a trompicones, con la ropa hecha jirones, bajo el asedio constante de las hormigas de fuego; o contemplando estúpidamente unas sacudidas en la



maleza que avanzaban hacia mí como un torpedo bajo el agua para, a continuación, ser embestido por un jabalí grande como un sofá, una bestia de ojillos fríos y muertos, chillido penetrante y un babeante apetito por la carne rosa y tierna de ciudad.

Luego estaban todas las enfermedades a las que uno está expuesto en los bosques: giardiasis, encefalitis equina oriental, fiebre de las Rocosas, borreliosis, erliquiosis, esquistosomiasis, fiebres de Malta, shigelosis, por nombrar solo unas pocas. La encefalitis equina oriental, transmitida por la picadura de un mosquito, ataca el cerebro y el sistema nervioso central. Si uno tiene suerte, pasará el resto de sus días reclinado en una silla con un babero al cuello, pero lo normal es que te mate. No hay cura conocida. No menos atractiva es la borreliosis, que tiene su origen en la picadura de una garrapata diminuta. Si no se detecta a tiempo, puede incubarse durante años antes de manifestarse en toda una panoplia de dolencias. Es la enfermedad perfecta para quien quiera tenerlo todo. Los síntomas incluyen (y esto no es una lista exhaustiva) cefaleas, fatiga, fiebre, escalofríos, dificultades respiratorias, mareos, ramalazos de dolor en las extremidades, arritmias, parálisis facial, espasmos musculares, disminución grave de las facultades mentales y pérdida de control sobre las funciones corporales, además de depresión crónica, aunque no creo que esto último sorprenda a nadie.

Por otra parte, está la poco conocida familia de organismos conocidos como hantavirus, que medra en los microfluvios de los excrementos de ratas y ratones, y penetra en el sistema respiratorio de cualquier humano que tenga la mala suerte de acercarse a un orificio respiratorio a ellos. ¿Cómo? Tumbándose a dormir sobre una plataforma en la que un ratón infectado haya estado correteando recientemente, por ejemplo. En 1993, un único brote de hantavirus mató a treinta y dos personas en el sudoeste de Estados Unidos, y un año más tarde la enfermedad se cobró su primera víctima en el sendero de los Apalaches cuando un excursionista la contrajo tras dormir en «un refugio plagado de roedores» (todos los refugios del sendero están plagados de roedores). De entre los virus, solo la rabia, el ébola y el VIH son más letales. Tampoco hay tratamiento para el hantavirus.

Por último, y puesto que hablamos de Estados Unidos, cabe siempre la posibilidad de ser asesinado. Al menos nueve excursionistas (la cifra total

depende de las fuentes consultadas y de lo que uno quiera definir como «excursionista») han sido asesinados en la ruta desde 1974. Durante el tiempo que estuve de viaje murieron dos chicas más.

Hay una serie de motivos prácticos (relacionados principalmente con los largos y crueles inviernos del norte de Nueva Inglaterra) por los que solo es posible recorrer el sendero durante algunos meses al año. Si uno decide empezar desde el extremo norte, en el monte Katahdin, de Maine, tiene que esperar al deshielo, que llega a finales de mayo o ya en junio. Si, por el contrario, uno emprende el camino en Georgia con rumbo al norte, tiene que apresurarse para completarlo antes de que caigan las primeras nieves a mediados de octubre. La mayoría de los caminantes emprende el viaje de sur a norte en primavera y procura ir un paso por delante de los días de calor y de los más incómodos e infecciosos insectos. Yo me había propuesto empezar en el sur durante los primeros días de marzo. Calculé seis semanas para completar el primer tramo.

Es curioso, pero nadie conoce con exactitud la distancia exacta que recorre el sendero de los Apalaches. El Servicio de los Parques Nacionales de Estados Unidos, capaz siempre de distinguirse de mil maneras, consigue mencionar en un mismo folleto dos distancias diferentes: 3.468 kilómetros y 3.572 kilómetros. Las guías del sendero de los Apalaches, una colección de once volúmenes dedicados cada uno a un estado o una sección específicos, recogen en distintos pasajes longitudes de 3.450 kilómetros, 3.455 kilómetros, 3.474 kilómetros y «más de 3.460 kilómetros». La Conferencia del Sendero de los Apalaches, órgano rector del recorrido, determinó en 1993 que su longitud total era exactamente de 3.454,7 kilómetros; más tarde fue durante un par de años un impreciso «más de 3.460 kilómetros», pero recientemente han vuelto a la precisión y afirman con confianza que se extiende a lo largo de 3.476,5 kilómetros. En 1993, tres personas se turnaron para hacer rodar un topómetro a lo largo de todo el trayecto y registraron una distancia de 3.484,06 kilómetros. Al mismo tiempo, un cuidadoso cálculo basado en los mapas del servicio topográfico del gobierno de Estados Unidos arrojó un resultado de 3.409,07 kilómetros.

De lo que no hay duda es que se trata de un sendero muy largo, y de que no es fácil desde ninguno de sus extremos. Las cumbres del sendero de los

Apalaches no son especialmente formidables, para lo que pueden llegar a ser las montañas (la más alta, el Clingmans Dome de Tennessee, a duras penas supera los 2.000 metros de altitud), pero tienen un tamaño, y sobre todo se repiten, vaya que si se repiten. El sendero comprende más de 350 cimas de más de 1.500 metros, y en sus proximidades habrá un millar más. En total hacen falta unos cinco meses y cinco millones de pasos para recorrer a pie el sendero de punta a punta.

Y no hay que olvidar que cuando te embarcas en el sendero tienes que acarrear a la espalda todo lo que puedas necesitar. Sé que resulta evidente, pero me llevé un pequeño susto al comprender que aquello no iba a parecerse en nada (EN NADA) a los paseítos por los Cotswolds o el Distrito de los Lagos de Inglaterra, donde uno emprende excursiones pertrechado con un morral, la merienda y un mapa de la zona, y al cabo del día deja atrás las colinas para alojarse en una acogedora posada, darse un baño caliente y disfrutar de una buena cena y un lecho mullido. Aquí hay que dormir a la intemperie y cocinarse la comida. Poca gente se las arregla para cargar con menos de veinte kilos, y cuando llevas encima un peso así no se te olvida en ningún momento. Una cosa es caminar durante tres mil kilómetros y otra muy distinta caminar tres mil kilómetros con un armario ropero cargado a la espalda.

El primer barrunto de la seriedad del proyecto en el que me estaba metiendo llegó cuando fui a comprar equipamiento a los proveedores locales, Dartmouth Co-Op. Mi hijo trabajaba allí algunas horas después de clase, por lo que me había instado muy seriamente a comportarme. En concreto, tenía prohibido decir o hacer estupideces, probarme cualquier prenda que me obligase a exponer la tripa, decir «vamos, hombre, no me jodas» al ser informado del precio de un artículo, dejar de prestar atención cuando alguno de los dependientes me explicase el correcto mantenimiento de un artilugio y, sobre todo, intentar hacer una gracia poniéndome algo poco adecuado, como, por ejemplo, gorros de esquí femeninos.

Se me dijo también que preguntase por Dave Mengle, porque había recorrido largos trechos del sendero y venía a ser algo así como una enciclopedia sobre la vida al aire libre. Mengle resultó ser una persona

amabilísima y muy cortés, capaz de hablar cuatro días sin descanso y lleno de interés sobre cualquier cuestión relacionada con el equipamiento de acampada.

Nunca me he sentido tan impresionado y tan perdido. Pasamos una tarde entera repasando sus existencias. A veces me decía cosas como: «Esta de aquí tiene un faldón resistente a la abrasi3n en tela antidesgarro de alta densidad y 70 *denier*. Por otra parte, y aqu3 tengo que ser sincero contigo —y entonces se me acercaba y bajaba la voz para adoptar un tono de voz quedo y muy franco, como si fuese a confesar que en una ocasi3n hab3a sido detenido en unos retretes p3blicos en compa3a de un marinero—, las costuras son solapadas y no al bies, y el vest3bulo es un poco r3cano».

Creo que, como le hab3a dicho que hab3a hecho senderismo por Inglaterra, dio por supuesto que era m3nimamente competente en la materia. No quer3a asustarle ni defraudarle, as3 que cuando me hac3a preguntas del estilo: «¿Qu3 te parecen las crucetas de fibra de carbono?», dejaba escapar una risita avergonzada y negaba con la cabeza, a modo de reconocimiento de la amplia divergencia de opiniones en tan espinoso asunto, y luego contestaba: «Pues mira, Dave, nunca he sabido a qu3 carta quedarme. ¿T3 qu3 opinas?».

Juntos debatimos y ponderamos con absoluta seriedad los m3ritos relativos de las correas de compresi3n lateral, las cinchas extensoras, los parches de crampones, los diferenciales de transferencia de carga, los canales de circulaci3n de aire, los cuelga dedos, y algo que al parecer se llama «el encaje respecto al occipital». Lo hicimos con cada elemento de mi lista. Incluso el juego de cocina de aluminio podr3a habernos tenido entretenidos durante horas, analizando su peso, lo compacto que era, sus propiedades termodin3micas y su utilidad general. Todo ello, claro, entreverado con largas conversaciones sobre senderismo, centradas principalmente en peligros como despe3amientos, encuentros con osos, explosiones de hornillos y mordeduras de serpiente, peligros todos que Mengle describ3a con un atisbo de nostalgia antes de retomar el tema que nos ocupaba.

En cada caso habl3 largo y tendido sobre pesos. Al principio me pareci3 excesivo escoger un saco de dormir y no otro porque pesaba casi cien gramos menos, pero a medida que las pilas de equipamiento crec3an a nuestro

alrededor empecé a comprender que los gramos van sumándose hasta convertirse en kilos. No había contado con tener que comprar tantas cosas (ya tenía botas de montaña, una navaja suiza y una bolsita de plástico para llevar los mapas colgados del cuello, y con eso pensaba que ya estaba bastante pertrechado), pero cuanto más hablaba con Dave, más claro me quedaba que estaba equipándome para una expedición.

Las dos cosas que más me sorprendieron fueron lo carísimo que era todo (cada vez que Dave iba al almacén o me dejaba para consultar un grado de *denier*, yo le echaba un vistazo a los precios, y cada vez me escandalizaba) y el hecho de que cada pieza del equipamiento parecía precisar otra pieza más. Si compraba un saco de dormir me hacía falta una bolsa seca. La bolsa seca costaba veintinueve dólares. Era un concepto que cada vez me costaba más aceptar.

Cuando después de muchas y muy solemnes reflexiones me decidí por una mochila (una Gregory muy cara, de gama alta, de las de «justo en esto no vamos a racanear»), Dave me dijo:

—¿Qué tipo de correas querrás?

—¿Perdona? —respondí, y de inmediato vi que estaba al borde del colapso consumidor, un cuadro clínico muy peligroso. Ya no estaba en condiciones de decir despreocupadamente: «¿Sabes qué? Ponme media docena, Dave. Ah, y de estos me llevo ocho... No, va, me llevo la docena. Solo se vive una vez, ¿eh?». El montoncito de artículos que hacía un momento me había parecido tan agradablemente abundante e interesante (¡todo nuevo!, ¡todo mío!) se me antojaba ahora un engorro y un despilfarro.

—Correas —me explicó Dave—. Para atar el saco de dormir y compactar las cosas.

—¿No viene con correas? —dije en un tono de voz más neutro.

—Ah, no.

Eché un vistazo al muro de estantes y me hizo el típico guiño entre entendidos.

—También te hará falta un impermeable para la mochila, claro.

Parpadeé.

—¿Un impermeable? ¿Por qué?

—Para que no le entre lluvia.

—¿La mochila no es impermeable?

Hizo una mueca, como quien hace una valoración muy exacta y delicada.

—Hombre, no al cien por cien.

Aquello me pareció inaudito.

—¿En serio? ¿Al fabricante no se le ha ocurrido que a la gente le puede interesar sacar la mochila a la calle de vez en cuando? No sé, ¿incluso irse de acampada con ella? Además, ¿cuánto cuesta la mochila?

—Doscientos cincuenta dólares.

—¿Doscientos cincuenta dólares! ¡Vamos, hombre, no me j...!

Me interrumpí y cambié el tono de voz.

—A ver, Dave, ¿me estás diciendo que pago doscientos cincuenta dólares por una mochila que no tiene correas y no es impermeable?

Asintió.

—Tendrá fondo, ¿no?

Mengle sonrió, incómodo. Se le hacía muy cuesta arriba criticar el riquísimo y prometedor mundo del equipamiento de acampada, o, si a eso vamos, hastiarse de él.

—Tengo correas en seis colores diferentes —propuso solícito.

Salí de allí con suficiente equipamiento como para dar trabajo a una cordada entera de sherpas: una tienda de tres estaciones, una colchoneta autohinchable, cazos y sartenes apilables, cubertería plegable, un plato y una taza de plástico, una complicada bomba de filtrado de agua, saquitos de todos los colores del arcoíris, un sellador de costuras, material de remiendo, un saco de dormir, cuerdas elásticas, cantimploras, un poncho impermeable, cerillas hidrófugas, una funda de mochila, un llavero-brújula-termómetro muy chulo, un hornillo plegable que la verdad es que no inspiraba mucha confianza, una bombona de gas y otra de repuesto, una linterna manos libres que se ataba a la cabeza como una lámpara de minero (y que me gustó mucho), un cuchillo grande para matar osos y garrulos de las montañas, camisetas y calzoncillos largos térmicos, cuatro pañoletas y un montón de cosas más. Con algunas de ellas tuve que volver a la tienda y preguntar para qué servían. Lo que ya me negué a comprar fue una estera de diseño por 59,95 dólares, sabedor de que podía comprar un plástico de jardín en K-Mart por cinco dólares. Tampoco quise llevarme un botiquín de primeros auxilios, ni un costurero, ni un

antídoto para mordeduras de serpiente, ni un silbato de emergencia de doce dólares, ni una palita de plástico naranja para enterrar mis cacas, justificándolo con que eran innecesarios, demasiado caros o una invitación al ridículo. La palita naranja, en concreto, parecía estar gritando: «¡Pardillo! ¡Nenaza! ¡Abrid paso, que llega don Limpito!».

Luego, para quitármelo ya de encima de una vez, fui a la librería local y compré libros: *The Thru-Hiker's Handbook, Walking the Appalachian Trail* [Manual del senderista de fondo. Caminando por el sendero de los Apalaches], varios libros sobre fauna y flora, una historia geológica del sendero escrita por un tipo de nombre exquisito, V. Collins Chew, y la ya mencionada colección de guías oficiales del sendero de los Apalaches, que consistía en once libritos de bolsillo y cincuenta y nueve mapas de distintos tamaños, estilos y escalas que cubrían todo el camino, desde el monte Springer hasta el Katahdin, y costaban la respetable suma de 233 dólares y 45 centavos. De camino a la puerta me llamó la atención un título: *Bear Attacks: Their Causes and Avoidance* [Los ataques de los osos. Qué los causa y cómo evitarlos]. Lo abrí al azar y encontré esta frase: «Esto es un claro ejemplo del tipo de incidente en el que un oso negro ve a una persona y decide matarla y comérsela», y lo eché también a la cesta de la compra.

Cargué con todo hasta casa y lo bajé al sótano en varios viajes. Era una pila de cosas, y la tecnología de casi todas me era desconocida, con lo que todo resultaba a un tiempo emocionante y amedrentador. Sobre todo amedrentador. Me encasqueté la linterna sin manos en la cabeza y saqué la tienda de su envoltorio de plástico para plantarla en el suelo. Desenrollé la colchoneta autohinchable y la metí en la tienda, y a continuación metí también mi esponjoso y nuevecito saco de dormir. Luego entré a gatas y me quedé allí tumbado un buen rato, probando qué tal se estaba dentro de aquel novedoso espacio tan caro y reducido que todavía olía a nuevo y que pronto sería mi segundo hogar. Intenté imaginar cómo sería no estar tendido en el sótano de casa sino fuera, a la intemperie, en un puerto de montaña, oyendo el sonido del viento y los árboles, el aullido solitario de algún cánido y el ronco susurro de una voz montañesa: «Virgil, ¡eh, Virgil! Aquí hay uno. ¿Te has traído la cuerda?». Pero no fui capaz del todo.

No había estado en un espacio parecido desde que a los nueve años de



edad dejé de construirme fuertes con sábanas y mesitas. A decir verdad era bastante agradable, y una vez se acostumbraba uno al olor (que yo, en mi ingenuidad, creí que se disiparía con el tiempo) y al hecho de que la tela daba a todo cuanto había en el interior un enfermizo tinte verdoso, como de pantalla de radar, no estaba tan mal. Quizá sí era un poco claustrofóbico, y olía un poco raro, pero aun así parecía robusto y confortable.

«No va a estar tan mal», me dije. Pero en mis adentros sabía que me equivocaba.



## 2

El 5 de julio de 1983, a media tarde, tres monitores adultos y un grupo de chavales plantaron sus tiendas en un espacio muy popular junto al lago Canimina, en los fragrantés pinares del Quebec occidental, a unos 120 kilómetros al norte de Ottawa, en la reserva provincial de La Vérendrye. Se prepararon la cena y luego, haciendo lo correcto, guardaron sus víveres en una bolsa y se adentraron unos treinta metros en el bosque para suspenderla entre dos árboles, lejos del alcance de los osos.

En torno a la medianoche, un oso se acercó merodeando al campamento, vio la bolsa y se las arregló para bajarla trepando a uno de los árboles rompiendo una rama. Saqueó la comida y se fue, pero al cabo de una hora estaba de vuelta, y en esta ocasión se adentró en el campamento, atraído por el tenue aroma de comida presente todavía en la ropa y los cabellos de los campistas, en los sacos de dormir y en la tela de las tiendas. Para aquellos chicos, aquella fue una noche muy larga. Entre la media noche y las tres y media de la madrugada, el oso volvió tres veces al campamento.

Imaginad, si podéis, que estáis tumbados a solas en la oscuridad, dentro de una tiendecita, con solo unas micras de nailon entre vosotros y el fresco nocturno, mientras escucháis cómo un oso de doscientos kilos deambula por vuestro campamento. Imaginad sus quedos gruñidos, sus misteriosos resoplidos, imaginad el ruido de cacharros volteados y húmedos mordisqueos, el sordo pisar de sus patas acolchadas y su pesada respiración, el roce casi musical de sus cuartos traseros al rozar vuestra tienda de campaña. Imaginad la abrasadora descarga de adrenalina, el hormigueo desagradable en el dorso de los brazos al notar el súbito y brusco empujón de un hocico contra el pie de la tienda, el preocupante zarandeo de vuestro frágil

cascarón mientras el oso rebusca en la mochila que tan despreocupadamente habíais dejado apoyada contra la entrada y en la que ahora recordáis súbitamente que habíais guardado una Snickers. Y como bien sabéis, porque os lo han contado, a los osos les encantan las Snickers.

Y luego esa sombría idea («¡Ay Dios!») de que quizá tienes la Snickers ahí dentro contigo, que la tienes cerca, junto a los pies, o quizás estás tumbado encima de ella, o «...Mieeeeerda, ahí viene». Otro testarazo contra la tienda, otro gruñido, esta vez cerca de los hombros. Más zarandeos. Y entonces silencio, un silencio muy largo y (esperad, esperad, ¡sshhh! ¡Sí!) el inexpresable alivio de saber que el oso se ha retirado al otro extremo del campo o ha vuelto al bosque. De verdad os lo digo: yo no podría soportarlo.

Imaginaos entonces cómo tuvo que sentirse el pobre David Anderson, de solo doce años de edad, cuando a las tres y media de aquella noche, en la tercera incursión, una zarpa desgarró de repente su tienda y el oso, enajenado por un delicioso e inubicable (por ubicuo) olor a hamburguesa, mordió una de sus extremidades y lo arrastró entre gritos y braceos a través del campamento hacia la espesura. En los pocos instantes que tardaron sus compañeros en abrir las cremalleras de sus habitáculos (e intentad imaginar lo que tuvo que ser salir torpemente de aquellos voluminosos sacos de dormir para ir a buscar las linternas e improvisar porras, abrir las cortinas de la tienda con dedos torpones y perseguir al animal), en esos pocos instantes, digo, el pobre David Anderson murió.

Y ahora imaginad que estáis leyendo un libro de no ficción rebosante de historias como esa, historias reales relatadas en un estilo de lo más parco, poco antes de emprender una excursión por los bosques de Norteamérica. El libro del que hablo, y que antes cité, es *Bear Attacks: Their Causes and Avoidance*, escrito por un académico canadiense, Stephen Herrero. Si no es la obra definitiva sobre la materia, sinceramente, no quiero saber qué más puede decirse al respecto. Durante las largas noches del invierno de New Hampshire, mientras fuera la nieve iba acumulándose y a mi lado mi esposa dormía apaciblemente, yo leía tumbado en la cama, con los ojos como platos, descripciones de una precisión clínica de gente triturada a mordiscos en sus sacos de dormir, arrancada entre gemidos de lo alto de un árbol, incluso (y de esto no tenía ni idea) sigilosamente acechada mientras paseaba inocentemente

por senderos cubiertos de hojarasca o se refrescaba los pies en algún arroyo de montaña. Gente que cometió un único error: alisarse el pelo con una pizca de gel aromatizado, o comer carne muy succulenta, o meterse una Snickers en el bolsillo de la pechera para comerlo más tarde, o haber mantenido relaciones sexuales, o (quizás) haber menstruado, o haber despertado inadvertidamente de cualquier otra manera el olfato de un oso hambriento. Ha habido casos, incluso, en los que el fatídico error consistió en tener mucha, pero que mucha, mala suerte: un senderista que torció por un recodo y se encontró con un macho malhumorado bloqueando el camino que lo evaluaba como presa con la cabeza ladeada, o penetrar sin saberlo en el territorio de un oso demasiado viejo o perezoso para perseguir presas más vivaces.

Dicho esto, hay que señalar de inmediato que la posibilidad de sufrir el ataque de un oso en el sendero de los Apalaches es muy remota. Para empezar, el oso americano verdaderamente aterrador, el *grizzly* (de apropiadísimo nombre científico *Ursus horribilis*), no habita los territorios al este del Misisipí, y eso son buenas noticias, porque los *grizzlies* son enormes, muy fuertes y tienen un mal genio feroz. Cuando los famosos exploradores Lewis y Clark se adentraron en bosques desconocidos, rumbo al Pacífico, descubrieron que nada amedrentaba tanto a los nativos como el *grizzly*, algo por otra parte lógico, dado que era posible cubrirlo de flechas (pero cubrirlo de verdad, hasta hacer de él un acerico) sin que cesara en sus ataques. Los propios Lewis y Clark, pese a sus armas de fuego, se llevaron una sorpresa (y un susto) morrocotudos al comprobar que un *grizzly* era capaz de soportar varias salvas de plomo sin apenas inmutarse.

Herrero se hace eco de un incidente que refleja de manera muy gráfica la aparente indestructibilidad del *grizzly*. Su protagonista: un cazador profesional de Alaska llamado Alexei Pitka, quien, tras seguir el rastro de un macho de gran tamaño por la nieve, consiguió abatirlo de un certero disparo al corazón con un rifle de gran calibre. Pitka debería haber llevado consigo una tarjeta en la que se leyese: «Primero, asegúrese de que el oso está muerto. A continuación, suelte el arma». Se acercó cautelosamente y pasó uno o dos minutos esperando para ver si el oso se movía, pero, al ver que no era así, apoyó el rifle contra un árbol (craso error) y se acercó a su presa para cobrarla. Justo cuando llegó a su lado, el oso se incorporó, cerró sus amplias

fauces en torno a la parte delantera de la cabeza de Pitka como si estuviese dándole un besazo, y de un tirón le arrancó la cara.

Milagrosamente, Pitka sobrevivió. «No sé por qué dejé el puñetero rifle apoyado en aquel árbol», diría más tarde (bueno, en realidad lo que dijo fue: «Mrffff mmmmpg nnnmmm mffffffn»), fulto como estaba de labios, dientes, nariz, lengua o cualquier otro elemento vocalizador).

Si yo acababa muerto a zarpazos y dentelladas (y cuanto más leía, más me parecía una posibilidad real) sería a manos (zarpas) de un oso negro, *Ursus americanus*. En América del Norte hay al menos 500.000, quizás hasta 700.000. Son bastante comunes en las colinas por las que discurre el sendero de los Apalaches (es más, a veces usan el sendero por su comodidad), y cada vez son más numerosos. Los *grizzlies*, por el contrario, no suman más de 35.000 ejemplares en todo Estados Unidos, y tan solo 1.000 en la Norteamérica continental, agrupados principalmente en el parque nacional de Yellowstone y sus inmediaciones. El oso negro es generalmente el más menudo de los dos (aunque la del tamaño es una cuestión claramente relativa: un macho adulto de oso negro puede alcanzar los 300 kilos de peso) y también el más retraído, sin discusión.

El oso negro rara vez ataca. Pero esa es la cuestión: que a veces sí ataca. Todos los osos son ágiles, astutos e inmensamente fuertes, y siempre, siempre, están hambrientos. Si quieren matarte y devorarte, lo harán cuando y como les plazca casi siempre. No es algo que suceda muy a menudo, pero (y este es un detalle que no cabe perder nunca de vista) con una vez basta. Herrero se esfuerza por subrayar que los ataques de osos negros son proporcionalmente muy infrecuentes. Entre 1900 y 1980 solo fue capaz de encontrar veintitrés casos confirmados de humanos muertos por osos negros (aproximadamente la mitad de las víctimas de los *grizzlies*), y la mayoría de ellos se produjeron más al oeste o en Canadá. En New Hampshire no ha habido ataques mortales no provocados a humanos desde 1784. En Vermont no ha habido nunca uno.

Me habría gustado mucho sentirme reconfortado por estos argumentos, pero no era capaz de poner en ellos la fe necesaria. Tras reseñar que entre 1960 y 1980 tan solo 500 personas habían sido atacadas y heridas por osos negros (veinticinco ataques al año de una población estable de al menos

medio millón de osos), Herrero añade que la mayoría de las lesiones no fueron graves. «Las heridas que típicamente inflige el oso negro —escribe casi desinteresado— son leves y por lo general se limitan a unos cuantos arañazos y algún mordisco». Sí, bueno, pero vamos a ver: ¿en qué consiste un mordisco leve? ¿Hablamos de un forcejeo jugueteo y un mordisquito? Creo que no. ¿Y son 500 ataques documentados una cifra tan modesta si tenemos en cuenta la poquísimas gente que se adentra en los bosques de Norteamérica? ¿Y hay alguien tan inconsciente como para sentir alivio al saber que ningún oso ha matado a nadie en Vermont o New Hampshire en doscientos años? Recordad que no ha sido porque hayan firmado un tratado. Nada les impide lanzarse a un modesto delirio homicida mañana mismo.

Bien. Imaginemos entonces que un oso viene a por nosotros lejos de la civilización. ¿Qué hacemos? Es curioso, pero las estrategias propuestas para el *grizzly* y el oso negro son exactamente opuestas. Con un *grizzly* hay que buscar cuanto antes un árbol alto, ya que a los *grizzlies* no se les da muy bien lo de trepar. Si no hay un árbol a mano, lo mejor es retroceder lentamente sin mirarlo a los ojos. Todos los libros coinciden en que, si el *grizzly* se lanza a por ti, en ningún caso debes echar a correr. Ese es el tipo de consejo que te da la gente que está sentada frente a un escritorio cuando lo imparte. Creedme, si estáis en un espacio abierto, desarmado, y un *grizzly* se te viene encima, corred. Total... Por lo menos tendréis algo en lo que pensar durante vuestros últimos siete segundos de vida. Sin embargo, cuando el *grizzly* os adelanta, como inevitablemente os adelantará, deberíais tiraros al suelo y haceros los muertos. Puede que el oso mordisquee un par de minutos un miembro inerte, pero lo habitual es que pierda interés y se aleje. Con los osos negros, en cambio, hacerse el muerto es inútil, porque seguirán masticando hasta que ya dé igual, y seguirán masticando mucho tiempo después. También es una imprudencia encaramarse a un árbol, porque los osos negros son expertos trepadores. Como apunta Herrero con cierta socarronería, lo único que conseguiréis es tener que pelear con un oso subidos a un árbol.

Para mantener a raya a un oso negro agresivo, Herrero sugiere hacer mucho ruido, aporreando sartenes y cazos, o bien tirarle palos y piedras o incluso «echar a correr hacia el oso». (Ya, claro. Usted primero, profesor.) Por otra parte, añade juiciosamente, es posible que tales tácticas «no sirvan



sino para provocar al oso». Ah, pues muchas gracias. En otro pasaje sugiere a los excursionistas que hagan ruido de vez en cuando (cantando una canción, por ejemplo) para avisar a los osos de su presencia, ya que un oso pillado por sorpresa será probablemente un oso furioso; pocas páginas más adelante, sin embargo, advierte de que «hacer ruido puede resultar peligroso», pues puede atraer la atención de un oso hambriento que de otro modo no habría tenido noticia de vuestra presencia.

Lo cierto es que nadie sabe decirnos cómo debemos actuar. Los osos son impredecibles, y lo que funciona en una circunstancia quizá no funcione en otra. En 1973, dos adolescentes, Mark Seeley y Michael Whitten, estaban de visita en Yellowstone cuando sin querer se interpusieron entre una osa negra y sus oseznos. Nada preocupa ni enfurece más a una osa que alguien la separe de sus cachorros. Iracunda, se lanzó contra ellos y empezó a perseguirles (pese a su paso desgarrado, el oso es capaz de correr a cincuenta y cinco kilómetros por hora), y los dos chavales acabaron subidos a un árbol. El oso siguió a Whitten árbol arriba, cerró las fauces en torno a su pie derecho y lenta y pacientemente lo bajó a tirones de su refugio. (¿Me pasa solo a mí o podéis notar vosotros también sus dedos engarfiados hendiendo la corteza del árbol?) Ya en el suelo, empezó a zarandearle con saña. Seeley se puso a gritar, con la intención de apartar a la osa de su amigo, y lo único que consiguió fue que la osa lo bajase también a él del árbol. Los dos muchachos se hicieron los muertos (precisamente lo peor que se puede hacer, según todos los manuales de instrucciones) y la osa se marchó.

No diré que todo esto me obsesionase, pero sí que pensé en ello a menudo durante los meses que pasé esperando a que llegase la primavera. Mi principal temor (la vívida posibilidad que me hacía quedarme despierto en la cama noche tras noche, escudriñando las sombras de los árboles) era tener que permanecer en una tiendecita de campaña, solo en un bosque negro como la pez, mientras un oso merodeaba fuera, e imaginar qué intenciones tendría. Una de las fotografías del libro de Herrero me fascinaba especialmente: era una instantánea obtenida ya entrada la noche con una cámara provista de *flash* en una acampada más al oeste del país. La fotografía mostraba a cuatro osos negros algo desconcertados bajo una bolsa de comida colgada en alto. Era evidente que el resplandor había sobresaltado a los osos, pero no los

había espantado. Lo que me preocupaba no era la actitud de los osos, que tenían un aire casi cómico y muy poco amenazador, como cuatro amigos a los que se les ha colgado un *frisbee* en un árbol, sino su número. Hasta entonces no se me había ocurrido que los osos podían moverse en grupo. ¿Qué demonios iba a hacer yo si *cuatro* osos se plantaban en mi campamento? Pues morirme, claro. Literalmente, cagarme hasta perder la vida pata abajo. Se me saldría el esfínter como uno de esos matasuegras que se reparten en las fiestas infantiles (no descarto que emitiese incluso una alegre pedorreta) y me desangraría envuelto en mis heces y mi saco de dormir.

Herrero escribió su libro en 1985. Desde entonces, según un artículo publicado en el *New York Times*, los ataques de osos en América del Norte han aumentado un veinticinco por ciento. El artículo del *Times* destacaba también que los osos son más propensos a atacar a los humanos en las primaveras posteriores a un mal año de bayas. El año anterior había sido un malísimo año de bayas. La cosa pintaba cada vez peor.

Aquellas navidades, incluí en mis tarjetas de felicitación un montón de notitas invitando a mis amigos a acompañarme en la excursión, aunque fuese solo parte del trayecto. Nadie contestó, por supuesto. Pero un día, a finales de febrero, con la fecha de partida ya muy próxima, recibí una llamada. Era de un viejo amigo de la escuela, Stephen Katz. Los dos nos criamos juntos en Iowa, pero lo cierto es que habíamos perdido el contacto casi por completo. Aquellos de entre vosotros que hayáis leído *Neither Here nor There*<sup>[1]</sup> (seréis unos seis, creo) recordaréis a Katz como mi compañero de viaje por Europa en aquella crónica de mis aventuras de juventud. En los veinticinco años transcurridos desde entonces, había topado con él tres o cuatro veces cuando volvía a casa de mis padres, pero por lo demás no había vuelto a verle. Teóricamente seguíamos siendo amigos, pero los caminos que habíamos seguido no podían ser más diferentes.

—He estado dudando sobre si llamar o no —dijo, espaciando las palabras. Parecía estar buscando la mejor manera de decir las cosas—. Pero en fin, la historia esta de los Apalaches... ¿Crees que podría acompañarte?

No podía creérmelo.

—¿Quieres venir conmigo?

—Si va a ser un problema, lo entiendo, ¿eh?

—No —dije—. No, no, no. Encantado de que vengas. Encantadísimo de que vengas.

—¿En serio?

Aquello pareció darle ánimos.

—Pues claro.

No podía creérmelo, de verdad que no. No iba a tener que caminar solo. Di un par de brincos todavía al teléfono. *No iba a tener que caminar solo.*

—No te puedes imaginar lo contento que estoy de que vengas.

—Genial —dijo, evidentemente aliviado, y luego añadió con tono confidencial—: Pensé que quizá preferirías no tenerme cerca.

—¿Por qué no iba a querer?

—Pues... Porque todavía te debo seiscientos dólares de Europa.

—No, hombre, claro que... ¿Me debes seiscientos dólares?

—Sigo teniendo intención de devolvértelos.

—Bueno —dije—, bueno...

No era capaz de acordarme de esos seiscientos dólares, Nunca le había perdonado a nadie una deuda tan alta, y tardé unos instantes en retomar la conversación.

—Escucha. No pasa nada. Vente conmigo al sendero de los Apalaches. ¿Estás seguro de que quieres venir...?

—Seguro.

—¿Qué tal andas de forma?

—Muy bien. Últimamente voy a pie a todas partes.

—¿En serio?

Eso es algo muy poco habitual en Estados Unidos.

—Bueno, es que me han embargado el coche.

—Ah.

Seguimos hablando un rato más de todo un poco: su madre, la mía, Des Moines... Le conté lo poco que sabía sobre el sendero y la vida a la intemperie que nos esperaba. Acordamos que él vendría en avión a New Hampshire el miércoles de la semana siguiente, luego dedicaríamos dos días a los preparativos y nos pondríamos en camino. Por primera vez en varios meses sentí que podía afrontar aquel reto con buen ánimo. A Katz se le oía

también bastante animado, sobre todo teniendo en cuenta que él no tenía obligación alguna de participar en el asunto. Lo último que le dije fue:

—A todo esto, ¿qué tal se te dan los osos?

—Hasta ahora no me ha pillado ninguno.

«Ese es el espíritu», pensé. Qué majo, Katz. Qué majo cualquier ser vivo dispuesto a venirse a hacer senderismo conmigo. Después de colgar me di cuenta de que no le había preguntado por qué quería venir. De todas las personas que conocía en el planeta, Katz era la única que bien podría estar queriendo dar esquinazo a unos tipos de mala catadura y nombre siniestro, como Julio o Mr. Big. Pero en fin, tanto daba. Lo importante es que no iba a estar solo.

Encontré a mi mujer frente al fregadero y le comuniqué las buenas noticias. Su entusiasmo fue menos efusivo de lo que yo esperaba.

—Vas a pasar semanas y más semanas por el bosque con alguien a quien apenas has visto en veinticinco años. ¿Ya te lo has pensado bien? —Como si alguna vez me pensase las cosas—. Además, creía que habíais acabado poniéndoos de los nervios el uno al otro en Europa.

—No. —No era exactamente así—. Empezamos poniéndonos de los nervios el uno al otro. Acabamos despreciándonos mutuamente. Pero de eso hace mucho tiempo.

Me miró dubitativa.

—No tenéis nada en común.

—Lo tenemos todo en común. Tenemos cuarenta y cuatro años. Nos pasaremos el día hablando de hemorroides y dolores en las lumbares, y de que no somos capaces de acordarnos de dónde dejamos las cosas, y a la noche siguiente le preguntaré: «¿Te he contado ya lo de mis dolores de espalda?», y él me dirá: «No, creo que no», y empezaremos otra vez con lo mismo. Va a ser genial.

—Va a ser un infierno.

—Ya, ya lo sé.

Y así fue como seis días más tarde me encontré en el aeropuerto de New Hampshire y vi el vuelo regional de Katz aterrizar y luego detenerse en la pista a unos veinte metros de la terminal. El zumbido de las hélices fue a más

por un instante y luego decayó hasta detenerse, momento en el que la portezuela del avión se abrió para extender la escalerilla. Intenté recordar cuándo fue la última vez que lo había visto. Tras nuestro verano europeo, Katz había regresado a Des Moines para asegurarse, casi en solitario, de que Iowa tuviese una provechosa cultura de la droga. Había pasado años de fiesteo hasta que no le quedó nadie con quien irse de fiesta; entonces continuó la fiesta por su cuenta, solo en su apartamento, en camiseta y calzoncillos, acompañado de una botella, una bolsita de hierba y un televisor con antena amplificadora de orejas de conejo. Recordé que la última vez que nos vimos fue cinco años atrás en un Denny's al que había llevado a desayunar a mi madre. Katz estaba sentado a una mesa aparte con un tipo de aire demacrado que bien podría haberse llamado Virgil Starkweather<sup>[2]</sup>, metiéndose unas cuantas tortitas entre pecho y espalda, y echando de vez en cuando ilícitos sorbitos a una botella escondida en una bolsa de papel. Eran las ocho de la mañana y a Katz se lo veía ya muy contento. Siempre estaba contento cuando andaba borracho, y siempre andaba borracho.

Dos semanas más tarde supe que la policía lo había encontrado dentro de un coche volcado en un campo a las afueras del villorrio de Mingo, colgando boca abajo del cinturón de seguridad, aferrado aún al volante y queriendo saber «¿qué problema hay, agentes?». En la guantera apareció una pequeña cantidad de cocaína, y tuvo que pasar dieciocho meses en una prisión de mínima seguridad. Durante su estancia allí empezó a acudir a reuniones de Alcohólicos Anónimos. Para sorpresa de todos (y suya también) no había vuelto a probar el alcohol ni las sustancias ilegales desde entonces.

Una vez en libertad, encontró trabajo, volvió a estudiar a jornada parcial y durante algún tiempo convivió con una peluquera llamada Patty. Durante los tres últimos años, había consagrado su vida a mantenerse en el sendero de la virtud y (como pude ver de inmediato en cuanto asomó por la portezuela del avión) a criar barriga. Siempre había sido algo corpulento, pero su aspecto ahora era el de Orson Welles después de haber pasado muy mala noche. Cojeaba un poco, y jadeaba más de lo que es normal después de caminar veinte pasos.

—Qué hambre tengo... —dijo sin perder tiempo en saludos, y me entregó su equipaje de cabina, cuyo peso casi me tiró al suelo.

—Pero ¿qué llevas aquí dentro? —jadeé.

—Nada, unas cintas y un par de chorradas para el camino. ¿Hay algún Dunkin Donuts por aquí cerca? No he comido nada desde Boston.

—¿Boston? Acabas de llegar de Boston.

—Ya. Tengo que comer cada hora, más o menos, o si no me dan cosas de esas, ¿cómo se dice?... Convulsiones.

—¿Convulsiones?

No era exactamente el reencuentro que yo había previsto. Me lo imaginé pegando brincos por el sendero de los Apalaches como un juguete de cuerda caído de medio lado.

—Desde que me metí unas feniletilaminas contaminadas hará unos diez años. Si me como un par de donuts o algo parecido suelo estar bien.

—Stephen, dentro de tres días vamos a estar en lo más profundo del bosque. No habrá tiendas de donuts.

Sonrió orgulloso.

—Ya lo había pensado —dijo, señalando su equipaje, un macuto militar que ya rodaba por la cinta transportadora, y me dejó cargar con él.

Pesaba al menos treinta y cinco kilos. Al ver mi cara de sorpresa, añadió:

—Snickers. Un montón de Snickers.

De camino a casa pasamos por un Dunkin Donuts. Mi mujer y yo nos sentamos con él a la mesa de la cocina y le vimos comerse cinco donuts de crema, que empujó con dos vasos de leche. Luego nos dijo que quería echarse un ratito. Le costó varios minutos subir las escaleras.

Mi esposa se volvió hacia mí y me dedicó una mirada serenamente inescrutable.

—Hazme un favor. No digas nada —le pedí.

Por la tarde, después de haber descansado, Katz y yo fuimos a ver a Dave Mengle para buscarle un saco, una tienda y demás, y luego fuimos a K-Mart a por un plástico de jardín, ropa interior térmica y un par de cosas más. Luego se echó otro rato.

Al día siguiente fuimos al supermercado para comprar provisiones para nuestra primera semana en el sendero. Yo no tenía ni idea de cocinar, pero Katz llevaba años viviendo solo y tenía un repertorio de platos (que en mayor o menor medida requerían mezclar manteca de cacahuete, atún y azúcar

moreno en un cazo) que, en su opinión, no estarían fuera de lugar en una acampada. Aun así, metió una cantidad ingente de cosas en el carrito de la compra: cuatro salchichones grandes, cinco paquetes de arroz, diversas bolsas de galletas, copos de avena, pasas, M&Ms, carne enlatada, más Snickers, semillas de girasol, galletitas saladas, puré de patatas en polvo, dos bolsas de azúcar moreno (absolutamente esenciales, según él), tiras de carne en salazón, un par de barras de queso, un jamón en lata y el catálogo completo de pringosos y evidentemente imperecederos pastelitos y rosquillas fabricados bajo el sello de Little Debbie.

—Si te digo la verdad, no creo que seamos capaces de cargar con todo esto —le dije incómodo cuando le vi meter una mortadela con la forma de una gigantesca herradura en el carrito.

Katz examinó preocupado el carrito.

—Tienes razón —asintió—. Vamos a empezar otra vez.

Dejó el carro donde estaba y fue a por otro. Volvimos a hacer la ronda, intentando esta vez ser un poco más selectivos, pero cuando acabamos era evidente que seguía siendo demasiado.

Lo llevamos todo a casa, nos lo repartimos entre los dos y nos fuimos cada uno a cargar nuestras mochilas: Katz a su cuarto, donde tenía el resto de sus cosas, yo a mi cuartel general en el sótano. Estuve dos horas empacando, pero ni por asomo me habría cabido todo. Puse a un lado los libros y las libretas, y casi todas mis mudas e intenté todo tipo de combinaciones; pero cada vez que terminaba me daba la vuelta y veía que me había dejado fuera algo grande e importante. En un momento dado subí a ver qué tal le iba a Katz. Lo encontré tumbado en la cama, escuchando su *Walkman*. Tenía sus cosas esparcidas por toda la habitación. La mochila estaba tirada a un lado, mustia y desatendida. De sus orejas escapaba el percutir sibilante de la música.

—¿No ibas a hacer la mochila? —dije.

—Sí.

Esperé un minuto, pensando que se levantaría, pero no se movió.

—Perdóname, Stephen, pero me da la impresión de que sigues tumbado.

—Sí.

—¿Estás oyendo lo que digo?



—Que sí. Dame un minuto.

Suspiré y volví al sótano.

Katz no estuvo muy hablador durante la cena, y al acabar regresó a su cuarto. No lo oímos durante el resto de la tarde, pero a medianoche, ya metidos en la cama, empezaron a llegarnos ruidos a través de las paredes: porrazos, rezongos, el sonido de muebles arrastrados por la habitación y, de vez en cuando, un arranque de rabia, todo intercalado entre largas fases de silencio. Sostuve la mano de mi mujer, sin saber muy bien qué decir. A la mañana siguiente, llamé a la puerta de Katz y me asomé a la habitación. Me lo encontré dormido, completamente vestido, encima de un gurrño de sábanas. El colchón estaba parcialmente separado de la cama, como si durante la noche hubiese tenido un altercado con varios intrusos. Tenía la mochila llena, pero sin atar, y había diversos objetos personales esparcidos por todo el cuarto.

Le dije que solo disponíamos de una hora si no queríamos perder nuestro avión.

—Vale —dijo.

Veinte minutos más tarde bajó trabajosamente y con no pocos reniegos por las escaleras. No hizo falta mirar para saber que estaba bajando de lado y con mucho tiento, como si los escalones estuviesen recubiertos de hielo. Llevaba la mochila a la espalda. Le había atado cosas por todas partes: un par de mugrientas deportivas y lo que parecían unos botines de vestir, todos los cazos y sartenes, una bolsa de la compra de Laura Ashley (claramente sisada del armario de mi mujer y llena ahora de Dios sabe qué)...

—No he sabido hacerlo mejor —dijo—. He tenido que dejar unas cuantas cosas.

Asentí. Yo también había dejado unas cuantas cosas, entre ellas la avena, que de todas formas no me gustaba, y los pastelitos Little Debbie de aspecto más repugnante. Es decir, todos.

Mi esposa nos llevó en coche hasta el aeropuerto de Manchester en medio de una ventisca y de ese silencio incómodo que precede a una larga separación. Katz iba en el asiento trasero, comiendo donuts. En el aeropuerto, mi mujer me entregó un nudoso bastón de senderista que habían comprado los niños. Lo habían adornado con un lazo rojo. Me entraron ganas de

echarme a llorar... e incluso de meterme corriendo en el coche y salir escopeteado de allí mientras Katz se peleaba con unas correas a las que no se había acostumbrado aún. Mi mujer me dio un apretón en el brazo y con una sonrisa triste se marchó.

La vi partir y luego entré en la terminal con Katz. El tipo del mostrador le echó un vistazo a nuestros billetes con destino Atlanta y a nuestro equipaje, y dijo (con lo que me pareció una agudeza insospechada para alguien vestido con una camisa de manga corta en pleno invierno):

—¿Qué, a recorrer el sendero de los Apalaches?

—Efectivamente —dijo Katz, orgulloso.

—No sé si lo saben, pero en Georgia ha habido problemas con los lobos.

—¿En serio? —Katz era todo oídos.

—Y tanto. Hace poco hubo un par de ataques. Y bastante salvajes, por lo que tengo entendido.

A continuación trasteó durante un minuto con los billetes y las etiquetas del equipaje.

—Espero que lleven ropa interior larga.

Katz puso cara de pensar.

—¿Por los lobos?

—No, por el tiempo. Durante los próximos cuatro o cinco días se van a alcanzar mínimas históricas. En Atlanta van a estar muy por debajo de cero esta noche.

—Fantástico —dijo Katz, y dejó escapar un suspiro irregular y desconsolado. Luego miró con gesto acusador al tipo del mostrador—. ¿No tiene más malas noticias que contarnos? ¿Han llamado del hospital para decir que tenemos cáncer o algo así?

El tipo depositó los billetes en el mostrador y nos dedicó una sonrisa radiante.

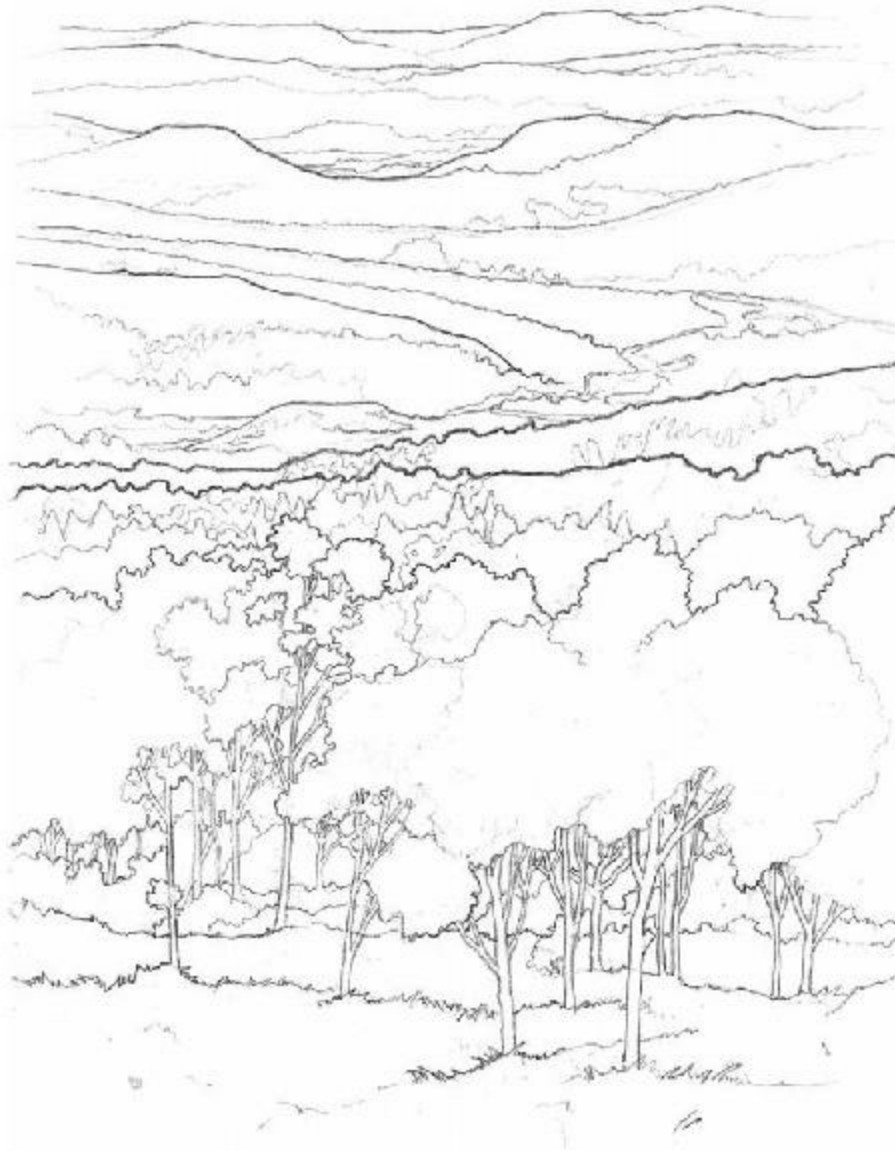
—No, eso es todo, que tengan un feliz vuelo. Pero, escuche —dijo dirigiéndose a Katz a media voz—, vaya con ojo con los lobos, caballero, porque, entre nosotros, tiene usted pinta de apetitoso.

Y le guiñó un ojo.

—Madre de Dios... —dijo Katz con voz tenue.

Se lo veía muy, pero que muy abatido.

—Y encima no nos darán de comer en el avión, ya verás —comentó con inesperada amargura para zanzar el asunto.



### 3

Todo empezó con Benton MacKaye, un visionario tranquilo, amable e infinitamente bienintencionado, quien, en el verano de 1921, presentó a su amigo Charles Harris Whitaker, editor de una importante revista de arquitectura, sus ambiciosos planes para crear una ruta de senderismo de muy largo recorrido. Decir que la vida no le trataba demasiado bien por entonces a MacKaye es quedarse muy corto. Durante la década previa lo habían despedido de su empleo en Harvard, perdió un puesto en el Servicio Forestal Nacional y finalmente, a falta de otro puesto mejor, se vio asignado a una oficina del Departamento de Trabajo del gobierno federal, donde se le encomendó en términos muy vagos que desarrollase ideas con las que incrementar la eficiencia y la moral. Consecuentemente, fue generando propuestas ambiciosas e impracticables que sus superiores revisaban con indulgencia e inmediatamente tiraban a la papelera. En abril de 1921, su esposa, una conocida pacifista y sufragista llamada Jessie Hardy Stubbs, se tiró desde un puente sobre el East River de Nueva York y murió ahogada.

Fue en estas circunstancias, y apenas diez semanas después de aquel suceso, cuando MacKaye presentó su idea de un sendero por los montes Apalaches a Whitaker. Su propuesta apareció publicada en octubre de ese mismo año en un foro quizás insospechado, el *Journal of the American Institute of Architects* del propio Whitaker. La ruta de senderismo era solo parte de la gran visión de MacKaye, que concebía el sendero como un hilo conector de una red de campamentos de trabajo en las montañas a los que acudirían a millares los pálidos y desposeídos obreros urbanos para entregarse a una saludable y abnegada tarea que les permitiría además disfrutar de la naturaleza. Su plan preveía hostales, posadas y centros de

estudios de temporada, y con el tiempo la creación de aldeas permanentes en los bosques, comunidades «autopropietarias» cuyos habitantes podrían sustentarse a sí mismos con «actividades no industriales» cooperativas, de carácter forestal, agrícola y artesanal. Un entusiasmado MacKaye describía el conjunto como un «refugio para huir del beneficio económico», concepto este que en opinión de otros «olía a bolchevismo», según uno de sus biógrafos.

Cuando MacKaye presentó su propuesta existían ya varios clubes de senderismo en la Costa Este de Estados Unidos: el Green Mountain Club, el Dartmouth Outing Club y el venerable Appalachian Mountain Club, entre otros, y tan patricias organizaciones disponían ya de varios centenares de kilómetros de senderos de montaña y bosque, sobre todo en Nueva Inglaterra, y se encargaban también de su mantenimiento. En 1925, representantes de los principales clubes se reunieron en Washington y fundaron la Conferencia del Sendero de los Apalaches con la intención de construir un sendero de 1.900 kilómetros de largo que conectase los dos grandes picos de la Costa Este: el monte Mitchell, en Carolina del Norte (2.037 m), y el monte Washington, en New Hampshire, apenas 120 metros más bajo. Lo cierto es que durante los siguientes cinco años no se hizo nada, debido sobre todo a que MacKaye se entretuvo en retocar y ampliar su proyecto hasta que tanto este como el propio MacKaye hubieron perdido casi por completo cualquier contacto con la realidad.

Hubo que esperar a 1930 para que Myron Avery, un joven abogado especializado en derecho marítimo y entusiasta montañero, se hiciera cargo del proyecto y comenzaran los trabajos. Eso sí, a partir de entonces las cosas avanzaron muy deprisa. Sabemos que Avery no era persona que despertase grandes simpatías. Tal como lo describió uno de sus contemporáneos, su legado fueron dos senderos entre Maine y Georgia: «Uno, el rastro de ánimos ofendidos y egos magullados que dejó a su paso. El otro, el sendero de los Apalaches». MacKaye y sus «epigramas semimísticos» le resultaban muy cargantes, y uno y otro nunca se llevaron bien. En 1935 tuvieron una agria disputa a propósito de la construcción del sendero a través del parque nacional de Shenandoah (Avery estaba dispuesto a aceptar la construcción de una autovía panorámica por las montañas; MacKaye consideraba que con eso se traicionaban los principios del proyecto) y jamás volvieron a dirigirse la

palabra.

A MacKaye se le atribuye siempre el mérito de haber creado el sendero, pero eso se debe en buena medida a que alcanzó los noventa y seis años de edad y a que conservó una espesa cabellera blanca; ya anciano, siempre estaba disponible para pronunciar unas palabras en ceremonias celebradas en las soleadas laderas de las colinas. Avery, en cambio, falleció en 1952, veintitrés años antes que MacKaye, cuando el sendero era aún muy poco conocido. Pero en realidad el sendero es obra de Avery. Él fue quien trazó los mapas y quien apremió y engatusó a los clubes para que pusieran a su disposición equipos de voluntarios, y quien se encargó en persona de supervisar la construcción de cientos de kilómetros de sendero. Con él, la longitud original de 1.900 kilómetros se prolongó hasta abarcar más de 3.200, y, antes de que estuviese terminado, Avery recorrió hasta el último centímetro del camino. En menos de siete años, y con la ayuda de trabajadores voluntarios, construyó una ruta de más de tres mil kilómetros sobre terreno montañoso. Hay ejércitos que han conseguido menos.

La ruta de los Apalaches quedó completa oficialmente el 14 de agosto de 1937 con la apertura de un camino practicable a lo largo de tres kilómetros en un remoto territorio boscoso en Maine. Curiosamente, la construcción del sendero más largo del mundo no atrajo la atención de casi nadie. El fuerte de Avery no era la publicidad, y para entonces MacKaye, dignísimo y ofendidísimo, se había retirado. Ningún periódico se hizo eco del acontecimiento. No hubo ninguna celebración que conmemorase el evento.

El camino que habían construido no tenía ninguna base histórica. No seguía ningún sendero indio ni las rutas postales de la era colonial. Ni siquiera había buscado las mejores vistas, ni las colinas más altas, ni los espacios más llamativos. Al final, ni siquiera pasaba cerca de monte Mitchell, aunque sí incluía el monte Washington, además de prolongarse otros 560 kilómetros para llegar hasta el Katahdin de Maine (Avery insistió mucho en ello: se había criado en Maine y fue allí donde se aficionó a la montaña). Básicamente, la ruta pasaba por espacios accesibles, normalmente en lo alto de las montañas: cruzaba crestas solitarias y depresiones olvidadas que nadie había utilizado ni codiciado nunca, y que en algunos casos ni siquiera tenían nombre. Se quedó corta, además: le faltaban 240 kilómetros para alcanzar el

extremo sur de la cadena montañosa de los Apalaches, y unos 1.100 para cubrir todo el extremo norte. Los campos de trabajo, las cabañas, las escuelas y los centros de estudio no llegaron a construirse nunca.

Aun así, buena parte del espíritu original nacido de la visión de MacKaye sigue en pie. Grupos de voluntarios se encargan de mantener en un estado impecable los 3.300 kilómetros del sendero, así como los caminitos secundarios, los puentes, la señalización, las marcas y los refugios. De hecho, se dice que el sendero de los Apalaches es la mayor empresa del mundo gestionada por voluntarios. Y lo que resulta más excepcional: no se ha comercializado. La Conferencia del Sendero de los Apalaches no contrató empleados asalariados hasta 1968, y aún hoy mantiene el aire de un proyecto amistoso, bienintencionado y asequible. El de los Apalaches ya no es el sendero para caminantes más largo del mundo (los del Pacífico y la Divisoria Continental, ambos más al oeste, tienen algunos kilómetros más), pero siempre será el primero y el más importante. Tiene muchos amigos. Y los merece.

Casi desde el día de su inauguración ha sido necesario modificar el recorrido del sendero. Primero fueron los 189 kilómetros que hubo que volver a trazar en Virginia para abrir paso a la construcción de la Skyline Drive, la carretera que atraviesa el parque nacional de Shenandoah. Más tarde, en 1958, la excesiva urbanización del área próxima al monte Oglethorpe (Georgia) hizo necesario recortar 35 kilómetros del extremo sur del sendero y desplazar su arranque hasta el monte Springer, en los terrenos protegidos del bosque nacional de Chattahoochee. Diez años después, el Maine Appalachian Trail Club desvió 423 kilómetros de sendero (la mitad de su recorrido por el estado) para apartarlo de vías madereras y llevarlo por terreno más agreste. Incluso ahora, en la actualidad, el sendero nunca es el mismo de un año a otro.

La parte más difícil del sendero de los Apalaches es llegar hasta él, sobre todo en sus extremos. El monte Springer, el punto de partida más al sur, está a once kilómetros del acceso al parque natural de Amicalola Falls, que es la salida de la autopista más próxima, y esta, a su vez, está bastante alejada de cualquier otro lugar. Desde Atlanta, el gran núcleo urbano más próximo al sendero, uno puede tomar el tren o uno de los dos autobuses al día con



destino a Gainesville, y desde allí todavía os faltarán 65 kilómetros para estar a once kilómetros de distancia del arranque del sendero de los Apalaches. (Ir y venir desde el Katahdin, en Maine, resulta más problemático todavía.) Afortunadamente, hay gente dispuesta a recoger a los excursionistas en Atlanta y llevarlos hasta Amicalola. Pagando, claro. Y así fue como Katz y yo nos pusimos en manos de un tipo grandullón y simpático tocado con una gorra de béisbol, Wes Wisson, que se avino a recogernos en el aeropuerto de Atlanta y llevarnos hasta el hostel de Amicalola Falls, nuestro punto de partida hacia el Springer, a cambio de 60 dólares.

Cada año, entre principios de marzo y mediados de abril, unos dos mil excursionistas echan a andar desde el Springer, la mayoría con la intención de llegar hasta el Katahdin. Solo un diez por ciento, aproximadamente, lo consigue. La mitad no supera siquiera la zona central de Virginia, es decir, menos de un tercio del camino. Una cuarta parte no va más allá de Carolina del Norte, el estado vecino. Un diez por ciento abandona durante la primera semana. Wisson había visto de todo.

—El año pasado llevé a un tío al borde del sendero —nos contó mientras cruzábamos negros bosques de pinos con rumbo norte, hacia las escarpadas colinas del norte de Georgia—. Tres días más tarde me llama desde una cabina en Woody Gap, que es la primera cabina que se encuentra uno en el camino. Me dice que quiere volver a casa, que esto no era lo que esperaba. Total, que lo llevo de vuelta al aeropuerto. Dos días después vuelve a estar en Atlanta. Me cuenta que su mujer le ha hecho volver porque se ha dejado un dineral en el equipamiento y no piensa permitir que se rinda tan fácilmente. Y vuelvo a dejarle en el borde del sendero. Tres días más tarde me llama otra vez desde Woody Gap. Que quiere que lo lleve al aeropuerto. «¿Y tu mujer?», le pregunto, y me responde: «Esta vez no voy a casa».

—¿Cuánto trecho hay hasta Woody Gap? —pregunté.

—Treinta y tres kilómetros desde el Springer. No parece mucho, ¿verdad? No sé..., se había dado la panzada de viajar desde Ohio.

—¿Y por qué se rindió tan pronto?

—Me dijo que no era lo que esperaba. Eso lo dicen todos. La semana pasada, por ejemplo: tres mujeres de California (de mediana edad, muy majas, de risa fácil, pero, vamos, majas). Cuando las dejé estaban muy

animadas. A las cuatro horas me llaman para decirme que quieren volver a casa. Piense que venían de California y que se habían gastado yo qué sé cuantísimo dinero en los billetes de avión y en el equipamiento (y era equipo del bueno, el mejor que he visto, todo nuevito y de gama alta), y decidieron abandonar sin haber caminado ni tres kilómetros. Me dijeron que no era lo que esperaban.

—¿Y qué esperaban?

—A saber... Escaleras mecánicas, quizás. Esto son colinas, y rocas, y bosques, y un camino. No hace falta una investigación científica para darse cuenta. Pero les sorprendería cuánta gente lo deja correr. Pero luego hay gente como un tío que conocí hace unas seis semanas, uno que tendría que haberse rendido y no lo hizo. Estaba acabando el sendero. Venía desde Maine caminando solo. Le había costado ocho meses, más de lo que tarda la mayoría de la gente, y creo que durante las últimas semanas no había visto a nadie. Cuando salió del bosque estaba hecho una ruina. Yo lo esperaba con su mujer, que había venido a esperarle. Ella fue a su encuentro y él cayó en sus brazos y se echó a llorar. No podía ni hablar. Estuvo así todo el viaje hacia el aeropuerto. No he visto nunca a nadie tan aliviado por haber terminado de hacer algo, y lo único que podía pensar era: «Sí, bueno, caballero, recorrer el sendero de los Apalaches es un acto voluntario», pero evidentemente no dije nada.

—Entonces, cuando usted deja a alguien frente al sendero, ¿ya es capaz de ver si lo conseguirá?

—Bastante a menudo.

—¿Y cree que nosotros lo conseguiremos? —preguntó Katz.

Wisson nos miró por turno, primero al uno y luego al otro.

—Sí, claro, sin problemas —respondió, pero su mirada decía otra cosa.

El hostel de Amicalola Falls es una atalaya encaramada en lo alto de una ladera, y se llega a ella por una larga carretera que serpentea por el bosque. El tipo del aeropuerto de Manchester no se había equivocado con el parte meteorológico. Cuando nos bajamos del coche hacía un frío atroz. Soplaban un viento helador y traicionero que te asaltaba por todos los flancos a la vez y se colaba por mangas y perneras.

—¡Jooo-der! —gritó Katz, asombrado, como si alguien le hubiese echado encima un cubo de agua helada, y salió corriendo hacia dentro. Yo pagué a nuestro conductor y lo seguí.

El hostel era moderno, con pretensiones, y en él se estaba muy calentito. Una chimenea de piedra se imponía en el vestíbulo, y las habitaciones eran tan anodinas y confortables como las de cualquier Holiday Inn. Nos fuimos a nuestras habitaciones y acordamos que nos veríamos a las siete. Saqué una Coca-Cola de la máquina del pasillo, me di una suntuosa ducha que me dejó envuelto en vapor, derroché varias toallas para secarme, me metí entre unas sábanas recién planchadas (quién sabe cuánto tardaría en volver a disfrutar de semejantes placeres), seguí las descorazonadoras noticias ofrecidas por los sonrientes e inanes reporteros del canal de información meteorológica y apenas fui capaz de dormir.

Me desperté antes incluso del alba, y me quedé junto a la ventana, contemplando cómo la palidez del amanecer iba desvelando a regañadientes el paisaje que nos rodeaba, una inhóspita y aparentemente inabarcable extensión de colinas cubiertas de árboles desnudos ligerísimamente espolvoreados de nieve. No me pareció un reto imposible (no era el Himalaya, desde luego), pero tampoco parecía un sitio por el que apeteciese particularmente salir a pasear.

Mientras bajaba a desayunar el sol asomó por el horizonte e inundó el mundo con una luz alentadora, y yo salí a comprobar la temperatura ambiente. El frío me pilló de sorpresa, como una bofetada; el viento era glacial. Partículas de nieve seca se arremolinaban en el aire como bolitas de poliestireno. Junto a la entrada, un termómetro de pared muy grande indicaba once grados bajo cero.

—Récord de temperatura en estas fechas en Georgia —me dijo una sonriente empleada del hotel, que en ese momento volvía presurosa del aparcamiento.

Se detuvo un instante y me preguntó:

—¿Va de excursión?

—Sí.

—Usted sabrá. Buena suerte. ¡Brrrr!

Y corrió a meterse en el hotel.

Encontré a Katz en el comedor y también a él lo vi despierto y alerta. El motivo era que había hecho amistad con una camarera, de nombre Rayette, que se ocupaba de atenderlo con un coqueteo más que evidente. Rayette medía más de metro ochenta y tenía una cara de las que asustan a los niños, pero parecía amable y servía el café con diligencia. Si hubiera querido darle a entender a Katz con mayor claridad que estaba disponible, habría tenido que subirse las faldas por encima de la cabeza y tumbarse encima de su plato de Desayuno para Hambrientos. Como consecuencia de todo ello, Katz estaba que rezumaba testosterona.

—Huuy, cómo me gustan los hombres que saben apreciar las tortitas —tortoleó Rayette.

—Créeme que estas las aprecio mucho, guapa —respondió Katz, en cuya cara brillaban por igual el sirope y la alegría matutina.

No es que fueran precisamente Katharine Hepburn y Spencer Tracy, pero aun así resultaban hasta tiernos.

Ella fue a atender a otro cliente y Katz la observó alejarse con algo semejante al orgullo paternal.

—Es muy fea, ¿no? —dijo con una incongruente sonrisa de oreja a oreja. Intenté ser diplomático.

—Bueno... Solo si la comparas con otras mujeres.

Katz asintió, pensativo, pero luego, de repente, se me quedó mirando, preocupado.

—¿Sabes lo que busco últimamente en una mujer? Que todavía respire y que tenga todas las extremidades.

Puse cara de comprenderlo.

—Y eso es solo para empezar a negociar, claro. Estoy dispuesto a transigir en lo de las extremidades. ¿Crees que está disponible?

—Me parece que tendrías que pedir la vez.

Asintió con la cabeza, muy serio.

—Quizá no sea mala idea si nos terminamos esto y nos largamos.

Me pareció buena idea. Apuré mi taza de café y fuimos a por nuestras cosas, pero cuando estuvimos en la calle diez minutos más tarde, listos para partir, me encontré con un Katz muy a disgusto.

—Quedémonos otra noche —me dijo.

—¿Qué? Será una broma, ¿no?

Me había pillado completamente por sorpresa.

—¿Por qué?

—Tenemos que hacerlo.

Volvió la vista hacia el bosque.

—Nos vamos a congelar.

Yo también me quedé mirando el bosque.

—Pues seguramente. Pero tenemos que hacerlo.

Cargué con mi mochila y el peso me hizo recular (tenían que pasar aún varios días para que pudiese hacer aquel gesto con algo de aplomo), me ajusté la cincha y eché a andar. En la linde del bosque me giré un instante para asegurarme de que Katz me seguía. Ante mí se abría un mundo vasto e inclemente de árboles en pleno sueño invernal. Consciente de la importancia del instante, entré en el caminito, un fragmento del sendero de los Apalaches original, de cuando pasaba por aquí entre el monte Oglethorpe y el Springer.

Era el 9 de marzo. Ya estábamos en camino.

La ruta avanzaba por un valle boscoso por el que serpenteaba un riachuelo bordeado todavía por hielo quebradizo; el sendero siguió el curso del agua durante algo menos de un kilómetro y luego, abruptamente, se adentró en el bosque. Pronto quedó claro que estábamos en la falda de la primera gran montaña, la Frosty Mountain, y desde un primer momento sufrimos. Lucía el sol y el cielo tenía un agradable color azul, pero todo cuanto había a pie de tierra era pardo: pardos los árboles, parda la tierra, pardas las hojas congeladas. Y hacía un frío inmisericorde. Avancé como buenamente pude treinta metros colina arriba y me detuve, con los ojos saliéndoseme de las órbitas, la respiración entrecortada y el corazón dando preocupantes saltos. Katz empezaba a rezagarse y resoplaba todavía con más fuerza que yo. Seguí caminando.

Fue infernal. Los primeros días de una caminata siempre lo son. Estaba muy falto de forma, completamente falto de forma. La mochila pesaba demasiado. Nunca me había enfrentado a nada tan difícil para lo que estuviese tan poco preparado. Solo dar un paso era un auténtico esfuerzo.

Cuando, pasada una eternidad, llegas a una zona en la que todo indica que de verdad estás en lo más alto, donde el aire huele a resina de pino y la

vegetación es dura, retorcida y doblada por efecto del viento, cuando llegas a la cumbre despejada... para entonces, por desgracia, ya no te importa nada. Te dejas caer boca abajo sobre una pared de gneis en pendiente, con el peso de la mochila empujándote contra la roca, y pasas algunos minutos allí tendido, mientras piensas de manera ausente, como en una experiencia extracorpórea, que nunca hasta entonces has contemplado un líquen tan de cerca; que nunca has mirado ningún elemento del mundo natural, en realidad, desde que tenías cuatro años y te regalaron tu primera lupa. Por último, con un resoplido de resignación, ruedas sobre ti mismo, descuelgas la mochila, te pones en pie como buenamente puedes y te das cuenta (de nuevo con esa sensación distante y ligeramente vertiginosa de no estar del todo donde estás) de que las vistas son sensacionales; ante ti se abre un panorama ilimitado de montes boscosos, jamás tocados por la mano del hombre, que se extienden hasta donde alcanza la vista. Bien podría ser el cielo. Es un espectáculo espléndido, sin duda, pero la idea que no deja de darte vueltas por la cabeza es que vas a tener que recorrer ese paisaje a pie... y que lo que ves no es más que una porción mínima de lo que tendrás que atravesar antes de terminar.

Comparas entonces tu mapa con la vista que tienes ante ti y compruebas que el sendero desciende hacia un escarpado valle (una garganta, en realidad, no muy diferente de los cañones por los que el Coyote se despeña antes o después en los dibujos animados del Correcaminos; gargantas con auténticos puntos de fuga) que te conducirá hasta el pie de otra colina aún más empinada e imponente que esta, y que, cuando hayas superado ese pico, que va a requerir de ti un esfuerzo absurdo, habrás recorrido 2,7 kilómetros desde el desayuno, cuando tus provisiones (calculadas despreocupadamente en torno a la mesa de la cocina y anotadas tras quizá tres segundos de reflexión) te exigen haber recorrido 14,3 kilómetros antes del almuerzo, 26 kilómetros para la hora de la merienda y distancias mucho mayores al día siguiente.

Por supuesto, todo eso lo tenía yo aún por delante. Aquel día solo tenía que atravesar cuatro montañitas fáciles y recorrer once kilómetros de sendero perfectamente señalizado en un día seco y despejado. No parecía mucho pedir. Fue un infierno.

No sé cuándo perdí contacto con Katz, pero tuvo que ser en las primeras dos horas. Al principio lo esperaba hasta que llegaba a mi altura, rezongando

sin cesar y deteniéndose cada dos o tres pasos para enjugarse la frente y contemplar con ojos torvos su futuro inmediato. Daba pena verle. Luego me dediqué a esperar hasta verle aparecer, para asegurarme de que seguía adelante, que no estaba caído en el camino, presa de convulsiones, ni había tirado su mochila harto de todo para ir a buscar a Wes Wisson. Lo esperaba, y lo esperaba, y antes o después veía aparecer su silueta entre los árboles, resollando y moviéndose con una lentitud increíble mientras hablaba consigo mismo amargamente en voz alta. Mediada la tercera gran pendiente (Black Mountain, 1.030 m) me detuve y lo estuve esperando un buen rato, y llegué a pensar en volver sobre mis pasos, pero finalmente opté por seguir adelante. Bastante tenía con lo mío.

Once kilómetros suenan a poco, pero no lo son, creedme. Con una mochila auestas no es fácil, ni siquiera para gente entrenada. ¿Sabéis lo que es estar en el zoo, o en un parque de atracciones, con un niño pequeño que se niega a dar un paso más? Al final cargáis con él a hombros y durante un ratito (un par de minutos) es casi divertido llevarlo ahí arriba, jugando a que lo vais a dejar caer o acercando su cabeza a algún saliente bajo antes de apartarla (si todo va bien) en el último momento. Pero luego empieza a ser incómodo. Notáis un pinchazo en el cuello, cierta rigidez entre los omóplatos, y esa sensación va a más hasta resultar decididamente insoportable, momento en el que le comunicáis a Jimmy que lo vais a tener que bajar.

Por supuesto, Jimmy se pone a berrear y decide que no da un paso más, y vuestra pareja os dedica esa mirada desdeñosa de «tendría que haberme casado con el futbolista», porque no habéis cargado con él ni cuatrocientos metros. Pero oye, que duele. Duele mucho. Es una situación que entiendo, creedme.

Bueno, pues ahora imaginad a *dos* Jimmys metidos en una mochila; o mejor, imaginad algo pesado pero inerte, algo que no quiere ser izado, algo que te deja bien a las claras que lo que quiere es yacer pesadamente en el suelo. Un saco de cemento, por ejemplo, o una caja de tratados de medicina; en cualquier caso, veinte kilos largos de intensa pesadez. Imaginad la sacudida que da la mochila al colgarla de los hombros, como el tirón de un ascensor al bajar. Imaginad lo que es caminar con ese peso durante horas y días, y no sobre caminos asfaltados llanos y con bancos, y puestos de

refrescos a intervalos apropiados, sino por una trocha desigual llena de piedras afiladas y raíces inamovibles y pendientes agotadoras que transfieren una carga inimaginable a tus pálidos y temblorosos muslos. Ahora echad la cabeza atrás (hacedlo, por favor, es lo último que voy a pedir) hasta que os notéis el cuello tenso, y fijad la vista en un punto a tres kilómetros de distancia. Esa es vuestra primera ascensión. Son 1.427 metros hasta la cima, y os quedan muchas más por delante. No me digáis que once kilómetros no es mucho.

Y así fue como seguí caminando durante horas, en mi pequeño mundo privado de agotamiento y dolor, colina tras imponente colina, a través de una interminable colección de árboles, sin dejar de pensar ni un instante que «ahora sí que tengo que haber hecho ya once kilómetros, ¿no?». Pero el sendero seguía ante mí.

A las tres y media trepé unos cuantos escalones tallados en el granito y me encontré en un amplio mirador rocoso: la cumbre del monte Springer. Me deshice de la mochila y me recosté pesadamente contra un árbol, asombrado por lo agotado que estaba. Las vistas eran espléndidas: ante mí tenía los montes Cohutta, perdiéndose en el horizonte tras una tenue bruma azulada, del color del humo de un cigarrillo. La puesta de sol estaba próxima. Descansé durante unos diez minutos y luego me puse en pie y miré a mi alrededor. Una placa de bronce atornillada a un peñasco anunciaba el arranque del sendero de los Apalaches, y cerca de él, en un poste, había una caja de madera, y en su interior un bolígrafo Bic atado a un cordel y un cuaderno de espiral con las hojas rizadas por la humedad. Aquel cuaderno era el registro de la ruta (por algún motivo lo había imaginado con aspecto más fúnebre, y encuadernado en cuero) y estaba repleto de animosas anotaciones, casi todas escritas con letra juvenil. Habría unas veinticinco páginas manuscritas desde el 1 de enero: ocho comentarios eran de aquel mismo día. La mayoría eran notas apresuradas y animadas («2 de marzo. Ya estamos aquí. ¡Qué frío hace! ¡Nos vemos en el Katahdin! Jaimie y Spud»), pero un tercio aproximadamente eran más largas y reflexivas, mensajes del estilo de: «Aquí estoy al fin, en el Springer. No sé lo que me han de deparar las próximas semanas, pero mi fe en el Señor se mantiene firme y sé que cuento con el amor y el apoyo de mi familia. Mamá, Pookie: este viaje es por



vosotras». Cosas así.

Estuve esperando a Katz tres cuartos de hora y luego bajé a buscarle. Empezaba a oscurecer, y ya refrescaba. Caminé y caminé colina abajo, entre los árboles sin fin, deshaciendo un camino que felizmente creía haber dejado atrás. Varias veces grité su nombre y me paré a escuchar, pero no oí nada. Seguí caminando, salvando árboles caídos que horas atrás me había costado un esfuerzo superar y descendiendo por pendientes que a duras penas recordaba. No dejaba de pensar que hasta mi abuela podía haber caminado hasta allí. Por fin, tras un recodo le vi avanzar renqueante hacia mí, despeinado y con un solo guante, y más próximo a la histeria de lo que nunca he visto a nadie.

Estaba tan furioso que se me hizo difícil conseguir que me contase la historia entera de manera coherente, pero entendí que en un arranque de furia había tirado parte de su equipaje por un precipicio. De la mochila no colgaba ya nada de lo que llevaba por fuera al comenzar, ni siquiera la cantimplora.

—¿Qué es lo que has tirado? —le pregunté, intentando que no me viera demasiado preocupado.

—Ya te digo lo que he tirado: la mierda más pesada. El salchichón, el arroz, el azúcar moreno, las latas de carne y yo qué sé qué más. Joder.

De puro cabreado, Katz estaba al borde de la catalepsia. Se comportaba como si se sintiese profundamente traicionado por el sendero. Supongo que no era lo que esperaba.

Vi uno de sus guantes tirado en el camino treinta metros más atrás y fui a recuperarlo.

—Venga —le dije cuando volví a su lado—, ya no queda mucho.

—¿Cuánto?

—Kilómetro y medio.

—Joder... —se quejó amargamente.

—Ya te llevo yo la mochila.

Me la eché a la espalda. No es que estuviese precisamente vacía, pero el peso era ahora moderado. A saber lo que habría tirado.

Trepamos mal que bien colina arriba y llegamos a la cima con la penumbra del anochecer. Unos pocos cientos de metros tras la cumbre había una zona de acampada con un refugio de madera en un claro del bosque

rodeado de negros árboles. Ya había allí un montón de gente, mucha más de la que esperaba encontrar tan al principio de la temporada. El refugio, una construcción muy básica cerrada por tres lados y con el tejado a un agua, parecía abarrotado, y por el claro se veían esparcidas una docena de tiendas de campaña. Aquí y allá se oía el silbido de los hornillos de gas y se veían las volutas de humo y vapor de la comida, y gente joven y desgarrada deambulando.

Busqué un espacio en el borde del claro, casi en el bosque, donde pudiéramos estar más tranquilos.

—No sé montar mi tienda... —dijo Katz con tono malhumorado.

—Ya te la monto yo —«..., niñato gordinflón».

De repente, me sentí muy cansado.

Katz se sentó en un tronco a ver cómo yo plantaba su tienda. Cuando terminé, metió dentro su estera y el saco de dormir, y a continuación Katz entró en ella a gatas. Me dedicué entonces a montar mi tienda y puse mucho esmero en convertirla en un pequeño hogar. Cuando terminé, me di cuenta de que en la tienda de Katz no se percibían movimiento o sonido algunos.

—¿Te has echado a dormir? —pregunté, incrédulo.

—Ajá —respondió con un gruñido afirmativo.

—¿Ya está? ¿Te retiras? ¿Sin cenar?

—Ajá.

Puede que pasase un minuto quieto, desconcertado, sin palabras, demasiado cansado para indignarme. Demasiado cansado para tener hambre, ya puestos. Me arrastré al interior de la tienda con una cantimplora y un libro, me dejé al alcance el cuchillo y la linterna para iluminarme y defenderme en la noche, y me metí en el saco de dormir más contento de tomar la horizontal de lo que jamás lo había estado hasta entonces. Tardé segundos en quedarme dormido. Creo que nunca he dormido mejor.

Cuando me desperté ya era de día. El interior de la tienda estaba cubierto de una escarcha escamosa muy llamativa: al cabo de un instante comprendí que eran los ronquidos de toda una noche condensados, congelados y pegados sobre la tela, como un álbum de recuerdos respiratorios. El agua de la cantimplora estaba congelada. Me pareció un detalle muy de machote, y la

examiné con interés, como si fuera un mineral desconocido. Me sentía muy cómodo en el saco, y no tenía ninguna prisa en forzarme otra vez a emprender la tontada esa de trepar colinas, así que me quedé tumbado, como si alguien me hubiese dado estrictas órdenes de no moverme. Pasado un rato percibí que Katz ya se movía en el exterior, gruñendo de vez en cuando por algún achaque y, por incongruente que pudiera parecer, afanándose en alguna actividad.

Uno o dos minutos más tarde se acuclilló junto a mi tienda. Su cuerpo dibujaba una sombra oscura sobre la tela. No me preguntó si estaba dormido, ni nada por el estilo. Se limitó a preguntarme con voz queda:

—Dime una cosa. ¿Puede ser que anoche estuviese hecho un imbécil de tomo y lomo?

—Puede ser, puede ser, Stephen.

Calló durante unos segundos.

—Estoy preparando café.

Interpreté que era su manera de disculparse.

—Muy amable por tu parte.

—Hace un frío de la leche aquí fuera.

—Aquí también.

—Se me ha congelado el agua de la cantimplora.

—Y a mí.

—¿Qué tal te sientes? —preguntó.

Flexioné las rodillas para comprobarlo.

—Pues la verdad es que no tan mal.

—Ni yo.

Vertió el agua en el cono del filtro.

—Hoy voy a ser bueno —me prometió.

—Me alegro.

Me asomé por encima de su hombro.

—¿Hay algún motivo especial por el que hayas decidido filtrar el café con papel higiénico?

—Ehh... A ver... Ayer tiré los filtros.

Proferí un ruido que no era exactamente una risa.

—No debían de pesar ni cincuenta gramos.

—Ya lo sé, pero para tirarlos eran fantásticos. Tenías que haberlos visto revolotear.

Eché otro chorrito de agua.

—Pero, bueno, el papel higiénico parece que sirve también.

Fue extraño, pero al ver cómo el papel higiénico filtraba el café nos sentimos orgullosos. Nuestro primer desayuno al aire libre. Me pasó una taza de café. Estaba lleno de posos y zurraspillas de papel rosado, pero estaba hirviendo, y eso era lo importante.

Katz me miró con aire compungido.

—También tiré el azúcar moreno, así que no hay azúcar para las gachas de avena.

Ah.

—Si te digo la verdad, tampoco hay copos de avena para las gachas. Los dejé en New Hampshire —le dije.

Se me quedó mirando.

—¿En serio? —Y luego añadió, para que quedase constancia—: Me encantan las gachas.

—¿Qué hay del queso?

Negó con la cabeza.

—Lo tiré.

—¿Los cacahuetes?

—Los tiré.

—¿Las latas de carne?

—No veas cómo las tiré.

Aquello empezaba a ponerse serio.

—¿Y la mortadela?

—Esa me la comí en Amicalola —dijo, como si hubieran pasado semanas desde entonces, y luego añadió haciendo una magnánima concesión—: Pero a mí me basta con un café y un par de Little Debbies.

Hice una mueca.

—También dejé en casa los Little Debbies.

Katz puso una cara muy larga.

—¿Que te los dejaste en casa?

Asentí, con cara de disculpa.

—Pero ¿todos?

Asentí. Katz resopló. Aquello era grave: iba a poner a prueba su prometido estoicismo. Decidimos que lo mejor que podíamos hacer era repasar nuestras existencias. Hicimos hueco en uno de los plásticos y pusimos en común nuestros víveres. El conjunto era muy austero: unos fideos, un paquete de arroz, pasas, café, sal, un buen surtido de barritas de chocolate y papel higiénico. Nada más.

Desayunamos una Snickers con el café, desmontamos el campamento, trastabillamos de lado al cargar con las mochilas y nos pusimos en camino.

—No me puedo creer que te dejases los Little Debbie's —dijo Katz, e inmediatamente empezó a rezagarse.



## 4

Un bosque no se parece a ningún otro espacio. Para empezar, es cúbico. Los árboles te rodean, se ciernen sobre ti por todas partes. El bosque obstruye cualquier vista y te deja confuso y desorientado. Consigue que te sientas pequeño, confundido y vulnerable, como un niño perdido en una marea de piernas de extraños. Plántate en un desierto, o en una pradera, y sabrás que estás en un espacio grande. Plántate en un bosque y solo podrás intuirlo. Los bosques son un no-lugar, vasto y desprovisto de rasgos definitorios. Y están vivos.

Vamos, que los bosques meten miedo. Más allá del temor de que puedan albergar animales salvajes y tiparracos con claras carencias genéticas y nombres como «Zeke» y «Festus», hay algo siniestro en ellos, algo inefable que, con cada paso, hace que percibas los malos presagios que flotan en el ambiente. Entonces es cuando tomas conciencia de que no estás en tu elemento y deberías ir con el oído atento. Te vas repitiendo que es ridículo, pero no puedes quitarte de encima la sensación de que alguien te observa. Te obligas a mantener la compostura (¡que es solo un bosque, por favor!) pero en realidad estás constantemente en el disparadero. Cualquier ruido inesperado (el crujido de una rama al caer, el trote de un ciervo que sale huyendo) te hace darte la vuelta, asustado, y a punto estás de suplicar clemencia a quien sea. Sea cual sea el mecanismo responsable de la adrenalina en tu interior, nunca hasta entonces ha estado tan a punto, tan preparado, tan dispuesto a descargar un buen chorro de neurotransmisores en tu sistema. Estás tenso como un resorte incluso mientras duermes.

Los bosques norteamericanos llevan trescientos años generando desasosiego. Henry David Thoreau, tan moralista como cansino, consideraba

que la naturaleza era algo espléndido, verdaderamente espléndido, siempre y cuando hubiese un pueblo a mano al que llegar paseando en busca de tartaletas y cerveza de alta graduación, pero en 1846, con ocasión de una visita al Katahdin, supo lo que era la espesura del bosque verdadero y la experiencia lo dejó sobrecogido. Aquel no era el mundo de huertos más o menos descuidados y senderos moteados por el sol que la población suburbana de Concord (Massachusetts) consideraba naturaleza agreste, sino un terreno hostil, opresivo, primigenio, un lugar «hosco y áspero [...] salvaje y aterrador», apropiado solo para «hombres de natural más próximo a las rocas y las bestias silvestres que nosotros». Según uno de sus biógrafos, aquel episodio lo dejó «casi histérico».

Pero también hombres mucho más recios que Thoreau, y más acostumbrados a la vida a la intemperie, se achantaban ante la extraña y palpable amenaza de los bosques. Daniel Boone (ese que no solo luchaba a brazo partido con osos, sino que intentaba ligar con sus hermanas) describió algunos recodos de los Apalaches meridionales como zonas «tan salvajes y espantosas que resulta imposible contemplarlas sin sentir pavor». Si Daniel Boone no las tenía todas consigo, es que hay que andarse con mucho cuidado.

Cuando los primeros europeos llegaron al Nuevo Mundo puede que hubiese 345 millones de hectáreas de terreno boscoso en los territorios correspondientes a los actuales Estados Unidos (exceptuados Alaska y Hawái). El bosque de Chattahoochee por el que avanzábamos Katz y yo era parte de una inmensa cubierta forestal que se extendía ininterrumpidamente desde el sur de Alabama hasta más allá de Canadá y desde la costa atlántica hasta las lejanas llanuras del río Misuri.

La mayor parte de ese bosque ha desaparecido, pero la porción que sobrevive es más impresionante de lo que imagina uno. El bosque de Chattahoochee es solo una parte de los 16 millones de hectáreas de terreno forestal propiedad del Estado que se extienden por cuatro estados hasta más allá de las Smokies. Sobre el mapa de Estados Unidos es poco más que una mota de verde, pero sobre el terreno sus dimensiones son colosales. Katz y yo necesitamos cuatro días para encontrar una carretera estatal, y no llegamos hasta una población hasta pasados ocho.

De modo que caminamos. Subimos montañas y atravesamos densas y



olvidadas espesuras, seguimos crestas solitarias con amplias vistas de otras crestas, pasamos por claros cubiertos de hierba y descendimos por cuestas pedregosas y serpenteantes. Y caminamos por kilómetros y kilómetros de bosque oscuro, profundo y silencioso, siguiendo un sendero irregular de medio metro escaso de ancho, señalado con marcas rectangulares blancas (cinco centímetros de ancho y quince de alto), dispuestas a intervalos sobre la corteza gris de los árboles. Si algo hicimos fue caminar.

Si lo comparamos con casi cualquier otro lugar del mundo desarrollado, Estados Unidos sigue siendo en buena parte un país de bosques. Una tercera parte de su superficie (de nuevo, excluyendo Alaska y Hawái) está cubierta de árboles: en total, 295 millones de hectáreas. Solo en Maine hay cuatro millones de hectáreas despobladas. Eso equivale a 40.000 kilómetros cuadrados, un área considerablemente más extensa que la de Bélgica, sin un solo residente habitual. Solo un dos por ciento del territorio estadounidense se considera completamente urbanizado.

El gobierno estadounidense es propietario de unos 97 millones de hectáreas, la mayor parte de las cuales (77 millones de hectáreas, distribuidas en 155 parcelas) están bajo el control del Servicio Forestal de Estados Unidos, que las cataloga como «bosques nacionales», «praderas nacionales» o «áreas nacionales de recreo». Todo esto suena sereno, virginal y ecológico, pero en realidad buena parte de las tierras gestionadas por el Servicio Forestal están clasificadas como «de uso múltiple», lo que da pie a interpretaciones muy generosas que permiten actividades de lo más ruidosas y variopintas (como minas y explotaciones petrolíferas y de gas; estaciones de esquí [hasta 137]; promociones urbanísticas; pistas para motonieves y vehículos todoterreno; y mucha, mucha, tala) que se antojan incompatibles con la serenidad de los bosques.

El Servicio Forestal es, no cabe duda, una institución extraordinaria. Mucha gente, al ver que su nombre incluye la palabra «forestal», da por supuesto que se ocupa de cuidar los árboles. Pero no es así, aunque ese era su objetivo original. La institución fue creada hace un siglo a modo de «banco de bosques», es decir, una reserva permanente de madera americana, cuando empezó a cundir la alarma ante el ritmo al que desaparecían los bosques del país. Su misión se cifraba en gestionar y proteger estos recursos nacionales.

No estaba previsto convertirlos en parques: las empresas privadas podrían obtener concesiones para extraer minerales y efectuar talas, pero se les obligaría a hacerlo de manera contenida, inteligente y sostenible.

En realidad, lo que el Servicio Forestal hace sobre todo es construir carreteras. No es broma. En los bosques nacionales de Estados Unidos hay 608.000 kilómetros de vías transitables. Por sí sola, esta cifra no dice mucho, pero pongámoslo así: multiplica por ocho el kilometraje total de la red de autopistas interestatales del país. Es el mayor sistema de carreteras del mundo controlado por una misma entidad. El Servicio Forestal cuenta con la segunda mayor plantilla de ingenieros de caminos de cualquier institución gubernamental del planeta. Decir que les gusta construir carreteras no permite intuir siquiera su dedicación a esta causa. Si se les enseña un bosquecillo cualquiera, lo primero que harán será contemplarlo pensativos durante un buen rato para a continuación decir: «Mira, ahí podríamos construir una carretera». El Servicio Forestal de Estados Unidos tiene como objetivo declarado construir 930.000 kilómetros adicionales de carretera hasta mediados del siglo XXI.

El motivo por el que el Servicio Forestal construye esas carreteras (más allá del placer que supone irse al bosque a hacer ruido con grandes máquinas amarillas) es que así permite a las empresas madereras privadas llegar hasta áreas de tala hasta entonces inaccesibles. De los 60 millones de hectáreas susceptibles de tala que controla el Servicio Forestal, unos dos tercios se consideran reserva para el futuro. El tercio restante (20 millones de hectáreas, es decir, dos veces la superficie de Ohio) está abierto a la explotación maderera. En él está permitido talar por completo amplísimas zonas, incluidas (por poner un ejemplo reciente y desolador) 84 hectáreas de secuoyas en el bosque nacional de Umpqua, en Oregón.

En 1987, el Servicio Forestal anunció como si nada que iba a permitir que intereses madereros privados arrasasen cientos de hectáreas de bosque al año en el venerable y frondoso bosque nacional de Pisgah, al borde mismo del parque nacional de las Great Smokies, y que un ochenta por ciento de esa actividad sería «ingeniería forestal» (deforestación pura y dura, para entendernos), lo que no solo hace daño a la vista en cualquier paisaje, sino que también genera amplias escorrentías descontroladas que empantanan el

terreno, privándolo de nutrientes y perturbando los ecosistemas existentes corriente abajo, en ocasiones a lo largo de varios kilómetros. Eso no es ingeniería. Es una violación.

Y pese a todo, el Servicio Forestal sigue funcionando. A finales de la década de 1980 (esto es tan extraordinario que casi me resulta insoportable) era el único agente de relevancia en la industria maderera estadounidense que talaba árboles a mayor velocidad de la que los replantaba; y lo que es peor, lo hacía con una ineficiencia casi ostentosa. Un ochenta por ciento de sus concesiones perdían dinero, en algunos casos enormes cantidades de dinero. Sirva como ejemplo un caso típico: el Servicio Forestal vendió pinos contortos centenarios del bosque nacional de Targhee (Idaho) por unos dos dólares la unidad, tras gastarse cuatro dólares por árbol en estudios de terreno, redacción de contratos y, por supuesto, construcción de carreteras. Entre 1989 y 1997, el servicio perdió una media de 242 millones de dólares al año, o lo que es lo mismo, casi dos mil millones de dólares, según la Wilderness Society<sup>[3]</sup>. Es todo tan descorazonador que lo voy a dejar ahí para volver junto a nuestros dos héroes solitarios, que avanzan todavía por el mundo perdido de Chattahoochee.

El bosque por el que caminábamos era en realidad poco menos que un adolescente. En 1890, Henry C. Bagley, un magnate del ferrocarril procedente de Cincinnati, llegó a este rincón de Georgia, contempló sus imponentes pinos blancos y álamos, y se sintió tan conmovido por su majestuosidad y abundancia que decidió talarlos todos. Eran mucho dinero. Además, el transporte de la madera a las fábricas del norte generaría negocio para sus trenes. Y así fue como, a lo largo de los treinta años siguientes, casi todas las colinas del norte de Georgia terminaron convertidas en soleados bosquecillos de tocones. Llegado 1920, los leñadores del sur cargaban 36,33 millones de metros cúbicos de madera al año. Hubo que esperar a la década de 1930 y la creación oficial del bosque de Chattahoochee para que la naturaleza volviese a la zona.

Hay una extraña violencia en suspensión en un bosque fuera de temporada. En cada calvero, en cada valle, parecía que acabara de producirse un cataclismo. Árboles caídos flanqueaban el camino cada cincuenta o sesenta metros; a menudo había grandes cráteres de tierra alrededor de sus

raíces expuestas. Otros muchos se pudrían a docenas tirados sobre las laderas, y me dio la impresión de que uno de cada tres o cada cuatro árboles se recostaba contra sus vecinos. Era como si se muriesen de ganas por caer, como si su único cometido en el esquema del universo fuese crecer lo suficiente para vencerse luego y astillarse con estruendo. Una y otra vez encontré en el camino árboles precariamente inclinados sobre el camino; en esos casos titubeaba, antes de encogerme para pasar por debajo, y a cada momento temía haber escogido un mal momento y acabar aplastado, e imaginaba que Katz llegaba junto a mí pocos minutos después y al verme patear decía: «Bryson, coño, ¿qué haces ahí debajo?». Pero no cayó ningún árbol. A mi alrededor, el bosque guardaba un inquietante silencio. A excepción del gorgoteo ocasional de algún arroyo y el casi imperceptible roce de las hojas sacudidas por la brisa, no se oía el más mínimo sonido.

El bosque estaba en silencio porque la primavera no había empezado todavía. Cualquier otro año nos habríamos encontrado con el vigoroso esplendor de la primavera en las montañas del Sur y habríamos caminado por un mundo renacido, fértil y radiante, acompañados por el zumbido constante de los insectos y el piar de los pájaros; un mundo rebosante de aire fresco y saludable, y del aterciopelado olor de la clorofila al abrirse paso por las hojas que despuntan en las ramas más bajas. Y sobre todo habría habido una asombrosa profusión de flores silvestres asomando en cada ramita y abriéndose paso valientemente entre el fértil lecho del suelo hasta alfombrar todas las laderas y riberas soleadas: lirios del bosque, flores de mayo, dicentras, raíces de dragón, mandrágoras, violetas, acianos blancos, ranúnculos y sanguinarias, flores de iris, farolillos, ocas y otras muchas maravillas casi incontables. Hay 1.500 variedades de flores silvestres en los Apalaches sureños, y 40 especies muy poco comunes solo en el norte de Georgia. El espectáculo que ofrecen alegra el corazón más encallecido. Pero aquel crudo marzo no se las veía. Caminábamos por un mundo frío y silencioso de árboles desnudos bajo un cielo de peltre y sobre un suelo duro como el hierro.

Nuestra rutina acabó siendo muy sencilla. Cada mañana nos levantábamos al alba, tiritando y frotándonos los brazos, preparábamos el café, desmontábamos el campamento, comíamos un par de puñados de pasas

y seguíamos camino por el silencioso bosque. Caminábamos desde las siete y media hasta las cuatro, aproximadamente. Rara vez íbamos juntos (cada uno tenía un ritmo diferente) pero cada dos horas, más o menos, yo me sentaba en un tronco, atento siempre a la posible aparición de un oso o un jabalí entre la maleza, y esperaba a que Katz me alcanzase, para asegurarme de que todo iba bien. En ocasiones pasaban otros caminantes que me contaban por dónde andaba Katz y qué tal iba (la respuesta era casi siempre: lento pero constante). El camino se le hacía mucho más duro a él que a mí, y en su defensa tengo que decir que intentaba no quejarse. En ningún momento se me olvidaba que no había venido obligado.

Pensaba que nos habríamos anticipado a las multitudes, pero desperdigados por el camino coincidimos con un buen número de excursionistas: tres estudiantes de la Rutgers University, de Nueva Jersey; una pareja ya mayor y sorprendentemente en forma con mochilas diminutas de camino a la boda de su hija en la lejana Virginia; Jonathan, un chaval torpón de Florida... En total, un par de docenas de personas, todas con rumbo norte en aproximadamente la misma zona de la ruta. Dado que todos caminamos a ritmos diferentes y descansamos a intervalos distintos, tres o cuatro veces al día acabas reencontrándote con algunos de tus compañeros de caminata, si no todos, especialmente en la cima de las colinas con mejores vistas o junto a arroyos de aguas claras, y sobre todo en los refugios de madera que íbamos encontrando en el camino, dispuestos aparentemente (aunque no siempre en la práctica) a un día de camino unos de otros en un claro algo apartado del sendero. De esa forma, uno llega a conocer a los compañeros de ruta, siquiera superficialmente, y bastante más si coincide con ellos cada noche en los refugios. Acabas formando parte de un grupo informal, una colección dispersa de gente con la que te llevas bien, gente de edades y extracciones sociales muy diversas pero que comparten contigo el mismo tiempo, las mismas incomodidades, los mismos paisajes, la misma excentricidad que te empuja a querer caminar hasta Maine.

Aun así, el bosque ofrece muchas oportunidades de quedarse a solas, incluso en horas punta, y viví largos periodos de perfecta soledad en los que no veía un alma durante largos periodos de tiempo; a menudo pasaba que me sentaba a esperar a Katz un buen rato sin que pasase ningún otro

excursionista. En esos casos acababa soltando la mochila e iba a su encuentro, algo que siempre lo alegraba. A veces venía con mi bastón en la mano, porque yo lo había olvidado apoyado contra un árbol mientras me ataba los cordones o me ajustaba la mochila. Cuidábamos el uno del otro. Era muy agradable. No hay otra manera de expresarlo.

Llegadas las cuatro, más o menos, buscábamos un sitio en el que acampar y plantar las tiendas. Uno de nosotros iba a buscar agua y la filtraba mientras el otro preparaba un pegote pegajoso y humeante de fideos. A veces hablábamos, pero las más de las veces manteníamos una especie de cordial silencio. Hacia las seis, el frío y el cansancio nos empujaban a las tiendas. Katz, al parecer, se dormía de inmediato. Yo pasaba una hora más o menos leyendo a la luz de mi extrañamente ineficaz lámpara de minero, cuyo foco dibujaba caprichosos círculos concéntricos sobre la página, como el faro de una bicicleta, hasta que me entraba frío en los hombros y los brazos, cansados además de sostener el libro en ángulos extraños para capturar la luz temblorosa. Me quedaba entonces a oscuras y me tumbaba a escuchar el bosque de noche, los suspiros y los revoleos del viento y de las hojas, el pesado crujir de las ramas, el sinfín de murmullos y movimientos, similar al de una sala de convalecientes en un hospital, hasta que finalmente caía profundamente dormido. Por la mañana nos despertábamos tiritando y frotándonos los brazos, repetíamos todas las tareas cotidianas, llenábamos las mochilas, nos las echábamos a la espalda y volvíamos a adentrarnos en la espesura del bosque.

A la cuarta tarde hicimos una amistad. Estábamos sentados en un claro muy agradable junto al sendero, con las tiendas ya plantadas, comiendo fideos y disfrutando del placer exquisito de estar sentados, cuando por el camino llegó una mujer joven y entrada en carnes, con gafas y una chaqueta roja, además de la ya habitual mochila sobredimensionada. Nos miró con los ojillos apretados de quien vive en permanente confusión o no ve demasiado bien. Intercambiamos saludos y las banalidades habituales sobre el tiempo y el lugar en el que nos encontrábamos. Luego escudriñó el avance de la penumbra y anunció que acamparía con nosotros.

Se llamaba Mary Ellen. Venía de Florida, y era (por usar la expresión con la que Katz se ha referido desde entonces a ella con asombro) todo un

personaje. Hablaba sin parar, excepto cuando se desbloqueaba las trompas de Eustaquio (cosa que hacía a menudo) tapándose la nariz y soltando una serie de violentos resoplidos, un trompeteo de esos que obligan al perro a saltar del sofá y buscar refugio bajo una mesa en otra habitación. Hace tiempo que asumí que Dios, en sus designios, ha decidido que tengo que tratar uno por uno con los grandes tontos de este mundo, y Mary Ellen era la prueba palpable de que ni siquiera en la espesura de los Apalaches me iba a librar de mi sino. Desde el primer momento quedó muy claro que era una tía muy rara.

—¿Qué estáis comiendo? —preguntó mientras se dejaba caer en uno de los troncos libres y levantaba la cabeza para curiosear nuestros cuencos—. ¿Fideos? Supererror. Los fideos no tienen nada, nada, de energía. Pero como cero de energía.

Y se destapó los oídos.

—¿Eso es una tienda Starship?

Miré mi tienda.

—No lo sé.

—Megaerror. En la tienda de acampada debieron de verte cara de pardillo. ¿Cuánto pagaste por ella?

—No lo sé.

—Pagaste de más, ya te lo digo yo. Deberías haber comprado una tienda de tres estaciones.

—Es una tienda de tres estaciones.

—Perdona que te diga, pero hay que ser tonto para venir aquí en marzo sin una tienda de tres estaciones.

Y se volvió a destapar los oídos.

—Es una tienda de tres estaciones.

—Suerte tienes de no haberte congelado todavía. Deberías volver y pegarte con el tío que te la vendió, porque venderte algo así es... es antirresponsable.

Se destapó los oídos y sacudió impaciente la cabeza.

—Eso sí que es una tienda de tres estaciones.

Señalaba la tienda de Katz.

—Es exactamente la misma tienda.

Volvió a mirarla.

—Bueno, eso. ¿Cuántos kilómetros lleváis hechos hoy?

—Unos dieciséis.

En realidad habían sido trece y medio, pero con varias rampas muy escarpadas, y en concreto una pared infernal conocida como el monte Springer por la que nos habíamos recompensado con esos kilómetros de bonificación a efectos de mantener la moral.

—¿Dieciséis kilómetros? ¿Solo? Tenéis que estar en muy mala forma. Yo llevo hechos veintidós ochocientos.

—Y tus labios, ¿cuántos llevan ya? —preguntó Katz, apartando la mirada de sus fideos.

Ella lo miró con su seriedad habitual.

—Los mismos que yo, claro.

Me miró en un aparte, como diciendo: «¿A tu amigo le pasa algo? ¿Es así de raro?». Luego se destapó los oídos.

—Empecé en Gooch Gap.

—Nosotros también. Son solo trece y medio.

Sacudió la cabeza de golpe, como espantando a una mosca muy insistente.

—Veintidós ochocientos.

—De verdad que no, son trece y medio.

—Perdona, pero vengo de caminarlos. Creo que sé de lo que hablo.

Y luego, cambiando de tema:

—Oye, ¿esas son unas botas Timberland? Supererror. ¿Cuánto pagaste por ellas?

Y así una y otra vez. Al final me fui a limpiar los platos y colgar la bolsa de la comida. Cuando volví me la encontré preparando su cena pero hablando todavía con Katz.

—¿Sabes cuál es tu problema? —le estaba diciendo—. Perdona que te lo suelte así, pero estás demasiado gordo.

Katz se la quedó mirando, entre sereno y sorprendido.

—¿Cómo dices?

—Que estás muy gordo. Deberías haber perdido peso antes de venir. Haber entrenado algo, porque aquí, en el bosque, te puede dar eso del corazón.



—¿Eso del corazón?

—Sí, eso de que se te para el corazón y te mueres y tal.

—¿Te refieres a un ataque al corazón?

—Eso.

Mary Ellen, a todo esto, también estaba de buen año, y no se le ocurrió mejor momento que aquel para agacharse a sacar algo de su mochila, dejando al descubierto unas posaderas sobre las que bien se habrían podido proyectar películas en, pongamos por caso, una base del ejército. Fue interesante ver la capacidad de aguante de Katz puesta a prueba. No dijo nada, pero se puso en pie para ir a mear y cuando pasó a mi lado soltó por lo bajini un exabrupto ahogado de tres sílabas, como los pitidos de un tren de noche.

A la mañana siguiente, como siempre, nos despertamos ateridos y con mal cuerpo, y empezamos a atender las tareas habituales, pero esta vez con la tensión añadida de tener a alguien observando y evaluando cada movimiento. Mientras comíamos nuestras pasas y bebíamos café con trocitos de papel higiénico, Mary Ellen se dio un banquetazo con gachas, Pop Tarts, frutos secos y una docena de pastillas de chocolate que dispuso en una hilera sobre el tronco junto a ella. La observamos como huérfanos refugiados mientras se empapuzaba y nos ilustraba sobre las deficiencias de nuestra dieta, nuestro equipamiento y nuestra masculinidad en general.

Luego, convertidos en trío, nos adentramos en el bosque. Mary Ellen caminaba a veces conmigo y a veces con Katz, pero siempre con uno de los dos. Resultaba evidente que, pese a sus baladronadas, tenía poquísima experiencia y ninguna aptitud para el senderismo (no tenía ni la menor idea de cómo se lee un mapa, por ejemplo), y que yendo sola se encontraba muy incómoda en el bosque. No pude por menos que sentir algo de pena por ella. Además, me empezaba a resultar extrañamente entretenida. Tenía una habilidad especial para las redundancias. Decía cosas como «ahí hay un arroyo de agua» y «son casi las diez a.m. de la mañana». Una vez, hablando de los inviernos en el centro de Florida, me dijo muy solemne que «solemos tener heladas una o dos veces cada invierno, pero este año ha habido un par». Katz, por su parte, aborrecía su compañía y torcía el gesto ante sus incesantes apremios a que acelerase el paso.

Recorrimos los siete kilómetros de subidas y bajadas del Blood Mountain,

con sus 1.359 metros la cima más alta y dura del sendero en Georgia, y luego emprendimos un empinado y emocionante descenso de tres kilómetros hacia Neels Gap. Emocionante porque en Neels Gap había una tienda en un local llamado Walasi-Yi Inn en el que se podían comprar bocadillos y helados. A eso de la una y media oímos los desacostumbrados sonidos del tráfico a motor y pocos minutos después salimos a la US Highway 19/129, que, pese a su numeración, no era más que una carreterita secundaria, un puerto de montaña entre dos nadas boscosas. Al otro lado de la carretera estaba el Walasi-Yi Inn, un espléndido edificio de piedra construido por el Cuerpo de Conservación Civil (una especie de ejército de desempleados) durante la Gran Depresión que albergaba ahora una tienda de equipamiento de montaña, un súper, una librería y un albergue, todo en uno. Nos apresuramos a cruzar la carretera (no miento si digo que lo hicimos a la carrera) y entramos en él.

Bien: puede que suene poco creíble si digo que cosas como una carretera asfaltada, el zumbido de los coches al pasar y un edificio de verdad pueden resultar atractivos y desacostumbrados tras unos míseros cinco días viviendo a la intemperie, pero así era. Solo el hecho de cruzar una puerta, de estar en un interior, rodeado de paredes y un techo, era una experiencia nueva. Y lo que tenían en el Walasi-Yi era... era... Me faltan palabras para describir lo maravilloso que era. Había una nevera de tamaño no muy grande llena de bocadillos recién hechos, refrescos, cartones de zumo y productos perecederos, como quesos. Y Katz y yo nos quedamos mirándola durante un buen rato, casi atontados. Empezaba a comprender que el rasgo definitorio de la vida en el sendero de los Apalaches eran las privaciones, que el objetivo final de la experiencia es alejarse hasta tal punto de las comodidades de la vida cotidiana que hasta las cosas más comunes (el queso industrial, una lata de refresco sobre la que se condensan como perlas preciosas gotitas de agua) merecen asombro y gratitud. Probar una Coca-Cola como si fuera la primera vez y conocer el sabor casi orgásmico del pan blanco son experiencias embriagadoras, hacen que todas las incomodidades hayan valido la pena, os lo digo yo.

Katz y yo compramos cada uno dos bocadillos de ensalada con huevo, patatas fritas, chocolatinas y refrescos, y nos fuimos a una mesa de *picnic* de la parte trasera para devorarlo todo ruidosamente y con fruición, y luego

volvimos a la nevera para admirarla un poco más. Comprobamos que el Walasi-Yi ofrecía otros servicios a los senderistas de verdad por un módico precio: lavandería, duchas, alquiler de toallas... Dijimos que sí a todo como glotones. La ducha era una antigualla con poca presión, pero el agua salía caliente; nunca, y cuando digo nunca lo digo en serio, he disfrutado tanto al cuidar de mi higiene. Contemplé con satisfacción como cinco días de mugre caían por mis piernas arrastrados por el agua hacia el sumidero y comprobé, asombrado y agradecido, que mi cuerpo era ahora visiblemente más esbelto. Hicimos dos coladas, fregamos las tazas, los platos, los cazos y las sartenes, compramos y enviamos postales, llamamos a casa e hicimos acopio de provisiones frescas y envasadas en la tienda.

Al frente del Walasi-Yi estaban un inglés llamado Justin y su esposa estadounidense, Peggy, y durante nuestras idas y venidas durante la tarde fuimos pegando la hebra con ellos. Peggy me contó que desde el 1 de enero habían pasado por allí más de mil excursionistas, pese a que la temporada de verdad todavía no había empezado. Eran una pareja muy amable, y me llevé la sensación de que Peggy en particular dedicaba buena parte de su tiempo a convencer a la gente de que no abandonara. El día anterior, un joven procedente de Surrey les había pedido que llamasen un taxi que lo condujese a Atlanta. Peggy estuvo a punto de convencerlo de que perseverara y lo intentara una semana más, pero al final el otro se hundió y entre sollozos pidió de corazón que le dejaran volver a casa.

Yo, por mi parte, sentía por primera vez que de verdad tenía ganas de continuar. El sol brillaba. Me sentía limpio y fresco. Teníamos comida de sobra en la mochila. Había hablado por teléfono con mi esposa y sabía que todo iba bien. Y sobre todo empezaba a sentirme en forma. Estaba seguro de haber perdido al menos cuatro kilos. Estaba listo. Katz también estaba reluciente y parecía muy animado. Empaquetamos nuestras compras en el porche y en ese preciso instante constatamos jubilosos que Mary Ellen ya no formaba parte de nuestra comitiva. Metí la cabeza en la tienda y pregunté si la habían visto.

—Creo que salió hará una hora —dijo Peggy.

Las cosas se ponían cada vez mejor.

Pasaban de las cuatro cuando nos pusimos en marcha. Justin nos había

dicho que a una hora de allí había un prado natural, ideal para acampar. El sendero resultaba especialmente atractivo a la última luz de la tarde (los árboles dibujaban largas sombras sobre el suelo y abrían amplias vistas de un valle atravesado por un río y, a lo lejos, unas montañas negras como tizones), y el prado era efectivamente ideal para acampar. Plantamos nuestras tiendas y sacamos los sándwiches, las bolsas de patatas y los refrescos que habíamos comprado para la cena.

Y entonces, con tanto orgullo como si las hubiese horneado yo mismo, saqué una pequeña sorpresa: dos bolsitas de magdalenas Hostess.

A Katz se le iluminó la cara como a los niños cumpleaños en los cuadros de Norman Rockwell.

—¡Anda!

—No tenían Little Debbies —me disculpé.

—Eh... —dijo—. Oh...

Le fallaban las palabras. A Katz le encantaban todos los bollitos y pastelitos.

Entre los dos nos comimos tres magdalenas y dejamos la cuarta en el tronco para admirarla y comérmola luego. Allí tumbados, recostados contra unos troncos, eructamos, fumamos y nos sentimos descansados y contentos; por una vez estábamos hablando. Era, en suma, todo lo que había imaginado en los momentos de mayor optimismo en casa, pero justo entonces a Katz se le escapó un gruñido. Busqué el punto hacia el que miraba y vi a Mary Ellen caminando a buen paso por el sendero en dirección contraria.

—Ya me estaba preguntando dónde os habríais metido —nos regañó—. Sois muy lentos, pero que mucho. Podríamos llevar otros siete kilómetros hechos... Oye, ¿eso de ahí es una magdalena Hostess?

Antes de que pudiera decir nada, o de que Katz pudiese blandir un tronco para aplastarla, ya había dicho: «Pues no os digo que no», y se la zampó de dos bocados. Katz no volvió a sonreír en varios días.



## 5

—¿De qué signo sois? —preguntó Mary Ellen.

—Cunnilingus —respondió Katz, que parecía profundamente infeliz.

Ella se lo quedó mirando.

—Ese no lo conozco.

Puso cara de «hay que ver qué cosas...» y continuó:

—Pensaba que los conocía todos. El mío es libra. —Se volvió hacia mí —. ¿Y el tuyo?

—No lo sé. —Intenté que se me ocurriera algo—. Necrofilia.

—Tampoco lo conozco. Oye, ¿os estáis riendo de mí?

—Sí.

Dos noches más tarde, habíamos acampado en Indian Grave Gap, una zona en alto encajada entre dos impresionantes cumbres, la una de agotador recuerdo, la otra descorazonadora a la vista. Habíamos recorrido 35 kilómetros en dos días, una distancia más que respetable para nosotros, pero flotaba en el aire una sensación incómoda, anticlimática, algo así como la lasitud de la media montaña. Pasábamos los días haciendo exactamente lo que habíamos hecho en días anteriores y lo que volveríamos a hacer en días venideros, sobre el mismo tipo de colinas, a lo largo de la misma trocha serpenteante y del mismo bosque interminable. La vegetación era tan espesa que rara vez había vistas, y cuando las había era de colinas infinitas cubiertas de más árboles. Me desanimó comprobar que volvía a estar mugriento, y rabioso por probar el pan blanco. Y a eso había que añadir la presencia constante y parlanchina de Mary Ellen, asombrosa en su imbecilidad.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —me preguntó.

—Ocho de diciembre.

—Eso es virgo.

—Sagitario, en realidad.

—Da igual. —Y luego, sin venir a cuento—: Jolín, qué mal oléis.

—Bueno, es que hemos estado caminando.

—Yo no sudo. No sudo nunca. Y tampoco sueño.

—Todo el mundo sueña —dijo Katz.

—Pues yo no.

—Excepto las personas de inteligencia excepcionalmente baja. Es un hecho científico.

Mary Ellen se lo quedó mirando un momento, carente de toda expresión, y luego dijo, sin dirigirse a nadie en concreto:

—¿Alguna vez habéis tenido ese sueño en el que estáis en el cole y de repente miras para abajo y no llevas ropa? —Se estremeció—. Ese lo odio.

—Pensaba que no soñabas —dijo Katz.

Volvió a mirarle fijamente durante mucho tiempo, como intentando recordar dónde podría haberle visto antes.

—Y el de caer —añadió, impertérrita—. Ese también lo odio. Ese que te caes como en un agujero y caes y caes sin parar.

Se estremeció un instante y a continuación se desbloqueó ruidosamente los oídos. Katz la observaba con aburrido interés.

—Conozco a un tío que hizo eso una vez y se le saltó un ojo —dijo.

Ella lo miró dudosa.

—El ojo rodó por todo el salón y al final se lo comió el perro. ¿Verdad, Bryson?

Asentí.

—Os lo estáis inventando.

—Que no. Atravesó rodando todo el salón y antes de que nadie pudiera hacer nada el perro se lo tragó de un bocado.

Confirmé el dato asintiendo con la cabeza. Mary Ellen valoró el asunto unos instantes.

—¿Y qué hizo vuestro amigo con la cuenca del ojo? ¿Tuvo que ponerse un ojo de cristal o qué?

—Pues le habría gustado, pero su familia era más bien pobre, y al final lo que hizo fue pintar un ojo en una pelota de *ping-pong* y ponérsela.

—Buaj —dijo Mary Ellen en voz baja.

—Por eso te lo digo, yo que tú no me destapaba los oídos más.

Volvió a darle vueltas al asunto.

—Igual tienes razón —dijo finalmente, y se destapó los oídos.

Durante los pocos momentos que teníamos en privado, cuando Mary Ellen se perdía en la maleza para ir a hacer pis, Katz y yo acordamos en secreto que al día siguiente caminaríamos los 22 kilómetros que nos separaban de Dicks Creek Gap, donde había una carretera que conducía hasta la ciudad de Hiawassee, 17 kilómetros más al norte. Caminaríamos hasta aquel punto o moriríamos en el intento y luego intentaríamos hacer autoestop para llegar a Hiawassee a tiempo de cenar y poder pernoctar en un motel. El plan B pasaba por matar a Mary Ellen y robarle los Pop Tarts.

Al día siguiente marchamos, marchamos de verdad, desconcertando a Mary Ellen con nuestras decididas zancadas. En Hiawassee había un motel (¡Con sábanas limpias! ¡Y una ducha! ¡Y televisor en color!) y una amplia variedad de restaurantes. No hacía falta más incentivo para avivar el paso. Katz flaqueó durante la primera hora, y hacia mediodía yo también estaba cansado, pero continuamos adelante muy decididos. Mary Ellen fue rezagándose cada vez más, hasta ir incluso por detrás de Katz. Fue como un milagro en las colinas.

Hacia las cuatro en punto, cansado y acalorado, y con la cara surcada por churretes de sudor polvoriento, dejé atrás el bosque y puse pie en la cuneta de la US Highway 76, un río de asfalto a través del bosque, y me fijé con placer en que la carretera era ancha y relativamente importante. A poco más de medio kilómetro carretera adelante había un claro en la espesura y el acceso a una casa, tenue indicio de civilización. Luego, la carretera se perdía a lo lejos entre curvas. Varios coches pasaron a mi lado mientras pensaba en todo esto.

Katz asomó entre los árboles pocos minutos más tarde, perdida la mirada y alborotados los cabellos, y le obligué a cruzar la carretera pese a sus protestas de que necesitaba sentarse inmediatamente. Quería intentar que nos recogieran antes de que Mary Ellen apareciese y lo estropease todo. No sé cómo podría haberlo estropeado, pero era capaz, estaba seguro.

—¿La has visto? —pregunté preocupado.

—A varios kilómetros de aquí, sentada en una roca. Se había quitado las



botas para frotarse los pies. Parecía muy cansada.

—Mejor.

Katz se dejó caer sobre su mochila, sucísimo y agotado, y yo me quedé de pie junto a la cuneta con el pulgar puesto, intentando transmitir honradez y respetabilidad, y rezongando por lo bajo con cada coche y camioneta que pasaba de largo. Hacía veinticinco años que no intentaba viajar a dedo, y la experiencia fue una ligera cura de humildad. Los coches pasaban rápidos (rapidísimos para los habitantes del planeta Peatón) y apenas nos dedicaban una mirada. Algunos se acercaban más lentamente, ocupados siempre por personas mayores (cabecitas blancas que a duras penas asomaban por la ventanilla) que nos miraban sin simpatía o expresión alguna, como quien observa vacas en un prado. Parecía poco probable que nadie fuese a parar. Yo mismo no habría parado a recogernos.

—No nos va a recoger nadie —se desesperó Katz después de quince minutos de ver cómo los coches pasaban de largo.

Tenía razón, claro, pero siempre me exasperaba la facilidad con la que se rendía ante todo.

—¿Te importaría ser un poco más optimista? —dije.

—Vale. Creo con todo optimismo que no nos va a recoger nadie. Pero es que míranos...

Se olisqueó asqueado el sobaco.

—Joder, si es que parezco la nevera del Carnicero de Milwaukee.

Existe un fenómeno, conocido como «la magia del sendero», al que aluden con reverencia todos los que transitan por él, y que consiste en que a menudo, cuando más negras parecen ponerse las cosas, llega una feliz casualidad que lo devuelve a uno al plano celestial. En nuestro caso se materializó en forma de un Pontiac TransAm azul celeste que pasó a nuestro lado a todo correr y luego se detuvo con un frenazo en la cuneta a unos cien metros de donde estábamos, rodeado por una nube de polvo. Había parado tan lejos de donde estábamos que no creímos que fuese por nosotros, pero entonces metió la marcha atrás y vino a nuestro encuentro, medio por la calzada y medio por la cuneta, muy deprisa y sin demasiado control. Yo me quedé quieto, sin poder moverme. El día anterior les habíamos oído contar a un par de experimentados senderistas que a veces, en el Sur, los conductores

se tiran a por los autoestopistas que están siguiendo el sendero, o bien arrollan con el coche sus mochilas por hacer la broma, y pensé que ese era uno de aquellos momentos. Ya estaba a punto de saltar en busca de cobijo, y también Katz se aprestaba a levantarse, cuando el coche se detuvo ante nosotros con otra sacudida y otra nube de polvo. Por la ventanilla del asiento del pasajero asomó la cabeza de una chica joven.

—¿Queréis que os llevemos? —preguntó.

—Sí, se lo agradeceríamos —dijimos nosotros, con nuestros mejores modales.

Corrimos hasta el coche con las mochilas y nos agachamos para mirar por la ventanilla; nos encontramos con una pareja joven, muy hermosa, muy alegre y muy bebida. No tendrían más de dieciocho o diecinueve años. La chica estaba llenando dos vasos de plástico con una botella de Wild Turkey bastante vacía.

—¡Hola! —dijo—. Subid.

Titubeamos. El coche estaba lleno casi hasta los topes de trastos: maletas, cajas, bolsas de plástico negro, perchas de ropa... El coche era pequeño de por sí, y apenas cabían ya en él.

—Darren, ¿por qué no les haces un poco de sitio a estos señores? —ordenó la joven, y a continuación, dirigiéndose a nosotros, dijo—: Él es Darren.

Darren bajó del coche, saludó con una sonrisa, abrió el maletero y se quedó mirándolo confuso mientras por su mente se abría paso poco a poco la constatación de que también el maletero estaba lleno a reventar. Estaba tan borracho que por un momento pensé que se quedaría dormido de pie, pero consiguió despabilarse y, tras encontrar algo de cuerda, ató con bastante destreza nuestras mochilas al techo. Luego, haciendo caso omiso de las firmes instrucciones y consejos de su pareja, fue revolviendo el contenido del asiento trasero del coche hasta crear una pequeña cavidad en la que Katz y yo entramos como pudimos, mientras jadeábamos excusas y palabras de sincero agradecimiento.

La chica se llamaba Donna, e iban de camino a algún poblacho de nombre atroz (Turkey Balls Falls, o Coon Slick, algo así) a unos ochenta kilómetros de allí, pero no les costaba nada dejarnos en Hiawassee..., eso si

no nos mataban antes. Darren conducía a 204 kilómetros por hora con un dedo en el volante, sacudiendo la cabeza al ritmo de una canción que iba oyendo en su cabeza, mientras Donna se retorció en su asiento para hablarnos. Era una chica muy guapa, pero guapa a rabiar.

—Ya nos perdonaréis, es que estamos de celebración.

Levantó el vaso de plástico como para brindar.

—¿Qué celebráis? —preguntó Katz.

—Mañana nos casamos —anunció ella, orgullosa.

—Hay que ver —dijo Katz—. Enhorabuena.

—Ajá. Aquí Darren me lleva al altar.

Le alborotó el pelo y luego, impulsivamente, se le echó encima para darle un beso en un lado de la cabeza, un beso que se prolongó y fue ladeándose hasta resultar francamente lascivo, y luego, de propina, le echó mano a algún lugar inesperado. Eso fue al menos lo que dedujimos, porque de repente Darren se golpeó la cabeza con el techo y se desvió durante un sobrecogedor tramo por el carril contrario. Donna se volvió entonces hacia nosotros con una mirada mitad entornada mitad pícara que parecía decir: «¿Quién es el siguiente?». Daba la impresión, pensamos Katz y yo más adelante, de que Darren se había metido en una buena, aunque luego concluimos que seguramente valía la pena.

—Oye, probad esto —nos propuso Donna de repente, cogiendo la botella por el gollete y buscando vasos sueltos por el suelo.

—No, no, gracias —dijo Katz, pero se lo veía tentado.

—Vengaaaaaaa —lo animó ella.

Katz levantó la palma de la mano.

—Es que ya no bebo.

—¿En serio? Enhorabuena. Brindemos por ello.

—No, en serio.

—¿Y tú qué? —me dijo entonces.

—Ah, no, gracias.

No habría podido desencajar los brazos, que colgaban ante mí como los de un tiranosaurio, ni aunque me hubiese apetecido un trago.

—No lo habrás dejado tú también, ¿no?

—Pues algo así.

Había decidido que, por solidaridad, me abstendría de beber alcohol durante el viaje.

Donna se nos quedó mirando.

—¿Qué pasa, sois mormones o algo así?

—No, excursionistas.

Asintió pensativa, satisfecha con la respuesta, y echó un trago. Luego hizo que Darren diese otro respingo.

Nos dejaron en el motel Mull's de Hiawassee, un establecimiento anticuado, anodino y claramente no integrado en ninguna cadena, en un recodo de la carretera cerca del centro del pueblo. Les dimos muchas gracias, pasamos por el paripé de intentar darles dinero para gasolina, dinero que rechazaron de plano, y finalmente presenciamos cómo Darren se reincorporaba a la carretera como impulsado por un lanzacohetes. Me pareció ver que se golpeaba la cabeza contra el techo otra vez, antes de desaparecer tras una pequeña loma.

Y allí nos vimos, solos con nuestras mochilas, en el despoblado aparcamiento de un motel en un poblacho polvoriento y dejado de la mano de Dios en el norte de Georgia. Un título que les pasa por la cabeza a todos los excursionistas que llegan al norte de Georgia es *Deliverance*<sup>[4]</sup>, la novela publicada por James Dickey en 1974 y posteriormente llevada a la pantalla. Por si alguien no recuerda el argumento, cuatro residentes de Atlanta deciden pasar un fin de semana bajando en canoa por el ficticio río Cahulawasee (basado en el vecino río Chattooga) y pronto se ven considerablemente fuera de su elemento. «Todas las familias que conozco por allí tienen al menos un pariente en la cárcel», apunta uno de los personajes mientras se dirigen al río, en evidente premonición de lo que les espera. «Algunos por destilar licor o por traficar con él, pero la mayoría por asesinato. Lo de matar no les parece gran cosa.» Y así sucede, claro: nuestro cuarteto urbano se ve sucesivamente sodomizado, asesinado y cazado por un puñado de dementes habitantes de la zona.

En las primeras páginas del libro, Dickey hace que sus personajes se detengan en una aldea «adormilada y fea, comida por los parásitos», que hasta donde yo sé bien podría haber sido Hiawassee. De lo que no cabe duda es que el libro se desarrolla en esta región del estado, y que la película se

rodó en la zona. El famoso albino que tocaba el tema *Dueling Banjos* en la película vive al parecer todavía en Clayton, siguiendo un poco carretera abajo.

Como cabría esperar, tras su publicación, el libro de Dickey despertó encendidas críticas en el estado (un comentarista dijo de él que era «la más degradante caracterización de la población montañesa del Sur de toda la literatura moderna», lo que en, el fondo, se quedaba corto), pero hay que decir también que los habitantes del norte de Georgia llevaban ya 150 años sobrecogiendo a la gente. Un cronista del siglo XIX describía a los moradores de la región como «animales altos y delgados de aspecto cadavérico, tan melancólicos y haraganes como un bacalao hervido», mientras que otros no tenían ambages en utilizar términos como «depravados», «groseros», «inciviles» y «retrógrados» para referirse a la poco sociable y subdesarrollada población de los profundos y oscuros bosques, y de las violentas poblaciones de Georgia. Dickey, él mismo nativo del estado y buen conocedor de la zona, juraba que sus descripciones eran fieles a la realidad.

Quizá fuese influencia del libro, o quizá solo por la hora que era, o puede que se debiese simplemente a la falta de costumbre de estar en un pueblo, pero Hiawassee se me antojó muy rara e inquietante: no me habría sorprendido, por ejemplo, que el encargado de la gasolinera fuese un cíclope. Entramos en la recepción del hotel, que no era tanto un espacio comercial de acogida como un cuarto de estar estrecho y desordenado, y encontramos a una señora ya mayor con el pelo muy blanco y un vestido de algodón de vivos colores sentada en un sofá junto a la puerta. Pareció alegrarse de vernos.

—Hola —dije—. Queremos una habitación.

La mujer sonrió y asintió.

—En realidad, dos habitaciones, si las tiene.

La mujer volvió a sonreír y asentir. Esperé a que se levantase, pero no se movió.

—Para esta noche —dije, para animarla a hablar—. Tienen habitaciones, ¿verdad?

Su sonrisa era ya radiante, y me tomó de la mano sin soltarme; sus dedos eran fríos y huesudos al tacto. Me miraba con intensidad, expectante, como si

creyese (desease incluso) que tirase un palo para que ella pudiera ir a buscarlo.

—Dile que venimos del mundo real —me susurró Katz al oído.

En ese momento se abrió la puerta y una señora de cabello canoso entró secándose las manos en el delantal.

—Huy, ni lo intente, hablar con ella no sirve de nada —dijo en tono amable—. No sabe nada ni dice nada. Madre, suéltele la mano a este señor. —Su madre la miró embelesada—. Madre, suéltele la mano.

Recuperé la mano y obtuvimos dos habitaciones. Subimos, cada uno con su llave, y acordamos que nos encontraríamos al cabo de media hora. Mi habitación era sencilla y estaba bastante deteriorada (con quemaduras de cigarrillo en todas las superficies imaginables, incluidas la taza del retrete y los dinteles de las puertas, y enormes manchas en las paredes y el techo que invitaban a pensar en una lucha a muerte con mucho café caliente de por medio) pero me pareció el paraíso. Llamé a Katz, por la novedad de volver a usar un teléfono, y me contó que su habitación era todavía peor. Éramos muy felices.

Nos duchamos, nos pusimos la ropa limpia que pudimos encontrar y nos apresuramos a ir a un local muy popular en el pueblo, el restaurante Georgia Mountain. El aparcamiento estaba lleno de camionetas, y el interior poblado por tipos entrados en carnes tocados con gorras de béisbol. Me dio la sensación que, de haber dicho alguien «Bubba, al teléfono», todos los hombres presentes se habrían dado por aludidos. No diré que la comida del Georgia Mountain es de la que anima a la gente a viajar, ni siquiera dentro de Hiawasee, pero sí era muy asequible. Por cinco dólares y cincuenta centavos por cabeza, cada uno recibió «carne con tres» (tres era el número de verduras en el plato), una visita al carro de las ensaladas y postre. Yo pedí pollo frito, judías de careta, patatas asadas y «col y napo», según se leía en el menú. Nunca lo había probado, y no creo que vuelva a hacerlo. Comimos ruidosamente y con ganas, y pedimos varias veces que nos trajesen más té helado.

El postre, por supuesto, fue el plato fuerte. Todos los que hacen el sendero sueñan con algo, por lo general dulce, y la visión que me había sustentado a mí había sido un trozo de tarta de tamaño descomunal. Llevaba

días sin pensar en otra cosa, y cuando la camarera vino a tomar nota le pedí, con ojos suplicantes y una mano apoyada en su antebrazo, que me trajese el mayor trozo que pudiese cortar sin perder su empleo. Lo que me trajo fue una gigantesca cuña de tarta de limón, enorme, viscosa y de color amarillo canario. Era un monumento a la tecnología alimentaria: tan amarilla como para dar dolor de cabeza, y lo suficientemente dulce como para que se te pusieran los ojos en blanco. En suma, todo lo que se le puede pedir a una tarta, siempre y cuando el sabor y la calidad no sean parte de los requisitos. A punto estaba de meterle mano cuando Katz salió de su largo silencio para decir, con un nerviosismo que me pareció extraño:

—¿Sabes lo que estoy haciendo todo el rato? Levantar la vista para ver si Mary Ellen entra por la puerta.

Me quedé quieto, con una pingoso trozo de tarta a medio camino de la boca, y vi con asombro que su plato estaba ya vacío.

—No me irás a decir que la echas de menos, ¿no, Stephen? —dije, socarrón, y acabé de comerme el trozo de tarta que tenía pinchado en el tenedor.

—No —respondió muy seco, y supe que no se lo tomaba a broma. Le costaba encontrar las palabras para expresar lo complejo de sus emociones, y se le notaba en la cara—. La hemos dejado un poco tirada, ¿verdad? —terminó diciendo.

Sopesé la acusación.

—Puestos a ser sinceros, no es que la dejásemos un poco tirada: la dejamos tirada del todo. —No sabía adónde quería llegar—. ¿Y qué?

—Pues... No sé, que me siento un poco culpable, solo un poco, por haberla dejado sola en el bosque.

Y se cruzó de brazos, como para indicar que había dicho lo que tenía que decir.

Solté el tenedor y valoré el argumento.

—Ella entró en el bosque voluntariamente —dije—. Acuérdate de que no es responsabilidad nuestra. A ver, que no firmamos ningún contrato comprometiéndonos a cuidarla.

Todo eso le dije, pero mientras lo decía me iba dando cuenta de que Katz tenía razón. La habíamos dejado tirada, pasto de los osos, los lobos y los

montañeses. Había estado tan concentrado en mi ansia salvaje de comida y una cama de verdad que no me había parado a pensar en el efecto que tendría para ella nuestra abrupta partida: una noche oscura entre el silbido de los árboles, envuelta por la oscuridad, pendiente en todo momento con ansiedad instintiva del crujir de un palo o una rama bajo el peso de una zarpa o una bota. No era algo que le deseara a nadie. Bajé la mirada a la tarta: ya no me apetecía seguir comiendo.

—Quizás haya encontrado más gente con la que acampar —sugerí sin demasiada convicción mientras apartaba el plato.

—¿Has visto tú a alguien hoy?

Tenía razón. No habíamos visto apenas a nadie.

—Seguramente sigue caminando a estas horas —dijo Katz con un asomo de vehemencia—. Se estará preguntando dónde nos habremos metido. Muerta de preocupación.

—No me vengas con esas —le dije, medio rogándole, y sin darme cuenta aparté el plato de la tarta otro centímetro.

Él asintió enfáticamente, cargándose de razón, y me miró acusador, con una expresión extraña que parecía estar diciéndome: «Y que su muerte caiga sobre tu conciencia». No le faltaba razón: yo había sido el cabecilla. Era culpa mía.

Luego se inclinó hacia mí y con un tono de voz completamente diferente me preguntó:

—Si no te vas a acabar la tarta, ¿me la puedo comer yo?

A la mañana siguiente desayunamos en el Hardee's de enfrente y subimos a un taxi para que nos llevase de vuelta al sendero. No hablamos mucho, ni de Mary Ellen ni de cualquier otra cosa. Volver al sendero tras una cómoda noche en un pueblo siempre nos quitaba las ganas de hablar.

Casi de inmediato tuvimos que hacer frente a una pendiente muy pronunciada por la que ascendimos lenta, casi cautelosamente. Durante nuestro tiempo en el sendero, el primer día después de un descanso siempre me encontraba fatal. Katz, en cambio, se encontraba fatal siempre. Todo el efecto reparador del paso por la una ciudad se desvanecía con una celeridad asombrosa en el sendero. Pasados dos minutos era como si nunca lo



hubiésemos abandonado; en realidad era peor, porque en un día normal no estaría trepando trabajosamente por una colina con el pesado y grasiento desayuno del Hardee's en el estómago, amenazando a cada paso con salirse por la boca.

Puede que llevásemos caminando una media hora cuando vimos llegar en dirección contraria a otro senderista, un tipo de mediana edad en buena forma física. Le preguntamos si había visto a Mary Ellen, una chica con un anorak rojo y una voz bastante chillona.

Puso cara de reconocerla y preguntó:

—No quiero ser maleducado, ¿eh?, pero ¿hace mucho esto? —Y se tapó la nariz para dar unos bocinazos horribles con ella.

Los dos asentimos.

—Pues sí, dormí con ella y otros dos excursionistas en el refugio de Plumorchard Gap anoche.

Se nos quedó mirando, inseguro.

—¿Es amiga vuestra?

—No, no —dijimos, distanciándonos de ella como haría cualquier persona en sus cabales—. Es que se nos juntó durante un par de días.

Hizo gesto de comprendernos y sonrió.

—Vaya personaje, ¿eh?

Sonreímos también.

—¿Fue muy duro? —pregunté.

Puso cara de auténtico dolor, pero de repente, como si acabase de sumar dos y dos, nos dijo:

—Pero entonces vosotros debéis de ser los dos tipos de los que hablaba.

—No, nada —respondió, pero la sonrisilla que se le escapaba invitaba a preguntar: «¿Qué? ¿Qué?».

—¿Qué?

—Nada. Nada, en serio.

Y entonces flaqueó.

—Bueno, vale. Contaba que erais un par de blandengues gordinflones que no tenían ni idea de senderismo y que estaba cansada de cargar con vosotros.

—¿Qué dijo qué? —se escandalizó Katz.

—En realidad, creo que os llamó nenazas.

—¿Que nos llamó nenazas? —dijo Katz—. Ahora sí que la mato.

—No creo que tengas muchos problemas para dar con gente que quiera echarte una mano —dijo el otro, distraído, mientras escudriñaba el cielo, y luego comentó—: Dicen que viene nieve.

Resoplé abatido. Era lo que menos falta nos hacía.

—¿En serio? ¿Mucha?

Asintió.

—De quince a veinte centímetros. Más en cotas altas.

Arqueó las cejas, estoico, como compartiendo mi desazón. La nieve no solo era un incordio: era peligrosa.

Nos dejó pensando sobre esa perspectiva durante un instante y luego dijo:

—En fin, será mejor seguir.

Asentí, porque eso es lo que había que hacer en la montaña. Le vi partir y luego me volví hacia Katz, que negaba con la cabeza.

—¿Tú te crees? Decir esas cosas después de todo lo que hicimos por ella.

Entonces notó que lo miraba y se encogió un poco.

—¿Qué pasa?

Y se encogió un poco más.

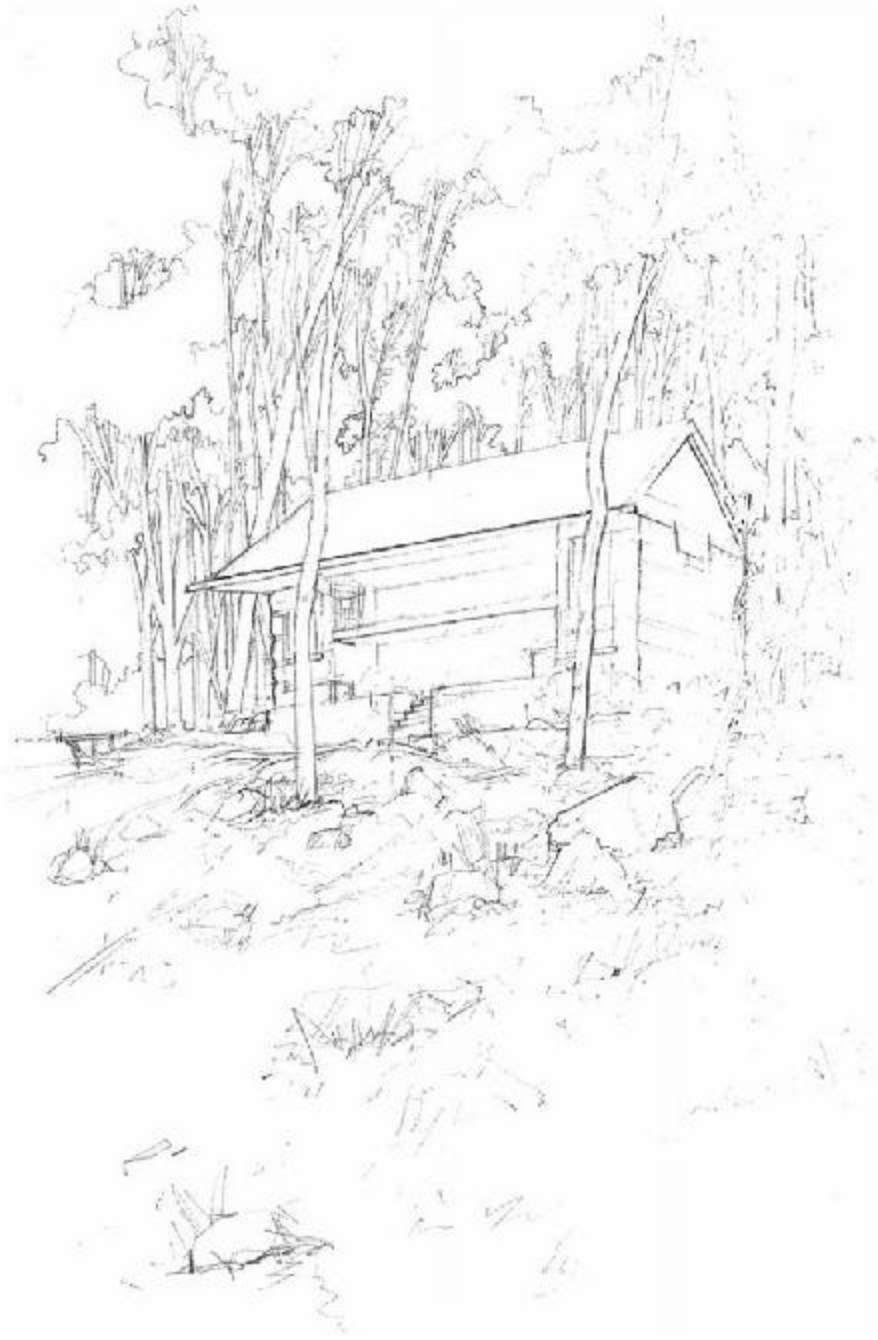
—¿Qué pasa?

—Nunca, pero nunca, en tu vida vuelvas a estropearme un trozo de tarta esa manera. ¿Me entiendes?

Se estremeció.

—Sí, sí. Vale, jolín —dijo, y echó a andar entre rezongos.

Dos días más tarde supimos que las ampollas habían obligado a Mary Ellen a abandonar tras intentar cubrir 55 kilómetros en dos días. Un supererror.



## 6

Las distancias cambian por completo cuando te enfrentas al mundo a pie. Un kilómetro es un buen trecho, cinco kilómetros una distancia considerable, veinte kilómetros una barbaridad, ochenta kilómetros algo inimaginable. Es entonces cuando te das cuenta de lo enorme que es el mundo para ti y la pequeña comunidad de personas que marchan por el sendero. El conocimiento de la escala planetaria es vuestro secreto.

La vida, además, pasa a ser mucho más sencilla. El tiempo deja de tener significado. Cuando oscurece te acuestas, y cuando sale el sol te levantas, y el tiempo entremedias es eso, el tiempo entremedias. En realidad es algo maravilloso.

No tienes compromisos, ni citas, ni obligaciones, ni tareas pendientes; no hay grandes ambiciones, y las necesidades son mínimas y muy poco complicadas; existes en un tedio sereno, a salvo de la exasperación, «muy lejos de todo afán», por usar la frase acuñada por el botánico William Bartram. Lo único que se te pide a cambio es estar dispuesto a seguir caminando.

Apresurarse no tiene ningún sentido, porque en realidad no estás yendo a ninguna parte. Por más tiempo que camines, por más kilómetros que hagas, sigues estando en el bosque. Es donde estabas ayer y donde estarás mañana. El bosque es una entidad singular e ilimitada. Cada recodo del camino abre una perspectiva indistinguible de cualquier otra, los árboles que te rodean son siempre la misma maraña. Si tuvieras que guiarte por lo que ves, la ruta que sigues bien podría ser un círculo enorme y sin sentido. Y tampoco importaría mucho si así fuera.

A veces, poco te falta para convencerte de que ya pasaste por esa

pendiente tres días atrás, que ese arroyo es el mismo de ayer, que ya has trepado por encima de ese tronco caído dos veces hoy. Pero la mayor parte del tiempo no piensas. En vez de ello, mantienes una especie de movilidad zen: tu cerebro es como un globo atado a un cordel que acompaña a tu cuerpo sin formar verdaderamente parte de él. Caminar durante horas y kilómetros se convierte en algo tan automático y poco llamativo como respirar. Al cabo del día no piensas: «Oye, que has caminado veinticinco kilómetros», del mismo modo que tampoco piensas: «Oye, que has respirado ocho mil veces». Es lo que haces. No hay más.

Y así seguimos caminando, hora tras hora, dejando atrás colinas y más colinas, afiladísimas crestas y claros verdeantes, atravesando insondables robledos, fresnedas y pinares. El cielo se iba encapotando, y el aire era cada vez más frío, pero la nieve no llegó hasta el tercer día. Empezó por la mañana con algunos copos sueltos, pero luego el viento arreció, y arreció más todavía, hasta soplar con una furia apocalíptica que parecía infundir pánico a los árboles, y con el viento llegó la nieve, nieve en grandes cantidades. A mediodía nos encontramos caminando en medio de una ventisca heladora. Poco después llegamos a una cornisa en el camino junto a una pared de roca llamada Big Butt Mountain.

Incluso en circunstancias óptimas, el sendero que rodeaba el Big Butt requería ir con cuidado. Era como la cornisa de un rascacielos, no más de treinta y cinco o cuarenta centímetros de ancho, algo hundida en algunos puntos, que por un costado tenía un precipicio de unos veinticinco metros y por el otro largas y amplias superficies verticales de granito. Un par de veces pateé piedras del tamaño de un pie hacia el borde del precipicio para contemplar con horror cómo se despeñaban hasta estrellarse en lugares improbablemente remotos. Había varios peñascos atravesados en el sendero, y también raíces de árboles con las que constantemente nos enganchábamos y tropezábamos, además de una finísima capa de hielo oculta bajo la nieve en polvo. Era exasperante también la frecuencia con la que el sendero se veía interrumpido por corrientes de agua que discurrían por torrenteras llenas de piedras, completamente congeladas y recubiertas de un hielo azul. La única manera de cruzarlas era agachados como cangrejos. Pasamos todo el tiempo en aquella peligrosísima y estrecha cornisa medio cegados por el viento y

sacudidos por sus rachas, que rugían entre los árboles y tironeaban de las mochilas. Aquello ya no era una ventisca: era un temporal. Avanzábamos estremando las precauciones a cada paso, plantando firmemente el pie antes de levantar el otro. Aun así, Katz resbaló dos veces, cada una acompañada de un berrido horrorizado (como los de los tebeos: «¡AAAAAAAH!» y «¡UAAAAAARGH!»). Las dos veces me di la vuelta y me lo encontré abrazado a un árbol, con un pie resbalando, los ojos saliéndosele de las órbitas y cara de susto.

Fue una experiencia aterradora. Nos llevó más de dos horas recorrer poco más de un kilómetro de terreno. Para cuando tocamos tierra firme en un paraje llamado Bearpen Gap había ya unos diez o doce centímetros de nieve en el suelo y seguía acumulándose con rapidez. El mundo entero era blanco: copos del tamaño de pulgares caían en diagonal hasta que el viento los atrapaba para lanzarlos en todas direcciones. No se veía nada a más de cinco y seis metros, y a veces ni siquiera eso.

El sendero atravesaba una pista forestal y luego seguía ascendiendo por el monte Albert, una rocosa cima a 1.600 metros sobre el nivel del mar donde el viento soplabá con tanta virulencia que restallaba al chocar con la montaña y nos obligaba a chillar para oírnos el uno al otro. Hicimos amago de continuar y de inmediato retrocedimos. Las mochilas de excursionista, en condiciones óptimas, te dejan sin un verdadero centro de gravedad; en aquel momento, literalmente, nos arrastraban. Nos quedamos al pie de la cumbre, confundidos, y nos miramos. La situación era bastante grave. Estábamos atrapados entre una montaña por la que no podíamos ascender y una cornisa por la que de ninguna de las maneras queríamos volver. La única opción aparente era plantar las tiendas (si éramos capaces, dado el viento que soplabá), arrastrarnos al interior y esperar a que amainara. No quiero ponerme melodramático, pero hay gente que ha muerto en circunstancias menos extremas.

Solté la mochila y busqué en su interior el mapa. Los mapas del sendero de los Apalaches son tan monumentalmente inútiles que hacía tiempo que había renunciado a usarlos. Hay diferencias entre ellos, sí, pero la mayoría están impresos a escala 1:100.000, con lo que cada kilómetro de terreno real queda comprimido en un centímetro de mapa. Imaginad un kilómetro

cuadrado de mundo real, con todo lo que contiene: caminos forestales, arroyos, alguna que otra montaña, quizás alguna torreta de vigilancia antiincendios, un montículo, un claro en el bosque, la línea sinuosa del sendero y quizás un par de caminitos secundarios pero importantes... e intentad transmitir toda la información de la zona en un espacio del tamaño de la uña del meñique. Así son los mapas del sendero de los Apalaches.

En realidad es peor todavía, porque esos mapas, por motivos que se me escapan y sobre los que no quiero ni especular, proporcionan menos información todavía de la que sus escasas dimensiones permiten. Por cada quince kilómetros de sendero, puede que el mapa identifique dos o tres de la docena de picos por los que pasas. Los valles, lagos, puertos, gargantas y demás información topográfica quizá vital, ni siquiera se mencionan. Muy a menudo no aparecen ni las pistas del Servicio Forestal, y cuando aparecen están mal identificadas. Los mapas no incluyen ni siquiera la mayoría de las rutas secundarias. No hay coordenadas, ni forma de dirigir a equipos de rescate hacia un lugar concreto, ni instrucciones en los márgenes del mapa para llegar a las poblaciones. En suma: son mapas muy, pero que muy, poco útiles.

En circunstancias normales todo esto habría sido un incordio, pero en medio de una tormenta empezaba a parecer negligencia. Saqué a tirones el mapa de la mochila y me peleé con el viento para consultarlo. El sendero aparecía en él como una línea roja. Cerca de allí había una gruesa y sinuosa línea negra; interpreté que era la pista del Servicio Forestal en la que estábamos, aunque no había manera de saberlo. Según el mapa, la pista forestal (si es que era una pista forestal) empezaba en medio de la nada y terminaba a unos diez kilómetros, igualmente en medio de la nada, algo a todas luces ilógico, incluso imposible. No se puede empezar una pista forestal en medio de un bosque. La maquinaria pesada no aparece sin más entre los árboles. Y además, incluso si fuera posible construir una pista que no iba a ninguna parte, ¿qué sentido tenía? Era evidente que algo estaba muy mal en aquel mapa, lo cual que me enervaba.

—Me costó once pavos —le dije a Katz, algo desquiciado, mientras agitaba el mapa y luego intentaba plegarlo más o menos plano para metérmelo en el bolsillo.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó.

Suspiré, indeciso, y volví a sacar el mapa para volver a estudiarlo. Miré varias veces al camino y lo comparé con el mapa.

—Parece que esta pista da la vuelta a la montaña y retoma el sendero por el otro lado. Si es verdad y somos capaces de encontrarla, hay un refugio y podemos quedarnos ahí. Si no conseguimos cruzar... No sé..., tendríamos que volver a bajar por este camino hasta cotas más bajas y encontrar un sitio resguardado del viento para acampar.

Me encogí de hombros, sin saber muy bien qué hacer.

—Ni idea. ¿Tú que qué prefieres hacer?

Katz contemplaba el cielo y la nevada.

—Pues mira —dijo en tono pensativo—, preferiría darme un remojón muy largo en un *jacuzzi* calentito, cenar un filetón con patatas al horno y mucha nata agria, pero que mucha nata agria. Y opino que me gustaría follar con las animadoras de los Dallas Cowboys sobre una piel de tigre frente a una chimenea de esas de piedra que hay en las estaciones de esquí. ¿Sabes las que digo?

Entonces me miró.

—Eso es lo que preferiría. Pero estoy dispuesto a seguir tu plan si crees que puede ser más divertido.

Se sacudió la nieve de la frente.

—Además, sería una lástima que toda esta nieve tan fantástica se echase a perder.

Dio un resoplido amargo y volvió a contemplar la nieve que tanta gracia le hacía. Me eché la mochila a la espalda y lo seguí.

Continuamos subiendo por la pista forestal, inclinados hacia delante, sacudidos por el viento. Allí donde se había asentado, la nieve estaba ahora pesada y húmeda, y era ya tan profunda que en breve resultaría infranqueable y tendríamos que buscar refugio nos gustase o no. Comprobé con inquietud que allí no había sitio para plantar las tiendas, solo pendientes boscosas muy pronunciadas a ambos lados, una de subida, otra de bajada. La pista seguía recta durante un trecho bastante largo, mucho más largo de lo que debería. Incluso si más adelante giraba para acercarse al sendero, no tendríamos ninguna certeza (posiblemente tampoco muchas opciones) de distinguirlo.



Con tanto árbol y tanta nieve, podríamos estar a tres metros del sendero y no verlo. Sería una locura dejar la pista forestal para ir a buscarlo. Por otra parte, seguramente era una locura seguir una pista forestal hacia cotas más altas durante una ventisca.

Cruzamos el claro, izamos las mochilas a la plataforma y en ese instante descubrimos que ya había allí otras dos personas, un hombre y un muchacho de unos catorce años. Eran Jim y Heath, padre e hijo. Venían de Chattanooga, y eran dos personas animosas y amables a las que el tiempo que hacía no les preocupaba en absoluto. Habían salido el fin de semana de acampada (yo ni sabía que era fin de semana) sabiendo que seguramente haría mal tiempo, aunque quizá no tan malo, y por eso habían ido bien pertrechados. Jim llevaba consigo una enorme cubierta de plástico transparente, de esas que los pintores utilizan para proteger el suelo, y estaba intentando colgarla en el frente abierto del refugio. Katz, en un gesto muy poco habitual en él, se apresuró a ayudarlo. El plástico no lo cubría del todo, pero vimos que si le añadíamos una de nuestras lonas de suelo sí podríamos taparlo. El viento golpeaba con ferocidad contra el plástico, y de vez en cuando lo arrancaba de sus enganches. El plástico ondeaba entonces salvajemente con chasquidos que sonaban como disparos, hasta que alguno de nosotros se ponía de pie y lo forzaba a volver a su sitio. De todas maneras, todo el refugio era coladero para las corrientes de aire: había infinidad de grietas en el suelo y por las paredes se colaba un viento helador y, de vez en cuando, alguna ráfaga de nieve, pero aun así estábamos infinitamente más a gusto dentro que fuera.

A partir de ahí intentamos ponernos cómodos: extendimos los sacos de dormir, vaciamos las mochilas, nos pusimos toda la ropa extra que pudimos encontrar y preparamos la cena tendidos en el suelo. La noche cayó de repente y las inclemencias del exterior parecieron entonces más graves todavía. Jim y Heath habían llevado consigo unos trozos de tarta de chocolate que compartieron con nosotros (una golosina más que celestial) y luego los cuatro nos preparamos para pasar una noche larga y fría sobre la dura madera, oyendo el aullido del viento y el violento azote de las ramas de los árboles.

Cuando me desperté estaba todo en silencio, ese silencio que te hace incorporarte para situarte. La sábana de plástico que tenía frente a mí había cedido palmo y medio, y una luz tenue iluminaba la rendija abierta. La nieve

rebasaba el borde de la plataforma y se había apilado hasta tres centímetros sobre mi saco de dormir. Pateé dentro del saco para sacudírmela de encima. Jim y Heath se desperezaban ya. Katz seguía profundamente dormido, con un brazo cruzado sobre la frente y la boca completamente abierta. No eran todavía las seis de la mañana.

Decidí salir para hacerme una idea de lo aislados que estábamos. Titubeé al borde de la plataforma y finalmente salté sobre la pila de nieve, que me llegó hasta la cintura y me hizo abrir los ojos de par en par cuando se me coló entre los pliegues de la ropa y tocó mi piel. Fui abriéndome paso hasta el claro, donde la nieve era un poco (un poquito) menos profunda. Incluso en zonas resguardadas como el pie de las coníferas, la nieve me llegaba hasta las rodillas y caminar por ella resultaba engorrosísimo. Pero la vista era impactante. Un grueso manto de nieve cubría los árboles. Cada roca, cada tocón, era una bola de nieve, y por todas partes reinaba esa quietud perfecta e inmensa que no se consigue más que en un bosque tras una buena nevada. De vez en cuando, algún carámbano de nieve caía de una rama, pero por lo demás no se oía nada, ningún ruido, ningún movimiento. Seguí el caminito lateral, agachándome para pasar bajo ramas vencidas por la nieve, hasta llegar al punto donde se juntaba con el sendero. El camino era ahora una esponjosa sábana de nieve, redonda y azulada, que atravesaba un oscuro túnel de rododendros combados. La nieve se veía profunda, y avanzar por ella era muy arduo. Di unos cuantos pasos por ella. Y siguió siendo profunda. Y siguió siendo arduo.

Cuando volví al refugio Katz ya estaba despierto, moviéndose lentamente y cumpliendo con sus quejidos matutinos. Jim, mientras tanto, consultaba sus mapas, infinitamente mejores que los míos. Me acuclillé a su lado y me hizo un hueco para que pudiera mirar mejor. Faltaban 9,8 kilómetros para llegar a Wallace Gap y una carretera asfaltada, la US Highway 64. Desde allí, siguiendo kilómetro y medio por la carretera, se llegaba al *camping* privado de Rainbow Springs, en el que había duchas y una tienda. No tenía muy claro lo duro que podía ser caminar diez kilómetros por nieve así de espesa, y no creía que el *camping* estuviese abierto en fechas tan tempranas. Aun así, era evidente que iban a pasar varios días hasta que la nieve se derritiera, y que en algún momento tendríamos que seguir; mejor ahora, cuando al menos hacía

buen tiempo. A saber cuándo podía levantarse otra tormenta que nos dejase verdaderamente incomunicados.

Jim había decidido que él y Heath nos acompañarían durante el primer par de horas y luego se desviarían por un camino secundario, llamado Long Branch, que bajaba por una barranca durante cuatro kilómetros y terminaba en el aparcamiento donde habían dejado el coche. Jim había bajado muchas veces por aquel camino y sabía lo que les esperaba. Aun así, su plan me daba mala espina, y le pregunté si de verdad era buena idea bajar por un caminito poco transitado que a saber en qué condiciones estaría y en el que nadie los encontraría si tenían un problema. Me alivió comprobar que Katz estaba de acuerdo conmigo.

—En el sendero, por lo menos, siempre hay más gente —dijo mi amigo—. Nunca sabes lo que te puede pasar por una ruta secundaria.

Jim se lo pensó y nos dijo que si veía que se ponían feas las cosas darían media vuelta.

Katz y yo nos obsequiamos con dos tazas de café para entrar en calor; Jim y Heath compartieron con nosotros sus gachas e hicieron inmensamente feliz a Katz. Y luego nos pusimos en marcha todos juntos. Hacía frío, y no era fácil. Los túneles de rododendros vencidos por la nieve, que a veces se prolongaban durante largos tramos, eran extraordinariamente hermosos, pero cuando los rozábamos con las mochilas dejaban caer sobre nuestras cabezas enormes puñados de nieve que se nos colaban cuello abajo. Los tres adultos nos turnábamos al frente del grupo, porque la persona en punta se llevaba siempre lo peor de cada avalancha; además, a ella le correspondía el pesado trabajo de ir tanteando el terreno abriendo agujeritos en la nieve. Cuando llegamos al desvío de Long Branch vimos que descendía abruptamente a través de pinos combados; demasiado abruptamente, me parecía a mí, como para volver atrás si resultaba infranqueable. Katz y yo les rogamos que se lo pensasen mejor, pero Jim insistió en que era cuesta abajo y que estaba bien señalizado, y se mostró convencido de que todo iría bien.

—A todo esto, ¿sabéis qué día es hoy? —dijo Jim de improviso, y al ver que no contestábamos se respondió a sí mismo—: Veintiuno de marzo.

Seguíamos con cara de no entender nada.

—El primer día de primavera —dijo.

Sonreímos ante la paradoja, nos dimos la mano, nos deseamos suerte y nos separamos. Katz y yo caminamos durante tres horas más, lentamente y en silencio, a través del bosque blanco y frío, turnándonos al frente para abrir camino en la nieve. Hacia la una llegamos por fin hasta la vieja US Highway 64, una vetusta y apartada carreterita de dos carriles que atravesaba las montañas. No habían pasado las quitanieves, y no se veían rastros de neumáticos. Volvía a nevar, además. Una nevada constante y muy bonita. Echamos a caminar carretera abajo buscando el *camping*; llevábamos avanzado algo menos de medio kilómetro cuando a nuestras espaldas empezó a oírse el crujido de un vehículo a motor que avanzaba con precaución por la pista nevada. Nos dimos la vuelta y vimos que un todoterreno se detenía a nuestro lado. La ventanilla del conductor bajó con un zumbido: eran Jim y Heath, que habían venido para avisarnos de que lo habían conseguido y para asegurarse de que también nosotros estábamos bien.

—He pensado que igual os apetece que os llevemos hasta el *camping* — dijo Jim.

Subimos al coche muy agradecidos, llenádoselo de nieve, y seguimos camino hacia el *camping*. Jim nos dijo que habían pasado por allí de subida y que le había parecido que estaba abierto, pero que, si no lo estaba, nos acercaría a Franklin, el pueblo más cercano. Habían escuchado la previsión del tiempo, y durante los próximos días se esperaban más nevadas.

Nos dejaron en el *camping*, que sí estaba abierto, y se despidieron agitando la mano. Rainbow Springs era un pequeño *camping* privado con algunas cabañitas para pernoctar, un bloque de duchas y un par de edificaciones cuya función no era posible identificar, desperdigadas por un amplio espacio abierto evidentemente concebido para autocaravanas y remolques. La oficina estaba junto a la entrada, en una casita blanca que en realidad era un súper. Cuando entramos vimos que todos los excursionistas en treinta kilómetros a la redonda estaban ya allí, algunos de ellos arracimados en torno a una estufa de leña y comiendo chili o helados, todos con las mejillas sonrosadas y limpios y calentitos. El *camping* lo llevaban Buddy y Jensine Crossman, que parecían amables y hospitalarios. Quizá porque no pasaba a menudo que el negocio funcionase así de bien en marzo. Les pregunté por las cabañas.

Jensine aplastó la colilla que estaba fumando y se rio de mi ingenuidad, lo que le provocó un leve ataque de tos.

—Cariño, las cabañas se me acabaron hace dos días. Quedan dos sitios en el cuarto de las literas. Después de vosotros, la gente va a tener que dormir en el suelo.

«Literas» no es una palabra que me guste escuchar especialmente a mi edad, pero no nos quedaba otra opción. Firmamos el registro, recibimos dos toallas diminutas y muy tiesas para las duchas, y atravesamos el recinto para ver qué habíamos contratado por once dólares. La respuesta: muy poco.

El cuarto de las literas era muy básico y no tenía nada, pero que nada, nada, de encanto. Destacaban en él doce estrechos camastros de madera apilados en literas de a tres, cada uno equipado con una delgada colchoneta sin sábana y una bulbosa y mugrienta almohada rellena con trozos de poliestireno. En un rincón había una estufa de hierro que silbaba suavemente y que estaba cubierta por el apestoso vaho que desprendía una capa de mojados calcetines de lana apoyados sobre ella; y dispuestas en semicírculo frente a la misma había un montón de botas. El mobiliario lo completaban una mesita de madera y un par de sillones desvencijados con el relleno asomando por los rotos. Por todas partes había cosas colgadas a secar, goteando parsimoniosamente: tiendas, ropa, mochilas, impermeables... El suelo era de cemento, y las paredes de contrachapado, sin aislamiento alguno. Era tan poco apetecible como acampar en un garaje.

—Bienvenidos al *stalag* —nos dijo un tipo de sonrisa irónica y acento inglés.

Se llamaba Peter Fleming, y era profesor en una universidad de New Brunswick. Había bajado al sur para hacer una semana de senderismo, pero, como todos los que estaban allí, se había visto atrapado por la nieve. Él fue quien nos presentó a los demás (todos nos saludaron con una amistosa y resignada inclinación de cabeza) y nos enseñó cuáles eran nuestros camastros, uno en alto, casi tocando el techo, y el otro en la parte baja de la litera, al otro extremo de la habitación.

—Los paquetes de la Cruz Roja llegan el último viernes de cada mes, y el comité de fuga se reunirá a las diecinueve horas esta tarde. Creo que con eso ya sabéis todo lo que tenéis que saber.

—Y no pidáis el bocadillo de carne y queso, a no ser que os queráis pasar la noche entera vomitando —le oímos decir a una voz desvaída pero enfática que salió de una de las literas del rincón.

—Ese es Tex —explicó Fleming.

Los dos asentimos.

Katz escogió la litera más alta y comenzó el largo desafío de trepar hasta ella. Yo busqué mi camastro y lo examiné entre fascinado y asqueado. A juzgar por las manchas del jergón aquel, su anterior ocupante no sufría de incontinencia, sino que la disfrutaba abiertamente. Era evidente, además, que la almohada había formado parte de sus celebraciones. La levanté y la olisqueé, y de inmediato deseé no haberlo hecho. Estiré el saco de dormir, coloqué algunos calcetines sobre la estufa, colgué a secar unas cuantas cosas y me senté en el canto de la cama, desde donde pasé una media hora muy entretenida junto a todos los demás presenciando el empecinado ascenso de Katz a su litera, que se caracterizó por múltiples y roncós mugidos, insistentes pataleos y frecuentes invitaciones a todos los presentes a que se fueran a tomar por culo. Desde mi asiento lo único que podía ver eran sus generosas posaderas y sus desamparadas extremidades inferiores. Su postura me recordaba la de un náufrago asido a un trozo de madera en medio del oleaje, o bien a alguien que, justo cuando se aprestaba a subir a un globo aerostático, se hubiese visto ascender inesperadamente; alguien, en cualquier caso, aferrándose a la salvación en una situación peligrosa. Así la almohada y trepé hasta su altura para preguntarle por qué no quería el camastro de abajo.

Sudoroso y acalorado, creo que en ese momento no sabía siquiera quién era yo.

—Porque el calor va para arriba, tío —dijo—, y cuando suba, si es que subo de una puta vez, me voy a asar.

Asentí (rara vez valía la pena razonar con Katz cuando se emperraba en algo y estaba así de agotado) y aproveché la oportunidad para cambiar mi almohada por la suya.

Finalmente, cuando el espectáculo se nos hizo insoportablemente patético, entre tres le ayudamos a subir. Cayó pesadamente sobre el camastro, con un preocupante crujido que aterrorizó al pobre y callado tipo de la litera de debajo. Una vez allí, Katz anunció que no pensaba moverse de donde

estaba hasta que la nieve se hubiese derretido y la primavera llegase a las montañas. A continuación se dio la vuelta y se durmió.

Me abrí paso como pude por la nieve para llegar hasta las duchas y allí tuve el placer de bailar bajo el agua gélida. Luego me acerqué al súper y me quedé junto a la estufa con otra media docena de excursionistas. No había nada mejor que hacer. Me comí dos tazones de chili, la especialidad de la casa, y me puse a escuchar lo que decía la gente. «La gente» en este caso eran casi siempre Buddy y Jensine despotricando sobre los clientes del día anterior, pero resultaba agradable escuchar voces diferentes a la de Katz.

—Tendríais que haberlos visto —dijo Jensine con disgusto, quitándose una hebra de tabaco de la boca—. Ni daban las gracias, ni pedían las cosas por favor... No como vosotros. En comparación, sois una bocanada de aire fresco. Además dejaron el cuarto de las literas hecho una pocilga, ¿a que sí, Buddy?

Le cedió el testigo a Buddy.

—Me ha llevado una hora limpiarlo esta mañana —dijo este, lo que me sorprendió, porque no parecía que nadie hubiese limpiado el cuarto de las literas en todo el siglo—. Había charcos por todas partes y alguien, no sé quién, se dejó una camisa de franela que estaba hecha una porquería. Qué asco. Y además gastaron toda la leña. Tres días de leña que llevé ayer. La gastaron toda.

—No sabéis lo contentos que estábamos cuando se fueron —dijo Jensine—. Bien contentos. No como vosotros. Sois una bocanada de aire fresco.

Y se fue a atender el teléfono, que sonaba en ese momento. Yo me había sentado junto a uno de los tres chavales de la Rutgers University con los que habíamos ido coincidiendo de vez en cuando desde el segundo día. Ocupaban ahora una de las casitas, pero la noche anterior la habían pasado en las literas. El chaval se me acercó para susurrarme:

—Ayer dijo exactamente lo mismo de la gente del día anterior. Mañana contará lo mismo de nosotros. Además, ayer éramos quince en las literas.

—¿Quince? —repetí asombrado. Bastante insufrible era ya para doce—. ¿Dónde dormían los tres de más?

—En el suelo, y aun así les cobraron once dólares. ¿Qué tal el chili?

Lo miré como si no se me hubiera ocurrido pensar en ello. En realidad no

lo había hecho.

—Bastante lamentable, a decir verdad.

Asintió.

—Ya verás cuando llevéis un par de días comiéndolo.

Cuando salí para volver al cuarto de las literas seguía nevando, pero ya plácidamente. Katz estaba despierto, incorporado sobre un codo, fumando un cigarrillo que había gorreado. De vez en cuando le pedía a alguien que le pasase cosas (las tijeras, un pañuelo, cerillas) cuando las necesitaba, o que se las llevase cuando terminaba de usarlas. Junto a la ventana, tres personas observaban la nieve. Todos hablaban del tiempo. No había manera de saber cuándo podríamos salir de allí. Era imposible no sentirse atrapados.

Pasamos una noche muy desagradable en las literas, tenuemente iluminadas por el resplandor de la estufa que el tímido tipo de debajo de Katz, incapaz de dormir o reacio a hacerlo con la masa de mi amigo combando los listones de su litera, se ocupaba de alimentar con diligencia, y envueltos además en una sinfonía comunal y respiratoria de ruiditos nocturnos: suspiros, exhalaciones hastiadas, ronquidos, el agónico y constante quejido del tipo que había probado el bocadillo de carne y queso, el monótono silbido de la estufa, como salido de una película antigua... Nos despertamos al alba, cansados y anquilosados, con una nueva nevada y la desalentadora perspectiva de un día larguísimo sin nada mejor que hacer que deambular por el súper del *camping* o tumbarse en las literas a leer la colección de números del *Reader's Digest* que se apilaba en un pequeño estante junto a la puerta. Pero entonces corrió la voz de que un chaval muy emprendedor, Zack, había conseguido llegar hasta Franklin y había alquilado una furgoneta, y se ofrecía ahora a llevar a cualquiera al pueblo a cambio de cinco dólares. Salimos todos de estampía. Para disgusto de Buddy y Jensine, casi todos sus huéspedes pagaron y se fueron. Catorce personas nos encajonamos en la furgoneta y emprendimos el largo descenso hacia Franklin, hacia el valle al que no había llegado la nieve.

Y así fue como hicimos unas minivacaciones en Franklin, que era un pueblito pequeño, aburrido y modoso, carente de todo atractivo, pero sobre todo aburrido. El tipo de sitio en el que, a falta de algo mejor que hacer, acabas yendo al almacén de maderas para ver cómo transportan los leños con



carretillas hidráulicas. Carecía de toda fuente de ocio: no había donde dónde comprar un libro, ni revistas que no estuviesen relacionadas con lanchas a motor, coches personalizados o armas y munición.

La ciudad estaba llena de excursionistas como nosotros a los que la nieve había expulsado de las montañas y que no tenían nada que hacer excepto aburrirse soberanamente en el bar o la lavandería y, dos o tres veces al día, acercarse en peregrinación al extremo de la calle principal para contemplar tristes las cimas lejanas, cubiertas de nieve y manifiestamente inalcanzables. Los pronósticos no eran buenos. Se hablaba de hasta dos metros de nieve en las Smokies. Podían pasar varios días hasta que el sendero estuviese de nuevo practicable.

Todo aquello me sumió en la desazón, exacerbada además cuando vi que Katz se sentía en la gloria con solo pensar en que tenía por delante varios días de vagar en un pueblo, libre de obligaciones y ejercicios, para poder consagrarse a la práctica de diversas actitudes de reposo. Para mi gran irritación, se había comprado incluso una guía televisiva para planificar más eficazmente su programa de visionado durante los próximos días.

Yo quería volver al sendero, a quemar kilómetros. A eso habíamos ido. Además, empezaba a estar aburrido no ya a muerte, sino lo siguiente. Me ponía a leer los posavaso de los restaurantes y luego les daba la vuelta para ver si decían algo más por el otro lado. En el depósito de maderas buscaba la conversación con los obreros a través de la verja. Al tercer día, ya entrada la media tarde, me planté en el Burger King y estudié absorto las fotografías del encargado y de su equipo (pensando una vez más en lo curioso que era que todos los que optan por una carrera laboral en las hamburgueserías tienen cara de que su madre se acostaba con Goofy), y luego di un paso a la derecha para repasar la lista de empleados del mes. Fue entonces cuando me di cuenta que tenía que salir de Franklin.

Veinte minutos más tarde le comuniqué a Katz que por la mañana volveríamos al sendero. Su reacción, por supuesto, fue de asombro y disgusto.

—Pero los viernes echan *Expediente X* —balbuceó—. Acabo de comprar refrescos de vainilla.

—Entiendo que la decepción tiene que ser abrumadora —respondí con

una sonrisa fina y despiadada.

—¿Y la nieve? No vamos a pasar en la vida.

Me encogí de hombros, intentando mostrarme optimista, pero creo que se lo tomó como indiferencia.

—Quizá sí —dije.

—Ya, pero ¿y si no? ¿Y si hay otra ventisca? A mi mí me parece que bastante suerte tuvimos saliendo con vida de la última.

Me miró con ojos desesperados.

—Tengo dieciocho latas de refresco de vainilla en mi habitación —se le escapó, y de inmediato quiso haberse mordido la lengua.

Alcé una ceja.

—¿Dieciocho? ¿Es que estabas planeando instalarte?

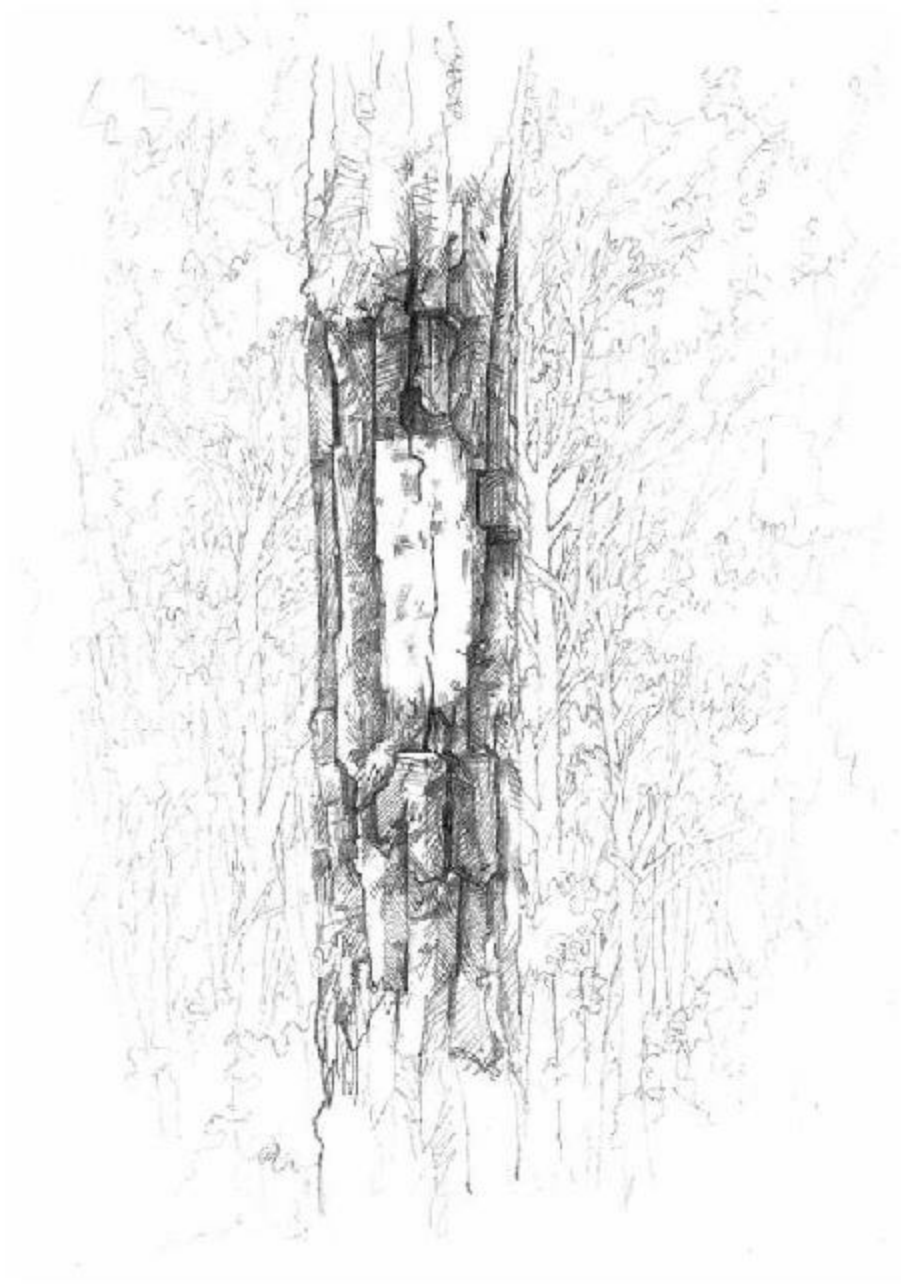
—Estaban de oferta —dijo a la defensiva, y se puso de morros.

—Mira, Stephen, siento tener que chafarte el plan de celebraciones, pero no hemos venido ni a beber refrescos ni a ver la tele.

—Tampoco habíamos venido a morir —replicó, pero no discutió más.

Al final emprendimos el camino y tuvimos suerte. Había caído mucha nieve, pero era transitable. Algún excursionista solitario más impaciente que yo había emprendido el camino antes que nosotros y había compactado un poco la nieve, y eso ya era una ayuda. Las pendientes más pronunciadas estaban resbaladizas (y Katz se escurría cada vez y acababa cayéndose entre atronadores juramentos), y a veces, en zonas altas, teníamos que rodear las acumulaciones más grandes de nieve, pero nunca llegamos a un punto por el que no se pudiera pasar.

Y el tiempo mejoró. Salió el sol, y el aire se hizo más agradable y caluroso; los arroyuelos de montaña fluían ahora vivaces con el agua de deshielo. Llegué a oír el tímido piar de algunos pájaros. Por encima de los 1.300 metros la nieve aguantaba y el aire era gélido, pero en cotas más bajas la nieve reculaba a ojos vista, y al tercer día no quedaban más que algunos manchones sueltos en las laderas más umbrías. No estaba nada mal, aunque Katz se negaba a reconocerlo. Me daba igual. Yo seguí caminando. Era *muy* feliz.



## 7

Katz estuvo sin hablarme durante casi dos días. Durante la segunda noche, a eso de las nueve, en su tienda se oyó un ruido insospechado, el chasquido sibilante de una lata de refresco que se abre, y luego dijo en tono pendenciero:

—¿Sabes lo que era eso, Bryson? Un refresco de vainilla. ¿Sabes qué más? Me lo estoy bebiendo ahora mismo y no pienso darte ni un poquito. ¿Y sabes otra cosa? Está riquísimo.

De su tienda salió un sorbetón intencionadamente ruidoso.

—Mmmm-mmmm. Qué riiiiiiico.

Otro sorbo.

—¿Y sabes por qué me lo estoy bebiendo ahora? Porque son las nueve en punto, la hora de ver *Expediente X*, mi programa favorito.

Le oí beber un trago muy largo: luego el ruido de la cremallera de una tienda al abrirse, el cling de una lata vacía aterrizando en la maleza y otra vez la cremallera cerrándose.

—Joder, qué buena estaba. Oye, que te den por culo. Y buenas noches.

Y con eso se acabó todo. Al día siguiente ya estaba de buenas.

Katz nunca le llegó a pillar el gusto al senderismo, aunque soy testigo de que lo intentó de verdad. Creo que de vez en cuando era capaz de entrever que había algo (un elemento huidizo y elemental) que hacía que caminar por los bosques resultase casi gratificante. Alguna que otra vez admiraba unas vistas o se maravillaba ante algún prodigio natural, pero por lo general ir de excursión era para él un ejercicio agotador y sucio, un deambular sin mayor sentido entre dos espacios confortables muy distantes entre sí. Yo, mientras tanto, estaba completa y despreocupadamente enfrascado en la muy

satisfactoria tarea de tirar adelante. Mi congénita capacidad de introspección a veces lo fascinaba y otras lo divertía, pero sobre todo le ponía de los nervios.

Ya entrada la mañana del cuarto día desde que salimos de Franklin, me había recostado contra un peñasco verdoso a esperar a Katz cuando me di cuenta de que hacía bastante tiempo que no lo había visto. Cuando por fin llegó estaba más desarreglado de lo habitual. Traía varias ramitas en el pelo, un flamante siete en su camisa de franela y un hilillo de sangre reseca en la frente. Soltó la mochila y se sentó pesadamente a mi lado con la cantimplora en la mano. Echó un buen trago, se enjugó la frente, se miró la mano en busca de sangre y finalmente dijo con aire casual:

—¿Cómo has pasado el árbol de ahí atrás?

—¿Qué árbol?

—El árbol caído, ahí atrás. El que estaba atravesado en la cornisa.

Pensé por un instante.

—No lo recuerdo.

—¿Cómo que no lo recuerdas? Pero si bloqueaba el camino, por favor.

Volví a intentar hacer memoria y negué débilmente con la cabeza a modo de excusa. Vi que empezaba a exasperarse.

—Ahí mismo, cuatrocientos, quinientos metros atrás.

Se detuvo, esperando que aquello despertase un recuerdo, y me miró incrédulo cuando vio que no me acordaba.

—De un lado una caída a pico, del otro una maraña de ramas imposible de pasar y en medio un árbol caído enorme. Tienes que haberlo visto.

—¿Dónde dices que era, exactamente? —le pregunté, intentando ganar tiempo.

Katz ya no podía contener su irritación.

—Ahí mismo, joder. Precipicio de un lado, ramas del otro, en medio un roble enorme caído con este espacio para pasar.

Puso la mano a unos cuarenta centímetros del suelo y no se quiso creer mi cara de pasmo.

—Bryson, no sé qué estarás tomando pero quiero un poco yo también. El árbol era demasiado grande como para trepar por encima y estaba demasiado bajo para pasar arrastrándose por debajo, y no había manera de rodearlo. He

tardado media hora en superarlo y me he hecho la hostia de cortes. ¿Cómo puedes no acordarte de él?

—Quizás en un ratito me venga a la cabeza —dije esperanzado.

Katz sacudió la cabeza. Nunca entendí del todo por qué le irritaban tanto mis ausencias mentales (¿quizá porque pensaba que estaba siendo obtuso a propósito para ser molesto? ¿O porque le parecía que, al no darme cuenta de nuestras penurias, estaba haciendo trampas?), pero para mis adentros me propuse permanecer especialmente alerta y consciente durante un tiempo, para no exasperarlo aún más. Y fue una suerte que lo hiciera, porque dos horas más tarde vivimos uno de esos momentos gloriosos que tan raros resultan en el sendero. Íbamos caminando por la parte alta de una montaña conocida como High Top cuando apareció un claro entre los árboles frente a un mirador de granito y ante nosotros se abrieron unas vistas cautivadoras: un mundo nuevo e inesperado de montañas grandes, robustas y relativamente escarpadas, envueltas en la neblina y puntuadas en sus extremos más lejanos por nubes de aspecto tristón. Un espectáculo a un tiempo tremendamente atractivo y bastante asombroso.

Acabábamos de dar con las Smokies.

Más abajo, a lo lejos, encajonado en un valle estrecho, estaba el lago Fontana, muy parecido a un fiordo, un brazo de agua verde pálido. En el extremo occidental del lago, allí donde desemboca el Little Tennessee, se alza una enorme presa hidroeléctrica de 146 metros de alto construida en la década de 1930 por la Oficina del Valle del Tennessee. Es la mayor presa en Estados Unidos al este del Misisipí, y toda una atracción para los admiradores de las grandes masas de hormigón. Nos apresuramos a su encuentro sendero abajo, con la idea de que cerca habría un centro de visitantes, lo que a su vez abría la posibilidad de una cafetería y otros contactos igualmente satisfactorios con el mundo desarrollado. Como poco, pensábamos ilusionados, habría máquinas expendedoras y unos servicios en los que lavarnos, conseguir agua fresca y mirarnos en un espejo para, siquiera brevemente, parecer aseados y civilizados.

Había un centro para visitantes, efectivamente, pero estaba cerrado. Una nota medio despegada en un cristal revelaba que no abriría hasta dentro de un mes. Las máquinas expendedoras estaban vacías y desenchufadas, y

comprobamos con desencanto que también los servicios estaban cerrados con llave. Katz encontró un grifo en la pared exterior y lo probó, pero habían cortado el agua. Suspiramos, intercambiamos una mirada estoica y sufrida, y seguimos camino.

El sendero atravesaba el lago por encima de la presa. Las montañas que teníamos por delante no parecían brotar del lago sino apartarse de él, como animales asustados. Un vistazo bastaba para constatar que nos adentrábamos en un nuevo y magnífico territorio, un reino plagado de nuevos desafíos. La orilla más lejana del lago marcaba el límite sur del parque nacional de las Smokies. Por delante teníamos 2.000 kilómetros cuadrados de bosques densos y laderas pronunciadas, y 71 días de rigurosas caminatas antes de llegar al otro lado y poder soñar de nuevo con hamburguesas de queso, coca-colas, retretes con cisterna y agua corriente. Habría estado bien, por lo menos, haber podido emprender la marcha con la cara y las manos limpias. A Katz no le había dicho nada, pero nos disponíamos a ascender dieciséis picos de más de 1.800 metros, entre ellos el Clingmans Dome, cuyos 2.024 metros (apenas doce menos que el cercano monte Mitchell, la cima más alta en la zona oriental de Estados Unidos) lo convertían en el punto más alto del sendero de los Apalaches. Yo estaba ya ansioso, animado, y también Katz, aunque cauteloso, parecía tener ganas de empezar. Teníamos motivos de sobra para estar animados.

Para empezar, acabábamos de entrar en nuestro tercer estado, Tennessee, y eso, en el sendero, siempre genera la sensación de haber conseguido algo. A lo largo de casi todo su recorrido por las Smokies, el sendero de los Apalaches resigue la frontera que separa Carolina del Norte y Tennessee. Era una idea que me gustaba, la de poder plantarme con el pie izquierdo en un estado y el derecho en otro siempre que me apeteciese (lo que sucedía a menudo), o la de tener la opción de descansar sentándome en un tronco en Tennessee o en una piedra de Carolina del Norte, o lo de poder hacer pis de un estado a otro; había muchas variaciones sobre la misma idea. Luego, además, estaba la ilusión de todas las novedades que podríamos ver en aquellas montañas tan ricas, sombrías y cargadas de historia: salamandras gigantes, descomunales tulíperos y la famosa seta de olivo, que de noche brilla con una bioluminiscencia verdosa. Quizá veríamos incluso algún oso

(con el viento a favor y a una distancia segura, ignorante de nuestra presencia o, en todo caso, *exclusivamente* interesado en la persona de Katz). Y sobre todo estaba la esperanza (no, la convicción) de que la primavera no podía estar ya lejos, de que con cada día que pasaba nos acercábamos más a ella y allí, en el edén natural que son las Smokies, acabaría por estallar.

He dicho que las Smokies son un edén, y lo mantengo. Estábamos entrando en lo que los botánicos llaman «el mejor bosque mesofítico mixto del mundo». Las Smokies albergan una variedad asombrosa de vida vegetal: más de 1.500 tipos de flores silvestres, 1.000 variedades de arbustos, 530 líquenes y musgos y 2.000 tipos de hongos. Son también el hogar de 130 especies arbóreas nativas de la zona. En toda Europa hay solo 85.

Tanta abundancia se debe a los profundos y fértiles suelos de sus cobijados valles (que los locales llaman *coves*); al clima cálido y húmedo que genera la neblina azulada que da nombre a las montañas; y sobre todo al feliz accidente geográfico de la orientación norte-sur de los Apalaches. Hay que saber que, durante la última glaciación, a medida que el hielo iba extendiéndose por el Ártico, la flora boreal de todo el mundo buscó refugio, como es natural, en zonas más al sur. En Europa, un número incontable de especies autóctonas se estrelló contra la barrera infranqueable de los Alpes y montes aledaños y terminó extinguiéndose. En la zona este de Norteamérica no existe una barrera así que impida la retirada, con lo que los árboles y otras plantas se abrieron paso por valles y montañas hasta encontrar el refugio ideal en las Smokies, donde han permanecido desde entonces. (Cuando el hielo empezó por fin a retroceder, los árboles nativos del norte comenzaron el largo camino de regreso a sus antiguos territorios. Algunos de ellos, como el cedro de San Juan y el rododendro, solo ahora empiezan a llegar a su destino, un recordatorio de que, en términos geológicos, el hielo apenas acaba de desaparecer.)

Una rica vida vegetal engendra naturalmente una rica vida animal. Las Smokies acogen 67 especies de mamíferos, más de 200 tipos de aves y 80 clases de reptiles y anfibios, cifras todas muy superiores a las que pueden encontrarse en áreas de tamaño similar en casi cualquier otra región templada del planeta. Pero sobre todo, las Smokies son famosas por sus osos. Se calcula que en el parque viven entre 400 y 600 osos negros, un número no



muy elevado pero que resulta un problema crónico porque muchos de ellos le han perdido el miedo al ser humano. Cada año pasan por las Smokies casi nueve millones de personas, la mayoría de ellas para hacer un *picnic*. Eso ha hecho que los osos asocien a la gente con comida. Es más, para ellos los humanos somos criaturas con sobrepeso y tocados con gorras de béisbol que esparcimos enormes cantidades de comida sobre las mesas de acampada y luego gritamos un poquito y salimos corriendo a por la cámara de vídeo cuando el Señor Oso hace acto de presencia para subirse a la mesa y devorar la ensalada de patata y el pastel de chocolate. Dado que al oso no le molesta que lo graben y en general parece no hacer caso a su público, demasiado a menudo algún idiota se le acerca para intentar acariciarle o darle una magdalena. Se sabe de un caso en el que una mujer le untó miel en la mano a su hijo de corta edad para que el oso la lamiese ante la cámara. El oso, que no sabía lo que se esperaba de él, se comió la mano del niño.

Cuando pasan cosas de este tipo (y cada año hay una docena de personas heridas, normalmente en zonas de *picnic* y casi siempre por haber cometido alguna estupidez), o cuando un oso empieza a ser recalcitrante o agresivo, los guardas forestales lo sedan con un dardo, lo atan y cargan con él hasta un paraje remoto, alejado de carreteras y espacios de acampada, y lo ponen luego en libertad. Por supuesto, para entonces ese oso estará perfectamente acostumbrado a los seres humanos y a la comida de los humanos. ¿Y a quién se iba a encontrar en lo más recóndito del bosque para quitarles la comida? Conmigo y con Katz, por supuesto, y con otros como nosotros. Los anales del sendero de los Apalaches están llenos de historias de excursionistas asediados por osos en parajes remotos de las Smokies. Por eso, a medida que nos adentrábamos en los empinados y densos bosques del monte Shuckstack, procuré mantenerme más cerca de Katz que de costumbre y llevar el bastón como una porra. A él le parecía que yo hacía el bobo, claro.

Pero la verdadera criatura de las Smokies es la salamandra, esquiva y muy poco apreciada. Existen en estas montañas veinticinco variedades de salamandra, más que en cualquier otro lugar del planeta. Las salamandras son muy interesantes, y que nadie intente convenceros de lo contrario. Para empezar, son los vertebrados más antiguos: cuando las primeras criaturas salieron arrastrándose de las aguas, esto es lo que asomó la cabecita, y no han

cambiado mucho desde entonces. Hay algunas variedades de salamandras de las Smokies que ni siquiera han desarrollado pulmones. (Respiran a través de la piel.) La mayoría de las salamandras son diminutas, de unos tres o cinco centímetros de largo, pero la exótica (y sorprendentemente fea) salamandra americana gigante puede alcanzar los sesenta centímetros. Me moría de ganas de ver una.

Más variedad todavía, y mucho menor aprecio, tienen los mejillones de agua dulce. Hasta 300 tipos distintos de estos mejillones (una tercera parte del total mundial) viven en las Smokies. Son mejillones con unos nombres maravillosos, como «lomoverruga purpúreo», «pezuñita brillante de cerdo» y «mejillón caramono perlado». Por desgracia, en eso se queda el interés que despiertan. Y por culpa de esa falta de consideración incluso entre naturalistas, los mejillones de agua dulce están desapareciendo a un ritmo demencial. Casi la mitad de las especies de mejillón de las Smokies están amenazadas, y se cree que doce de ellas se han extinguido ya.

Dicho así, puede sorprender que algo semejante suceda en un parque nacional. No es que los mejillones de agua dulce se estén tirando bajo las ruedas de los coches que pasan por la carretera, no. Aun así, parece las Smokies empiezan a despedirse de su población de mejillones. También es cierto que en el Servicio de los Parques Nacionales es ya casi tradición lo de llevar especies a la extinción. El parque nacional de Bryce Canyon es el ejemplo más interesante, y desde luego el más entusiasta. Fundado en 1923, el Servicio de los Parques Nacionales ha necesitado menos de medio siglo para que, bajo su dedicada tutela, siete especies de mamíferos hayan desaparecido de la zona: la liebre coliblanca, el perrito de la pradera, el antílope norteamericano, la ardilla voladora, el castor, el zorro rojo y la mofeta moteada. Todo un éxito. En total, durante este siglo 42 especies de mamíferos han desaparecido de los parques nacionales de Estados Unidos.

En las Smokies, no muy lejos de donde Katz y yo estábamos, el Servicio de los Parques Nacionales decidió en 1957 «recuperar» Abrams Creek, un afluente del Little Tennessee, para la pesca de la trucha irisada. A tal efecto, un equipo de biólogos vertió cantidades desorbitadas de un veneno llamado rotenona a lo largo de unos veinticinco kilómetros del río. En el espacio de pocas horas, decenas de miles de peces muertos flotaban en la superficie

como hojas en otoño; un hecho del que cualquier naturalista se sentiría orgulloso. Entre las 31 especies de pez exterminadas en Abrams Creek había una, el noturo, que los científicos no habían visto nunca con anterioridad. De este modo, los biólogos del Servicio de los Parques Nacionales se permitieron el nada usual logro de descubrir y erradicar una nueva especie de pez en el mismo instante. (En 1980 se descubrió otra colonia de noturos.)

Por supuesto, todo esto fue hace cuarenta años, y semejante inconsciencia resulta inimaginable en nuestra época. El Servicio de los Parques Nacionales recurre ahora a un enfoque mucho más sutil para poner en peligro la fauna: la negligencia. No destina casi nada (menos del tres por ciento de su presupuesto) a investigación, y por eso nadie sabe cuántos mejillones se han extinguido, ni por qué se están extinguiendo.

Dondequiera que uno mire en los bosques del este verá que los árboles mueren en cantidades industriales. En las Smokies, más del noventa por ciento de los pinos de Fraser (un árbol majestuoso que crece solo en las tierras altas del sur de los Apalaches) están enfermos o agonizan como consecuencia de la lluvia ácida y de los estragos causados por unos insectos, los conocidos como adélgidos lanudos de los pinos. Preguntadle a un guarda del parque qué se está haciendo al respecto y responderá: «Estamos llevando a cabo un seguimiento minucioso de la situación», lo que puede traducirse como «estamos mirando cómo se mueren».

O hablemos si no de los *balds*, amplios calveros cubiertos de hierba en las cimas montañosas que en ocasiones alcanzan las cien hectáreas de extensión y son uno de los rasgos distintivos de los Apalaches meridionales. Nadie sabe por qué se formaron, ni cuánto hace que están ahí, ni por qué aparecen en unas montañas pero en otras no. Hay quien cree que son accidentes naturales, quizá vestigios de fuegos iniciados por el rayo, y hay también quien piensa que son obra del ser humano, espacios quemados o talados para crear pastizales de verano. Lo que es seguro es que son un elemento clave de las Smokies, y que les dan buena parte de su carácter. Ascender durante horas por la penumbra y el frío del bosque, y asomarse por fin al liberador espacio abierto de uno de estos calveros bajo el cielo azul, con el horizonte abriendo sus vistas en todas direcciones, es una experiencia de las que no se olvidan. Pero los *balds* son algo más que una curiosidad botánica. Según el escritor

Hiram Rogers, los calveros apenas cubren un 0,015 por ciento del paisaje de las Smokies pero contienen el veintinueve por ciento de su flora. Durante un número indeterminado de años, los indios primero y posteriormente los colonos europeos los utilizaron como pastos para su ganado, pero ahora que el pastoreo no está permitido y el Servicio de los Parques Nacionales se lava las manos, especies leñosas como el majuelo y la mora están reclamando para sí las cimas de las montañas. En veinte años puede que no queden calveros en las Smokies. Noventa especies de plantas han desaparecido de estas zonas desde que abrió el parque en la década de 1930. Otras veinticinco más desaparecerán en los próximos años. No existe un plan para salvarlas.

Habrá quien deduzca de todo esto que no siento una gran admiración por el Servicio de los Parques Nacionales y la gente que trabaja en él, y eso no es del todo cierto. Nunca me he cruzado con un guarda forestal que no fuera atento y servicial, y que no estuviese bien informado. También hay que decir que muy pocas veces me he cruzado con un guarda forestal, porque los han despedido a casi todos. Pero aquellos con los que hablé fueron siempre correctísimos. No, el problema no lo tengo con la gente que trabaja en él, sino con la propia entidad. Mucha gente defiende los parques nacionales señalando que se les han recortado los fondos, y eso es algo innegable. Con el ajuste debido a la inflación, el presupuesto actual del Servicio de los Parques Nacionales es hoy 200 millones de dólares más bajo que hace una década. Consecuentemente, y pese a que el número de visitantes se ha disparado (en 1983 fueron 207 millones; hoy son casi 300 millones), se han cerrado puntos de acampada y centros de interpretación, se ha diezmado el número de guardas y los trabajos de mantenimiento básico se han pospuesto hasta extremos ridículos. En 1997, el coste de las reparaciones pendientes en los parques nacionales ascendía ya a seis mil millones de dólares. Escandaloso.

Ahora fijaos en esto. En 1991, los árboles se les morían, los edificios se les desmoronaban, los visitantes se encontraban con que no podían acceder a campamentos, cerrados por falta de fondos, y se ponía en marcha una serie récord de despidos. Ese mismo año, el Servicio de los Parques Nacionales se regaló una fiesta en Vail (Colorado) por su setenta y cinco aniversario y destinó 500.000 dólares al evento. Puede que eso no sea tan descerebradamente negligente como verter miles de litros de veneno en un río

de montaña, pero poco le falta.

Aun así, intentemos no perder la perspectiva. Las Smokies alcanzaron su esplendor natural sin la guía de un servicio nacional de parques, y tampoco la necesitan ahora. Es más, dado el estrambótico y errático comportamiento del Servicio de los Parques Nacionales a lo largo de su historia (a ver qué os parece esta: en la década de 1960 invitó a la Walt Disney Corporation a construir un parque de atracciones en el parque nacional de Sequoia, California), quizá no sea tan mala idea privarlo de presupuesto. Estoy casi seguro de que si se les restituyesen esos 200 millones de dólares anuales, casi todos se destinarían a la construcción de más aparcamientos e instalaciones para autocaravanas y no al salvamento y cuidado de los árboles, por no hablar ya de la recuperación de los preciosísimos *balds*. En realidad, la política del Servicio de los Parques Nacionales pasa por permitir que este tipo de terrenos desaparezca. Tras años de incomodar a todo el mundo entrometiéndose en la naturaleza, ha decidido ahora no interferir en absoluto incluso cuando resulta evidente que esa interferencia resultaría beneficiosa. Lo digo en serio: son la monda.

Anocheché cuando llegamos al refugio de Birch Spring Gap, construido en una ladera junto a un arroyo embarrado a unos sesenta metros por debajo del sendero. En la semipenumbra plateada tenía un aspecto magnífico. A diferencia de las utilitarias estructuras de madera contrachapada que habíamos encontrado en otros tramos del sendero, los refugios de las Smokies eran de piedra y habían sido construidos en un estilo intencionalmente rústico y evocador, de modo que, desde lejos, Birch Spring Gap tenía el aspecto acogedor y hogareño de una cabaña en el bosque. De cerca, sin embargo, resultaba algo menos apetecible. Por dentro era oscuro y húmedo, con un suelo de tierra que parecía flan de chocolate, una sucísima y apretujada plataforma para dormir y desperdicios empapados por las esquinas. El agua corría por el interior de las paredes y acababa formando charcos en el reborde pensado para los sacos de dormir. Fuera no había mesas de *picnic*, como en la mayoría de los refugios, y tampoco un retrete. Aquello era bastante tétrico, incluso para los estándares habituales en el sendero de los Apalaches. Pero por lo menos lo teníamos para nosotros solos.

Al igual que otros refugios del sendero de los Apalaches, tenía un frente abierto (algo cuya utilidad nunca llegué a entender), pero este, además, estaba cerrado con una verja de alambre moderna. Un cartel colgado de la verja avisaba: «Área habitada por osos. No deje la puerta abierta». Lo de los osos me interesó, y mientras Katz hervía agua para los fideos le eché un vistazo al registro del refugio. Cada refugio tiene un libro de registro en el que los visitantes, como si de un diario se tratase, hacen anotaciones sobre el tiempo o su estado de ánimo (si es que les queda) e indican acontecimientos fuera de lo común. En este se mencionaban solamente un par de ruidos osunos por la noche, pero lo que de verdad había llamado la atención de los cronistas del refugio era la desacostumbrada vivacidad de la población local de ratas y ratones, algo de lo que yo mismo puedo dar fe.

Desde el mismo instante en el que nos acostamos aquella noche pudimos oír el correteo de los roedores. No tenían el menor miedo, y triscaban sin problema por encima de las mochilas e incluso de nuestras cabezas. Entre juramentos, Katz se puso a dar porrazos a su alrededor con la cantimplora y todo lo que tenía a mano. Una vez encendí la linterna y me encontré a medio palmo de la barbilla con un ratón que había trepado a mi saco de dormir y que, sentado sobre sus cuartos traseros sobre mi pecho, me miraba fijamente. Como por instinto, di un manotazo dentro del saco y lo lancé a un repentino olvido.

—¡Le he dado a uno! —gritó Katz.

—Yo también —dije yo, bastante orgulloso.

Katz se había puesto a caminar a gatas, como intentando hacerse pasar por un ratón, y esclarecía la oscuridad con el haz de su linterna; de vez en cuando tiraba una bota o daba un porrazo con la cantimplora. A continuación volvía a rastras a su saco, se quedaba quieto un ratito, maldecía, se sacudía de encima los molestos roedores y repetía el proceso. Yo, en cambio, me hundí en el saco y apreté la cuerda de cierre por encima de mi cabeza. Así pasé la noche. Una secuencia se repitió varias veces: Katz se ponía violento; a continuación, silencio; correteos; Katz volvía a ponerse violento. Teniendo en cuenta todo esto, dormí sorprendentemente bien.

Imaginaba que Katz se despertaría de un humor de perros, pero en realidad estaba mucho más animado.

—No hay nada como una buena noche de sueño, y esto no se ha parecido en nada a una buena noche de sueño —proclamó nada más despertarse con un resoplido satisfecho.

Resultó que estaba así de alegre porque había matado siete ratones y se sentía muy orgulloso, por no decir ufano como un gladiador. Cuando se llevó la cantimplora a los labios vi que en la base tenía todavía adheridos unos cuantos pelos y un pegote de algo rosa y pulposo. Alguna que otra vez me preocupó (e imagino que es una preocupación que aqueja ocasionalmente a todos los senderistas) hasta qué punto uno puede alejarse de los confines de lo que consideramos civilizado cuando está de excursión. Aquella fue una de esas veces.

Fuera, la niebla se espesaba y ocultaba los espacios entre los árboles. La mañana no se presentaba halagüeña. Lloviznaba ya cuando echamos a caminar, y al poco tiempo la lluvia caía constante, pesada e inmisericorde.

La lluvia lo estropea todo. Caminar bajo un poncho impermeable no tiene ninguna gracia. El rígido roce del nailon contra el nailon y el tamborileo inter-mi-na-ble y curiosamente amplificado de la lluvia sobre la tela tienen un efecto profundamente descorazonador. Lo peor de todo es que el poncho no te mantiene seco: el poncho protege de la lluvia, sí, pero te hace sudar tanto que muy pronto estás empapado. Llegada la tarde, el sendero era el cauce de un riachuelo. Mis botas desistieron de estar secas. Estaba calado hasta los huesos, y chapoteaba con cada paso. En algunas regiones de las Smokies se registran precipitaciones anuales de hasta 3.000 litros por metro cuadrado. Eso son tres metros. Es mucha agua. Y en ese momento caía buena parte de ella.

Caminamos 15,6 kilómetros hasta el refugio de Spence Field Shelter, una distancia modesta hasta para nosotros, pero estábamos completamente empapados y ateridos, y además el siguiente refugio estaba demasiado lejos. El Servicio de los Parques Nacionales (¿por qué, al decirlo, suena tan inevitable?) impone a todos los que recorren el sendero de los Apalaches toda una serie de reglas engorrosas, inflexibles y exasperantes, entre ellas la obligación de avanzar de manera constante sin desviarse nunca del sendero y pernoctar cada noche en un refugio. En la práctica, eso significa no solo que cada día hay que caminar una distancia predeterminada, sino que es

obligatorio pasar las noches rodeado de extraños. Nos desprendimos de la ropa más mojada y revolvimos las mochilas buscando prendas secas, pero incluso las cosas más profundamente ocultas estaban húmedas al tacto. En el muro del fondo del refugio había un hogar de piedra, y un alma caritativa lo había abastecido de troncos y ramitas. Katz intentó encender un fuego, pero todo estaba tan mojado que era imposible que ardiera. Ni siquiera las cerillas prendían. Katz resopló disgustado y se rindió. Yo opté por preparar algo de café con el que entrar en calor, pero el infiernillo se puso igualmente terco.

Mientras lo manipulaba oí el roce cantarín del nailon contra el nailon y entraron en el refugio dos muchachas jóvenes, hechas unos zorros y exhaustas. Eran de Boston y venían desde Cades Cove por un sendero secundario. Uno o dos minutos más tarde entraron cuatro estudiantes de la Wake Forest University de vacaciones, y luego un excursionista solitario que resultó ser nuestro conocido, Jonathan; y finalmente una pareja de tipos barbudos de mediana edad. Tras cuatro o cinco días sin apenas haber visto un alma, de repente teníamos una compañía abrumadora.

Todo el mundo se mostró amable y considerado, pero la conclusión evidente era que en aquel espacio estábamos hacinados. Pensé entonces, no por primera vez, lo agradable que habría sido que la visión original de MacKaye se hubiese llevado a la práctica: que los refugios dispuestos a lo largo del sendero fuesen hostales de verdad, con duchas calientes, camastros individuales (con cortinillas, por lo de la privacidad, y lámparas de noche, claro) y un encargado-cocinero permanente con los fogones siempre a punto para invitarnos en cualquier momento a sentarnos a una mesa larga para cenar estofado, pan de maíz y (pongamos por caso) melocotones al horno de postre. Frente a la puerta habría un porche con mecedoras en las que sentarse a fumar en pipa mientras a lo lejos el sol se ocultaba tras las colinas. Habría sido una delicia. Durante mis ensoñaciones me había recostado contra el borde de la plataforma para intentar hervir una pequeña cantidad de agua (y estaba bastante contento, en realidad) cuando uno de los tipos de mediana edad se me acercó y se presentó como Bob. Se me vino el alma a los pies, porque se le notaba que quería hablar de equipamiento. Lo veía venir. Aborrezco hablar de equipamiento.

—Oye, y lo de comprar una mochila Gregory ¿por qué? —dijo.



—No sé, creo que me pareció más cómodo eso que llevar todas mis cosas en brazos.

Asintió pensativo, como si fuese una respuesta digna de consideración, y luego dijo:

—Yo tengo una Kelty.

En ese momento me habría apetecido decir: «Mira, ahora te explico yo una idea, a ver si la entiendes, Bob. No puedes ni imaginarte lo poquísimo que me importa». Me habría apetecido mucho. Pero hablar de equipamiento es de esas cosas que hay que hacer, como darles palique a las amigas de tu madre en la cola del supermercado, así que respondí:

—¿Ah, sí? ¿Y estás contento?

—Pues sí, pues sí —fue su sincera respuesta—. Y ahora te digo por qué.

La acercó para enseñarme sus características: los bolsillos elásticos, la bolsita para el mapa, su milagrosa habilidad para contener cosas en general... Estaba especialmente orgulloso de un bolsillo desplegable interno que había llenado a reventar con frasquitos de vitaminas y medicamentos, y que tenía un ventanuco transparente.

—Para ver lo que llevas dentro sin tener que abrir la cremallera —me explicó, mientras con la mirada me invitaba a expresar mi admiración.

Y justo en ese momento se nos acercó Katz. Iba mascando una zanahoria (nadie como Katz para gorrear comida) y en realidad venía a preguntarme algo, pero cuando le echó el ojo a la bolsita transparente de Bob dijo:

—Anda, mira, una bolsa con ventanita. ¿Qué es, para gente tan estúpida que no sabe cómo abrirla?

—En realidad es muy útil —dijo Bob, midiendo cuidadosamente sus palabras—. Te permite ver el contenido sin tener que abrir la cremallera.

Katz lo miró incrédulo.

—¿Qué pasa, que estás tan ocupado por el camino que no puedes malgastar tres segundos en abrir una cremallera y mirar dentro?

Se volvió hacia mí.

—Los universitarios esos están dispuestos a canjear Pop Tarts por Snickers. ¿Tú qué dices?

—Pues a mí me parece bastante útil —musitó Bob para sí, pero se llevó la mochila y no volvió a molestarnos.

Me temo que mis conversaciones sobre equipamiento acababan casi siempre así, con mi interlocutor retirándose ofendido mientras apretaba contra su pecho un artículo hasta entonces muy preciado. Nunca fue mi intención, lo digo en serio.

A partir de allí, las Smokies seguían cuesta abajo. Caminamos durante cuatro días bajo el constante percutir de la lluvia perenne, similar al de las teclas de una máquina de escribir. Todos los caminos estaban embarrados y resbaladizos. Cualquier hueco, cualquier bache, se convertía en un charco. El barro pasó a formar parte consustancial de nuestras vidas. Avanzábamos a través de barro, tropezábamos y caíamos en barro, apoyábamos en barro las mochilas; en todo lo que tocábamos dejábamos un rastro de barro. Y cada vez que te movías oías el monótono y enloquecedor roce del nailon, hasta que llegaba un momento en el que te entraban ganas de sacar una pistola y pegarle un tiro. No vi ni un oso, ni una salamandra; no vi bioluminiscencias tampoco; en realidad no vi nada, excepto las gotitas y los regueros de agua que me manchaban constantemente las gafas.

Cada noche dormimos en establos mohosos y cocinamos y convivimos con extraños; verdaderas multitudes, todos ateridos y empapados e incómodos, demacrados y semienloquecidos por la lluvia incesante y lo ingrato que es ir de ruta cuando jarrea. Era espantoso. Y cuanto más empeoraba el tiempo, más se llenaban los refugios. Era la semana de las vacaciones de mitad de semestre en las universidades de toda la Costa Este, y a docenas y docenas de chavales se les había ocurrido irse de excursión a las Smokies. Se supone que los refugios son para los que hacen el sendero entero, no para caminantes ocasionales, y en alguna ocasión vimos caldearse los ánimos. Aquello no se parecía en nada al sendero de los Apalaches. Era peor que espantoso.

Al tercer día, ni a Katz ni a mí nos quedaba ropa seca, y tiritábamos constantemente. Subimos como pudimos hasta la cima del Clingmans Dome (uno de los destinos más atractivos del viaje, sin duda, en el que, con cielo despejado, las vistas elevan el espíritu) y no vimos nada, nada en absoluto, a excepción de la incierta silueta de árboles moribundos entre la niebla.

Estábamos empapados y hechos un asco. Necesitábamos desesperadamente encontrar una lavandería, ropa limpia y seca, una comida

de verdad y un museo de curiosidades Ripley's Believe It or Not. Había llegado el momento de ir a Gatlinburg.



## 8

Pero primero había que llegar hasta allí.

Desde el Clingmans Dome había 15 kilómetros hasta la US Highway 441, la primera carretera asfaltada desde la presa de Fontana, cuatro días atrás. Gatlinburg estaba a otros 24 largos y sinuosos kilómetros más al norte, demasiado lejos para llegar caminando. No parecía probable que nadie fuese a recoger a dos autoestopistas en un parque nacional, pero en un aparcamiento cercano vi que tres chavales con aire de volver a casa estaban cargando sus cosas en un cochazo caro con matrículas de New Hampshire. Impulsivamente, fui hasta ellos para presentarme y pedirles, como conciudadano de aquel estado, que llevasen a dos vejestorios agotados hasta Gatlinburg. Antes de que pudiesen objetar nada (y resultaba evidente que así lo habrían preferido), ya les habíamos dado las gracias y nos habíamos subido a los asientos traseros. Así fue como nos aseguramos un transporte elegante (aunque algo malhumorado) hasta Gatlinburg.

Gatlinburg descoloca al visitante se mire como se mire, pero sobre todo cuando se llega a ella tras haber pasado algún tiempo aislado en el monte, calado hasta los huesos y cubierto hasta arriba de mugre. Se encuentra muy cerca de la entrada principal al parque nacional de las Great Smoky Mountains, y se ha especializado en proveer al visitante de todo aquello de lo que el parque carece, principalmente comida pringosa, moteles, tiendas de regalos y aceras por las que deambular y matar el rato, reunido casi todo a lo largo de una calle principal de una fealdad asombrosa. Durante años ha medrado, sabedora de que cuando los estadounidenses cargan el coche y recorren enormes distancias hasta un lugar de esplendorosa belleza natural, lo que realmente les apetece hacer cuando llegan es jugar al minigolf y

empapuzarse de comida. El de las Great Smoky Mountains es el parque nacional más popular del país, pero Gatlinburg (y es algo que me resulta increíble) es más popular todavía que el parque.

Gatlinburg es espantoso, es cierto. Pero tampoco pasaba nada. Tras ocho días en el sendero estábamos más que dispuestos a espantarnos. Nos instalamos en un motel, donde fuimos recibidos con una notable falta de cordialidad; nos ganamos dos bocinazos al cruzar la calle (uno pierde la costumbre de mirar al cruzar la calle cuando está de acampada); y finalmente entramos en un establecimiento que llevaba por nombre Jersey Joe's Restaurant, en el que encargamos unas hamburguesas con queso y unas coca-colas a una desabrida camarera que mascaba chicle y cuya simpatía fuimos incapaces de ganarnos pese a nuestras radiantes sonrisas. Estábamos a medio consumir aquel sencillo y decepcionante banquete cuando la camarera nos dejó la cuenta en la mesa al pasar. Ascendía a 20,74 dólares.

—Será una broma —se me escapó.

La camarera (pongamos que se llamaba Betty Slutz)<sup>[5]</sup> se detuvo y se me quedó mirando antes de volver a nuestra mesa, manteniendo siempre un aire de majestuoso desdén.

—¿Qué problema hay?

—Veinte dólares es un poco exagerado por un par de hamburguesas, ¿no le parece? —pie con una voz extraña que no había oído nunca antes, una voz como de iluso.

Me sostuvo la mirada durante algunos instantes más, luego tomó la cuenta y nos la leyó en voz alta, con una palmada sobre la mesa cada vez que enunciaba una consumición.

—Dos hamburguesas. Dos refrescos. Impuesto municipal de ventas. Impuesto de bebidas. Propina incluida. Total bruto: veinte dólares y setenta y cuatro centavos.

La dejó caer sobre la mesa y nos dedicó una mueca que quería ser una sonrisa.

—Bienvenidos a Gatlinburg, caballeros.

Menuda bienvenida.

Después de aquello salimos a conocer la ciudad. Yo, en particular, tenía muchas ganas de echarle un vistazo a Gatlinburg porque había leído algo

sobre ella en un libro maravilloso, *The Lost Continent* [El continente perdido].<sup>[6]</sup> En él, el autor describe así el espectáculo que ofrece la calle principal: «Por las aceras deambulaban sin ninguna prisa más hordas de turistas, gordos todos ellos, y ataviados con ropas imposibles, con una cámara rebotando sobre sus prominentes estómagos, y engullendo helados, algodón de azúcar y pinchos de salchicha, en algunos casos de manera simultánea». Y las cosas seguían igual. Las mismas manadas de gente con forma de pera y calzadas con Reeboks deambulaban entre el olor a comida de las calles, asiendo grotescos manjares y verdaderos cubos de refrescos. Seguía siendo el mismo lugar, el mismo horrible mal gusto, pero aun así me costó reconocer la ciudad que yo recordaba de tan solo nueve años atrás. Casi todos los edificios de los que me acordaba habían sido derruidos para ser sustituidos por algo nuevo, generalmente supermercados y centros comerciales que se extendían más allá de la calle principal y abrían una nueva galaxia de oportunidades de consumo y restauración.

En *The Lost Continent* incluí una lista de las atracciones con las que contaba Gatlinburg en 1987: El Elvis Presley Hall of Fame, el Museo Nacional de la Biblia, el Museo de Cera del Firmamento sobre Gatlinburg, el museo de curiosidades Ripley's Believe It or Not, el Museo Histórico Americano de Cera, la Aguja Espacial de Gatlinburg, el espectáculo de música *country* de Bonnie Lou y Buster, el Museo Carbo de la Policía, el Centro de Exposiciones del Libro Guinness de los Records, el Museo/Centro Comercial Irlene Mandrell, un par de casas embrujadas y tres atracciones misceláneas, el Pueblo de las Montañas, Isla Paraíso y el Mundo de Ilusión. De estos quince entretenimientos, solo tres, al parecer, seguían abiertos nueve años más tarde. Evidentemente, nuevas atracciones habían ocupado su lugar (una Mansión Misteriosa, un minigolf montañés, unos simuladores de viaje Motion Master), y estas a su vez habrán desaparecido dentro de nueve años, sin duda, porque así es como funcionan las cosas en este país.

Ya sé que el mundo está en perpetuo movimiento, pero la velocidad con la que cambian las cosas en Estados Unidos es, simple y llanamente, asombrosa. En 1951, el año en que nací yo, Gatlinburg tenía un solo establecimiento de venta al por menor, un almacén llamado Ogle's. Luego, ya con el *boom* de los años de posguerra, la gente empezó a ir a las Smokies en

coche, y hubo que abrir moteles, restaurantes, gasolineras y tiendas de regalos para atenderla. En 1987, Gatlinburg contaba con 60 moteles y 200 tiendas de recuerdos. Hoy en día tiene más de 100 moteles y 400 tiendas de recuerdos. Y lo más sorprendente es que nada de todo ello es en absoluto sorprendente.

Para que os hagáis una idea: la mitad de todas las oficinas y grandes superficies comerciales que hay en Estados Unidos hoy en día han sido construidas después de 1980. La mitad. El ochenta por ciento de las viviendas del país son posteriores a 1945. De todas las habitaciones de motel que hay en Estados Unidos, 230.000 se han construido en los últimos quince años. A poca distancia de Gatlinburg está Pigeon Forge, que hace veinte años era una aldea somnolienta (no, mejor; que *aspiraba* a ser una aldea somnolienta) conocida solo como por ser la patria chica de Dolly Parton. Pero entonces la admirable señora Parton construyó un parque de atracciones llamado Dollywood. Hoy, Pigeon Forge cuenta con más de 200 tiendas distribuidas a lo largo de cinco kilómetros de carretera. Es más extensa y más fea que Gatlinburg, y ofrece mejores posibilidades de aparcamiento, con lo que evidentemente recibe muchos más visitantes.

Y ahora comparemos todo esto con el sendero de los Apalaches. En el momento en que emprendimos nuestro viaje, el sendero tenía cincuenta y nueve años. Esto, para los parámetros norteamericanos, es asombrosamente longevo. Los senderos de Oregón y de Santa Fe no duraron tanto. La Ruta 66 no duró tanto. La antigua autopista Lincoln que iba de costa a costa, una ruta que insufló vida y prosperidad en centenares de pequeñas poblaciones, al punto de ser conocida como la «calle mayor de Estados Unidos», no duró tanto. Nada dura tanto en este país. Si un producto, o una empresa, no se reinventan constantemente, acaban sustituidos, descartados, abandonados sin miramientos a favor de algo de mayor tamaño, algo más nuevo y siempre, por desgracia, mucho, muchísimo, más feo. Pero ahí sigue nuestro querido sendero de los Apalaches, aún en pie tras seis décadas, modesto, espléndido, fiel a los principios sobre los que fue fundado, alegremente ajeno al mundo que ha cambiado a su alrededor. Es un milagro, la verdad.

Fui a buscar a Katz y lo llevé de vuelta conmigo tironeándole de la manga.

—Pero ¿qué pasa? —dijo—. ¿Qué pasa?

Le enseñé el mapa.

—Vale, ¿y qué?

A Katz no le gustaban los misterios.

—Mira el mapa y luego fíjate en la parte que llevamos hecha.

Miró, y luego miró otra vez. Vi claramente cómo le cambiaba la expresión.

—Joder —se le escapó al fin. Se volvió hacia mí, asombrado—. No llevamos nada.

Fuimos a por una taza de café y nos sentamos en silencio, anonadados, durante algún tiempo. Todo lo que habíamos vivido, todo lo que habíamos hecho; todo el esfuerzo, todo el trabajo, los dolores, la humedad, las montañas, los espantosos grumos de fideos, las ventiscas, las horrendas tardes pasadas con Mary Ellen, la infinidad de kilómetros agotadores que habíamos acumulado empecinadamente... Todo eso se resumía en cinco centímetros. El pelo me había crecido más que eso.

Una cosa estaba muy clara. No íbamos a llegar a Maine caminando.

Fue una liberación, en cierto modo. Si no podíamos caminar todo el sendero, tampoco teníamos que hacerlo, y esa era una idea novedosa que, cuanto más pensábamos en ella, más y más atractiva nos parecía. Acabábamos de quedar liberados de nuestras obligaciones. Nos quitábamos de encima toda una dimensión de penoso esfuerzo: aquella idea descabellada, tediosa y, puestos a ser sinceros, carente de sentido que era recorrer hasta el último centímetro del terreno pedregoso que separa Georgia y Maine. Ahora podíamos disfrutar.

Y así, a la mañana siguiente, tras el desayuno extendimos los mapas sobre la cama de mi habitación en el motel y analizamos nuestras posibilidades. Finalmente decidimos que retomaríamos el sendero no en Newfound Gap, donde lo habíamos dejado, sino un poco más adelante, en un lugar próximo a Ernestville llamado Spivey Gap. De ese modo dejaríamos atrás las Smokies, con sus abarrotados refugios y sus reglas asfixiantes, y entraríamos de nuevo en un mundo más agradable. Saqué las Páginas Amarillas y busqué una empresa de taxis. En Gatlinburg había tres. Llamé a la primera.

—¿Cuánto nos costaría a dos personas llegar hasta Ernestville? —quise



saber.

—Ni idea —fue la respuesta.

Aquello me descolocó un poco.

—Ya. ¿Y cuánto cree que podría costar, más o menos?

—Ni idea.

—Pero si está ahí, solo hay que seguir la carretera.

A esto siguió un silencio prolongado, y finalmente la voz dijo:

—Ajá.

—¿Nunca ha llevado a nadie hasta allí?

—No.

—Vaya. Bueno, en el mapa parece que son unos treinta kilómetros. Viene a ser eso, ¿no?

Otra pausa.

—Puede.

—¿Y cuánto nos costaría una carrera de treinta kilómetros?

—Ni idea.

Me quedé mirando el auricular.

—Mire, perdone pero se lo tengo que decir. Es usted más estúpido que un paramecio.

Y colgué.

—Igual me meto donde no me llaman —reflexionó Katz—, pero no me parece que esa sea la mejor manera de conseguir un servicio pronto rápido y atento.

Llamé a otra empresa y pregunté cuánto nos costaría llegar hasta Ernestville.

—Ni idea.

«Por el amor de Dios, otra vez no», pensé.

—¿Para qué quiere ir hasta allí? —quiso saber la voz.

—¿Perdón?

—Que para qué quiere ir hasta Ernestville. ¡Si no hay nada!

—Bueno, en realidad queremos ir hasta Spivey Gap. Es que estamos haciendo el sendero de los Apalaches, ¿sabe?

—Spivey Gap está ocho kilómetros más allá.

—Lo sé, era por hacerme una idea...

—Tendría que habérmelo dicho, porque a Spivey Gap son otros ocho kilómetros.

—Vale. ¿Cuánto nos costaría llegar a Spivey Gap?

—Ni idea.

—Perdone, pero ¿hace falta ser tonto de capirote para conducir un taxi en Gatlinburg?

—¿Cómo?

Volví a colgar y miré a Katz.

—¿Qué le pasa a la gente en este pueblo? De verdad que, cuando me sueno la nariz, encuentro vida más inteligente en el pañuelo.

Marqué el número de la tercera y última empresa, y pregunté cuánto me costaría una carrera hasta Ernestville.

—¿Cuánto tiene? —ladró una voz guasona.

Con gente así sí se podían hacer negocios. Sonriendo, contesté:

—Pues no sé... ¿Un dólar y medio?

Risitas al otro lado.

—Algo más que eso sí le va a costar.

Una pausa, y el crujir de una silla al recostarse alguien en ella.

—Será lo que ponga el contador, ¿vale? Pero supongo que rondará los veinte dólares. ¿Y qué va a hacer en Ernestville?

Le hablé de Spivey Gap y del sendero.

—¿El sendero de los Apalaches? Está usted pirado, ya se lo digo yo. ¿A qué hora quiere salir?

—No sé. Ahora mismo, quizás.

—¿Dónde está?

Le di el nombre del motel.

—Estaré ahí en diez minutos, quince como mucho. Si no llego en veinte minutos, vaya saliendo sin mí y ya nos veremos en Ernestville.

Y con eso colgó. No solo habíamos encontrado conductor; habíamos dado con un gracioso.

Mientras esperábamos frente a las oficinas del motel, sentados en un banco, compré un ejemplar del *Nashville Tennessean* en un expendedor para saber qué estaba pasando en el mundo. El titular principal destacaba que la asamblea legislativa del estado, en uno de esos momentos de inspiración con

los que a menudo se distinguen los estados sureños, estaba tramitando una ley que impediría a las escuelas enseñar la teoría de la evolución. En lugar de ello, se verían obligadas a impartir que la Tierra fue creada por Dios en siete días, y esto poco antes del cambio de siglo. El artículo resaltaba que el tema no era nuevo en Tennessee. El pequeño pueblo de Dayton (no muy alejado de donde estábamos Katz y yo, casualmente) acogió en 1925 un juicio que dio mucho que hablar: la fiscalía quiso inculpar a un maestro de escuela, John Thomas Scopes, por atreverse a propalar las paparruchas darwinianas. Como casi todo el mundo sabe, Clarence Darrow, el abogado de Scopes, humilló rotundamente al fiscal William Jennings Bryan, pero lo que casi siempre se olvida es que Darrow perdió el caso. Scopes fue condenado, y la ley permaneció en vigor en Tennessee hasta 1967. Y ahora el estado estaba a punto de recuperar esa ley, con lo que demostraba de manera concluyente que el peligro para los habitantes de Tennessee no es que quizá desciendan del mono, sino que este acabe superándolos.

De repente (no soy capaz del todo de explicar cómo, pero sé que fue de repente) sentí unas ganas enormes de no pasar más tiempo tan al sur. Me volví hacia Katz.

—¿Por qué no vamos a Virginia?

—¿Cómo?

Un par de días antes, en un refugio, alguien nos había hablado de lo placenteras, lo extraordinariamente agradables, que eran para un excursionista las montañas de las Blue Ridge virginianas. Una vez completado el ascenso, nos había asegurado, el camino era casi llano y ofrecía suntuosas vistas sobre el extenso valle del río Shenandoah. La gente completaba jornadas de hasta cuarenta kilómetros sin problemas. Atrapados en el moho y las goteras de un refugio de las Smokies, aquello sonaba como Xanadú, y la idea se me quedó grabada en la cabeza. Le comenté a Katz lo que estaba pensando y él se inclinó hacia mí, interesado.

—¿Estás proponiendo que nos olvidemos de todo el sendero que hay desde aquí hasta Virginia? ¿Que no lo caminemos? ¿Que nos lo saltemos?

Parecía querer cerciorarse de que lo estaba entendiendo todo a la perfección. Yo asentí.

—Coño, pues claro que sí.

Y así, cuando el taxista llegó un minuto más tarde y se bajó del coche para echarnos un vistazo le expliqué, titubeante y algo torpe (porque tampoco es que me lo hubiese pensado demasiado) que ya no queríamos ir hasta Ernestville, sino hasta Virginia.

—¿Virginia? —dijo, como si acabase de preguntarle si había cerca de allí algún establecimiento donde pillar una buena sífilis.

Era un tipo menudo, bajito pero duro como el hierro, y tendría como poco los setenta cumplidos; era también muy despierto, mucho más inteligente que Katz y yo juntos, y entendió el meollo del asunto antes de que se lo explicase siquiera a medias.

—Tendrán que ir hasta Knoxville y alquilar un coche, y luego conducir hasta Roanoke. Eso va a ser lo más fácil.

Asentí.

—¿Y cómo llegamos hasta Knoxville?

—¿Qué tal en taxi? —me ladró, como si fuese no ya medio bobo, sino casi idiota del todo.

Creo que era un poco duro de oído, o puede que simplemente le gustase gritarle a la gente.

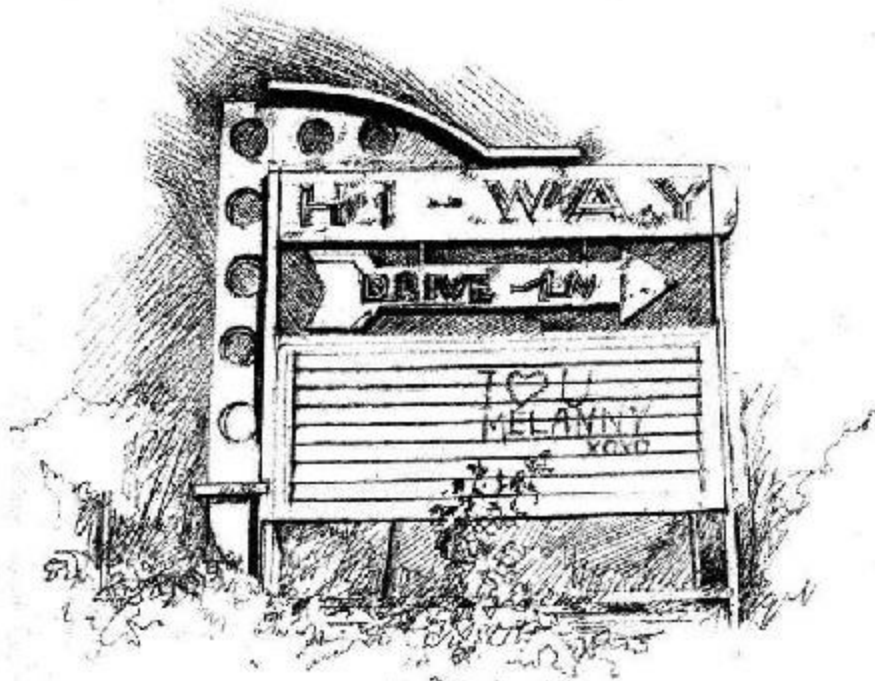
—Imagino que les saldrá por unos cincuenta dólares —calculó.

Katz y yo nos miramos y dijimos:

—Vale, muy bien.

Y nos metimos en el coche.

Y así, sin más, nos vimos de camino a Roanoke y hacia los verdes valles de Virginia.



## 9

Durante el verano de 1948, Earl V. Shaffer, un joven recién licenciado del ejército, se convirtió en la primera persona que recorrió el sendero de los Apalaches de punta a punta en un mismo verano. Sin tienda de campaña, y orientándose a menudo con la sola ayuda de mapas de carreteras, caminó durante 123 días, desde abril hasta agosto, recorriendo cada día una media de 27 kilómetros. Curiosamente, aquel mismo verano el *Appalachian Trailway News*, el boletín de la Conferencia del Sendero de los Apalaches, publicó un largo artículo escrito por Myron Avery y Jean Stephenson, editor este último de la publicación, en el que se explicaba por qué seguramente no era posible completar el recorrido del tirón.

El sendero que se encontró Shaffer no se parecía en nada al cuidado y pulido pasillo que conocemos hoy. Pese a que solo hacía once años que había sido completado, en 1948 estaba ya cayendo en el olvido. Shaffer se encontró con que la maleza había invadido largos trechos del camino, o que había sido ocupado por explotaciones madereras. Los senderos escaseaban, y las marcas brillaban a menudo por su ausencia. Pasó mucho tiempo abriéndose camino por montes recubiertos de maleza o siguiendo el sendero equivocado cuando la ruta se bifurcaba. De vez en cuando llegaba a una carretera y comprobaba que estaba a varios kilómetros de donde debería estar. A menudo descubrió que la población local no tenía noticia de la existencia del sendero, e incluso cuando lo conocía se asombraba al saber que iba desde Georgia hasta Maine. No pocas veces fue acogido con mucha suspicacia.

Por otra parte, hasta el más polvoriento de los villorrios del camino contaba casi siempre con una tienda o una cafetería, a diferencia de lo que sucede ahora, y cuando Shaffer abandonaba el sendero podía contar con que

hubiese un autobús que lo condujese hasta la población más cercana. Pese a que casi no vio a otros excursionistas a lo largo de cuatro meses, encontró otro tipo de vida muy real en su camino. A menudo pasó junto a pequeñas granjas y cabañas o encontró a pastores apacentando a sus rebaños en algún prado soleado. Todo eso ha desaparecido ya. El sendero de los Apalaches es hoy un terreno agreste de diseño, o mejor dicho, es salvaje por decreto, ya que muchos de los terrenos por los que pasó Shaffer luego fueron expropiados para que volviesen a su estado natural. En 1948 había el doble de aves cantoras en Estados Unidos de las que hay hoy. Los bosques árboles estaban sanos, a excepción de los castaños. El cornejo, el olmo, el tsuga, el abeto balsámico y la picea roja todavía medraban. En conjunto, Shaffer tenía 3.300 kilómetros de sendero casi en exclusiva para él solo.

Cuando Shaffer completó su viaje a comienzos de agosto, el día en el que se cumplían cuatro meses desde que se puso en camino, y comunicó su logro a las oficinas de la Conferencia, nadie quiso creerle. Tuvo que presentar fotografías y su diario de viaje (y someterse a un «simpático pero exhaustivo interrogatorio», como explicaría más tarde en *Walking with Spring* [Caminando con la primavera], su crónica del viaje) para que finalmente aceptasen su historia como verídica.

Cuando trascendió la noticia, la hazaña de Shaffer despertó mucho interés: los periódicos quisieron entrevistarle, el *National Geographic* escribió un largo artículo y el interés por el sendero de los Apalaches revivió modestamente. Pero el senderismo ha sido siempre una actividad marginal en Estados Unidos, y al cabo de pocos años el sendero había caído de nuevo en el olvido, excepto para un puñado de irreductibles y excéntricos. A comienzos de la década de 1960 empezaron a trazarse planes para prolongar la Blue Ridge Parkway, una autopista panorámica al sur de las Smokies que atravesaría el tramo sur del sendero. El plan no llegó a fructificar (por problemas de coste, no porque causase indignación), pero en otros muchos puntos el sendero se ha visto erosionado o reducido a una trocha embarrada que hilvana su camino a través de áreas comerciales. En 1958, como se ha mencionado anteriormente, se recortaron los 30 kilómetros del extremo sur que unían el monte Oglethorpe con el Springer. A mediados de los sesenta, daba toda la impresión de que el sendero de los Apalaches perviviría solo en

fragmentos dispersos, en las Smokies y el parque nacional de Shenandoah, o entre Vermont y Maine, o en retazos abandonados en algún que otro parque estatal, pero por lo demás enterrado bajo el peso de centros comerciales y promociones inmobiliarias. Buena parte del sendero atravesaba propiedades privadas, y los nuevos propietarios a menudo revocaban el informal derecho de paso existente, lo que obligó a reconducir el camino a toda prisa y de manera confusa a lo largo de concurridas carreteras u otras vías públicas, algo que en nada se parecía a la serena experiencia natural concebida por Benton MacKaye. Una vez más, el sendero de los Apalaches parecía herido de muerte.

Pero entonces, en una de esas oportunas casualidades que se dan de vez en cuando, el cargo de secretario de Interior de Estados Unidos quedó en manos de Stewart Udall, a quien sí le interesaba el senderismo. Por iniciativa suya, en 1968 se aprobó la ley que regulaba los senderos forestales nacionales. Se trataba de una ley ambiciosa y de muy largo alcance, que en su mayor parte no llegó nunca a materializarse. Preveía la creación de 40.000 kilómetros de nuevos senderos de montaña en todo el país, la mayoría de los cuales no llegaron a construirse nunca. Al menos esa ley nos legó el sendero de la Cresta del Pacífico y afianzó el futuro del sendero de los Apalaches al convertirlo a todos los efectos en un parque nacional. También aportó financiación (170 millones de dólares desde 1978) para adquirir terrenos privados y preservar los terrenos naturales que lo rodean. Hoy, casi todo el sendero transcurre por terrenos naturales protegidos. Apenas 30 kilómetros (menos del uno por ciento del recorrido) sigue vías públicas, y estas son por lo general puentes, o las calles de las poblaciones por las que pasa.

En el medio siglo transcurrido desde la caminata de Shaffer, unas 4.000 personas han repetido su hazaña. Hay dos tipos de caminantes que completan el recorrido: los que lo hacen en una sola temporada, «senderistas del tirón», y los que lo hacen por tramos. El récord entre los que lo hicieron por tramos está en cuarenta y seis años. La Conferencia del Sendero de los Apalaches no reconoce marcas de velocidad, alegando que eso se aleja de lo que debe ser el espíritu del camino, pero eso no significa que no haya gente que lo haya intentado.

En la década de 1980, un tal Ward Leonard, cargado con una mochila a



rebosar y sin equipo de apoyo, recorrió el sendero en 60 días y 16 horas, una hazaña asombrosa si pensamos que recorrer la misma distancia en coche puede llevar unos cinco días. En mayo de 1991, el «ultracorredor» David Horton y un senderista de resistencia, Scott Grierson, se pusieron en camino con dos días de diferencia. Horton contaba con un equipo de apoyo esperándolo en encrucijadas y otros puntos estratégicos, y no necesitaba llevar consigo nada, excepto una botella de agua. Cada tarde lo llevaban en coche a un motel o una residencia privada. Promedió 61,6 kilómetros al día, corriendo unas diez u once horas. Grierson, mientras tanto, caminaba, pero le dedicaba a ello hasta dieciocho horas cada día. Horton adelantó finalmente a Grierson en New Hampshire a los treinta y nueve días, y alcanzó su objetivo en 52 días y 9 horas. Grierson llegó un par de días más tarde.

Gente de todo tipo ha completado el sendero. Hubo uno que lo recorrió entero con los ochenta ya cumplidos. Otro lo hizo con muletas. Hubo un tipo, Bill Irwin, que, pese a ser ciego, recorrió el sendero de cabo a rabo con un perro lazarillo y se cayó aproximadamente unas cinco mil veces durante el trayecto. Puede que la más famosa de todos los senderistas que lo han completado (y desde luego es sobre la que más se ha escrito) sea Emma «Abuelita» Gatewood, quien completó en dos ocasiones el sendero a los sesenta y muchos años de edad pese a ser una excéntrica y estar muy mal equipada, amén de ser un poco tonta (tontísima, en realidad, pero no quiero parecer descortés) y un peligro para sí misma, ya que constantemente se perdía por el camino. Mi favorito, sin embargo, es un tipo llamado Woodrow Murphy, de Pepperell (Massachusetts), que consiguió completar el sendero en verano de 1995. Me habría caído bien de todas maneras, solo por el hecho de llamarse Woodrow, pero me admiró leer que pesaba 160 kilos y que se había puesto a caminar para perder peso. En su primera semana de camino apenas consiguió promediar siete kilómetros al día, pero perseveró y, en agosto, cuando llegó a su estado de origen, promediaba ya casi veinte kilómetros diarios. Había perdido 24 kilos (una minucia, visto lo visto), y lo último que se sabía de él es que estaba planteándose repetir la experiencia al año siguiente.

Un porcentaje considerable de quienes completan el sendero llegan hasta el Katahdin y a continuación dan media vuelta y comienzan el camino de

vuelta hacia Georgia. No son capaces de dejar de caminar. Y eso da que pensar, ¿no? En realidad, cuanto más lees sobre las personas que completaron el sendero, más admirado te sientes. Pongamos por caso a Bill Irwin, el ciego. Tras su aventura dijo: «Nunca disfruté lo de caminar. Era algo a lo que me sentí impulsado. No fue algo que eligiese yo». O bien David Horton, el ultracorredor que estableció el récord de velocidad en 1991. Según su propio testimonio, Horton acabó «hecho un guiñapo, mental y emocionalmente», y lloró sin cesar durante la mayor parte de su paso por Maine. ¿Y entonces por qué te metes a hacerlo, tonto del bote? Hasta el bueno de Earl Shaffer acabó viviendo como un ermitaño en los bosques más profundos de Pensilvania. No estoy queriendo insinuar que recorrer el sendero de los Apalaches te vaya a volver majareta, pero sí que hay que estar hecho de una pasta especial para conseguirlo.

¿Y cómo me sentía yo tras renunciar, cuando una abuelita con zapatillas de lona, un dirigible humano llamado Woodrow y más de 3.990 personas habían conseguido llegar hasta el Katahdin? Pues bastante bien, si os digo la verdad. Iba a seguir recorriendo el sendero de los Apalaches; simplemente, no lo iba a recorrer entero. Katz y yo (parece casi increíble) habíamos dado medio millón de pasos por el camino. No me parecía absolutamente indispensable dar los cuatro millones y medio de pasos restantes para hacerme una idea de cómo era.

Total, que nuestro chistoso taxista nos llevó hasta Knoxville. En el aeropuerto alquilamos un coche y poco después de mediodía nos encontramos saliendo de Knoxville hacia el norte a través de un mundo que recordábamos solo a medias, un mundo de carreteras repletas, señales de tráfico colgadas en alto, enormes intersecciones, inmensos cartelones publicitarios y hectáreas y hectáreas de centros comerciales, gasolineras, tiendas de saldos, talleres mecánicos, aparcamientos y demás. Incluso después de haber pasado un día en Gatlinburg, la transición resultaba mareante. Recordé haber leído algo una vez a propósito de unos indios de la jungla brasileña que vivían aún en la Edad de Piedra y que no conocían, ni imaginaban siquiera, el mundo más allá de la selva; alguien los llevó a una gran ciudad, a São Paulo o Río, y cuando vieron los edificios, y los coches, y los aviones que pasaban por el cielo, se mearon encima, copiosamente y al

unísono. En aquel momento pude hacerme una idea de cómo se sintieron.

Es un contraste extrañísimo. Cuando estás en el sendero, el bosque es tu universo, completo e infinito. Es lo único que conoces, día tras día. Al final es lo único que eres capaz de imaginar. Eres consciente, evidentemente, de que en algún lugar, más allá del horizonte, hay ciudades imponentes y abarrotadas carreteras, pero ahí, en esa parte del país, donde los árboles cubren el terreno hasta donde alcanza la vista, manda el bosque. Incluso los pueblos como Franklin y Hiawasee, e incluso Gatlinburg, son solo prácticas estaciones de paso esparcidas por el gran cosmos arbóreo.

Pero en cuanto abandonas el sendero, cuando lo abandonas del todo y te diriges a otro lugar, como estábamos haciendo nosotros ahora, te das cuenta de la magnitud de tu error. Aquí, las montañas son solo escenario: familiares, conocidas, próximas... pero sin mayor relevancia que las nubes que asoman entre sus crestas, y tan poco tenidas en cuenta como estas. Aquí, lo que de verdad importa lo tienes encima o ante tus propias narices: gasolineras, Wal-Mart, K-Mart, Dunkin' Donuts, videoclubs de la cadena Blockbuster, un desfile incesante de atrocidades comerciales.

Incluso Katz sintió desasosiego al verlo.

—Jooooder, qué feo es todo —exclamó asombrado, como si nunca antes hubiese visto nada semejante.

Miré más allá de él, por encima de su hombro, y vi un inmenso centro comercial con un aparcamiento del tamaño de una pradera y le di la razón. Era horroroso. Y entonces, copiosamente y al unísono, nos hicimos pis encima.



## 10

Existe un cuadro (*Espíritus afines*, de Asher Brown Durand) al que a menudo se recurre como ilustración en los libros cuando el texto aborda los paisajes norteamericanos del siglo XIX. Pintado en 1849, puede verse en él a dos personas sobre un promontorio rocoso de las Catskills, en uno de esos parajes recónditos que parecen requerir una expedición si se quiere llegar a ellos; ambos aparecen incongruentemente vestidos con abrigos y gruesos pañuelos al cuello por debajo de la camisa, como si fueran camino de la oficina. Bajo ellos, en un umbrío precipicio, un arroyo discurre saltarín entre una masa de peñascos. Más allá, entrevisto tras el follaje de los árboles, se adivina un extenso panorama de espléndidas e imponentes cumbres. A izquierda y derecha, esforzándose por entrar en el encuadre, asoman varios árboles que se pierden inmediatamente en la negrura del bosque.

No os podéis ni imaginar lo mucho que me gustaría colarme en esa imagen. El paisaje es tan evidentemente salvaje, y está tan lleno de territorios ignotos e impenetrables, que supone una tentación casi suicida. Sin duda alguna, moriríamos ahí, despedazados por un puma, o descalabrados por un *tomahawk*, o simplemente extraviados hasta morir de agotamiento y desorientación. Es algo que salta a la vista. Pero no importa. Ya estáis analizando el primer plano para encontrar la manera de descender por las rocas hasta el arroyo, y preguntándoos si la brecha del fondo os conducirá hasta el siguiente valle. Adiós, amigos míos. Os llama el destino. No os esperaré para la cena.

Nada de todo eso existe ya, claro. Quizá nunca existió. ¿Quién sabe cuántas licencias se tomaban los románticos con sus pinceles? Después de todo, ¿quién carga con el caballete, el taburete y la caja de pinturas hasta un

promontorio de difícil acceso un caluroso día de julio, atravesando un terreno inhóspito y lleno de peligros, y luego no pinta algo exquisito y grandioso?

Pero incluso si los Apalaches previos a la industrialización no eran ni la mitad de salvajes y espectaculares de como los muestran los cuadros de Durand y otros de su estilo, igualmente tenían que ser todo un espectáculo. Se hace difícil imaginar lo ignota y llena de posibilidades que resultó en su día la costa oriental de Norteamérica. Cuando Thomas Jefferson envió a Lewis y Clark a lo desconocido, estaba convencido de que encontrarían mamuts lanudos y mastodontes. De haber sabido lo que era un dinosaurio, casi con toda seguridad les habría pedido que trajesen de vuelta un triceratops.

Las primeras personas que se adentraron en los bosques orientales (los indios, evidentemente, habían pasado por allí hasta 20.000 años antes que ellos) no lo hicieron buscando criaturas prehistóricas, ni pasos hacia el oeste, ni nuevas tierras que colonizar. Buscaban plantas. Las posibilidades botánicas del continente americano tenían a los europeos entusiasmados, y los bosques ofrecían la posibilidad de gloria y fortuna. En los bosques del este crecía exuberante una flora desconocida en el Viejo Continente, y todos, científicos y entusiastas aficionados por igual, querían hacerse con parte del pastel. Imaginad que mañana una nave espacial encontrase una jungla entre las nubes gaseosas de Venus. Pensad en lo que Bill Gates, por poner un ejemplo, pagaría por tener en su invernadero un ejemplar de flora venusiana con sus zarcillos y sus lóbulos de color púrpura. Pues eso era el rododendro en el siglo XVIII, y la camelia, la hortensia, el cerezo negro, la rudbeckia, la azalea, el áster, el helecho avestruz, la catalpa, la lindera, la Venus atrapamoscas, la enredadera de Virginia y la euforbia. Estas y otros muchos cientos de especies más se recolectaban en los bosques americanos para ser enviados a través del océano hasta Inglaterra, Francia y Rusia, donde eran recibidas con dedos temblorosos de entusiasmo y codicia.

Todo empezó con John Bartram... bueno, en realidad todo empezó con el tabaco, pero en términos científicos todo empezó con John Bartram, un cuáquero de Pensilvania nacido en 1699 que comenzó a interesarse por la botánica tras leer un libro sobre la materia y que empezó a enviar semillas y esquejes a un correligionario londinense suyo. Este le animó a buscar nuevas especies y Bartram se embarcó en varios viajes cada vez más ambiciosos que

le llevaron a recorrer más de 1.500 kilómetros por las más escarpadas colinas. Pese a ser un completo autodidacta que nunca aprendió latín y entendía solo en términos muy generales las clasificaciones de Linneo, fue un coleccionista de plantas excepcional, con una habilidad asombrosa para localizar e identificar especies desconocidas. De las 800 plantas descubiertas en Norteamérica durante la época colonial, una cuarta parte se la debemos a Bartram. Su hijo William encontró muchas más.

Antes de que el siglo tocara a su fin, los bosques orientales del país estaban a rebosar de botánicos: Peter Kalm, Lars Yungstroem, Constantine Samuel Rafinesque-Schmaltz, John Fraser, André Michaux, Thomas Nuttall, John Lyon y otros muchos, demasiados para ser contados. Había tanta gente sobre el terreno, y en tan fiera competencia unos con otros, que a menudo no es posible determinar quién descubrió qué. En función de las fuentes que uno consulte, Fraser descubrió 44 nuevas plantas o 215, o cualquier cifra entremedias. Uno de los descubrimientos que nadie le discute es el del pino que lleva su nombre, tan característico de las cotas más altas de Carolina del Norte y Tennessee; si se lo conoce como pino de Fraser, sin embargo, es solo porque trepó a la cima de Clingmans Dome un poco antes que su esforzado rival Michaux. Estamos hablando de gente que exploró superficies asombrosas durante periodos de tiempo muy considerables. Una de las primeras expediciones de Bartram se prolongó durante más de cinco años y le llevó a adentrarse tanto en los bosques que hubo quien le dio por muerto; cuando regresó, supo que Norteamérica llevaba un año en guerra con la corona británica y que había perdido a sus patrocinadores. Los viajes de Michaux se extendieron desde Florida hasta la bahía del Hudson; el heroico Nuttall se aventuró hasta las orillas del lago Superior y, falto de financiación, recorrió buena parte del camino a pie.

Acostumbraban a recoger cantidades prodigiosas de especímenes, con un espíritu casi rapaz. Lyon desarraigó 3.600 pimpollos de *Magnolia macrophylla* de una misma ladera y otros varios miles de plantas, entre ellas una monería rojiza que lo sumió en un delirio febril y le cubrió «todo el cuerpo con una sucesión casi continua de ampollas»: acababa de conocer el zumaque rojo. En 1765, John Bartram descubrió una camelia especialmente atractiva, la *Franklinia altamaha*; ya de por sí rara, en veinticinco años

desapareció víctima de la rapiña humana. Hoy sobrevive solo como planta de invernadero, gracias exclusivamente a Bartram. Rafinesque-Schmaltz, mientras tanto, pasó siete años deambulando por los Apalaches: no descubrió gran cosa, pero regresó con 50.000 semillas y esquejes. No soy capaz ni de imaginar cómo se las arreglaron. Era preciso incluir cada planta en un registro y luego identificarla, recolectar sus semillas o hacerse con un esqueje; en este último caso, había también que protegerlo con un papel rígido o bien envolverlo en lona, cuidarlo, regarlo y conseguir transportarlo de vuelta a la civilización a través de un vergel inhóspito. Las privaciones y peligros eran constantes y agotadores. Abundaban los osos, las serpientes y los pumas. El hijo de Michaux sufrió graves heridas durante una expedición cuando un oso salió de entre los árboles y se abalanzó sobre él (por lo visto, los osos negros eran bastante más feroces en el pasado; casi cada diario recoge crónicas de ataques súbitos y no provocados. Parece bastante probable que los osos de la Costa Este sean ahora más huidizos porque han aprendido a asociar a los humanos con las armas de fuego). Los indios eran también habitualmente hostiles, aunque tampoco era inusual que les desconcertase encontrarse con unos cuantos caballeros europeos recolectando y almacenando plantas que crecían en abundancia en su entorno natural. Y luego estaban todas las enfermedades de los bosques, como la malaria y la fiebre amarilla. «No consigo encontrar a ninguno [amigo] dispuesto a asumir las penurias de acompañarme en mis peregrinaciones», se quejaba un resignado John Bartram en una carta dirigida a su mecenas en Inglaterra. Y no es de extrañar.

Pero es evidente que valía la pena. Una única semilla especialmente codiciada podía venderse hasta por cinco guineas. En un solo viaje, John Lyon sacó en limpio 900 libras una vez descontados gastos, una fortuna considerable; al año siguiente volvió y obtuvo casi la misma cantidad. Fraser realizó una larga expedición con el patrocinio de Catalina la Grande de Rusia y cuando regresó se encontró con un nuevo zar en el trono al que no le interesaban las plantas y que lo tildó de loco, al tiempo que se negaba a respetar el contrato firmado por su predecesora. Fraser, entonces, cargó con todo hasta Chelsea, donde tenía un pequeño vivero, y allí se ganó muy bien la vida vendiendo azaleas, rododendros y magnolias a las clases pudientes



inglesas.

Cuatro años más tarde fue nombrado conservador del jardín botánico de la Universidad de Harvard, un cargo que ocupó con distinción durante una docena de años. A todo esto, se las arregló también para convertirse en una autoridad mundial en ornitología y publicar en 1832 un texto muy bien recibido sobre las aves norteamericanas. Las crónicas nos hablan de un tipo encantador que se ganó la estima de todos los que lo conocieron. Pocas historias son más simpáticas que esta.

Los bosques ya estaban cambiando en tiempos de Nuttall. El puma, el alce y el lobo rojo corrían cada vez mayor peligro de extinción, al igual que el castor y el oso. Los grandes pinos blancos de los bosques del norte, algunos de ellos de hasta 65 metros de altura (el tamaño de un edificio de veinte plantas), habían sido talados para construir mástiles o simplemente para despejar terrenos cultivables, y los demás árboles desaparecerían antes de fin de siglo. La gente actuaba con total desconsideración, convencida de que los bosques norteamericanos eran, a efectos prácticos, inagotables. No era raro ver talar nogales bicentenarios simplemente porque así era más fácil recolectar las nueces de las ramas más altas. Con el paso de cada nuevo año, el carácter de los bosques fue cambiando de manera perceptible. Pero hasta épocas bastante recientes (demasiado recientes; aún duele pensar en ello) sobrevivía aún algo cuya abundancia preservaba el aire primigenio y edénico de aquellos bosques: el descomunamente elegante castaño americano.

Nunca ha habido un árbol igual. Se erguía hasta treinta metros por encima del suelo del bosque, y sus imponentes ramas se extendían formando una copa de incomparable frondosidad: casi media hectárea de hojas en cada árbol, cerca de un millón en total. Pese a tener solo la mitad del tamaño de los pinos más altos, el castaño podía alardear de un peso, una simetría y una masa que lo colocaban en otra categoría. A ras de suelo, un árbol adulto tenía un tronco de tres metros de diámetro y más de seis de circunferencia. He visto una fotografía, obtenida a comienzos de este siglo, que muestra a un grupo de personas disfrutando de un *picnic* en una arboleda de castaños no muy lejos de donde Katz y yo estábamos en aquel momento, en la zona conocida como Bosque Nacional de Jefferson. Es una alegre excursión dominguera: todos visten ropas gruesas, ellas armadas con sus parasoles,

ellos con sombrero hongo y bigotones de morsa, elegantemente reunidos en torno a un mantel extendido sobre un claro en el bosquecillo. Como trasfondo, oblicuos rayos de sol que se cuelan entre el ramaje y troncos de una magnificencia increíble. La gente parece tan minúscula, tan absurdamente desproporcionada en relación con los árboles que los rodean, que por un momento cabe pensar que la fotografía ha sido modificada con ánimo de broma, como aquellas postales antiguas que mostraban sandías grandes como graneros o carromatos cargados con una única e inmensa mazorca, con «escena típica de las granjas de Iowa» como única leyenda. Pero así eran las cosas entonces: así eran a lo largo y ancho de decenas de miles de kilómetros cuadrados de valles y colinas, desde las Carolinas hasta Nueva Inglaterra. Y todo eso ha desaparecido.

En 1904, un guarda del zoo del Bronx, en Nueva York, notó que los hermosos castaños del parque estaban cubiertos con unos desacostumbrados chancros anaranjados no muy grandes. Pocos días más tarde empezaron a enfermar y morir. Para cuando los científicos identificaron la plaga como el hongo asiático *Endothia parasitica*, llegado probablemente con un cargamento de árboles o maderos infectados de Oriente, los castaños habían muerto y el hongo había saltado a los Apalaches, donde uno de cada cuatro árboles era un castaño.

Pese a sus dimensiones, un árbol es un ser muy delicado. Su vida interna se desarrolla en tres capas de tejido delgadas como el papel: el floema, el xilema y el cambium, todas justo por debajo de la corteza. Juntas forman una húmeda capa en torno al tejido muerto del duramen. Por más alto que crezca, un árbol no es más que unos pocos kilogramos de células vivas escasamente esparcidos entre las raíces y las hojas. Estas tres diligentes películas celulares se encargan de toda la ciencia y la ingeniería necesarias para mantener un árbol con vida, y la eficiencia con la que lo logran es uno de los grandes milagros de la vida. Sin ruido, sin alharacas, cada árbol de un bosque extrae cantidades ingentes de agua (varios hectolitros en el caso de un árbol grande durante un día caluroso) desde las raíces hasta las hojas, a través de las cuales regresa a la atmósfera. Imaginad el ruido y la confusión, el desbarajuste de maquinaria que necesitaría el cuerpo de bomberos para hacer subir una cantidad de agua equiparable. Y extraer agua es una de las muchas tareas de

las que se encargan el floema, el xilema y el cambium.

Los árboles también fabrican lignina y celulosa, regulan el almacenamiento y producción de tanino, savia, goma, aceites y resinas, distribuyen minerales y nutrientes, transforman los almidones en azúcares para crecimientos futuros (y de ahí es de donde sale el jarabe de arce) y solo Dios sabe cuántas cosas más. Pero como todo esto sucede en unas capas tan finas, los árboles son extremadamente vulnerables a los ataques de organismos invasores. Para combatirlos, los árboles han ido desarrollando complejos mecanismos de defensa. El motivo por el que el árbol del caucho segrega látex cuando se le hace un corte es que así les dice a los insectos y otros organismos: «No está bueno. Aquí no hay nada para vosotros. Fuera». Los árboles pueden también plantar cara a criaturas destructoras como las orugas saturando sus hojas de tanino, lo que hace que estas sean menos apetitosas y anima a las orugas a buscar mejores manjares. Cuando una plaga es especialmente seria, algunos árboles son incluso capaces de comunicarlo. Ciertos tipos de roble segregan una sustancia química que avisa a otros robles próximos de que hay un peligro cerca. Los robles vecinos reaccionan entonces incrementando la producción de tanino para poder resistir mejor el ataque que se avecina.

Evidentemente, tales son los medios con los que la naturaleza va tirando. El problema se plantea cuando un árbol debe enfrentarse a un atacante para el que la evolución no lo ha preparado, y pocas veces ha estado un árbol más indefenso ante una especie invasora que el castaño americano frente a la *Endothia parasitica*, que penetra sin problemas en el castaño, devora las células del cambium y ya prepara el ataque sobre el siguiente árbol antes de que el primero sepa (químicamente hablando) qué está pasando. Se propaga a través de esporas, de las que cada chancro produce varios cientos de millones. Un solo pájaro carpintero puede transferir mil millones de esporas en un único revoloteo de un árbol a otro. En los peores momentos de la plaga de los castaños americanos, la más mínima brisa en el bosque arrastraba billones y billones de esporas que caían como una neblina letal sobre las laderas circundantes. La tasa de mortalidad fue del cien por cien. En apenas treinta y cinco años, del castaño americano no quedó más que el recuerdo. Solo en los Apalaches se perdieron cuatro mil millones de árboles en una

generación, una cuarta parte de su población total.

Una gran tragedia, no cabe duda. Pero si lo pensamos bien, es una suerte que estas enfermedades sean muy específicas en cuanto a las especies a las que afectan. En lugar de una plaga de castaños, o de olmos, o de una antracnosis del tsuga, ¿qué pasaría si hubiese una plaga que afectase a todos los árboles, algo indiscriminado e irrefrenable que arrasase bosques enteros? Pues existe. Se llama lluvia ácida.

Pero dejémoslo ahí, creo que ya llevamos suficiente ciencia en un solo capítulo. Eso sí: recordad lo que os acabo de decir, por favor, y tenedlo presente cuando os digo que no hubo un solo día durante mi estancia en los bosques de los Apalaches en el que no diera gracias, siquiera de pasada, por lo que tenemos todavía.

Decía que el bosque que Katz y yo atravesábamos por entonces no se parecía en nada al que había conocido la generación de mi padre, pero seguía siendo un bosque. Era espléndido, cuando menos, volver a vernos rodeados por un entorno tan familiar. Y era, en cada uno de sus deliciosos detalles, el mismo bosque que habíamos dejado en Carolina del Norte: los mismos árboles violentamente inclinados, el mismo caminito pardo y estrecho, el mismo profundo silencio interrumpido solo por nuestros gruñidos y jadeos mientras trepábamos por laderas tan empinadas, aunque no tan elevadas, como las que habíamos dejado atrás. Curiosamente, y pese a que estábamos unos trescientos kilómetros más al norte, la primavera parecía aquí más avanzada. Los árboles, predominantemente robles, estaban ya en flor, y entre la capa de hojas del año anterior asomaban de vez en cuando brotes de flores silvestres: sanguinarias, lirios del bosque, dicentras... La luz del sol se filtraba entre las ramas y trazaba dibujos sobre el sendero, y en el ambiente flotaba la embriagadora ligereza tan característica de un día primaveral. Nos quitamos primero las chaquetas y más tarde las sudaderas. El mundo, en general, se nos mostraba especialmente agradable.

Lo mejor de todo es que a izquierda y derecha había vistas deliciosas. Durante 600 kilómetros que atraviesan toda Virginia, las Blue Ridge son, a grandes rasgos, una cresta continua, de entre dos y tres kilómetros de ancho, interrumpida aquí y allá por profundos desfiladeros en forma de «V», que en general mantiene una altitud constante de unos 900 metros, con el verde y

ancho valle de Virginia perdiéndose al oeste en los montes Allegheny y el sereno y bucólico altiplano al este. Allí, cada vez que coronábamos un pico y nos asomábamos a un mirador, en vez de vernos rodeados por el verdor infinito de otras montañas nos encontrábamos con despejadas vistas de un mundo real y habitado: granjas soleadas, poblaciones arracimadas, parcelas boscosas y carreteras serpenteantes, detalles todos a los que la distancia confería un carácter exquisitamente pintoresco. Incluso la autopista interestatal, con sus enlaces en forma de trébol y accesos paralelos, parecía benigna y reposada, como las ilustraciones que solían verse en los libros para niños de mi infancia, en los que se nos mostraba una Norteamérica ajetreada y en movimiento, pero nunca tan ocupada como para no ser atractiva.

Caminamos durante una semana sin ver apenas un alma. Una tarde me crucé con un tipo que llevaba veinticinco años haciendo el sendero a tramos con una bicicleta y un coche. Cada mañana depositaba la bicicleta en un punto a unos dieciséis kilómetros sendero abajo, volvía con el coche a la salida, recorría a pie el tramo entre ambos vehículos y pedaleaba de vuelta al coche. Hacía esto cada año durante dos semanas de abril, y calculaba que le quedaban otros veinte años de camino.

Otro día seguí a un individuo ya mayor, delgado y fibroso, que seguramente habría cumplido ya los setenta. Llevaba consigo una anticuada y raída mochila de lona, y se movía con una agilidad extraordinaria. Cada hora lo veía dos o tres veces a unos cincuenta o sesenta metros por delante de mí antes de que se volviera a perder entre los árboles. Pese a que se movía con mucha mayor rapidez que yo y no parecía descansar nunca, siempre estaba ahí. En cuanto tenía cincuenta o sesenta metros despejados por delante, ahí lo tenía, de espaldas, a punto de desaparecer. Era como seguir a un fantasma. Intenté llegar a su altura, pero no podía. Nunca, que yo sepa, se volvió para mirarme, pero me consta que sabía que iba por detrás de él. En el bosque desarrollas una especie de sexto sentido que te alerta de la presencia de otras personas, y cuando te das cuenta de que hay alguien cerca siempre paras para que te alcancen, simplemente para intercambiar saludos y enterarte de si alguien ha escuchado el parte meteorológico. Pero aquel hombre no se detenía nunca, nunca cambiaba el paso y nunca miraba atrás. A última hora de la tarde desapareció y no volví a verle.

Aquella tarde se lo comenté a Katz.

—Joder —musitó como para sí—, ahora le da por alucinar.

Pero al día siguiente el que lo vio fue Katz, aunque detrás de él, siguiéndolo, siempre cerca pero sin adelantarlo nunca. Era muy extraño. Después de aquello ninguno de los dos volvió a verle. No vimos a nadie más.

Consecuentemente, cada noche teníamos los refugios para nosotros solos, lo que suponía un placer. Sabes que tu vida empieza a ser patética cuando te colma de alegría tener una plataforma de madera con techo para ti solo, pero qué os voy a contar: es verdad, nos ilusionaba mucho. Los refugios de aquel tramo del sendero eran casi todos nuevos y estaban relucientes. Algunos contaban incluso con una escoba, un toque doméstico y casi confortable. Además, las escobas estaban usadas (nosotros mismos las usamos, y silbábamos al hacerlo), lo que demuestra que, si a un caminante del sendero de los Apalaches se le dan los medios, sabrá usarlos de forma responsable. Cada refugio tenía una letrina cerca, una buena fuente de agua y una mesa de *picnic*, con lo que podíamos preparar las comidas y comerlas en una postura más o menos normal, en lugar de tener que acuclillarnos sobre troncos húmedos. Todo aquello era un auténtico lujo en el sendero. A la cuarta noche, empezaba a hacerme a la idea de que iba a terminar de leer el único libro que llevaba encima y no tendría nada que hacer por las tardes excepto tumbarme en la penumbra y escuchar los ronquidos de Katz cuando descubrí con alegría (no, con júbilo; no, con extrema gratitud) que alguien se había dejado en el refugio un libro de bolsillo de Graham Greene. Si hay algo que uno aprende en el sendero de los Apalaches es a deleitarse con poca cosa, algo que quizá deberíamos practicar más a menudo en nuestras vidas.

Vamos, que era feliz. Cada día recorríamos 24 o 25 kilómetros, lejos de los 40 kilómetros diarios que nos habíamos propuesto, pero aun así una distancia perfectamente respetable, a nuestro entender. Me sentía con energía, en forma, y por primera vez en años mi estómago no tenía forma de pelota desinflada. Cada día, al acabar la jornada, seguía sintiéndome cansado y anquilosado (eso no cambió nunca), pero había llegado a un punto en el que los dolores y las llagas eran un aspecto tan presente en mi vida que ya ni me daba cuenta de su presencia. Cada vez que dejas atrás el mundo urbano, tan aséptico y acogedor, y te diriges a las montañas, acabas pasando por varias

fases de una transformación, una especie de lento descenso hacia la miseria más penosa, y cada vez te parece que es la primera. Cuando acaba el primer día te sabes ligeramente sucio; al segundo día sientes que das asco; al tercero ya no te importa; al cuarto se te ha olvidado ya lo que es no ir así. El hambre pasa también por un patrón similar. La primera noche esperas hambriento los fideos; a la segunda, sigues hambriento, pero deseando que no hubiese fideos; a la tercera, no quieres fideos pero sabes que más te vale comer algo; a la cuarta, no tienes nada de hambre pero comes porque es lo que se hace a esa hora. No sé explicarlo, pero por extraño que parezca resulta agradable.

Y entonces pasa algo que te hace darte cuenta de lo mucho, lo inconmensurablemente mucho, que te apetece asomarte de nuevo al mundo real. Cuando llegó la sexta noche, tras una larga jornada pasada en un bosque inesperadamente denso, llegamos ya caída la tarde a un claro cubierto de hierba con una excepcional y extensísima vista completamente abierta al norte y el oeste. El sol se estaba ocultando tras la distante cresta azulona de las Allegheny, y el terreno que nos separaba de ellas (una planicie de extensos y pulcros campos de cultivo, aderezados con grupúsculos de árboles y una granja cada poco) había alcanzado ese momento en el que los colores empiezan a desvaírse. Pero el detalle que atrajo nuestra atención fue un pueblo; un pueblo de verdad, el primero que veíamos en una semana. Estaba a unos diez o doce kilómetros al norte. Desde donde estábamos podíamos ver con claridad las luces de colores de los grandes cartelones con los que se anunciaban los restaurantes y hoteles de carretera. Creo que nunca he visto nada que fuera ni la mitad de hermoso, e hipnótico. Estoy por juraros que podíamos oler los chuletones en la parrilla. Nos quedamos mirándolo una eternidad, como si fuera algo que conociésemos por los libros pero que nunca hubiésemos esperado ver.

—Waynesboro —le dije finalmente a Katz.

Asintió con solemnidad.

—¿Está muy lejos?

Saqué el mapa y eché un vistazo.

—A unos trece kilómetros de camino.

Asintió igual de solemne.

—Bien —dijo.

Pensé entonces que era la conversación más larga que habíamos mantenido en dos o tres días, pero no había necesidad de decir nada más. Llevábamos una semana en el sendero, y al día siguiente íbamos a llegar a una población. Era todo muy evidente. Caminaríamos los trece kilómetros, buscaríamos una habitación, nos ducharíamos, llamaríamos a casa, haríamos la colada, cenaríamos, compraríamos víveres, veríamos la tele, dormiríamos en una cama, desayunaríamos y volveríamos al sendero. Todo eso lo sabíamos, era obvio. Todo lo que hacíamos era sabido, obvio. Y era maravilloso, de verdad.

De modo que plantamos nuestras tiendas, preparamos los fideos con la poca agua que nos quedaba y nos sentamos codo con codo en un tronco, comiendo en silencio, mirando hacia Waynesboro. Sobre el pálido cielo de la tarde se alzó la luna llena, que brillaba con una luz blanca y cremosa que recordaba a la perfección el delicioso interior de las galletas Oreo (al final, todo en el sendero te recuerda alguna comida). Tras un largo silencio, me volví hacia Katz de improviso y le pregunté a bocajarro, en un tono más esperanzado que acusador:

—¿Sabes preparar algo que no sean fideos?

Supongo que había estado dándole vueltas al avituallamiento del día siguiente.

Se lo estuvo pensando durante un buen rato.

—Tostadas —dijo al fin, y se mantuvo en silencio hasta que se inclinó ligeramente hacia mí y me preguntó:

—¿Y tú?

—No —respondí finalmente—. Nada.

Katz reflexionó sobre lo que aquello significaba; por un momento pareció a punto de ir a decir algo, pero luego sacudió la cabeza, estoico, y volvió a enfrascarse en su cena.





# 11

Fijaos en lo que os voy a contar ahora. Cada veinte minutos que pasamos en el sendero de los Apalaches, Katz y yo caminamos más distancia de la que el estadounidense medio recorre a pie en una semana. En un noventa y tres por ciento de los casos, e independientemente de la distancia y del propósito, los norteamericanos recurren al coche cuando salen de casa. Es ridículo. Cuando mi familia y yo nos trasladamos a Estados Unidos, una de las cosas que decidimos hacer fue vivir en un pueblo para poder ir a pie a las tiendas, a la oficina de Correos y a la biblioteca. Encontramos lo que buscábamos en Hanover (New Hampshire). Es un pueblito universitario, coqueto y agradable, con anchas y verdeantes calles residenciales y una calle principal de las de toda la vida. Casi todos sus habitantes viven a una distancia razonable a pie del centro, pero casi nadie va caminando nunca a ningún sitio. Tengo un vecino que usa el coche para recorrer los 800 metros que van desde su casa al trabajo. Conozco a otra, una mujer perfectamente sana, que va en coche a recoger a su hijo a casa de una amiga... a menos de cien metros de casa. Cuando acaba el colegio, a casi todos los niños (excepto a cuatro desgraciados con acentos ingleses) los van a buscar en coche para volver a hogares que están a pocos cientos de metros de la escuela (los que viven más lejos van en autobús). La mayoría de los chavales de dieciséis años o mayores tienen un coche propio. Eso también es ridículo. En la actualidad, la distancia media que recorre un estadounidense a diario (hablamos de cualquier desplazamiento: del coche a la oficina y de la oficina al coche, de compras por el supermercado y los centros comerciales) es de unos 2,25 kilómetros a la semana, poco más de trescientos metros al día.

Y en Hanover, al menos, podemos caminar. Hay muchos lugares en

Estados Unidos en los que resulta imposible ejercer de peatón incluso si quieres, algo que me volvió a quedar patente al día siguiente en Waynesboro, después de conseguir una habitación y de homenajearnos con un succulento y tardío desayuno. Dejé a Katz en la lavandería (por algún motivo le encantaba hacer la colada: disfrutaba leyendo las gastadas revistas y vivir en persona el milagro de la ropa que entraba rígida y repugnante en aquellas máquinas para salir de ellas esponjosa y oliendo a limpio) y salí a buscar repelente para insectos.

Waynesboro tenía un barrio financiero en el centro, tradicional y vagamente atractivo; se extendía a lo largo y ancho de unas cinco o seis manzanas, pero como suele pasar en nuestra época, la mayoría de las tiendas se habían trasladado a los centros comerciales de las afueras, con lo que el centro, probablemente próspero y bullicioso en otra época, no contaba ahora más que con algunos bancos, oficinas de seguros y tiendas de bagatelas o de segunda mano. Muchas de las tiendas se veían lóbregas y desnudas, y en ninguna de ellas encontré repelente para insectos, pero frente a la oficina de Correos encontré a alguien que me sugirió probar suerte en K-Mart.

—¿Dónde tiene el coche? —preguntó, preparado para darme indicaciones.

—No tengo coche.

Aquello lo paró en seco.

—¿En serio? Es más de kilómetro y medio.

—No pasa nada.

Sacudió ligeramente la cabeza, no muy convencido, como si estuviese rechazando cualquier responsabilidad por lo que estaba a punto de contarme.

—A ver, lo que tiene que hacer es subir por Broad Street, girar a la derecha en el Burger King y seguir recto. Pero ahora que lo pienso es mucho más que kilómetro y medio, puede que hasta dos y medio o tres. ¿Va a volver caminando también?

—Sí.

Otro meneo de cabeza.

—Es mucho trecho.

—Llevaré provisiones de emergencia.

Si se dio cuenta de que era un chiste, no se le notó nada.

—Pues nada, mucha suerte. Por cierto, hay una compañía de taxis a la vuelta de la esquina —añadió de pasada.

—La verdad es que prefiero caminar —le expliqué.

Asintió, sin saber muy bien que pensar.

—Pues nada, mucha suerte —repitió.

Así que caminé. Era ya la media tarde y hacía calorcito, y se me hizo maravilloso (pero no os podéis ni imaginar cómo de maravilloso) poder moverme libremente, sin una mochila a la espalda, ágil y despreocupado. Con la mochila caminas encorvado, echado hacia delante, con la vista puesta en el suelo. No caminas, tiras como buenamente puedes hacia delante. No sabes ir de otra manera. Sin la mochila eres libre. Caminas erguido. Puedes mirar a tu alrededor. Corres. Paseas. Te regodeas en tu avance.

Durante cuatro manzanas, por lo menos. Luego llegas al demencial cruce del Burger King y te encuentras con que la nueva calle que conduce a K-Mart es de seis carriles, larga, recta y muy concurrida, y carece de elementos peatonales: ni aceras, ni pasos de cebra, ni isletas, ni semáforos con botones para detener el tráfico en las intersecciones. Crucé por delante de gasolineras y hoteles, los aparcamientos de varios restaurantes, trepé por encima de muretes de hormigón, atravesé céspedes y me abrí paso como pude entre los descuidados setos que separaban distintas propiedades privadas. En los puentes sobre cauces y canales de drenaje (y hay que ver cómo les gustan los canales de drenaje a los responsables de urbanismo) no me quedó más remedio que caminar por la calzada, pegado a los guardarraíles y obligando a los conductores menos atentos a dar un volantazo para esquivarme. Cuatro veces me llevé un bocinazo por tener la temeridad de circular por la ciudad sin la protección de una estructura de metal. Llegué a un puente tan evidentemente peligroso que tuve que pararme a pensar si quería cruzarlo. El arroyo que salvaba era apenas un reguerito, lo suficientemente estrecho como para poder saltar por encima de él, así que decidí pasar por ahí.

Bajé el terraplén entre resbalones y me encontré en una zona oculta de barro gris; tropecé dos veces, conseguí salir al otro lado, me caí de bruces otra vez y asomé al otro lado calado y salpicado de barro y cubierto de cadillos. Cuando por fin vi el K-Mart descubrí que estaba al otro lado de la carretera y tuve que cruzar a la carrera seis carriles de tráfico hostil. Para

cuando atravesé el aparcamiento y accedí al hilo musical y el aire acondicionado de K-Mart, estaba tan sucio como si acabase de salir del sendero, y temblaba de la cabeza a los pies.

Resultó que en K-Mart no tenían repelente para insectos.

Me di la vuelta y emprendí el camino de regreso, pero esta vez, en un arranque de locura que no quiero entrar a analizar, decidí avanzar campo a través, cruzando campos sembrados y un polígono industrial. Me enganché los vaqueros en un alambre de espino y me embarré todavía más. Cuando por fin llegué a mi destino me encontré a Katz en el césped del motel, sentado al sol en una silla metálica, recién duchado, vestido con ropa recién lavada y con ese aire de intensa felicidad propio de los excursionistas cuando descansan en territorio urbano. Técnicamente estaba encerándose las botas, pero en realidad se limitaba a ver pasar el mundo y disfrutar al sol de sus ensoñaciones. Me saludó cordialmente. Katz se transformaba en cuanto llegaba a una ciudad.

—Madre de Dios, cómo me vienes —exclamó, encantado de verme tan enguarrado—. ¿De dónde sales? Estás hecho un asco.

Me miró de arriba abajo, admirándome, y luego, en tono más solemne, dijo:

—No habrás estado revolcándote con los cerdos otra vez, ¿eh, Bryson?

—Ja. Ja. Ja.

—No son animales limpios, por muy atractivos que resulten después de un mes en el sendero. Y además, no te olvides de que ya no estamos en Tennessee. Lo más probable es que aquí ni siquiera sea legal, al menos si no tienes una nota del veterinario.

Le dio una palmadita a la silla que tenía al lado, radiante y satisfecho con sus pullas.

—Ven, siéntate y cuéntamelo todo. ¿Cómo se llamaba la cerda? ¿Bossy?

Se inclinó hacia mí con aire confidencial.

—¿Chillaba mucho?

Me senté en la silla.

—Lo que pasa es que tienes envidia.

—Pues mira, no, para que veas. He hecho una amistad. En la lavandería. Se llama Beulah.

—¿Beulah? Te estás quedando conmigo.

—No te creas que no me gustaría, pero es verdad.

—No hay nadie que se llame Beulah.

—Ella sí. Y es muy maja. No especialmente inteligente, pero muy maja, y tiene unos hoyuelos monísimos aquí y aquí.

Y se señaló las mejillas para indicarme dónde.

—Y tiene un cuerpazo.

—¿Ah, sí?

Asintió.

—También es cierto —añadió reflexivamente— que lo tiene sepultado bajo cien kilos de grasa bamboleante. Por suerte, el tamaño de una mujer no es algo que me importe, siempre y cuando no haga falta tirar una pared para sacarla de casa.

Le echó un trago pensativo a su bebida.

—¿Y cómo la has conocido?

—Si te digo la verdad —dijo, sentándose en el borde de su asiento, como si fuese una historia de las que valen la pena contar—, me pidió que le echase un vistazo a sus braguitas.

Asentí.

—Claro.

—Se le habían enganchado en el tambor de la lavadora —explicó.

—¿Y las llevaba puestas en ese momento? Has dicho que muy lista no era.

—No, las estaba lavando y el elástico se le enganchó en el eje, y me pidió que le ayudase a sacarlas. Unas braguitas muy grandes —añadió pensativo, y se quedó un momento embobado recordándolas antes de continuar—: Al final conseguí sacarlas, pero estaban hechas un guiñapo, y con la gracia que me caracteriza le dije: «Mire, señorita, espero que tenga otras, porque estas están hechas un guiñapo».

—Oh, Stephen, ¡qué ingenioso!

—Créeme que para Waynesboro basta y sobra. Y ella me dijo (y esto es lo importante, mi guarrísimo y cerdófilo amigo): «Ya quisieras tu saberlo, guapetón».

Hizo una mueca sugestiva con las cejas.

—He quedado con ella a las siete delante de la estación de bomberos.

—¿Por qué? ¿Es ahí donde guarda las bragas de repuesto?

Me miró exasperado.

—No. Es solo un sitio para quedar. Vamos a cenar en Pappa John's Pizza. Y luego, con un poco de suerte, haremos lo que tú has estado haciendo todo el día, solo que yo no tendré que saltar a un corral ni convencerla con alfalfa. Espero que no, por lo menos. Mira esto —dijo, y echó mano de una bolsa de papel que tenía en el suelo. De ella sacó unas braguitas que con toda justicia merecían el adjetivo de «amplias»—. Se me ocurrió que podía regalárselas. En plan de broma, no sé si me entiendes.

—¿En un restaurante? ¿Seguro que es buena idea?

—Discretamente, hombre.

Sostuve en alto aquellas bragas con los brazos extendidos. Decididamente eran elefantinas.

—Te lo tengo que preguntar: ¿son así de grandes por seguir la broma, o...?

—Es una tía grande —dijo Katz, y las cejas se le dispararon de nuevo. Guardó las bragas de nuevo en la bolsa con sumo cuidado—. Muy grande.

Así que cené solo, en el Coffee Mill Restaurant. Se me hizo un poco raro estar sin Katz después de tantos días de constante compañía, pero resultó también agradable, y por los mismos motivos. Había pedido un filetón, y tenía mi libro apoyado contra el azucarero; de repente levanté la vista y vi que Katz se me acercaba con cara preocupada y aire furtivo.

—Gracias a Dios que te encuentro —dijo, y se sentó frente a mí. Sudaba copiosamente—. Hay un tío que me busca.

—¿Qué dices?

—El marido de Beulah.

—¿Beulah está casada?

—Ya lo sé. Es un milagro. No puede haber más de dos tíos en todo el planeta dispuestos a acostarse con ella, y los dos estamos en el mismo pueblo. Aquello iba demasiado deprisa para mí.

—¿Qué ha pasado?

—Estaba delante de la estación de bomberos, como habíamos quedado, y de repente una camioneta roja se me para delante de un frenazo y de ella se

baja un tío con cara de cabreo, y me dice que es el maromo de Beulah y que quiere hablar conmigo.

—¿Y qué has hecho?

—Salir corriendo. ¿Tú qué crees?

—¿Y no te ha pillado?

—Pesaba unos trescientos kilos. No era precisamente del estilo velocista, más bien del estilo «te voy a volar los huevos». Hace media hora que anda buscándome. He venido atravesando patios traseros y comiéndome tendedores y yo qué sé qué pollas más. Al final ha empezado a perseguirme otro tío porque pensaba que lo estaba acechando con malas intenciones. ¿Qué coño voy a hacer ahora, Bryson?

—Vale. Lo primero es dejar de hablar con gordas en las lavanderías.

—Ya, ya, ya, ya, ya, ya, ya.

—Y ahora voy a salir a la calle a ver si hay moros en la costa y te haré una señal por la ventana.

—¿Y luego?

—Luego irás a paso ligero hasta el hotel, con las manos cubriéndote los huevos y procurando que el tío ese no te vea.

Se quedó callado un instante.

—¿Y ya está? ¿Ese es tu gran plan? ¿Ese es el mejor plan que se te ocurre?

—¿Tienes tú uno mejor?

—No, pero yo no fui cuatro años a la universidad.

—Stephen, mis estudios no contemplaban salvarte el culo en Waynesboro. Me licencié en ciencias políticas. Si tu problema estuviese relacionado con la representación proporcional en Suiza quizá podría ayudarte.

Suspiró y se recostó pesadamente en el banco, con los brazos cruzados, reflexionando sobre su complicada situación y cómo había llegado hasta ella.

—No me dejes hablar con ninguna mujer, da igual el tamaño, al menos hasta que salgamos de la zona confederada. Aquí todo el mundo va armado. ¿Me lo prometes?

—Prometido.

Permaneció inquieto y en silencio mientras yo terminaba de cenar, y cada



poco asomaba la cabeza para escudriñar las ventanas, en las que esperaba ver antes o después una cara obesa e iracunda apretada contra el cristal. Cuando terminé y hube pagado la cuenta fuimos hacia la puerta.

—Dentro de un minuto podría estar muerto —dijo Katz en tono fúnebre y me agarró por el antebrazo—. Escucha, si me pega un tiro hazme un favor. Llama a mi hermano y dile que hay diez mil dólares dentro de una lata de café enterrada en el jardín de delante de su casa.

—¿Enterraste diez mil dólares delante de casa de tu hermano?

—Claro que no, pero es un capullo y le estará bien empleado. Vamos.

Salí a la calle y la vi despejada, sin tráfico de ningún tipo. Todo Waynesboro estaba en casa, delante de la tele. Le hice una seña. Katz asomó la cabeza, miró precavidamente a izquierda y derecha, y echó a correr calle abajo a una velocidad asombrosa, dadas las circunstancias. Tardé tres minutos en llegar caminando hasta el motel. No vi a nadie. Ya en el motel llamé a su puerta.

Inmediatamente, una voz absurdamente profunda y dominante respondió:

—¿Quién es?

Suspiré.

—Bubba T. Flubba. Quiero hablar contigo, chavalote.

—Coño, Bryson, no me jodas. Te estoy viendo por la mirilla.

—¿Y entonces para qué preguntas quién es?

—Para practicar.

Esperé unos instantes.

—¿Me dejas entrar o qué?

—No puedo. He puesto una cómoda delante de la puerta.

—¿En serio?

—Ve a tu habitación y te llamo.

Mi habitación era la de al lado, pero el teléfono ya sonaba cuando entré. Katz quiso saber hasta el último detalle de mi camino y había ya elaborado complejos planes de defensa con el pie de una lámpara de cerámica como elemento principal. Si las cosas se ponían realmente feas, tenía previsto salir huyendo por la ventana trasera. A mí me correspondería crear una distracción, a ser posible prendiéndole fuego a la camioneta del tipo aquel, y luego salir corriendo en dirección contraria. Aquella noche me llamó dos

veces más, una de ellas justo pasada la medianoche, para decirme que había visto una camioneta roja patrullando la calle. A la mañana siguiente se negó a bajar a desayunar, de modo que fui a comprar provisiones al supermercado y volví con una bolsa con bocadillos de Hardee's para los dos. No quiso salir de la habitación hasta que el taxi estuvo frente a la puerta del motel con el motor en marcha. Se pasó el trayecto entero mirando por la ventanilla trasera.

El taxi nos dejó en Rockfish Gap, el acceso sur al parque nacional de Shenandoah. Tenía ganas de llegar al parque porque es una zona excepcionalmente hermosa (por eso es un parque nacional, claro), pero al mismo tiempo sentía la leve desazón de saber que iba a pasar las próximas siete u ocho noches recorriendo 162 kilómetros bajo el yugo del reglamento de los parques. En Rockfish Gap hay una garita desde la que los guardas forestales cobran a los visitantes que van en coche por acceder al parque. Los excursionistas tienen que adquirir un permiso de acampada. No cuesta nada (una de las tradiciones más nobles del sendero de los Apalaches es que hasta el último palmo del recorrido es gratuito) pero hay que completar un prolijo formulario e indicar en él tus datos personales, el itinerario que seguirás en el parque y dónde tienes previsto acampar cada noche, lo que resulta algo ridículo, porque no conoces el terreno y no sabes cuánto trecho vas a recorrer cada día. En un anexo al formulario estaban las habituales reglas y advertencias, que amenazaban con fuertes multas y la expulsión inmediata en caso de... de hacer cualquier cosa, en realidad. Rellené el formulario lo mejor que pude y lo entregué en la ventanilla a una guarda forestal.

—Así que están recorriendo el sendero, ¿eh? —dijo con tono animado, aunque no especialmente perspicaz; aceptó el formulario sin echarle un vistazo, le estampó varios sellos de goma y separó la pestaña que serviría como permiso para movernos por un terreno que, en teoría, de todas formas nos pertenecía.

—Bueno, lo intentamos —dije.

—Tengo que subir a hacerlo un día de estos. Dicen que está muy bien. Aquello me descolocó.

—¿Nunca ha estado en el sendero?

En realidad habría querido decir: «¡Pero si eres una guarda forestal!».

—Me temo que no —dijo en tono melancólico—. Llevo aquí toda mi vida pero nunca lo he recorrido. Algún día lo haré.

Katz, pendiente siempre del marido de Beulah, a punto estaba de llevarme a rastras a la protección que ofrecían los bosques, pero a mí me había entrado la curiosidad.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando como guarda forestal? —le pregunté.

—En agosto hará doce años —respondió, orgullosa.

—Debería intentarlo alguna vez. Está muy bien.

—Puede incluso que pierda algo de culo —rezongó Katz por lo bajo y entró en el bosque.

Lo miré entre interesado y sorprendido, porque no era propio de él mostrarse tan desconsiderado, y decidí que era culpa de la falta de sueño, la extrema frustración sexual y un exceso de salchichas de Hardee's.

El parque nacional de Shenandoah es un parque con problemas. Sufre una carestía crónica de fondos, más incluso que el de las Smokies (aunque algún cínico podría decir que es más bien un problema de mal uso de los recursos). Se han cerrado al público varios kilómetros de senderos secundarios, y otros muchos están muy deteriorados. De no ser por los voluntarios del Potomac Appalachian Trail Club, que se encargan de mantener un ochenta por ciento de los caminos del parque (incluido todo el recorrido del sendero de los Apalaches), la situación sería mucho peor. Una de las zonas de recreo más extensas del parque, Mathews Arm Campground, cerró en 1993 por falta de financiación, y no ha vuelto a abrir desde entonces. Otras zonas de recreo permanecen cerradas buena parte del año. Hubo un tiempo, durante la década de 1980, en la que incluso cerraron los refugios del sendero (cabañas, como las llaman por aquí). No sé cómo se las arreglaron (en serio, ¿cómo se cierra una estructura de madera con una abertura de cinco metros de ancho en la parte frontal?) y tampoco sé para qué lo hicieron, ya que impedir a los excursionistas que descansen durante unas pocas horas en una plataforma elevada de madera difícilmente saneará la economía del parque. Pero claro, lo de ponerles las cosas difíciles a los senderistas es casi tradición en los parques del este de Estados Unidos. Un par de meses antes, todos los parques del país (al igual que todos los departamentos gubernamentales no esenciales) habían echado el cierre durante un par de semanas durante una disputa

presupuestaria entre el presidente Clinton y el Congreso. Aun así, y pese a la perenne falta de fondos, en Shenandoah encontraron la manera de colocar a un guarda forestal en todos los accesos al sendero de los Apalaches para impedir el paso a los senderistas. Consecuentemente, un par de docenas de personas perfectamente inofensivas tuvieron que tomar desvíos larguísimos y absolutamente innecesarios antes de poder continuar con su caminata. Esa vigilancia tuvo que costarle al Servicio de los Parques Nacionales no menos de 20.000 dólares, o lo que es lo mismo, casi mil dólares por cada uno de los peligrosos senderistas a los que dio el alto.

Además de estas carencias autoimpuestas, Shenandoah se enfrenta a muchos problemas que en buena medida escapan a su control. Las aglomeraciones son uno de ellos. Pese a que el parque se extiende a lo largo de más de 150 kilómetros, en casi ningún punto supera los dos o tres kilómetros de ancho, con lo que los dos millones de visitantes anuales se amontonan en un pasillo excepcionalmente estrecho entre las crestas montañosas. Los campamentos, centros de visitantes, aparcamientos, áreas de *picnic*, el sendero, y la Skyline Drive (la carretera panorámica que recorre la parte alta del parque) se agolpan unos junto a otros como sardinas en lata. Una de las rutas más populares del parque, la que sube por el Old Rag Mountain, está tan concurrida los fines de semana en verano que la gente a veces tiene que hacer cola para acceder a ella.

Luego está la puñetera cuestión de la polución. Hace treinta años, en días especialmente claros todavía era posible ver el monumento a Washington, a 120 kilómetros de allí. Ahora, en los días veraniegos con calima, la visibilidad puede quedar reducida a tres kilómetros, y nunca supera los cincuenta. La lluvia ácida ha erradicado casi por completo las truchas de los ríos del parque. En 1983 llegaron las primeras polillas gitanas, que desde entonces han arrasado considerables extensiones de robles y nogales pacanos. El gorgojo del pino ha tenido un efecto similar sobre las coníferas, y el minador de la gleditsia ha desfigurado miles de árboles, aunque por fortuna casi nunca con efectos fatales. En tan solo siete años, el adélgido lanudo ha herido de muerte el noventa por ciento de los tsugas del parque. Casi todos los supervivientes habrán muerto cuando leáis estas páginas. El chancro está erradicando los cornejos, no solo del parque, sino de todo el continente.

Dentro de poco, el cornejo, al igual que el castaño americano y el olmo americano, habrá desaparecido a todos los efectos. Se hace difícil imaginar un entorno sometido a mayor presión.

Y pese a todo eso, el parque nacional de Shenandoah es precioso. Es posiblemente el más maravilloso parque nacional de todos los que he visitado, y si tenemos en cuenta las contradictorias e imposibles exigencias que se le han impuesto, está siendo gestionado excepcionalmente bien. Casi de inmediato se convirtió en mi tramo favorito del sendero de los Apalaches.

Caminamos por bosques con pinta de profundos, sin que el terreno nos sometiese a demasiados esfuerzos: en siete kilómetros ascendimos quizás unos ciento cincuenta metros. En las Smokies, a veces tienes que subir 150 metros dando... pues más de 150 pasos. Aquello era mucho mejor. El tiempo acompañaba, y daba toda la impresión de que nada podía parar ya a la primavera. Había vida por todas partes: los insectos zumbaban en el aire, las ardillas correteaban por las ramas, los pájaros piaban y daban saltitos por doquier y las telarañas, bañadas por el sol, lanzaban destellos plateados. En dos ocasiones me llevé un susto de muerte al espantar a un urogallo: de repente, la maleza a tus pies explota, como una salva disparada con un cañón, y lo único que queda luego son un par de plumas flotando en el aire y el eco de una serie de reproches animales. Vi un búho que me contempló impasible desde una rama, y muchísimos ciervos, que levantaban la cabeza para devolver la mirada, pero por lo demás no tenían miedo y continuaban pastando como si nada una vez me había ido. Hace sesenta años no quedaban ya ciervos en este rincón de las Blue Ridge, la caza los había llevado a la extinción. Pero tras la creación del parque en 1936 se liberaron en él trece ciervos de Virginia que, ante la falta de cazadores y la escasez de depredadores, fueron multiplicándose. Hoy hay unos cinco mil ciervos en el parque, descendientes de aquellos trece o de otros llegados de zonas próximas.

Sorprendentemente, y teniendo en cuenta sus modestas dimensiones y el poco espacio con que cuenta el bosque profundo, el parque cuenta con una fauna muy rica. Importantes poblaciones de lince, osos, zorros rojos y grises, castores, mofetas, mapaches, ardillas voladoras y nuestras amigas las salamandras coexisten en él, pese a que no es fácil verlos, ya que son

criaturas nocturnas y temen al hombre. Se dice que en Shenandoah se da la mayor densidad de osos negros de todo el mundo, con más de dos y medio por kilómetro cuadrado. Ha habido incluso avistamientos (incluidos los de algunos guardas forestales, que en principio saben de lo que hablan) de pumas, pese a que hace casi setenta años que no existen pruebas fehacientes de su presencia en los bosques orientales. Existe una minúscula posibilidad de que sobrevivan en algunos reductos del norte (a su debido tiempo retomaremos el tema, y creo que os alegraréis de haber esperado), pero no en una zona tan pequeña y delimitada como el parque nacional de Shenandoah.

No vimos nada espectacularmente exótico, ni siquiera mínimamente exótico, pero resultaba agradable ver ardillas y ciervos, y saber que el bosque estaba habitado. Ya entrada la tarde, giré en un recodo y me encontré con un pavo salvaje y sus polluelos cruzando el sendero. La madre avanzaba digna e imperturbable, y los polluelos estaban demasiado ocupados tropezando y levantándose para darse cuenta siquiera de mi presencia. Así es como se suponía que eran los bosques. Yo no podía haber estado más encantado.

Seguimos caminando hasta las cinco y acampamos junto a una fuentecilla en un claro del bosque, justo al lado del sendero. Al ser el primer día de nuestra vuelta a los bosques teníamos comida en abundancia, incluidos productos perecederos como queso y pan que había que consumir antes de que se estropearan o acabasen reducidos a migas por el vaivén de nuestras mochilas, así que nos dimos un atracón y luego nos quedamos fumando y charlando hasta que unas mosquitas persistentes y muy numerosas (las beatillas, como se las conoce a lo largo y ancho del sendero) nos obligaron a buscar refugio en las tiendas. Hacía un tiempo ideal para dormir, lo suficientemente fresco para necesitar un saco pero también lo suficientemente cálido para poder dormir en ropa interior, y ya me hacía a la idea de una larga noche de sueño (es más, ya estaba profundamente dormido) cuando a una hora indeterminada de la noche se oyó algo muy cerca que me hizo abrir los ojos de golpe. Normalmente soy capaz de seguir durmiendo pase lo que pase (sea eso una tormenta o los ronquidos y las sonoras meadas nocturnas de Katz) así que algo lo suficientemente grande o desacostumbrado como para despertarme era poco habitual. Se oyó un sonido como de algo trasteando entre la maleza: el crujir de algunas ramas, un cuerpo pesado rozando contra

el follaje más bajo... y luego un resoplido poderoso y ligeramente irritado.

¡Un oso!

Me senté como impulsado por un resorte. Todas mis neuronas se habían despertado al instante y correteaban ahora frenéticas, como las hormigas cuando alguien destruye su madriguera. Por instinto fui a echar mano del cuchillo y recordé que lo había dejado en la mochila, frente a la tienda. Tras muchas noches sucesivas de sereno descanso en los bosques, había dejado de preocuparme por la defensa nocturna.

Se oyó otro ruido, esta vez más cerca.

—Stephen, ¿estás despierto? —susurré.

—Sí —respondió con voz cansada pero tranquila.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Sonaba grande.

—Todo suena grande en el bosque.

Eso era verdad. Una vez, una mofeta había atravesado nuestro campamento haciendo tanto ruido como un estegosauro. Se oyó entonces otro pesado ruido, y luego el sonido de algo dando lametones a la fuente. Aquello estaba bebiendo.

Me acerqué de rodillas hasta el pie de la tienda, abrí con cautela la cremallera y me asomé al exterior, pero todo estaba negro como ala de cuervo. Con todo el sigilo que pude metí la mochila en la tienda y, ayudándome con una linterna, busqué en ella mi cuchillo. Cuando lo encontré desplegué la hoja y me horroricé al comprobar lo endeble que parecía. Era una herramienta perfectamente apropiada para untar con mantequilla unas tortitas, por ejemplo, pero claramente inadecuada para defenderse de doscientos kilos de furia lanuda.

Con cuidado, con mucho cuidado, salí de la tienda y encendí la linterna, cuyo haz de luz me pareció preocupantemente débil. Algo, no sé qué, me miró a unos cinco o seis metros de distancia. No conseguí ver ni su forma ni su tamaño, solo dos ojos relucientes. Aquello se me quedó mirando en silencio.

—Stephen —susurré ante su tienda—, ¿llevas un cuchillo encima?

—No.

—¿Tienes algo afilado, cualquier cosa?

Pensó por un instante.

—Un cortaúñas.

Puse cara de desespero.

—¿Algo más intimidatorio? Porque aquí fuera hay algo.

—Seguramente es una mofeta, nada más.

—Pues será una mofeta enorme. Tiene los ojos a un metro del suelo.

—Pues un ciervo.

Nerviosamente le tiré un palo al animal. Aquello no se movió. Un ciervo habría salido corriendo, espantado. El bicho aquel parpadeó y siguió mirándome. Informé de ello a Katz.

—Será un macho, que no son tan tímidos. Prueba a gritar.

Cautelosamente le grité:

—¡Eh! ¡Tú! ¡Fuera de ahí!

La criatura parpadeó de nuevo, del todo indiferente.

—Grítale tú.

—¡Oh, bestia de los campos, desaparece *ipso facto*! —gritó Katz, remedándome—. Aléjate de aquí cuanto antes, por favor, criatura abominable.

—Vete a tomar por culo —le dije, y cargué la tienda sobre mis hombros hasta ponerla al lado de la suya.

No sé exactamente qué pretendía con ello, pero me sentí mínimamente reconfortado al estar a su lado.

—¿Qué estás haciendo?

—Mover la tienda.

—Buen plan. Seguro que eso lo confunde.

Volví a mirar hacia el animal, pero no vi nada, excepto aquellos dos ojos a no mucha distancia, bastante separados el uno del otro, como los de un dibujo animado. No era capaz de decidir si prefería salir y morir o quedarme dentro y esperar a la muerte. Estaba descalzo, y en paños menores, y temblequeando. Lo que de verdad habría preferido (de verdad, de verdad) es que el animal se fuese. Busqué una piedrecita y se la tiré. Creo que le di, porque se sobresaltó ruidosamente, lo que terminó de aterrarme y casi me puse a gemir. Y entonces emitió un sonido que no era del todo un gruñido



pero se le parecía mucho. Se me ocurrió que quizá sería mejor no provocarlo.

—¿Qué estás haciendo, Bryson? Déjalo en paz de una vez y ya se irá.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—¿Y qué quieres que haga? Además, ya estás tú suficientemente histérico por los dos.

—Ya me perdonarás, pero creo que tengo derecho a estar un poco preocupado. Estoy en pleno bosque en mitad de la nada, en la oscuridad, cara a cara con un oso y en compañía de un tío que no tiene nada para defenderse excepto un cortaúñas. Vamos a ver. Si es un oso y se te echa encima, ¿qué pasa entonces? ¿Le haces la pedicura?

—Cruzaré ese puente cuando llegue a él —dijo Katz obstinadamente.

—¿Cómo que cruzarás ese puente? Ya estamos en el puente, subnormal. Ahí fuera hay un oso, por el amor de Dios. Nos está mirando. Huele los fideos y las Snickers y... Mierda.

—¿Qué pasa?

—Mierda, mierda, mierda...

—¿Qué pasa?

—Hay dos. Estoy viendo otro par de ojos.

Justo en ese momento, las pilas de la linterna empezaron a fallar. La luz parpadeó un par de veces y luego desapareció. Empecé a arrastrarme hacia el interior de la tienda para buscar frenéticamente unas pilas nuevas, y en el intento me pinché ligera pero histéricamente el muslo. Si yo fuese un oso, ese habría sido el momento que habría elegido para lanzarme sobre mi presa.

—Oye, yo me voy a dormir —anunció Katz.

—¿Qué dices? No puedes ponerte a dormir.

—Pues claro que puedo. Es algo que ya he hecho un montón de veces antes.

Le oí revolverse y emitir una serie de sonidos roncós con la nariz, que no eran muy diferentes de los de la criatura que nos rondaba.

—Stephen, no puedes ponerte a dormir —le ordené.

Pero podía, y lo hizo, además, con una celeridad sorprendente.

La criatura (las criaturas, ahora) siguieron bebiendo con ruidosos lametones. No fui capaz de encontrar las pilas de repuesto, así que solté la linterna y me puse la lámpara de minero en la cabeza, me aseguré de que

funcionase y la apagué. Y luego pasé una eternidad sentado sobre las rodillas, de cara a la puerta de la tienda, escuchando con atención y con mi bastón asido como una porra, dispuesto a repeler cualquier ataque, y con el cuchillo abierto y a mano como última defensa. Los osos (o lo que quiera que fuese) bebieron durante otros veinte minutos y luego se fueron tan tranquilamente como habían venido. Fueron unos instantes de alegría, pero por mis lecturas sabía que probablemente volverían. Seguí prestando atención, pero el bosque recuperó el silencio y lo mantuvo.

Al cabo de un rato solté el bastón y me puse un jersey, deteniéndome dos veces para analizar hasta el más mínimo sonido, temeroso de que se repitiese la visita; y tras otro rato larguísimo volví al saco de dormir en busca de calor. Me quedé tumbado en la oscuridad absoluta, y supe que nunca podría volver a dormir despreocupadamente en un bosque.

Y luego, poco a poco e irresistiblemente, me quedé dormido.



1  
From Sibley's Journal  
H. W. 18

## 12

Casi contaba con que Katz estuviese insoportable a la mañana siguiente, pero lo cierto es que se mostró sorprendentemente amable. Me llamó cuando estuvo hecho el café, y cuando salí de la tienda, sintiéndome fatal y muy falto de sueño, me dijo:

—¿Estás bien? Tienes una pinta horrible.

—No he dormido mucho.

Asintió.

—¿De verdad crees que era un oso?

—A saber.

De repente me acordé de la bolsa de la comida, que es lo primero que atacan los osos, y me volví para verla, pero allí seguía, a veinte metros de distancia, colgada de una rama a unos cuatro metros del suelo. Normalmente, si un oso se lo hubiese propuesto podría haberla descolgado. Qué digo: hasta mi abuela podría haberla descolgado.

—Quizá no —dije, desilusionado.

—Bueno, ¿sabes lo que tengo aquí, por si acaso? —dijo Katz, y se dio un golpecito en el bolsillo de la pechera—. El cortaúñas. Porque nunca se sabe cuándo puede aparecer el peligro. Tengo la lección aprendida, ya te lo digo yo.

Y se echó a reír.

Volvimos entonces al bosque. Durante casi todo el recorrido por el parque nacional de Shenandoah, el sendero de los Apalaches avanza en paralelo y a veces cruza la Skyline Drive, aunque muy pocas veces llegas a intuirlo. Sucede a menudo que vas a tu paso por un santuario arbóreo y de repente un coche pasa zumbando tras los árboles, a solo cuarenta o cincuenta

metros de ti, y te sobresalta cada vez.

A comienzos de la década de 1930, el Potomac Appalachian Trail Club (concebido personalmente por Myron Avery, y durante algún tiempo prácticamente indistinguible de la Conferencia del Sendero de los Apalaches) fue blanco de la ira de otros clubes senderistas, en particular del patricio Appalachian Mountain Club de Boston, por no oponerse a la construcción de la Skyline Drive a través del parque. Herido por estos reproches, Avery envió a MacKaye una carta de lo más insultante en diciembre de 1935 que puso fin a efectos prácticos a la relación oficial (aunque ya por entonces tangencial) de MacKaye con el sendero. Los dos hombres no volvieron a dirigirse nunca la palabra, aunque en honor de MacKaye hay que decir que rindió un cálido homenaje a Avery cuando este falleció en 1952, y tuvo el detalle de reconocer que la construcción del sendero no habría sido posible sin él. A mucha gente sigue sin gustarle la carretera, pero Katz y yo le acabamos encontrando el punto. Con frecuencia abandonábamos el sendero y caminábamos durante una o dos horas por la calzada. Aún estábamos a comienzos de abril: la temporada acababa de empezar y apenas había coches en la carretera, así que utilizábamos la Skyline Drive como una especie de sendero alternativo, más ancho y asfaltado. Se nos hacía casi raro pisar suelo tan firme y caminar a cielo abierto, al calor del sol, tras semanas inmersos en bosques impenetrables. Desde luego, los automovilistas llevaban una vida más regalada que nosotros. Había varios miradores amplios con vistas espléndidas (aunque estaban difuminadas por una sucia neblina que se alzaba como a unos nueve o diez kilómetros de distancia, pese a hacer un soleado día de primavera), cartelones informativos con datos muy interesantes sobre la flora y fauna del parque e incluso papeleras. Ambos estuvimos de acuerdo en que cosas así le faltaban al sendero. Luego, cuando el sol apretaba demasiado, o cuando los pies empezaban a dolernos (el asfalto es sorprendentemente agresivo para los pies), o simplemente si nos apetecía, regresábamos al abrazo fresco y ya familiar de los bosques.

Era agradable tener opciones, casi un exceso. En uno de los apartaderos de la Skyline Drive encontramos un tablón informativo orientado de tal manera que el visitante pudiese observar en una ladera cercana un espléndido bosque de tsugas, una conífera casi negra muy característica de la zona.

Todos esos tsugas, y todos los que se encuentran en el sendero y más allá, se están muriendo por culpa de un áfido originario de Asia e introducido por accidente en 1924. El tablero señalaba con tristeza que el Servicio de los Parques Nacionales no podía costear el tratamiento de los árboles. Hay tantos, y ocupan un área tan extensa, que cualquier programa de fumigación resulta impracticable. Pues no sé, a ver qué os parece esta idea: ¿y si se tratan *algunos* de los árboles? La buena noticia, siempre según el cartel, es que el Servicio de los Parques Nacionales confía en que algunos de los árboles consigan recuperarse por sí solos con el tiempo. Pues menos mal.

Hace sesenta años no había casi árboles en las Blue Ridge. Todo esto eran tierras de cultivos. A veces, en el bosque, el sendero pasaba junto a los restos de antiguos muretes linderos, y en una ocasión vimos un pequeño cementerio abandonado, un recordatorio de que esta es una de las pocas zonas de alta montaña en los Apalaches que en algún momento ha estado habitada. Por desgracia, no era la gente más apropiada para vivir aquí. En la década de 1920, varios sociólogos y otros científicos urbanos se adentraron en las colinas y todos, sin excepción, se mostraron horrorizados con lo que encontraron. La pobreza y las privaciones eran universales. El terreno no era ya pobre, sino paupérrimo. Mucha gente cultivaba laderas casi verticales. Tres cuartas partes de los moradores de las montañas no sabían leer. La mayoría apenas había pisado la escuela. La tasa de hijos naturales era del noventa por ciento. Las instalaciones sanitarias eran prácticamente desconocidas: solo un diez por ciento de los hogares disponía como mucho de un retrete básico. Para acabar de arreglarlo, las cimas de las Blue Ridge eran de una belleza sensacional y resultaban muy convenientes para una nueva clase de turista motorizado. La solución más obvia pasaba por trasladar a la gente de las tierras altas a los valles para que siguiesen siendo pobres en cotas más bajas mientras se construía una autopista panorámica por la que la gente pudiese circular los domingos; luego, además, todo aquello podría convertirse en un fantástico espacio de ocio montañés, con *campings*, restaurantes, heladerías, minigolfs, toboganes y cualquier otra atracción por la que la gente estuviese dispuesta a soltar dinero.

Por desgracia para los emprendedores, poco después llegó la Gran Depresión y el impulso comercial se marchitó. Además, y como

consecuencia del vertiginoso impulso socialista que caracterizó la presidencia de Franklin Roosevelt (aunque «socialista» es un término que no hay que usar nunca), el país se hizo con la propiedad de aquellas tierras. Sus habitantes fueron desplazados y el Cuerpo de Conservación Civil se puso manos a la obra construyendo bonitos puentes de piedra, refugios para *picnics*, centros de visitantes y muchas más estructuras, y el conjunto se abrió al público en julio de 1936. Buena parte del encanto del parque nacional de Shenandoah emana de la calidad del trabajo artesanal. Es más: es uno de los poquísimos ejemplos en Estados Unidos de una intervención humana (la presa Hoover es otra de ellas, y me atrevo a decir que el monte Rushmore otra más) que complementa, si no mejora, un paraje natural. Supongo que esa es otra de las razones por las que me gustaba caminar por la Skyline Drive, con sus cuidados márgenes de hierba, recortados casi como un césped, y con sus muros de contención de piedra, abedules plantados en curiosos grupitos y unas curvas suaves que una y otra vez descubrían panorámicas embelesadoras y perfectamente compuestas. Así deberían ser todas las autopistas. Hubo un tiempo en el que parecía que todas las autopistas serían así. No es casualidad que las primeras autopistas del país recibiesen el nombre de *parkways*<sup>[7]</sup>. Así habían sido concebidas: como parques por los que podía circularse en coche.

Casi nada de este espíritu está presente en el tramo del sendero que atraviesa el parque (tampoco cabría esperarlo en un recorrido consagrado a los espacios naturales), pero uno se lo encuentra con agrado en los refugios y cabañas del parque, que guardan algo de parecido con los rústicos y pintorescos refugios de las Smokies, pero al mismo tiempo son más espaciosos y limpios, y están mejor diseñados, y sobre todo carecen de esas horribles y deprimentes verjas de alambre en la parte delantera.

Pese a que a Katz le pareció que estaba siendo ridículo, tras la noche pasada junto a aquella fuente insistí en dormir en refugios. Supongo que pensaba que sí sería capaz de defender un edificio de algún oso merodeador. Además, los refugios de Shenandoah eran demasiado agradables para no usarlos. Eran todos muy atractivos: su emplazamiento había sido planificado con atención, porque todos tenían una buena fuente de agua cercana, mesas de *picnic* y retretes. Durante dos noches tuvimos los refugios para nosotros

solos, y a la tercera estábamos felicitándonos por nuestra buena suerte cuando oímos que por el bosque se acercaba un guirigay de voces. Nos asomamos al camino y vimos que una tropa de *boy scouts* avanzaba hacia el claro. Nos saludaron y los saludamos, y luego nos quedamos sentados en la plataforma del refugio para observar cómo ocupaban el claro con sus tiendas y su voluminoso equipaje, contentos de tener algo que ver que no fuéramos nosotros. El grupo lo formaban tres monitores adultos y diecisiete *boy scouts*, todos ellos encantadoramente incompetentes. Las tiendas se izaban y de inmediato se hundían o se tumbaban de lado. Uno de los adultos fue a filtrar agua y cayó en la corriente. Hasta a Katz le parecía mejor aquello que la tele. Por primera vez desde que salimos de New Hampshire nos pareció que teníamos el sendero bajo control.

Pocos minutos más tarde se nos unió un alegre y solitario caminante. Se llamaba John Connolly y era profesor de instituto en el estado de New York. Llevaba cuatro días en el sendero, evidentemente unos pocos kilómetros por detrás de nosotros, y cada noche había acampado a solas y al raso, lo que en ese momento me pareció de una valentía extraordinaria. No había visto osos. En realidad, llevaba años recorriendo el sendero por secciones y solo una vez había visto un oso, en los bosques de Maine: casi de refilón, y solo los cuartos traseros, porque lo rehuyó. Al cabo de poco llegaron otros dos tipos de nuestra edad, oriundos de Louisville: Jim y Chuck, los dos encantadores, modestos y muy divertidos. Desde que salimos de Waynesboro no habíamos visto más que a tres o cuatro personas y de repente nos vimos rodeados de gente.

—¿A qué día estamos? —pregunté, y todos tuvieron que pensar para responder.

—Viernes —dijo alguien—. Eso, viernes.

Ahí estaba la explicación: empezaba el fin de semana.

Nos sentamos en torno a una mesa de *picnic* para preparar la comida y comer. Fueron momentos muy joviales. Los otros tres tenían mucha experiencia como senderistas y nos estuvieron contando cosas del camino hasta Maine, que nos parecía tan lejos como otro universo. Luego, la conversación tocó uno de los temas favoritos entre los senderistas: lo lleno de gente que estaba el sendero. Connolly contó que en 1987 había hecho la



mitad del recorrido total en pleno verano y había pasado días enteros sin ver a nadie, algo que Jim y Chuck corroboraron vehementemente.

Es algo que puede escucharse a menudo, y es cierto que hoy hay más gente que nunca por el bosque. Hasta la década de 1970, menos de cincuenta personas al año recorrían por completo el sendero de los Apalaches. Incluso en 1984, la cifra se reducía a cien excursionistas. Pero en 1990 ya eran más de doscientos, y hoy ese número está más próximo a trescientos. Son incrementos considerables, pero siguen siendo cifras minúsculas. Poco antes de ponernos nosotros en marcha, el periódico local de New Hampshire publicó una entrevista con uno de los encargados de mantenimiento en el sendero: según él, hace veinte años los tres refugios que había en su sección del sendero recibían de media una docena de visitantes a la semana en julio y agosto, y ahora podían ser hasta un centenar. Lo que me parece en verdad sorprendente es que durante tanto tiempo fuesen tan pocos. En cualquier caso, cien visitantes a la semana en tres zonas de acampada en pleno verano no me parecen precisamente cantidades abrumadoras.

Quizás es que yo lo enfocaba mal, después de tanto tiempo saliendo de excursión por la pequeña y abarrotada Inglaterra, pero algo que durante nuestro largo verano no dejó nunca de asombrarme es lo vacío que estaba el sendero. Nadie sabe cuánta gente recorre el sendero de los Apalaches, pero la mayoría de los cálculos cifran entre tres y cuatro millones el número de visitantes anuales. Si aceptamos esos cuatro millones y asumimos que tres cuartas partes de las visitas se producen durante el semestre de mayor calor, eso nos da una media de 16.500 personas en el sendero cada día en temporada alta, o lo que es lo mismo, cuatro personas y media por cada kilómetro de recorrido, o una cada doscientos y poco metros. En realidad, son muy pocas las secciones que conocen una densidad semejante. Una proporción altísima de los cuatro millones de excursionistas anuales se concentran en unos cuantos espacios muy populares durante un día o un fin de semana: la Presidential Range, en New Hampshire; el Baxter State Park, en Maine; el monte Greylock, en Massachusetts; y por supuesto las Smokies y el parque nacional de Shenandoah. En esos cuatro millones se incluyen además lo que podrían llamarse «excursionistas Reebok», que dejan el coche, dan una vuelta de cuatrocientos metros, vuelven al coche y se van, sin

emprender nunca más una aventura tan atrevida. Creedme: os digan lo que os digan, el sendero de los Apalaches no está a rebosar.

Cuando la gente se pone a rezongar sobre lo lleno de gente que está el sendero, en realidad lo que están diciendo es que los refugios están demasiado llenos, y hay veces en que indudablemente así es. El problema, con todo, no es que haya demasiados senderistas para los refugios, sino que faltan refugios. A lo largo de sus 162 kilómetros, el parque nacional de Shenandoah tiene solo ocho cabañas, cada una con capacidad para acoger a ocho, o quizá diez personas, con algo de comodidad. En eso está a la par con el resto del sendero. Aunque las distancias entre refugios pueden variar extraordinariamente, de promedio hay un refugio, cabaña, chamizo o techado cada quince kilómetros. Eso significa un espacio adecuado de pernoctación bajo techo para solo 2.500 excursionistas en más de 3.500 kilómetros de camino. Si pensamos que más de cien millones de estadounidenses viven a un día en coche del sendero de los Apalaches, no es de sorprender que esos 2.500 espacios no siempre sean suficientes. Y aun así, contra toda lógica, en determinados círculos está aumentando la presión para reducir el número de refugios y prevenir lo que algunos (sorprendentemente, en mi opinión) consideran un uso excesivo del sendero.

Por eso, como siempre hago cuando la conversación deriva hacia el abarrotamiento del recorrido y hacia el hecho de que ahora puedes cruzarte con una docena de personas cuando antes bastante era si veías dos, los escuché a todos con atención y luego dije:

—Tendríais que ir a hacer senderismo por Inglaterra.

Jim se volvió hacia mí y me dijo, amable y paciente:

—Pero esa es la cosa, Bill, que NO estamos en Inglaterra.

Puede que no le faltase razón.

Luego hay otra razón por la que le tengo mucho cariño al parque nacional de Shenandoah, y que explica también por qué seguramente no estoy hecho para hacer senderismo por Estados Unidos: las hamburguesas con queso. En el parque nacional de Shenandoah se pueden conseguir con bastante regularidad hamburguesas con queso y coca-colas con hielo, y patatas fritas y helados, y otras muchas cosas más. Pese a que la flagrante comercialización de la que

hablaba antes no llegó a producirse nunca (y gracias a Dios por ello), un poco de ese *esprit de commerce* pervive en Shenandoah. Por el parque hay varios *campings* y áreas de servicio con restaurantes y tiendas, y el sendero, bendito él, pasa cerca de casi todos ellos. Hacer pausas en un restaurante va en contra del espíritu del sendero de los Apalaches, pero nunca conocí a un senderista que no los disfrutase al máximo.

Katz, Connolly y yo pudimos comprobarlo a la mañana siguiente tras despedirnos de Jim y Chuck y de los *boy scouts*, que seguían camino con rumbo sur. Hacia mediodía llegamos a un ajetreado complejo comercial llamado Big Meadows.

Big Meadows tenía una zona de acampada, un albergue, un restaurante, una tienda de recuerdos que era a la vez un súper y un montón de gente moviéndose por un amplio espacio soleado y cubierto de hierba (pese a que se trata efectivamente de un gran prado, le debe su nombre a un tipo llamado Meadows<sup>[8]</sup>, lo cual me hizo mucha gracia). Dejamos las mochilas fuera y entramos a todo correr al concurrido restaurante, donde consumimos con glotonería cuanta comida grasienta se nos ofreció; luego salimos a la hierba a fumar y eructar y disfrutar en paz de nuestra digestión. Estando así recostados contra nuestras mochilas, un turista con un sombrero de paja muy poco favorecedor y un cucurucho de helado se nos acercó con ánimo amistoso.

—¿Qué? ¿De senderismo? —preguntó.

Le dijimos que efectivamente así era.

—¿Y cargáis con esas mochilas?

—Cuando no encontramos a alguien que las lleve por nosotros —respondió alegremente Katz.

—¿Cuánto lleváis recorrido desde esta mañana?

—Pues unos trece kilómetros.

—¡Trece kilómetros! ¿Y cuánto más haréis hasta la tarde?

—Pues puede que otros trece kilómetros.

—¿En serio? ¿Veintiséis kilómetros a pie? ¿Y con esos trastos a la espalda? ¡Hala! Hay que ver.

Dio un grito hacia el otro extremo del césped:

—Bernice, ven un momento. Tienes que ver esto.

Volvió a mirarnos.

—¿Y qué lleváis ahí dentro? Ropas y cosas, supongo.

—Y comida —añadió Connolly.

—Así que lleváis la comida encima, ¿eh?

—No nos queda otra.

—Hay que ver, hay que ver.

Bernice llegó y nuestro amigo le explicó que nos dedicábamos a recorrer el paisaje a golpe de calcetín.

—¿No te parece genial? En las mochilas llevan comida y todo.

—¿En serio? —dijo Bernice con tanta admiración como interés—. Entonces ¿vais andando a todas partes?

Asentimos.

—¿Habéis caminado hasta aquí? ¿Todo el camino hasta aquí arriba?

—Vamos a pie a todas partes —dijo Katz con solemnidad.

—No me creo que hayáis subido a pie hasta aquí.

—Pues así es —respondió Katz, para quien aquel se estaba convirtiendo en uno de los momentos de mayor orgullo de toda su vida.

Los dejé para llamar a casa desde una cabina e ir a los servicios. Cuando volví, Katz había reunido a su alrededor a un grupito de espectadores muy atentos y estaba en plena demostración práctica del propósito de las distintas correas y hebillas de su mochila. Luego, a petición de uno de ellos, se la echó a la espalda y posó para algunas fotos. Nunca lo había visto tan contento.

Mientras él se dedicaba a eso, Connolly y yo nos acercamos a la tienda del complejo para echar un vistazo y comprobamos la escasísima importancia que los senderistas tenemos para el verdadero negocio del parque. Solo un tres por ciento de los dos millones de visitantes anuales que recibe Shenandoah se adentran más allá de unos metros en lo que, con cierta generosidad, llaman allí bosque cerrado. El noventa por ciento de los visitantes llega hasta allí en coche o autocaravana. El súper estaba pensado para ellos. Casi todos los productos en venta estaban pensados para ser preparados en un microondas, o en un horno, o necesitaban refrigeración constante, o se vendían en cantidades familiares (en mi opinión, son pocos los senderistas que necesitan 24 panecillos de hamburguesa de golpe). No tenían nada, absolutamente nada de lo que puede considerarse comida de excursionista: ni pasas, ni cacahuetes, ni comida en latas o envases pequeños,

lo que resulta un poco descorazonador en un parque nacional.

Ante la falta de opciones, y decididos a no volver a comer fideos si podíamos evitarlo (Connolly, descubrí con placer, también se alimentaba de fideos), compramos veinticuatro perritos calientes con sus correspondientes panecillos, una botella de Coca-Cola de dos litros y un par de paquetes grandes de galletas. Luego recuperamos a Katz, que tuvo que despedirse de su arrobado público anunciando que aún quedaban montañas por conquistar, y con arrojo nos adentramos de nuevo en el bosque.

Decidimos pasar la noche en un lugar precioso y bastante apartado de todo, Rock Spring Hut, acodado sobre una ladera muy pronunciada y con amplias vistas al valle del Shenandoah. El refugio tenía incluso un columpio de dos asientos colgado del alero del refugio e instalado allí, según la placa colocada en el respaldo, en memoria de una tal Theresa Affronti, entusiasta del sendero. Me pareció un detalle espléndido. Ocupantes previos del refugio habían dejado en él toda una serie de latas de comida (judías, maíz, carne en conserva, zanahorias tiernas) cuidadosamente alineadas sobre una de las vigas del techo. Cosas como esta son bastante habituales en el sendero. Hay refugios a los que los amigos del sendero van de excursión para dejar galletas caseras o bandejas de pollo frito. Es maravilloso.

Mientras preparábamos la cena llegó a nuestro campamento un joven senderista que hacía el sendero de norte a sur, el primero de la temporada. Llevaba recorridos 42 kilómetros ese día y pensó que había llegado al paraíso cuando supo que estábamos preparando perritos calientes. Ni Katz ni Connolly ni yo habríamos sido capaces de comernos seis perritos cada uno, así que comimos cuatro y unas cuantas galletas y guardamos el resto para el desayuno. Pero el joven senderista comió como si no hubiese probado nunca la comida. Se zampó seis perritos y una lata de zanahorias tiernas, y aceptó gustoso una docena larga de Oreos, una detrás de otra, y las disfrutó con grandes muestras de placer. Nos contó que había empezado en Maine, con el terreno todavía nevado, que había atravesado incontables ventiscas y que seguía recorriendo unos 40 kilómetros cada día. Debía de medir metro sesenta y cinco, y llevaba una mochila enorme. No era extraño que tuviese tanta hambre. Estaba intentando completar el sendero en tres meses, y para ello hacía jornadas larguísimas. Cuando nos despertamos a la mañana

siguiente, apenas empezaba a clarear, pero ya se había ido. Allí donde había dormido encontramos una nota en la que nos daba las gracias por la comida y nos deseaba suerte. Nunca supimos cómo se llamaba.

A la mañana siguiente llegó un momento en el que me di cuenta de que había dejado muy atrás a Katz y Connolly, que iban hablando y no llevaban demasiado buen ritmo. Me paré a esperarles en un espacioso calvero moteado por la luz del sol y protegido por una serie de lomas bajas que le conferían un aire entre mágico y secreto. Tenía todo lo que se le puede pedir a una escena en el bosque: un arroyo cantarín, frondosos helechos, árboles bien espaciados... De pasada pensé que sería un magnífico espacio para acampar.

Poco menos de un mes más tarde dos chicas, Lollie Winans y Julianne Williams, tuvieron al parecer la misma idea. Plantaron sus tiendas en ese mismo bosquecillo y se acercaron dando un paseo por el bosque a Skyland Lodge, otro complejo comercial, donde cenaron en un restaurante. Nadie sabe exactamente qué pasó, pero cabe imaginar que alguien las vio en Skyland y las siguió a su campamento. Tres días más tarde las encontraron en sus tiendas, con las manos atadas y la garganta cortada. No hubo motivo aparente, ni se conocen sospechosos. Muy probablemente sus muertes no se esclarecerán nunca. Por supuesto, yo en aquel momento no tenía ni idea de todo aquello, y por eso cuando Katz y Connolly llegaron a mi altura me limité a comentar que era un sitio precioso. Estuvieron de acuerdo, y continuamos adelante.

Almorzamos con Connolly, y luego nos dejó para volver a dedo hasta su coche en Rockfish Gap y regresar a casa. Le dijimos adiós y seguimos caminando, porque a eso habíamos venido. Caminamos durante otros tres días, haciendo pausas en restaurantes cuando los encontrábamos y pernoctando en refugios que estaban casi a nuestra exclusiva disposición.

El penúltimo día en el parque, el sexto que pasábamos en él desde que partimos de Rockfish Gap, amaneció frío y amenazando lluvia. El viento era cada vez más fresco, y cuando empezó a llover lo hizo de manera pesada y constante, una auténtica cortina de agua heladora. Fue un día espantoso en casi todos los sentidos. A primera hora de la tarde descubrí que había perdido el impermeable de la mochila (aprovecho la oportunidad para comentar que era un trasto mal diseñado y absolutamente inútil que me había costado 25

dólares) y que casi todo lo que llevaba en ella estaba ahora o húmedo o empapado. Afortunadamente, para entonces me había acostumbrado ya a envolver el saco de dormir en una doble capa de bolsas de basura (35 centavos), así que eso por lo menos estaba seco. Veinte minutos más tarde, esperaba a Katz cobijado bajo una amplia rama. Cuando llegó, me preguntó inmediatamente: «Oye, ¿y tu bastón?». Había perdido mi preciado bastón de caminante. Recordé entonces que lo había dejado apoyado contra un árbol cuando me paré a atarme los cordones. La pérdida me dejó hundido. Aquel bastón me había acompañado durante seis semanas y media de montañas, y era casi parte de mí. Le dije a Katz dónde pensaba que lo había dejado: en un lugar llamado Elkwallow Gap, a unos seis kilómetros de donde estábamos.

—Iré a buscártelo —dijo y empezó a aflojarse la mochila.

Se me saltaban las lágrimas, porque lo decía en serio, pero no le permití que fuese. Estaba demasiado lejos, y además Elkwallow Gap era un espacio público. Para entonces alguien se lo habría llevado de recuerdo.

Seguimos adelante, intentando llegar a un punto llamado Gravel Springs Hut. Eran solo las dos y media cuando llegamos. Habíamos previsto avanzar otros diez kilómetros, pero estábamos tan empapados, y la lluvia caía con tanta fuerza que decidimos quedarnos allí. No me quedaba ropa seca, así que me quedé en calzoncillos y me metí en el saco de dormir. Aquella tarde se nos hizo larguísima, más que ninguna otra que pueda recordar, y la pasamos leyendo impacientemente y contemplando cómo caía la lluvia.

Para acabar de arreglar el día, a eso de las cinco llegó un bullanguero grupo de cinco personas, tres hombres y dos mujeres, vestidos todos con la más absurda colección de ropa de montaña estilo Ralph Lauren: chaquetas de safari, sombreros de lona de ala ancha, botas de gamuza... Esa es ropa para dejarse ver por los porches de la turística isla de Mackinac, o bien para ir a un safari en un *jeep*, pero definitivamente no es para ir de acampada. Una de las mujeres, que llegó algo rezagada y caminaba por el barro como si fuera radioactivo, se asomó al refugio y al vernos a Katz y a mí dijo, con evidente disgusto: «Ooooooh, ¿tenemos que compartir...?».

En circunstancias menos desagradables habrían resultado fascinantes: eran supinamente estúpidos, desagradables y egoístas hasta extremos increíbles, y desconocían por completo las normas de cortesía en el sendero.

Katz y yo nos vimos constreñidos a los rincones más oscuros del refugio; nos empaparon de agua al sacudir sus ropas y algún golpe nos llevamos cuando deshicieron de cualquier manera sus mochilas. Los miramos, incrédulos, cuando apartaron la ropa que habíamos colgado a secar para hacer espacio para sus cosas. Acabé sentándome a leer, malhumorado e incapaz de concentrarme en mi libro, y dos de los hombres se acuclillaron cerca de mí, tapándome la luz, y mantuvieron la conversación siguiente:

—Nunca lo había hecho antes.

—¿El qué? ¿Acampar en un refugio?

—No, mirar por los prismáticos con las gafas puestas.

—Ah, ¡pensaba que decías acampar en un refugio! ¡Ja, ja, ja!

—¡No! ¡Decía mirar por los prismáticos con las gafas puestas! ¡Ja, ja, ja!

Al cabo de media hora de todo aquello, Katz vino a buscarme, se arrodilló a mi lado y susurró:

—Uno de esos me acaba de llamar «buen hombre». Yo me largo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Plantar la tienda en el claro. ¿Vienes?

—Estoy en calzoncillos —dije en tono patético.

Katz asintió, comprensivo, y se puso en pie.

—Señoras y señores —anunció—, les pido unos instantes de atención. Perdóneme, buen hombre, ¿puede escucharme un momento? Vamos a salir a montar nuestras tiendas bajo la lluvia para que tengan ustedes toooooodo el espacio del refugio, pero aquí mi amigo está en paños menores y teme poder ofender a las señoras... y quizás excitar a los caballeros —añadió con una dulce y pícara miradita—. Por eso les pido que aparten la mirada un minuto mientras vuelve a ponerse su ropa empapada. Entre tanto, permítanme que me despida y les dé las gracias por permitirnos compartir con ustedes algunos centímetros de su espacio personal. Ha sido un placer.

Y con eso salió a la lluvia. Me vestí a toda prisa, rodeado por el silencio y miradas huidizas y algo avergonzadas, y bajé de un saltito de la plataforma, con un neutral y pusilánime «adiós». Plantamos las tiendas a unos treinta metros del refugio, una operación nada fácil ni agradable bajo aquel chaparrón, y nos metimos en ellas. Antes incluso de que hubiésemos terminado, los del refugio retomaron sus conversaciones, puntuadas de vez en



cuando por carcajadas triunfales. Estuvieron haciendo ruido hasta que oscureció, y la bulla continuó algo alcoholizada hasta pasada la medianoche. Me pregunté si en algún momento sentirían algún tipo de remordimiento y se acercarían con una ofrenda de paz (un *brownie*, por ejemplo, o un perrito caliente), pero no.

Cuando nos despertamos por la mañana, la lluvia había cesado, pero el mundo seguía igual de gris e inhóspito y el agua goteaba de los árboles. Ni nos molestamos en hacer café. Queríamos irnos de allí cuanto antes. Desmontamos las tiendas y empacamos nuestras cosas. Katz fue a recuperar una camisa del tendedero y volvió contándome que nuestros seis amigos dormían a pierna suelta. También había dos botellas de *bourbon* vacías, añadió en tono desdeñoso.

Nos echamos las mochilas a la espalda y emprendimos el camino. Puede que llevásemos ya unos cuatrocientos metros (el refugio no podía verse ya) cuando Katz me hizo detenerme.

—¿Sabes la tipa esa que dijo lo de «¿tenemos que compartir...?» y apretujó nuestra ropa en un extremo del tendedero? —preguntó.

Asentí. Claro que la recordaba.

—Mira, no estoy especialmente orgulloso de esto, eso quiero que lo sepas. Pero cuando fui a buscar la camisa vi que sus botas estaban al borde mismo de la plataforma y... Bueno, hice algo que igual te parece mal.

—¿Qué?

Intenté imaginar a qué se refería, pero no pude.

Katz abrió la mano. En la palma tenía dos cordones de gamuza. Sonrió de oreja a oreja, radiante, se los metió en el bolsillo y echó a caminar.



## 13

Y ahí acabó la primera parte de nuestra gran aventura. Anduvimos unos veintiocho kilómetros hasta Front Royal, donde mi mujer nos recogería dos días después si es que conseguía aclararse para llegar hasta allí en coche desde New Hampshire por territorio desconocido.

Yo tenía que ausentarme durante un mes para ocuparme de otros asuntos, que principalmente consistían en intentar convencer a los norteamericanos de que compraran uno de mis libros, aunque este no tuviera nada que ver con pérdidas de peso inútiles, correr entre lobos, medrar en la era de la ansiedad ni el juicio de O. J. Simpson. A pesar de todo eso, se vendieron más de sesenta ejemplares. Katz iba a volver a Des Moines, donde le habían ofrecido un trabajo de verano en la construcción, aunque prometió volver en agosto para hacer juntos la conocida e imponente senda del Hundred Mile Wilderness, las «Cien Millas de Bosque» de Maine.

En un momento dado, muy al principio del viaje, él había propuesto en serio hacer la senda completa, yendo por su cuenta hasta que yo pudiera unirme a él en junio, pero cuando lo saqué a relucir soltó la carcajada y me dijo que me esperaba en el mundo real cuando me apeteciera bajar.

—Si te soy sincero, me sorprende muchísimo que hayamos llegado tan lejos —dijo, y tenía razón.

Llegamos a Front Royal hacia las siete, muertos de cansancio, y nos dirigimos al primer motel que vimos. Era un lugar de lo más cutre, pero barato. El colchón estaba hundido, la imagen de la tele bailaba como si no pararan de darle descargas eléctricas sin piedad y mi puerta no cerraba. Parecía que sí cerraba, pero si uno la empujaba desde fuera con un dedo se abría de par en par. Aquello me tuvo preocupado hasta que me di cuenta de

que no había persona en el mundo que pudiera tener interés en ninguna de mis pertenencias, así que simplemente la cerré de golpe y salí a buscar a Katz para ir a cenar. Cenamos en un asador que había al final de la calle, y después volvimos felizmente al encuentro de nuestras teles y camas.

Por la mañana temprano, me acerqué al K-Mart a comprarnos todo un equipo de ropa nueva a cada uno: calcetines, ropa interior, vaqueros, zapatillas de deporte, pañuelos y las dos camisas más chillonas que pude encontrar (una con dibujos de barcos y anclas, y la otra con un estampado de monumentos famosos de Europa). Volví al motel, le di a Katz la mitad de las compras, que le entusiasmaron, y me fui a mi cuarto a ponerme mi nuevo atuendo. Diez minutos después, nos encontramos en el *parking* del motel hechos unos pinceles y nos dedicamos unas cuantas alabanzas. Como teníamos todo el día por delante, fuimos a desayunar y recorrimos tranquila y despreocupadamente la modesta y céntrica zona de negocios, husmeamos en las tiendas de segunda mano por hacer algo, dimos con una tienda de artículos de acampada en la que compré un bastón de senderismo nuevo exactamente igual que el que había perdido, comimos y por la tarde decidimos, como es natural, ir a dar un paseo. Al fin y al cabo, a eso era a lo que nos dedicábamos.

Encontramos unas vías de tren que seguían las majestuosas curvas del río Shenandoah. No hay nada más agradable ni más veraniego que pasear tranquilamente por las vías del tren con tu camisa nueva. Anduvimos sin ninguna prisa ni objetivo en particular, como dos simples montañeros de vacaciones, hablando de todo y de nada en particular, apartándonos a ratos para dejar pasar a algún pesado tren de mercancías, y, en general disfrutando del sol, del agradable brillo plateado sin fin de las vías y del pequeño placer de avanzar sobre unas piernas que parecían no cansarse nunca. Estuvimos andando casi hasta que se puso el sol, lo que me pareció una bonita forma de terminar el viaje.

Por la mañana fuimos a desayunar y después sufrimos tres horas de agonía mientras nos dedicábamos a escrutar el tráfico que pasaba frente al motel en busca de un coche en particular lleno de esas caras resplandecientes que tanto había echado de menos. Seguro que os imagináis la escena del reencuentro: profusión de abrazos, montones de explicaciones acerca del lío

que se había hecho mi mujer para encontrar la salida y el motel, admiración ante el tipito que se le ha quedado a papá, evaluación menos efusiva de su nueva camisa, alguien que se acuerda de repente de incluir a Katz (que hasta entonces se había mantenido al margen, sonriendo con timidez) en las celebraciones, y, en definitiva, en esa felicidad desbordante que supone un reencuentro.

Llevamos a Katz al National Airport de Washington, donde tenía que coger el vuelo de última hora de la tarde a Des Moines. Una vez en el aeropuerto, me di cuenta de que estábamos ya en universos diferentes. Él estaba ya en modo «¿Dónde está el mostrador de facturación?», mientras que yo andaba distraído sabiendo que mi familia estaba esperando, que el coche estaba mal aparcado y que era casi hora punta en Washington. Por ello, la nuestra fue una despedida torpe que incluyó deseos de que tuviera un buen vuelo y la promesa de reencontrarnos en agosto. Cuando se fue, me sentí mal, pero entonces llegué al coche, vi a mi familia, y ya no volví a pensar en él en varias semanas.

Para cuando retomé el sendero, era ya finales de mayo, casi junio. Salí a dar una vuelta cerca de casa, con una pequeña mochila que contenía una botella de agua, dos sándwiches de mantequilla de cacahuete, un mapa (por respetar la costumbre) y nada más. Ya había llegado el verano, así que los bosques bullían de vida y de verde, y estaban llenos de pájaros cantando, y de enjambres de mosquitos y de moscas negras. Caminé ocho kilómetros por colinas bajas, atravesando los bosques hasta llegar a la ciudad de Etna, donde me senté junto a un viejo cementerio a comerme mis sándwiches. Después, recogí y volví a casa. Antes de la hora de comer ya estaba de vuelta, lo que me dejó un regusto raro.

Al día siguiente, conduje hasta el monte Moosilauke, que está a 80 kilómetros de mi casa, en la cara sur de las White Mountains. El Moosilauke es un monte impresionante, uno de los más bellos de Nueva Inglaterra, con una grandeza majestuosa, leonina, pero queda muy apartado, así que nadie le hace mucho caso. Es propiedad del Dartmouth College de Hanover, cuyo célebre club de excursionistas se encarga discreta y admirablemente de su mantenimiento desde principios de siglo. Dartmouth dio a conocer el esquí

alpino en Estados Unidos en el Moosilauke. Los primeros campeonatos nacionales se celebraron allí en 1933. No obstante, el acceso era demasiado difícil, y pronto la práctica de este deporte se trasladó a otras montañas más cercanas a las vías principales de Nueva Inglaterra, con lo que el Moosilauke volvió a su espléndida oscuridad, a tal punto que hoy en día nadie se imaginaría que haya podido ser famoso.

Dejé el coche en un pequeño y sucio aparcamiento, el único ocupante del día, y me adentré en el bosque. En esta ocasión llevaba agua, sándwiches de mantequilla de cacahuete, un mapa y repelente antiinsectos. El monte Moosilauke tiene 1.464 metros de altura y es escarpado. Yendo como iba con la mochila solo medio llena, subí el monte del tirón y sin pararme, una experiencia nueva y gratificante. La panorámica desde la cima era preciosa, pero sentí que me faltaba algo: Katz no estaba allí conmigo, y la mochila iba medio llena. A eso de las cuatro de la tarde ya estaba de vuelta en casa, y una vez más se me hizo raro. Uno no se adentra en el sendero de los Apalaches para luego irse a casa a cortar el césped, así que decidí retomarlo de la forma correcta, es decir, empezando lejos de casa. El problema era que, durante casi todo el sendero, resulta imposible incorporarse a él o abandonarlo sin ayuda. Existía la posibilidad de tomar un vuelo a Washington, a Newark, a Scranton, a Wilkes-Barre o a cualquiera de los otros muchos puntos de la región por los que pasaba el sendero, pero en cualquiera de esos casos, eso me haría perder muchos kilómetros del sendero. No podía pedirle a mi mujer que volviera a llevarme en coche a Virginia o Pensilvania, del mismo modo que nadie le pide a su mujer que le acerque un momentito a Düsseldorf, así que decidí ir por mi cuenta en coche. Mi idea era dejarlo aparcado en algún sitio que me pareciera adecuado, pasar uno o dos días andando por las colinas, volver a bajar y seguir conduciendo un poco más. Tenía la sospecha de que el plan acabaría resultándome poco satisfactorio, rozando incluso lo estúpido, y en ambas cosas tenía razón, pero tampoco había alternativa.

Y así me encontré yo la primera semana de junio, de nuevo a orillas del Shenandoah, esta vez en Harpers Ferry, Virginia Occidental.

Harpers Ferry es un lugar interesante por varias razones. La primera es que es bastante bonito. Se trata de un Parque Histórico Nacional, lo que significa que es propiedad del Estado y está considerado zona monumental

protegida, lo que a su vez se traduce en que no hay Pizza Huts, McDonald's ni Burger Kings; por no haber, no hay ni tan siquiera habitantes, al menos en la parte baja, el casco antiguo del pueblo. En su lugar, hay edificios rehabilitados o recreados con sus placas y paneles informativos, por lo que el pueblo no es que tenga mucha vida real (más bien ninguna), aunque sí presenta una belleza impoluta. Se nota que podría ser un sitio realmente agradable para vivir si se pudiera confiar en que la gente fuera capaz de sobrevivir sin sucumbir a la imperiosa necesidad de ir a Pizza Hut ni a Taco Bell, cosa que yo personalmente veo factible durante un periodo de hasta dieciocho meses. Siendo así las cosas, lo que hay es una especie de pueblo de mentirijillas, bellamente enclavado entre escarpadas colinas en la confluencia de los ríos Shenandoah y Potomac.

Está declarado Parque Histórico Nacional porque, como su propio nombre indica, se trata de un lugar con historia. Harpers Ferry fue el lugar donde el abolicionista John Brown decidió liberar a los esclavos de Estados Unidos y erigir una nueva nación en la parte noroccidental de Virginia, un proyecto bastante ambicioso teniendo en cuenta que su ejército contaba solamente con veintiún efectivos. Con tal objetivo en mente, el 16 de octubre de 1859 él y su partida se colaron en el pueblo al amparo de la oscuridad, tomaron el depósito federal de armas sin resistencia (ya que estaba custodiado únicamente por un vigilante), y aun así se las apañaron para acabar con la vida de un desafortunado viandante que, ironías de la vida, resultó ser un esclavo negro liberado. Cuando corrió la noticia de que un depósito federal de armas con 100.000 rifles y una cantidad respetable de munición había caído en manos de un grupo de lunáticos, el presidente James Buchanan envió al teniente coronel Robert E. Lee, que en aquel momento todavía era leal a la Unión, a arreglar el desaguisado. Lee y sus hombres necesitaron menos de tres minutos de combate para aplastar la malhadada rebelión. Brown fue capturado con vida, sometido a un juicio rápido y condenado a morir ahorcado en el plazo de un mes.

Uno de los soldados a los que se encargó la supervisión del ahorcamiento era Thomas J. Jackson, que poco después se haría famoso bajo el nombre de Stonewall Jackson, y uno de los entusiasmados testigos del acontecimiento fue John Wilkes Booth, el asesino de Lincoln. Así pues, el asalto al depósito

federal de armas de Harpers Ferry sirvió como impecable prelude a todo lo que había de suceder más adelante.

Al mismo tiempo, la pequeña aventura de Brown hizo que se desatara el caos. Algunos abolicionistas del norte como Ralph Waldo Emerson hicieron de Brown un mártir, mientras que los lealistas del sur se sublevaron casi literalmente ante la posibilidad de que aquello crease escuela. Y antes de que cantara un gallo, el país estaba en guerra.

Durante el sangriento conflicto que siguió a aquellos acontecimientos, Harpers Ferry continuó siendo el centro de los acontecimientos. Gettysburg estaba a tan solo 48 kilómetros al norte del pueblo, Manassas quedaba a una distancia parecida en dirección sur, y Antietam (donde es importante recordar que en un solo día hubo el doble de víctimas mortales de las que se cobraron la guerra anglo-estadounidense de 1812, la guerra Estados Unidos contra México y la guerra de Cuba juntas) estaba solo a dieciséis kilómetros. El propio pueblo de Harpers Ferry cambió de manos en ocho ocasiones durante la guerra, aunque el récord en este sentido lo ostenta Winchester, en Virginia, situado a solo unos kilómetros al sur de Harpers Ferry, que fue tomada y liberada hasta en setenta y cinco ocasiones.

Hoy en día, la actividad principal en Harpers Ferry consiste en alojar turistas y reparar los desperfectos que causan las inundaciones, y teniendo como tiene dos bravos ríos a sus pies y desfiladeros naturales a su entrada y salida, estamos hablando de un fenómeno constante. Seis meses antes, el pueblo había sufrido unas graves inundaciones, y el personal del parque seguía ocupado limpiando, volviendo a pintar y sacando muebles, aparatos y paneles informativos de sus almacenes. (Por cierto: tres meses después de mi visita les tocaría volver a subirlo todo de nuevo.) Al llegar a una de las casas, dos de los guardas forestales salieron por la puerta y echaron a andar por el camino, sonriéndome al pasar. Me di cuenta de que ambos llevaban un arma en el cinto. Vete tú a saber adónde iremos a parar si hasta los guardas forestales van ya armados.

Me di una vuelta por el pueblo, pero en casi todos los edificios a los que me acercaba la puerta estaba cerrada y había un cartel que decía: cerrado por reparación tras las inundaciones. A continuación, me acerqué a ver el lugar donde confluían ambos ríos, en el que había un cartel informativo del sendero



de los Apalaches. Aunque solo habían pasado unos diez días desde el asesinato de las dos mujeres en el parque nacional de Shenandoah, ya había un cartel en el que se solicitaba información y que incluía fotografías en color de ambas víctimas. Claramente, las fotos las habían hecho ellas mismas mientras recorrían el sendero: llevaban ropa de montaña y tenían aspecto feliz y saludable, radiante incluso. Se me hizo difícil observar las fotografías sabiendo el trágico destino que habían sufrido. Al reflexionar un poco sobre el tema, se me ocurrió que si ambas mujeres siguiesen aún con vida probablemente estarían llegando a Harpers Ferry justo en aquel momento, y que, en lugar de verlas en aquel cartel, podría estar conversando con ellas, y que, por qué no, de haberlo querido el destino, incluso podrían ser ellas las que estuvieran ahora observando una fotografía de Katz y mía en el sendero, con aspecto feliz y tranquilo.

En una de las pocas casas que sí estaban abiertas me topé con un guarda forestal la mar de simpático, bien informado y afortunadamente desarmado. Se llamaba David Fox y pareció sorprendido y a un tiempo encantado de tener visita. En cuanto entré se levantó de su banqueta, y se notaba claramente que le agradaba responder a mis preguntas. Empezamos a hablar acerca del mantenimiento del lugar, y me comentó lo complicado que resultaba para la dirección del parque hacer su trabajo con los pocos fondos asignados. En sus inicios, el parque había tenido dinero suficiente para comprar aproximadamente la mitad de Schoolhouse Ridge, un campo de batalla situado en la parte alta del pueblo que es al mismo tiempo uno de los más importantes y desconocidos escenarios de las batallas de la guerra civil. Sin embargo, en la actualidad se estaban construyendo casas y tiendas en esa misma zona, que Fox claramente consideraba casi suelo sagrado. El promotor de la obra había empezado incluso a construir una red de tuberías en terrenos del parque nacional, asumiendo con prepotencia (y, como se vería posteriormente, de manera errónea) que la dirección del parque no tendría ni ganas ni dinero para impedirselo. Fox me recomendó que me acercara a echarle un vistazo y le dije que así lo haría, pero antes tenía una peregrinación más importante en la que embarcarme. En Harpers Ferry está la sede de la Conferencia del Sendero de los Apalaches, que se encarga de la conservación del noble sendero al que yo había consagrado mi verano. La

sede de dicha organización está en una modesta casa blanca situada en una empinada colina en el casco antiguo del pueblo. Empecé la fatigosa caminata y una vez arriba entré en el edificio. El local era mitad oficina mitad tienda. La parte dedicada a oficina parecía desplegar una admirable actividad, y la tienda consistía básicamente en guías del sendero y artículos de recuerdo del lugar. En uno de los extremos de la tienda había una maqueta a gran escala del sendero en su totalidad; si yo la hubiera visto antes de empezar, muy probablemente me habría disuadido de emprender el camino. Mediría unos cuatro metros y medio de largo, y daba de inmediato a quien la observaba una clara e impresionante idea de cuán duro es el sendero de los Apalaches. Por lo demás, la tienda estaba repleta de recuerdos del sendero: camisetas, postales, pañuelos, libros y publicaciones de todo tipo. Tomé un par de libros y unas postales, y al llegar a la caja me atendió una encantadora jovencita llamada Laurie Potteiger, a la que una tarjeta identificaba como «Especialista en información». Habían elegido a la persona correcta, pues Laurie resultó ser una auténtica mina de información.

Me contó que el año anterior habían empezado el sendero 1.500 senderistas con intención de cruzarlo entero. De ellos, 1.200 habían llegado hasta Neels Gap, es decir, que la tasa de abandono se situaba en el veinte por ciento durante la primera semana, y eso viniendo de un grupo de gente que inicialmente tenía intención de pasar cinco o seis meses caminando por el sendero. Aproximadamente un tercio de estos había llegado hasta Harpers Ferry, que está más o menos a mitad de camino, y unos trescientos hasta el Katahdin, lo que constituye un índice de éxito superior al habitual. Unas sesenta personas habían conseguido completar el sendero de norte a sur. Los senderistas de fondo de aquel año habían empezado a desfilar por allí solo un mes antes, por lo que aún era demasiado pronto para calcular los datos anuales, pero con seguridad las cifras habrían subido. La verdad era que tendían a subir casi todos los años.

Le pregunté por los posibles peligros con los que uno podría toparse en el sendero, y me dijo que en los ocho años que llevaba trabajando para la Conferencia solo se habían registrado dos casos confirmados de mordedura de serpiente (ninguno mortal) y una muerte al ser alcanzado un senderista por un rayo.

A continuación, le pregunté por los recientes asesinatos, y ella hizo un mohín:

—Es horroroso, estamos todos muy afectados, especialmente porque la confianza es uno de los pilares del sendero de los Apalaches, ¿sabe? Yo misma hice el sendero en 1987, así que soy consciente de cuánto llegas a confiar en la buena fe de gente a la que no conoces de nada. Y es que de eso va precisamente el sendero, ¿no? Y que llegue alguien y haga algo así, pues...

A continuación pareció recordar su papel y pasó a soltarme parte del discurso oficial: una perorata aprendida de memoria y ensayada con el objetivo de que nadie olvide que, aunque el sendero no está exento del influjo de los males de la sociedad, sigue siendo estadísticamente muy seguro en comparación con la mayoría del resto de lugares de Estados Unidos.

—Desde 1937 se han producido nueve asesinatos, es decir, más o menos la misma cifra que en la mayoría de los pueblos pequeños.

El dato no dejaba de ser correcto, aunque también un poco tergiversado. En los primeros treinta y seis años de historia del sendero de los Apalaches no se había producido ningún asesinato, mientras que los nueve que habían tenido lugar se habían producido en los últimos veintidós años. Pese a ello, su argumento de base era irrefutable: hay muchas más probabilidades de que alguien acabe con tu vida mientras duermes tranquilamente en tu casa, en cualquier rincón de Estados Unidos, que de que te asesinen en el sendero de los Apalaches. O, como me dijo mucho después un amigo norteamericano: «Mira, si dibujas una línea de tres mil doscientos kilómetros a lo largo de Estados Unidos, en la dirección que prefieras, ten por seguro que a lo largo de la línea habrá nueve víctimas de asesinatos».

—Si le interesa, tenemos un libro sobre uno de los asesinatos —dijo agachándose para coger algo de debajo del mostrador.

Rebuscó en una caja durante unos instantes y al final sacó un libro de tapa blanda llamado *Eight Bullets* [Ocho balas] y me lo alcanzó para que le echara un vistazo. Trataba de dos mujeres que habían sido asesinadas a tiros en Pensilvania en 1988.

—No lo tenemos expuesto porque, bueno, ya se imaginará que puede resultar incómodo, especialmente ahora... —dijo en tono de disculpa.

—Sí, a mí también se me había ocurrido —dijo.

Cuando volví a salir al exterior, lloviznaba. Subí a Schoolhouse Ridge a ver el campo de batalla. Se trataba de la parte superior de una colina, con aspecto como de parque, en la que había un camino serpenteante salpicado de paneles informativos en los que se explicaban los ataques, las desesperadas defensas y otras acciones del confuso fragor de la batalla. La batalla de Harpers Ferry fue un momento cumbre en la vida de Stonewall Jackson (llegado a la ciudad para colgar a John Brown) ya que fue allí donde, por una combinación de ingenio y algo de suerte, logró capturar a más de 12.500 soldados de la Unión, la cifra más alta de soldados norteamericanos capturados a la vez hasta las batallas de Bataan y Corregidor durante la Segunda Guerra Mundial.

En la actualidad, Stonewall Jackson es una figura a la que vale la pena dedicarle atención. Poca gente en la historia ha alcanzado mayor fama en menos tiempo y desplegando unos niveles de actividad cerebral menores que el general Thomas J. Jackson. Sus peculiaridades son legendarias. Era un hipocondríaco crónico y muy ingenioso, por ejemplo. Una de sus obsesiones más llamativas era la de tener un brazo más largo que el otro, por lo que al andar y cabalgar siempre lo llevaba levantado, bien firme, de manera que la sangre fluyera hacia el cuerpo. Además, era el rey del sueño profundo. En más de una ocasión se quedó completamente dormido en la mesa durante la cena, con la comida aún en la boca. En la batalla de White Oak Swamp, sus lugartenientes fueron del todo incapaces de despertarlo, así que acabaron llevándolo en volandas, sin que él se diera ni cuenta, hasta su casa, donde siguió traspuesto mientras a su alrededor no paraban de explotar las granadas. También tenía fama de obtuso. En una ocasión, una conocida cantante interpretó *Dixie* para él y sus oficiales, y al terminar le preguntó si tenía alguna petición especial. Él respondió que únicamente tenía una: «¿Sería tan amable de cantar *Dixie*?». Por otro lado, mostraba siempre un enorme celo en lo referente al inventario de todos los objetos que sus hombres requisaban, y los defendía a cualquier precio. En su lista de material intervenido al ejército de la Unión durante la campaña de Shenandoah de 1862 se incluían «seis pañuelos, dos docenas y tres cuartos de corbatas y una botella de tinta roja». Con frecuencia provocaba la frustrada ira de sus superiores, de otros oficiales

y de sus subordinados, en parte porque desobedecía invariablemente las órdenes y en parte debido a su costumbre paranoide de negarse a revelar sus estrategias a nadie, fueran las que fuesen. A uno de los oficiales a su mando le ordenó retirarse del municipio de Gordonsville, donde estaba a punto de obtener una aplastante victoria, y marchar a paso ligero hacia Staunton. Una vez llegado a Staunton, recibió nuevas órdenes: debía dirigirse inmediatamente al monte Crawford. Al llegar allí, le dijeron que debía volver a Gordonsville.

Precisamente la costumbre de Jackson de marchar con sus tropas por el valle Shenandoah de manera ilógica e inexplicable hizo que se granjease fama de astuto entre los desconcertados oficiales enemigos. Su duradera fama se debe casi por completo al hecho de que obtuvo un par de pequeñas victorias mientras que otras tropas del sur se veían masacradas y diezmadas, y por la carambola de contar con el mejor mote que ningún soldado haya podido tener jamás. Hay pruebas sobradas de su valentía, pero es muy probable que debiese el sobrenombre no a su arrojo y entereza, sino por quedarse inerte, como un muro de piedra, cuando la situación pedía lanzarse a la carga. El General Barnard Bee, que fue quien le puso el mote de Stonewall, muro de piedra, durante la primera batalla de Manassas, cayó antes de que acabara el día, así que nadie podrá sacarnos nunca de dudas.

Su victoria en Harpers Ferry, el mayor triunfo de los confederados durante la guerra civil, se debió casi por completo al hecho de que, por una vez, cumplió las órdenes de Robert E. Lee. Aquello hizo de él un hombre célebre. Unos meses más tarde, sus propias tropas dispararon por error contra él en la batalla de Chancellorsville y murió ocho días después. No había transcurrido aún ni la mitad de la guerra, y Jackson contaba solo treinta y nueve años.

Jackson pasó gran parte de la guerra en el interior y los alrededores de las Blue Ridge, acampando en sus muchos bosques y atravesando estos y los amplios desfiladeros por las que Katz y yo habíamos pasado recientemente. Me interesaba ver el escenario de su mayor triunfo, así que seguí el camino que rodeaba el ondulante campo, leyendo los paneles informativos con la debida atención e intentando sin éxito atisbar entre los árboles algún signo del nuevo complejo de viviendas. Era ya tarde y se estaba haciendo de noche;

además, siendo sincero, nunca se me han dado muy bien los campos de batalla. Supongo que en teoría resulta interesante saber que el regimiento del capitán Poague había estado justamente allí, y que las tropas del coronel Grigsby formaban una fina y ondeante línea en aquel otro lado, pero al final la realidad pura y dura era que se trataba simplemente de un bonito campo con hierba en una colina de Virginia Occidental.

Me había entrado hambre y llevaba unos cuantos kilómetros conducidos ese día, así que no me vi con fuerzas de seguir imaginando el ruido, el humo y la matanza, y además ya había pensado bastante en la muerte aquel día, así que me volví hasta el coche y seguí mi camino.



## 14

A la mañana siguiente seguí conduciendo hasta Pensilvania, que queda a unos 48 kilómetros al norte. El sendero de los Apalaches se extiende a lo largo de 370 kilómetros formando un arco en dirección noreste, como el perímetro exterior de un trozo de tarta. No me he topado todavía con ningún senderista que hable bien de la parte del sendero que atraviesa Pensilvania. Tal como alguien tuvo a bien decirle a un periodista del *National Geographic* en 1987, es «el sitio en el que se mueren las botas». Durante la última glaciación, la zona se encontraba al borde de una placa de hielo y experimentó lo que los geólogos llaman «un clima periglacial», que se caracteriza por frecuentes ciclos de congelación y descongelación que acaban fracturando la roca. El resultado son kilómetros y kilómetros de losas irregulares de piedra, apiladas de cualquier forma, que la ciencia ha dado en llamar *Felsenmeer* (literalmente, «mar de rocas»). Hay que mantenerse permanentemente alerta si uno no quiere torcerse un tobillo o acabar dándose de morros, cosa nada agradable cuando se llevan más de veinte kilos a la espalda. Son muchos los que abandonan Pensilvania cojeando y llenos de moratones. Además, Pensilvania tiene las que se supone que son las peores serpientes de cascabel de todo el sendero, y también las fuentes de agua menos fiables, especialmente en las fases más calurosas del verano. En ese estado, el sendero de los Apalaches no atraviesa ningún parque nacional, ningún bosque o accidente geográfico notable. Tampoco las vistas son particularmente memorables: es como si la historia se hubiera olvidado de dejar huella allí. En esencia no es más que la parte central de un larguísimo y agotador trecho entre el sur de Estados Unidos y Nueva Inglaterra, por lo que no es de extrañar que no le guste a casi nadie.



Ah, y encima tiene los peores mapas para senderistas que se hayan hecho jamás en el mundo entero. Las seis hojitas (que no «el mapa», puesto que esa es una palabra demasiado fuerte para referirnos al documento en cuestión) editadas para Pensilvania por un organismo que lleva por nombre «Asociación de Senderos de Keystone», son pequeñas, monocromas y de malísima calidad. Además, apenas tiene símbolos cartográficos y la información es increíblemente vaga. En resumen, se trata de algo completamente inútil, tan inútil que resulta cómico, deprimente e incluso peligroso. No debería estar permitido que nadie se adentrara en la naturaleza con mapas tan malos.

Tomé conciencia de ello, con las lágrimas a punto de saltármeme, cuando me vi en el aparcamiento de un lugar llamado Caledonia State Park intentando comprender una parte del mapa que consistía en un batiburrillo de círculos borrosos, como si de una huella digital mal tomada se tratase. Una de las líneas del contorno se veía interrumpida por un número impreso en una fuente de tamaño microscópico. Era imposible distinguir si el número en cuestión era 1.800 o 1.200, pero en realidad lo mismo daba, ya que por ninguna parte aparecía la escala del mapa, ni había ningún elemento que diera cuenta del intervalo en altura que separaba unas líneas de otras, y era imposible también saber si las dobles líneas indicaban una subida vertical o una pendiente acusada. No se indicaba ni uno solo (¡ni uno!) de los elementos de todo el parque, ni de varios kilómetros a la redonda. Desde donde yo me encontraba, igual podría haber quince metros que tres kilómetros hasta el sendero de los Apalaches, en cualquier dirección. No había manera de saberlo.

Había cometido la estupidez de no estudiar los mapas antes de salir de casa. Al hacer el equipaje a toda prisa, solo me aseguré de haber cogido los mapas adecuados antes de meterlos en la mochila. En aquel momento los hojeé, abatido, como si me estuvieran enseñando fotografías comprometidas de alguna persona querida. Desde el principio había sido consciente de que no iba a hacer el sendero atravesando Pensilvania, ya que no tenía ni tiempo ni ganas, pero sí había decidido buscar alguna ruta circular para al menos hacerme una idea del nivel de dificultad del sendero en aquel estado sin tener que andar volviendo sobre mis pasos continuamente. Ahora, al juntar todos

los mapas, veía ya con claridad que no solo no había circuitos que recorrer, sino que, además, si llegaba a toparme con el sendero en algún momento, sería por pura chiripa.

Aparté los mapas con un suspiro y eché a andar por el parque en busca de las familiares balizas blancas del sendero de los Apalaches. El paseo por el valle boscoso, bastante vacío en aquella bonita mañana, fue agradable. Anduve durante más o menos una hora por una red de caminos que serpenteaban entre árboles y puentes de madera pero no logré encontrar el sendero. Así pues, volví al coche y seguí conduciendo por una solitaria autovía llena de las densas hojas caídas del bosque de Michaux hasta llegar a Pine Grove Furnace State Park, una gran zona de ocio construida alrededor de las pintorescas ruinas de una fundición del siglo XIX de la que toma su nombre. En el parque había puestos de comida, mesas de *picnic* y un lago con zona de baño, pero todo estaba cerrado y no había ni un alma. En uno de los márgenes de la zona de *picnic* había un gran contenedor con una pesada tapa de metal llena de impresionantes abolladuras, medio arrancada de los goznes, probablemente por un oso en busca de basura del parque. Lo examiné con gran respeto. No sabía que los osos negros fueran tan fuertes.

Allí, al menos, era fácil localizar los caminos pertenecientes al sendero de los Apalaches. Transcurrían por las orillas del lago y subían por empinados bosques hasta la cima del monte Piney, que no aparece en el mapa y no es realmente una montaña, ya que apenas llega a los 460 metros de altura, pero aun así suponía un reto más que suficiente para un caluroso día de verano. A la salida del parque hay un tablón que señala el tradicional, aunque también completamente hipotético, punto intermedio del sendero de los Apalaches, con 1.739,4 kilómetros de senda en ambas direcciones (puesto que no hay manera de conocer la longitud exacta del sendero de los Apalaches, el verdadero punto intermedio podría estar en cualquier parte en un radio de 80 kilómetros a la redonda; además, aunque no fuera así, cambiaría todos los años debido a los constantes cambios de trazado). Dos tercios de los senderistas no llegan ni siquiera a verlo, ya que para entonces ya han abandonado. La verdad es que debe de ser un momento bastante deprimente cuando, tras pasar diez u once semanas sudando sangre entre las montañas, te das cuenta de que tantísimo esfuerzo no te ha llevado aún ni a la mitad del

camino.

Esta es también la zona en la que se produjo uno de los asesinatos más mediáticos del sendero, el que se relata en el libro *Eight Bullets* que había comprado en la sede de la Conferencia del Sendero de los Apalaches el día anterior. La historia no tiene mayor secreto. En mayo de 1988, dos jóvenes excursionistas, Rebecca Wight y Claudia Brenner, lesbianas, llamaron la atención de un joven desequilibrado que les disparó con su rifle ocho veces desde lejos mientras ellas hacían el amor en un claro lleno de hojas cercano al camino. Wight murió, y Brenner, gravemente herida, consiguió llegar tambaleante, montaña abajo, hasta la carretera, donde la rescataron unos adolescentes que pasaban en una camioneta. El asesino fue rápidamente detenido y condenado.

Un año después, un vagabundo acabó con las vidas de un chico y una chica en un albergue situado unos cuantos kilómetros al norte, cosa que influyó negativamente en la fama de Pensilvania durante una época. No obstante, en los siguientes siete años no se produjo ningún asesinato en el sendero de los Apalaches, hasta la reciente muerte de las dos mujeres en el parque nacional de Shenandoah. La cifra oficial de asesinatos se elevó entonces a nueve, cifra bastante alta para un sendero, se mire por donde se mire, aunque probablemente haya habido más muertes. Entre 1946 y 1950, tres personas desaparecieron mientras atravesaban una pequeña zona de Vermont, pero no se las incluye en el cómputo, quizá porque ocurrió hace mucho tiempo, o quizá porque nunca se pudo probar sin lugar a dudas que hubieran sido asesinadas. No lo sé. Por otro lado, un conocido mío de Nueva Inglaterra me habló de una pareja mayor que había muerto a manos de un loco con un hacha en Maine en la década de 1970, pero de esto tampoco hay constancia en los libros porque recorrían un camino secundario cuando fueron atacados.

La noche anterior me había leído *Eight Bullets*, el libro en el que Brenner relata el asesinato de su amiga, por lo que estaba bastante familiarizado con las circunstancias que lo rodearon. No obstante, me dejé adrede el libro en el coche, ya que me parecía un poco morboso andar buscando el lugar del asesinato una década después de que se hubiera producido. No estaba ni remotamente asustado por el asesinato, pero a pesar de ello notaba una vaga

sensación de desasosiego al estar solo en un bosque silencioso tan lejos de casa. Echaba de menos a Katz. Echaba de menos sus resoplidos, sus quejas y su intrepidez. Odiaba pensar que si me sentaba en una piedra a esperarle nunca aparecería. Los bosques exhibían ahora todo su esplendor clorofílico, lo que les daba un aire todavía más oprimente y lleno de secretos. Con frecuencia me costaba ver metro y medio más allá del denso follaje que recubría ambos lados del sendero. Si me topaba con un oso, lo tendría bastante crudo. Katz no vendría un minuto después a sacarme del apuro golpeándole en el hocico ni me diría «¡Por Dios, Bryson, mira que te gusta liármela!». Al parecer nadie, absolutamente nadie, vendría a compartir ese emocionante momento. Por lo que se veía, no había ni un ser humano en 80 kilómetros a la redonda. El bosque era todo mío. Bueno, mío, y de cualquier otra criatura que anduviera por ahí.

Así pues, recorrí los 5,6 kilómetros que me separaban de la cima del Piney a paso ligero. Una vez en la cumbre me detuve, inseguro, intentando decidir si seguía un poco más o daba la vuelta y probaba en otra parte, y en ello estaba cuando oí un crujido de madera y un revuelo en la maleza a unos quince metros en el interior del bosque. Algo de tamaño respetable se ocultaba por allí. Dejé de moverme, de respirar y hasta de pensar, y me alcé sobre las puntas de los pies para intentar ver algo entre la fronda. Entonces volví a oír el ruido, esta vez más cerca. Fuera lo que fuese, venía hacia mí. Corrí unos cien metros, sinceramente aterrado, con la mochila bamboleándose a lo loco y las gafas dando saltitos sobre mi nariz, y a continuación me di la vuelta, con el corazón a punto de salirse por la boca, para echar un vistazo. Un ciervo de espléndidas astas apareció en el camino, me miró un momento sin ningún tipo de interés y siguió su camino. Necesité algunos minutos para recuperar el aliento y secarme la cascada de sudor que me caía desde las cejas. No tenía muy claro que aquello fuera lo mío. Después, volví al coche sin más percances.

Me detuve a pasar la noche cerca de Harrisburg, y a la mañana siguiente conduje en dirección norte y luego este, atravesando el estado por carreteras secundarias, intentando acercarme al sendero todo lo posible desde la carretera. Paré una o dos veces, cuando fue posible, para examinar el camino,

pero no encontré nada remotamente interesante, así que me dediqué fundamentalmente a conducir. Pensilvania no es precisamente fácil de describir, en parte porque es un estado grande y muy poblado (son 643 kilómetros de este a oeste, y 12 millones de habitantes), y en parte porque se trata de una curiosa y deslavazada mezcla de feas zonas industriales casi muertas, encantadoras comunidades universitarias, ondulantes cultivos y montes marcados por la explotación industrial, patria chica de personas tan dispares como Rocky Balboa, Dwight Eisenhower, Andrew Carnegie y granjeros amish. En menos de diez kilómetros, Pensilvania puede pasar de horrible a precioso, de precioso a todavía más horrible y otra vez a precioso. Tengo un conocido que compró una vieja granja en un remoto valle como de cuento de hadas con intención de utilizarla para las vacaciones. Un domingo por la mañana se despertó con una serie de explosiones y el techo de su granja resquebrajándose, y solo entonces supo que una empresa de áridos tenía una cantera justo en el límite con su propiedad. Vendió la casa por muchísimo menos dinero del que la compró y adquirió otra, todavía más aislada, donde un día le despertó el sonido de una panoplia de excavadoras preparando las tierras de cultivo del vecino para acoger una inmensa planta de polipropileno. Al final acabó mudándose a Virginia, pero es que así es Pensilvania.

Atravesé un largo y estrecho valle rodeado de oscuras colinas. Todas las granjas que flanqueaban la carretera tenían abetos plantados en filas idénticas e interminables, que conformaban una infinita serie de líneas rectas desde cualquier ángulo desde el que se las observara. Al final de cada caminito había un buzón con el nombre de su propietario escrito pulcramente a su lado, y todos los nombres, sin excepción alguna, sonaban a cachondeo y a nombre inventado: Pritz, Putz, Mootz, Snootz, Schleppe, Klutz, Kuntz, Kunkle..., y lo mismo ocurría con los pueblecitos dispersos por los que iba pasando, solo que en ese caso se les añadía el sufijo para indicar que se trataba de un topónimo: Funksville, Crumsville, Kutztown. Entonces, poco a poco, los nombres de los pueblos empezaron a tomar un cariz más industrial: Port Carbon, Minersville, Lehigh Furnace, Slatedale..., y caí en la cuenta de que me estaba adentrando en un mundo extraño y parcialmente olvidado, el de las antiguas minas de antracita de Pensilvania. En Minersville seguí por

una carretera secundaria y conduje por un paisaje salpicado de escoriales y maquinaria oxidada hasta llegar a Centralia, la ciudad más extraña y triste que he visto nunca.

El este de Pensilvania es uno de los yacimientos carboníferos más ricos del planeta. Casi desde su llegada al continente, los europeos tomaron conciencia de las inimaginables reservas de carbón que había en la zona. El problema era que casi la totalidad de ese carbón era antracita, una variedad tan increíblemente dura (es noventa y cinco por ciento carbono) que tuvo que pasar mucho tiempo hasta que alguien diera con la forma de conseguir que prendiera. Finalmente, en 1828, un escocés emprendedor llamado James Neilson tuvo la sencilla pero efectiva idea de inyectar aire caliente (y no frío) a un horno de hierro utilizando un fuelle. El proceso se bautizó como «tiro de aire caliente», y revolucionó la industria del carbón en todo el mundo (Gales también tenía mucha antracita), pero especialmente la de Estados Unidos. A finales de siglo, Estados Unidos producía ya 300 millones de toneladas de carbón por año, equivalentes a la producción del resto del mundo, y la mayor parte provenía del cinturón de antracita de Pensilvania.

Además, y para gran regocijo del estado, se había descubierto también petróleo en Pensilvania, y se habían ideado formas de convertirlo en un producto de uso industrial. El petróleo (también llamado nafta) había sido objeto de curiosidad en el oeste de Pensilvania durante años. Se filtraba por las grietas a orillas del río, donde se recogía con mantas para convertirlo en tónicos milagrosos que lo curaban todo, desde la escrófula hasta la diarrea. En 1859, un misterioso personaje que se hacía llamar coronel Edwin Drake (y que no era coronel ni nada, sino un maquinista de trenes retirado sin la menor noción de geología) postuló la teoría de que el petróleo se podía extraer de la tierra mediante pozos. En Titusville excavó un agujero de 21 metros de profundidad y creó así el primer pozo surtidor de petróleo. Rápidamente quedó establecido que el petróleo en grandes cantidades no solo se podía utilizar para calmar estómagos y erradicar bultos costosos, sino también, convenientemente refinado, para producir sustancias muy lucrativas como la parafina y el queroseno. A partir de ese momento, Pensilvania floreció desmesuradamente. En cuestión de tres meses, tal como John McPhee explica en su libro *In Suspect Terrain* [En terreno sospechoso], Pithole City, ciudad

de nombre cautivador, pasó de cero a 15.000 habitantes, y en la región brotaron como setas otras muchas ciudades: Oil City, Petroleum Center, Red Hot... John Wilkes Booth se trasladó a este estado, perdió allí sus ahorros y luego se fue a matar al presidente, pero otros se quedaron y amasaron auténticas fortunas.

Durante medio siglo de lo más ajetreado, Pensilvania contó prácticamente con el monopolio de uno de los productos más apreciados del mundo, el petróleo, así como con una predominancia aplastante en la producción de otro producto con altísima demanda: el carbón. Dada la proximidad de aquellos ricos yacimientos de combustible, el estado de Pensilvania se convirtió en el eje de grandes industrias que consumían mucho petróleo, como las acerías y las plantas químicas. Muchos se hicieron enormemente ricos, pero no fue el caso de los trabajadores de las minas.

Evidentemente, la de minero ha sido desde siempre una profesión muy precaria, pero en ningún sitio ha sido esto tan evidente como en Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XIX. Gracias a la inmigración, había mineros para dar y vender. Si los galeses se ponían rebeldes, se recurría a los irlandeses. Cuando estos ya no rendían lo esperado, se traía a italianos, polacos o húngaros. A los trabajadores se les pagaba por tonelada extraída, con lo que no solo se los incentivaba para que extrajeran carbón a velocidades imprudentes, sino que, además, cualquier acción que emprendieran para mejorar la seguridad o la comodidad en el trabajo no se veía remunerada. Los pozos de las minas perforaban el paisaje como si de un queso suizo se tratara, con frecuencia desestabilizando valles enteros. En 1846, en Carbondale, más de 200.000 metros cuadrados de pozos mineros se desmoronaron a la vez y sin previo aviso, llevándose por delante cientos de vidas. Las explosiones y combustiones espontáneas eran el pan de cada día. El polvo de las minas es increíblemente volátil, y todo esto ocurrió, no lo olvidéis, en una época en la que la única iluminación disponible provenía del fuego. Entre 1870 y el estallido de la Primera Guerra Mundial se contaron 50.000 muertes en las minas de Estados Unidos.

La gran paradoja de la antracita es que, a pesar de lo mucho que cuesta hacerla arder, una vez prende es casi imposible apagarla. Hay incontables historias de fuegos fuera de control en las minas del este de Pensilvania. En

1850 empezó un fuego en la localidad de Leigh, y no se consumió hasta que ya había empezado la Gran Depresión, es decir, ochenta años más tarde.

Y así llegamos a la historia de Centralia. Durante un siglo, Centralia fue una pequeña pero sólida comunidad de pozos mineros. Aunque la vida había sido dura para los primeros mineros, en la segunda mitad del siglo XX Centralia era ya un lugar razonablemente próspero, acogedor y lleno de gente trabajadora. Su población rondaba las 2.000 personas. Contaba con un próspero barrio financiero con bancos y oficina de Correos, así como la ristra habitual de tiendas y almacenes, un colegio, cuatro iglesias, un club social, un ayuntamiento... En resumen, era el típico pueblecito norteamericano: agradable, feliz en su anonimato y pequeño.

Por desgracia, otra de sus características era que había sido erigido sobre 24 millones de toneladas de antracita. En 1962, un incendio a las afueras de la ciudad prendió una veta de carbón. Los bomberos trataron de apagarlo con miles de litros de agua; pero, cada vez que creían haber extinguido el fuego, este volvía, como ocurre con esas engañosas velas de cumpleaños que se apagan un momento y luego vuelven a encenderse por sí solas. A continuación, el fuego fue propagándose lentamente por las vetas subterráneas. Del suelo empezó a salir un humo siniestro en una zona muy amplia, como la bruma que se alza sobre un lago al amanecer. El asfalto de la autopista 61 se volvió caliente al tacto antes de resquebrajarse y hundirse, dejándola inservible. La zona humeante saltó la autopista y se extendió al bosque colindante, subiendo después hacia la iglesia de Saint Ignatius, situada en una loma en la parte alta del pueblo.

El Departamento de Minas de Estados Unidos convocó a sus expertos, que propusieron una serie de posibles soluciones: cavar una trinchera profunda a través del casco urbano, desviar el curso del fuego con explosivos, tratar de extinguirlo inyectando agua... Pero la propuesta más barata habría costado al menos 20 millones de dólares y no había garantías de que fuera a funcionar, y de todos modos nadie tenía autoridad para gastar tales cantidades de dinero, así que el fuego fue avanzando progresivamente.

En 1979, el dueño de una gasolinera cercana al centro de la ciudad comprobó que la temperatura que marcaban los tanques subterráneos era de 77,7 grados centígrados. Según los sensores situados bajo tierra, la



temperatura a cuatro metros por debajo de los tanques era de casi mil grados. Por todas partes, la gente iba dándose cuenta de que las paredes de sus sótanos y el suelo de sus casas estaban muy calientes al tacto. Para entonces, el humo se filtraba ya desde el subsuelo por toda la ciudad, y la gente empezó a sufrir náuseas y mareos debido al aumento de los niveles de dióxido de carbono en sus hogares. En 1981, un niño de doce años estaba jugando en el jardín trasero de la casa de su abuela cuando una columna de humo apareció justo delante de él. Se quedó mirándola, y en ese momento el suelo se abrió bajo sus pies. El niño se agarró a las raíces de un árbol hasta que alguien oyó sus gritos de socorro y lo rescató. El agujero que se había abierto tenía más de 24 metros de profundidad. Con el paso de los días se produjeron más hundimientos en toda la ciudad. Más o menos por entonces, la gente empezó a preocuparse realmente por el fuego.

El gobierno federal destinó 42 millones de dólares a la evacuación de los vecinos. A medida que estos abandonaban sus casas se procedía a la demolición de estas. Los escombros se retiraron luego pulcra y meticulosamente, hasta que no quedó casi ninguna estructura en pie. Por ello, Centralia hoy en día no es ni siquiera un pueblo fantasma: es simplemente un gran claro con un entramado de calles vacías puntuado por señales de tráfico y tomas de agua que le dan un aspecto surrealista. Cada diez metros más o menos hay un caminito perfectamente trazado y asfaltado de unos quince o veinte metros de largo que no conduce a ninguna parte. Todavía quedan algunas casas aquí y allá: todas son estructuras modestas, estrechas, construidas en madera y apuntaladas con contrafuertes de ladrillo. También quedan un par de edificios en lo que en su día fue el barrio financiero del centro.

Aparqué el coche junto a un edificio del que colgaba un descolorido y grandilocuente cartel: Oficina del Proyecto para el Incendio de Centralia, Departamento de Reurbanización de Columbia. Se habían tapiado puertas y ventanas y parecía a punto de derrumbarse. El edificio de al lado, el local de repuestos para el automóvil Speed Stop, estaba en mejor estado. Se asomaba a un cuidado parque en el que había una bandera norteamericana ondeando sobre su mástil al lado de un banco. Parecía seguir en funcionamiento, pero el interior estaba oscuro y no se veía a nadie por allí. Aunque la verdad era que

no había nadie en todo el pueblo: no circulaban coches y no se percibía sonido alguno a excepción del repiqueteo ocasional de la anilla de metal que sujetaba la bandera al mástil. En el aparcamiento vacío había, aquí y allá, cilindros de metal parecidos a barriles de gasolina fijados al suelo que canalizaban el humo silenciosamente.

Más allá de una amplia extensión de solares vacíos el terreno se elevaba, y en el promontorio se alzaba una iglesia moderna, bastante grande, rodeada de un perezoso sepulcro de humo blanco. Supuse que se trataba de San Ignatius, y me acerqué a ella. La iglesia parecía en buen estado y en uso: las ventanas no estaban cubiertas con tablones de madera y no había ningún cartel de prohibida la entrada, pero estaba cerrada y ningún letrero anunciaba los oficios. Tampoco había nada que indicase su nombre ni su confesión. Del suelo subían volutas de humo que se enroscaban en torno a la iglesia, pero justo detrás de ella había una gran masa de humo que flotaba inerte sobre una zona muy amplia. Me acerqué hasta allí y me encontré al borde de una enorme caldera, como de media hectárea de superficie, que emitía un humo espeso, de un color blanco puro, como una nube, el tipo de humo que se genera cuando se queman neumáticos o mantas viejas. Resultaba imposible calcular la profundidad del agujero entre aquella fumarola. La tierra estaba caliente y recubierta de una finísima ceniza.

Volví a la parte delantera de la iglesia. Había un pesado guardarraíl atravesado en la vieja carretera, y una nueva autovía serpenteaba a una colina de distancia del pueblo. Rodeé el guardarraíl y me adentré en la antigua US Highway 61. Brotes de maleza asomaban por la calzada aquí y allá, pero daba la sensación de que todavía podía utilizarse. Durante un buen trecho, a ambos lados de la carretera y hasta una distancia considerable, salía un inquietante humo del suelo, como en los momentos posteriores a la extinción de un incendio forestal. A lo largo de unos cincuenta metros, una abrupta grieta se abría justo en el centro de la carretera y rápidamente se transformaba en un gran brecha que lanzaba más humo todavía. En algunos puntos, el asfalto que quedaba a uno de los lados del tajo se había hundido treinta centímetros o más, y en otros se había desplomado hasta formar una oquedad. De cuando en cuando echaba un vistazo a la grieta, pero era incapaz de calcular su profundidad debido al remolino de aquel humo de olor acre y sulfúreo, como

pude comprobar cuando la brisa me lo echó encima.

Seguí caminando varios minutos, examinando atentamente la cicatriz en el asfalto, como si fuera una especie de inspector de autovías, hasta que miré un poco más allá y caí en la cuenta de que me encontraba en medio de un inmenso paisaje humeante, caminando sobre lo que probablemente no era más que una fina capa de piel asfáltica, sobre un fuego que llevaba ardiendo sin control treinta y cuatro años. He de reconocer que hay sitios más inteligentes en los que uno puede caminar en Estados Unidos. Puede que fuera cosa de mi (literalmente, en este caso) calenturienta imaginación, pero el suelo que pisaba se me antojó súbitamente más esponjoso y elástico, como si estuviera andando encima de un colchón. Volví a paso ligero hasta el coche.

Al pensar en ello, me pareció curioso que yo mismo o cualquier otra persona igual de insensata pudiera acercarse con el coche hasta un lugar tan claramente peligroso e inestable como Centralia y ponerse a pasear por la zona sin que nadie se lo impidiera, aunque más raro aún era comprobar que Centralia no se había evacuado por completo. Aquellos que habían decidido quedarse y vivir sabiendo que quizás un día sus casas acabarían convertidas en escombros obtuvieron permiso para hacerlo, y, evidentemente, había quien había elegido esa opción. Volví a subirme al coche y me acerqué a una solitaria casa situada en el centro del pueblo. Se trataba de una vivienda pintada de verde pálido, fantasmalmente cuidada y bien mantenida. En el alféizar de una ventana había un jarrón con flores artificiales y una serie de modestos adornos, además de un parterre de caléndulas al lado de la escalera de entrada, que estaba recién pintada. No obstante, no había ningún coche en la entrada, y nadie respondió al timbre.

Al acercarme a varias de las otras casas pude comprobar que estaban vacías. Dos de ellas estaban selladas con tablones y había además carteles de «Peligro, prohibida la entrada» clavados con chinchetas. En otras cinco o seis más, incluyendo un grupo de tres que estaban en el extremo más alejado del parque central, estaba claro que seguía viviendo alguien. Para mi gran asombro, en una de ellas hasta había juguetes de niño en el jardín (¿a quién se le ocurriría vivir con sus hijos en un sitio así?), pero nadie respondió cuando llamé a la puerta en ninguna de ellas. O estaban todos trabajando, o, qué sé

yo, amojamados en el suelo de la cocina. Me parecía más que raro que se hubiera permitido a alguien quedarse en aquel lugar, pero bueno, también es cierto que Estados Unidos es un país peculiar en lo que a libertades personales se refiere. En una de las casas a las que acudí y llamé al timbre me pareció ver una cortina moverse, pero tampoco estuve del todo seguro. A saber qué grados de locura puede haber alcanzado esta gente después de tres décadas viviendo encima del infierno y respirando cantidades de CO2 suficientes para marear a cualquiera, o cuán aburridos pueden estar de tanto desconocido curioseando alegremente por allí y tratando su pueblo como si fuera una atracción de feria. La verdad es que en mi fuero interno me alegré de que nadie respondiera a mis llamadas, porque no tenía ni idea de cómo empezar la conversación.

Era ya mucho después de la hora de comer, así que conduje unos ocho kilómetros hasta el monte Carmel, el pueblo más cercano. Después de haber estado en Centralia, el monte Carmel asustaba un poco. Se trataba de un pequeño y bullicioso pueblo, con cierto encanto anticuado, tráfico en la calle mayor y aceras atestadas de gente de compras y haciendo recados. Comí en el Academy Luncheonette and Sporting Goods Store, que probablemente sea el único lugar de Estados Unidos donde uno puede comprar coquillas mientras se zampa un sándwich de atún. Mi intención era continuar después camino en busca del sendero de los Apalaches, pero cuando iba de vuelta al coche pasé por delante de una biblioteca y, siguiendo un impulso, entré a preguntar si tenían información sobre Centralia.

Efectivamente, la tenían. Más concretamente, tenían tres abultados archivos de los que sobresalían recortes de periódicos y revistas, la mayoría del periodo comprendido entre 1979 y 1981, que fue cuando Centralia atrajo fugazmente la atención nacional, especialmente después de que a aquel chiquillo, Todd Dombowski, casi se lo tragara la tierra en el jardín de su abuela.

Además, había también un libro fino y de tapa dura sobre la historia de Centralia, con el que se había pretendido conmemorar el centenario de la ciudad justo antes de que se declarara el incendio. Estaba lleno de fotografías de lo que parecía ser un bullicioso pueblo, en nada diferente al que había tras las puertas de aquella biblioteca, salvo en el hecho de que las imágenes eran

de hace más de treinta años. Se me había olvidado lo lejanos que nos parecen ahora la década de los sesenta. Todos los hombres de la fotografía llevaban sombrero, y las mujeres y las niñas faldas holgadas. Además, como es lógico, todos ellos vivían felices en la ignorancia de que su agradable y anónimo pueblo estaba prácticamente condenado. Resultaba casi imposible relacionar el bullicioso lugar que aparecía en las fotografías con el espacio vacío del que acababa de salir.

Cuando estaba devolviéndolo todo a sus carpetas, un recorte revoloteó hasta el suelo. Era un artículo de la revista *Newsweek*. Alguien había subrayado un párrafo corto casi al final del artículo y escrito tres signos de exclamación al margen. Se trataba de las palabras de uno de los expertos en fuegos de minas, que comentaba que si el fuego seguía avanzando a un ritmo constante, debajo de Centralia había suficiente carbón para que no se apagara en mil años.

Se daba el caso de que solo a unos kilómetros de Centralia se encontraba otro lugar víctima también de una destrucción fuera de lo corriente, algo sobre lo que yo había oído hablar y que tenía ganas de investigar. Se trataba de la ladera de una montaña en Lehigh Valley que había sufrido tal contaminación por culpa de una fábrica de zinc que había perdido toda su vegetación. Me había hablado de aquel lugar John Connolly, quien recordaba que estaba cerca de Palmerton, así que allí me dirigí a la mañana siguiente. Palmerton era una ciudad de buen tamaño, sucia e industrial, pero tenía también algún que otro atractivo: un par de sólidos edificios públicos construidos en el cambio de siglo que le otorgaban un aire de importancia, una señorial plaza mayor y una zona de negocios que estaba en horas bajas, pero que se aferraba a la vida con tenacidad. El paisaje circundante lo componían, por todas partes, enormes fábricas con aire de cárceles, todas aparentemente inactivas. En un extremo de la ciudad localicé lo que andaba buscando: un promontorio escarpado y amplio, de unos 460 metros de alto y varios kilómetros de largo, casi completamente desprovisto de vegetación. Al lado de la carretera había un aparcamiento, y a unos cien metros o así había una fábrica. Dejé el coche en el aparcamiento y bajé a observar el paisaje, embobado. Era realmente impresionante.

Estando allí de pie, un tipo gordito de uniforme salió de la caseta de seguridad y anadeó hacia mí con aire fastidioso y entrometido.

—¿Qué narices se cree que hace? —me ladró.

—Perdone, ¿cómo dice? —respondí, sobresaltado, y a continuación añadí —: Estoy mirando esa colina de ahí.

—Pues no puede.

—¿Que no puedo mirar una colina?

—No, aquí no puede, esto es propiedad privada.

—Lo siento, no tenía ni idea.

—Pues sí, es propiedad privada, tal y como dice el cartel —señaló entonces un poste que en realidad no tenía cartel alguno, y pareció quedarse cortado un momento.

—Pues eso, que es privado —volvió a decir.

—Lo siento, no tenía ni idea —repetí yo también, sin entender aún por qué aquel hombre se tomaba tan en serio sus obligaciones y sintiéndome aún fascinado por la colina—. El paisaje es espectacular, ¿no le parece? —dije.

—¿Qué paisaje?

—Pues esa montaña de ahí, la que no tiene ni rastro de plantas.

—No tengo la menor idea, a mí no me pagan para que mire las montañas.

—Pues debería echarle un vistazo de cuando en cuando, me parece que se sorprendería. ¿Es eso de ahí la fábrica de zinc? —dije, señalando con la cabeza hacia el complejo de edificios que quedaban detrás de su hombro izquierdo.

Me dirigió una mirada suspicaz.

—¿Para qué quiere saberlo?

Le sostuve la mirada y dije:

—Se me ha acabado el zinc.

Me miró torvamente, como diciendo: «Vaya, ¿así que un listillo, eh?» y a continuación me espetó:

—Me parece que será mejor que me diga su nombre.

Y extrajo con dificultad una libreta y un minúsculo lápiz del bolsillo trasero de sus pantalones.

—¿Por qué, por haberle preguntado si eso era una fábrica de zinc?

—Porque ha allanado una propiedad privada.

—Yo no tenía ni idea de que estuviera allanando nada, no hay ni tan siquiera un cartel.

Empuñó su lápiz y dijo:

—¿Nombre?

—No diga tonterías.

—Señor, está usted allanando una propiedad privada, así que le pido que me diga su nombre.

—No.

Seguimos con ese tira y afloja durante un minuto. Al final, sacudió la cabeza como con pesar y dijo:

—Vale, entonces lo haremos a su manera.

Sacó una especie de *walkie talkie*, desplegó la antena y lo puso en funcionamiento. Tardé demasiado en darme cuenta de que todo ese aire de gran exasperación significaba que esta era justo la situación que aquel hombre debía de haber soñado durante muchos, largos y aburridísimos turnos metido en su caseta de cristal. Hablando al receptor, dijo:

—¿J. D.? Soy Luther. ¿Tienes por ahí el cepo? He pillado a un infractor en el aparcamiento A.

—¿Qué está haciendo?

—Inmovilizarle el vehículo.

—Déjese de tonterías, lo único que he hecho ha sido parar aquí un minuto. Me voy ya, ¿vale?

Me metí en el coche, arranqué el motor y metí la marcha atrás, pero el tipo se interpuso en mi camino. Me asomé por la ventana y traté de atraer su atención con un «¡Disculpe!». No se movió. Es más, se quedó allí plantado, dándome la espalda y de brazos cruzados, ignorándome. Toqué el claxon ligeramente, pero siguió exactamente igual. Acabé sacando la cabeza por la ventanilla y exclamando:

—¡Vale! ¡Le diré cómo me llamo!

—Ahora ya es tarde.

—Venga ya, por el amor de Dios... —murmuré, y a continuación volví a sacar la cabeza por la ventanilla y dije lastimeramente—: ¿Por favor...? Va, hombre, por favor...

Pero él ya había tomado una decisión y no pensaba dar marcha atrás.

Volví a asomarme por la ventanilla y le solté:

—A ver, ¿en el anuncio del puesto especificaban «se busca gilipollas», o tuvo usted que hacer un curso?

Luego solté un exabrupto y me quedé sentado con mi tremendo cabreo.

Al cabo de treinta segundos apareció un coche del que se bajó un tipo con gafas de sol. Llevaba el mismo uniforme que el primero, pero tenía diez o quince años más y era muchísimo más esbelto. Tenía modales de sargento instructor.

—¿Hay algún problema? —dijo, mirándonos a ambos alternativamente.

—Quizá pueda ayudarme —dije yo con tono calmado y razonable—. Estoy buscando el sendero de los Apalaches, y este amable caballero de aquí cree que estoy allanando una propiedad privada.

El gordito contestó, un poco airado:

—J. D., estaba mirando la colina.

Pero el tal J. D. levantó la palma de la mano para mandarle callar y a continuación se volvió hacia mí.

—¿Es usted senderista?

—Sí, señor —le contesté, señalando la mochila que llevaba en el asiento trasero—. Intentaba orientarme y de repente —aquí me permití una leve risita— este señor me dice que estoy allanando una propiedad privada y que me va a inmovilizar el coche.

—J. D., este tío estaba mirando la colina y haciendo preguntas —intervino el otro.

Pero J. D. volvió a pedirle calma levantando la palma de la mano y preguntó:

—¿Hacia dónde quiere tirar?

Se lo dije y él asintió.

—Vale, tiene que seguir la carretera durante un poco más de seis kilómetros, hasta llegar a Little Gap y después tirar hacia la derecha para llegar a Danielsville. En la cima de la colina verá que por ahí cruza el sendero, no tiene pérdida.

—Muchísimas gracias.

—No hay de qué. Que disfrute del camino.

Le di las gracias y salí de allí. Eché un vistazo por el retrovisor y, para mi



regocijo, vi que J. D. estaba amonestando al tal Luther de forma calmada pero firme, y amenazando, o al menos así lo esperaba yo, con quitarle el *walkie talkie*.

Subí una empinada pendiente por la carretera hasta llegar a un puerto solitario en el que había un aparcamiento de tierra. Aparqué el coche, encontré el sendero y me adentré en esa desprotegida cresta y en un terreno asolado hasta extremos inimaginables. Durante kilómetros, la tierra era completamente yerma o bien estaba cubierta de troncos muertos, casi todos caídos ya, aunque algunos seguían todavía precariamente en pie. Aquel paisaje me recordaba al de un campo de batalla de la Primera Guerra Mundial tras un intenso fuego de artillería. La tierra estaba cubierta de un irregular polvo negro, como limaduras de hierro.

Caminar por allí resultaba inusualmente fácil, ya que la cresta era casi completamente plana y la ausencia de vegetación permitía una visión perfecta. Todas las otras colinas que alcanzaba a ver, incluyendo aquellas que quedaban delante de mí, justo al otro lado del estrecho valle, parecían gozar de buena salud a excepción de los lugares en los que las canteras o la minería a cielo abierto las habían agujereado y marcado. Anduve durante algo más de una hora hasta que llegué a un inesperado y casi absurdamente abrupto descenso hasta Lehigh Gap. Había como unos trescientos metros de descenso en picado, o bueno, para los que subieran la montaña, justamente lo contrario: una subida empinadísima. Me congratulé por no tener que enfrentarme a ninguna de las dos posibilidades y regresé al coche.

Para cuando llegué a casa eran casi las cuatro. Menudo desastre de tarde. Había conducido 563 kilómetros hasta llegar a Pensilvania para pasar cuatro largos días en el estado y caminar en total 17,7 kilómetros del sendero de los Apalaches. Me hice la firme promesa de no volver jamás a intentar recorrer el sendero de los Apalaches en coche, aunque siempre me quedaría la profunda y duradera satisfacción de haber metido en un apuro a un gordinfla llamado Luther. He tenido viajes peores.



## 15

Eones atrás, la escala y la majestuosidad de los montes Apalaches rivalizaban con las de la cordillera del Himalaya, pues sus imponentes picos nevados perforaban las nubes y alcanzaban más de 6.500 metros. El monte Washington de New Hampshire sigue siendo una presencia formidable, pero las masas pétreas que se elevan sobre los bosques de Nueva Inglaterra hoy en día son apenas el achaparrado tercio de lo que fueron hace 10 millones de años.

Si los Apalaches presentan hoy en día un aspecto mucho más modesto, es porque han tenido muchísimo tiempo para desgastarse. Son unas montañas inmensamente antiguas, más antiguas que los océanos y los continentes, mucho, mucho más vetustas que la mayoría del resto de las cadenas montañosas. Cuando los organismos vegetales sencillos colonizaron la tierra y las primeras criaturas salieron a rastras de los mares, los Apalaches ya estaban ahí. Son, de hecho, uno de los elementos paisajísticos más antiguos de la Tierra.

Hace aproximadamente 1.000 millones de años, los continentes formaban una única masa llamada Pangea, rodeada por el solitario mar Panthalassa. Una agitación inexplicable en la corteza terrestre hizo que el terreno se rompiera y se separara en grandes bloques asimétricos. A lo largo de las eras posteriores (y al menos en tres ocasiones), los continentes han vuelto a celebrar una especie de gran reunión, flotando de vuelta a algún punto céntrico y chocando entre sí con una fuerza pausada, pero demoledora. La tercera de esas colisiones comenzó hace aproximadamente 470 millones de años, cuando los Apalaches fueron «plegados» hacia arriba por primera vez (de forma muy similar a cuando se forma un pliegue en una alfombra); 470

millones de años es una cifra que no dice demasiado, pero si te imaginas que viajas en el tiempo a una velocidad de un año por segundo, te llevaría unos dieciséis años cubrir ese período. Es muchísimo tiempo.

Y no es que los continentes se acercaran y alejaran entre sí, como danzando a cámara lenta: más bien rotaban perezosamente en círculos, cambiaban de orientación, se iban de viaje a los trópicos y a los polos, se hacían amigos de otras masas terrestres más pequeñas y se las llevaban consigo a casa. Florida perteneció en su momento a África. Una esquina de Staten Island pertenece, geológicamente hablando, a Europa. Aparentemente, el litoral desde Nueva Inglaterra hasta Canadá tuvo su origen en Marruecos. Partes de Groenlandia, Irlanda, Escocia y Escandinavia contienen las mismas rocas que el este de Estados Unidos y son, de hecho, partes externas fragmentadas de los Apalaches. Hay teorías que sugieren incluso que montañas tan meridionales como la cordillera antártica de Shackleton es un fragmento de la familia Apalache.

Los Apalaches se formaron a lo largo de tres largas fases (u orogénias, como les gusta llamarlas a los científicos) llamadas tacónica, acadense y alleghenia. Las dos primeras fueron las principales encargadas de crear la parte norte de los Apalaches, mientras que la tercera es responsable de la parte central y meridional. A medida que los continentes iban dándose empujones y codazos, algunas veces una placa continental se deslizaba sobre otra, empujando el lecho marino y reconfigurando el paisaje hasta 250 kilómetros o más tierra adentro. En otras ocasiones, se colaba por debajo, alterando la corteza y provocando así largas temporadas de actividad volcánica y terremotos. A veces, las colisiones creaban capas de roca intercaladas, como cuando se baraja un mazo de cartas.

Resulta tentador imaginarlo como un gigantesco choque de coches a escala continental, pero lo cierto es que todo sucedió con una parsimonia imperceptible. El océano Protoatlántico (que también recibe el nombre, más romántico, de Jápeto) que llenó el vacío entre los continentes durante una de las primeras separaciones aparece representado en la mayoría de los libros de texto como un charco pasajero: en la Fig. 9 aún está ahí, y en la Fig. 9B ha desaparecido, como si hubiera salido el sol y lo hubiera secado en un día, cuando lo cierto es que existió durante cientos de millones de años,

muchísimos más de los que tiene nuestro actual Atlántico. Pues lo mismo pasó con la formación de las montañas. Si pudierais volver atrás a una de las fases de formación montañosa de los Apalaches, no percibiríais que está sucediendo un evento geológico de grandes dimensiones, de la misma forma que hoy no nos damos cuenta de que la India está incrustándose en Asia como un camión sin frenos en un montón de nieve, empujando hacia arriba la cordillera del Himalaya a razón de un milímetro al año aproximadamente.

Y en cuanto las montañas estuvieron formadas, empezaron también ineluctablemente a desgastarse. A pesar de su aparente inmutabilidad, las montañas son elementos increíblemente transitorios. En el libro *Meditations at 10,000 Feet* [Reflexiones a 3.000 metros], el escritor y geólogo James Trefil calcula que el típico arroyuelo de montaña arrastra aproximadamente 28,5 metros cúbicos de montaña al año, en forma de granos de arena y otras partículas en suspensión. Eso equivale más o menos a la capacidad de un volquete de tamaño medio. Realmente, no es demasiado. Imaginad un volquete que llega una vez al año a la base de una montaña, llena una sola carga y se marcha, para no volver en doce meses. A esa velocidad, parece imposible que pueda acabar desgastando nunca la montaña, pero dejando pasar el tiempo suficiente, eso es exactamente lo que sucede. Si tomamos una montaña de 1.500 metros con unos 14.150 metros cúbicos de masa, aproximadamente el tamaño del monte Washington, un solo riachuelo lo desgastaría en unos quinientos millones de años.

Por supuesto, hay más de un arroyo en la mayoría de las montañas, y además están expuestas a un amplio abanico de factores de erosión, desde las infinitesimales secreciones ácidas del líquen, diminutas pero implacables, hasta el desgaste producido por el roce de las placas de hielo, con lo que la mayoría de las montañas desaparece mucho más rápido, más o menos en un par de cientos de millones de años. Ahora mismo, los Apalaches están encogiéndose a una media de 0,03 milímetros al año. Han pasado por este ciclo al menos dos veces, probablemente más; elevándose hasta imponentes alturas, erosionándose hasta la nada, creciendo otra vez, reciclando cada una de las veces los materiales que las componen en una deslumbrantemente confusa y compleja geología. Por supuesto, todos estos detalles son pura teoría. Solo existe consenso general sobre una pequeña parte de ellos.

Algunos científicos creen que los Apalaches experimentaron un cuarto episodio formativo, anterior a los otros, llamado orogenia Grenville, y que es posible que haya habido otros más tempranos. Asimismo, Pangea puede que no se dividiera y rehiciera tres veces, sino una docena, o tal vez incluso una veintena de ocasiones. Para acabar de arreglarlo, hay varias lagunas en la teoría, de entre las cuales el principal es la escasa evidencia directa de las colisiones continentales, lo cual resulta raro, e incluso inexplicable, si aceptamos que al menos tres continentes estuvieron rozándose entre sí con una inmensa fuerza durante como mínimo 150 millones de años. Debería haber una sutura, una capa de tejido cicatricial a lo largo del litoral oriental de Estados Unidos. Y no la hay. Yo ni soy geólogo ni lo pretendo; si me muestras una roca detrítica o un bonito cacho de basalto, los miraré con respeto y escucharé educadamente lo que me tengas que decir, pero no voy a entender ni lo más mínimo. Si me dices que hace tiempo se produjo un sedimento en el lecho marino que a través de un increíblemente prolongado proceso fue empujado hacia el fondo de la tierra, cocido y comprimido durante millones de años, y luego expulsado de nuevo a la superficie, y que a eso se deben sus magníficas estriaciones, sus cristales vítreos y su escamosa biotita, exclamaré: «¡Caramba!» y «¡Qué cosa más asombrosa!», pero no puedo pretender que, parapetado tras esa fachada cortés, esté siguiendo el hilo de lo que se me cuenta.

Tan solo en algunas ocasiones consigo apreciar someramente la maravilla que es la geología, y uno de los sitios en lo que eso sucede es en la cluse de Delaware. Ahí, sobre el sereno y majestuoso río Delaware, se alza el monte Kittatinny, una pared rocosa de 400 metros hecha de resistente cuarcita (o al menos eso dicen aquí), que quedó expuesta cuando el río fue abriéndose paso a través de la roca más blanda en su sereno e inmutable camino hacia el mar. El resultado es una sección transversal de montaña; algo que no se ve todos los días, ni, de hecho, en ningún otro punto a lo largo de la senda de los Apalaches que yo sepa. Además, aquí es particularmente impresionante, ya que la cuarcita expuesta forma largas bandas onduladas dispuestas en un ángulo tan imposiblemente inclinado, de aproximadamente 45 grados, que hasta el ser menos imaginativo del mundo percibiría que tuvo que suceder algo muy grande, geológicamente hablando.

Es un paisaje maravilloso. Hace cosa de un siglo, la gente lo comparaba con el Rin e incluso (siendo, debo decir, un tanto exagerados) con los Alpes. El artista George Innes vino y pintó un famoso cuadro, *Cluse de Delaware*. Muestra el río serpenteando lánguidamente entre prados salpicados de árboles y granjas, con las yermas colinas al fondo recortadas en «V» donde el río las atraviesa. Parece un trozo de Yorkshire o Cumbria trasplantado al continente americano. En la década de 1850 se levantó un lujoso hotel de 250 habitaciones, llamado Kittatinny House, a orillas del río, y fue tal su éxito que no tardaron en aparecer otros. Para la generación posterior a la guerra civil, la cluse de Delaware fue el sitio de veraneo de moda. Luego, como siempre pasa con este tipo de cosas, se pusieron de moda las White Mountains, luego las cataratas del Niágara, luego las Catskills y luego los parques temáticos de Disney. Hoy en día, casi nadie viene aquí de veraneo. La gente aún pasa por aquí en cantidades ingentes, pero aparcan en un área de estacionamiento, admiran un rato el paisaje y se van.

Actualmente, sin embargo, hay que mirar con mucha atención para percibir algún detalle de la plácida belleza que atrajo a Innes. La cluse no es solo lo más parecido a un espectáculo natural en el este de Pensilvania, también es la única brecha practicable en el área de los Poconos. En consecuencia, su estrecha franja de territorio transitable está atiborrada de carreteras estatales y locales, una línea ferroviaria y una autopista interestatal con un largo y descorazonadoramente anodino puente de hormigón sobre el que cruza una corriente continua de ruidosos camiones y coches desplazándose entre Pensilvania y Nueva Jersey. El conjunto recuerda, por usar la elegante expresión de John McPhee en su libro *In Suspect Terrain*, «un amasijo de tubos que convergieran en un paciente de cuidados intensivos».

Aun así, el monte Kittatinny, irguiéndose sobre el río en la orilla de Nueva Jersey, sigue siendo una magnífica visión, y es imposible mirarlo (al menos yo fui incapaz, y a día de hoy sigo siéndolo) sin querer escalarlo y ver qué hay en la cima. Aparqué en un centro de información que hay a sus pies y me adentré en la acogedora floresta. Era una mañana magnífica, fresca y cubierta de rocío, pero con esa clase de sol y brisa suave que anuncian el gran calor que hará más tarde, y salí lo suficientemente temprano como para

empezar la jornada con buen pie. Fue gratificante darme cuenta de que realmente tenía ganas de hacerlo. Me hallaba en la linde de varios miles de hectáreas de precioso bosque, dividido entre el bosque estatal de Worthington y el área recreativa nacional de Water Gap. El sendero estaba en buen estado y tenía la pendiente justa para sentir que estaba haciendo un ejercicio saludable, en lugar de someterme a una tortura obsesiva.

Y una cosa más para ponerle la guinda al pastel: contaba con mapas excelentes. Me encontraba en las cartográficamente consideradas manos de la New York-New Jersey Trail Conference, cuyos mapas vienen lujosamente impresos en cuatro colores: verde para indicar bosques; azul, masas de agua; rojo para senderos y negro para los textos. La rotulación es clara y abundante, y están impresos a una escala razonable (1:36.000); además, incluyen todas las carreteras y sendas que conectan con el camino. Es como si quisieran que sepas dónde estás y que disfrutes sabiéndolo.

Generan la satisfacción que supone poder decir: «Ah, ya veo, eso es Dunnfield Creek» y: «Entonces eso de ahí abajo es la isla Shawnee». Si todos los mapas del sendero de los Apalaches fueran la mitad de buenos que estos, habría disfrutado considerablemente más de la experiencia; digamos que un veinticinco por ciento más.

En ese momento me pasó por la mente que gran parte de la irreflexiva indiferencia que había sentido antes hacia mis entornos se debía sencillamente a que no sabía dónde estaba, ni tenía medios para averiguarlo. Ahora, por primera vez, podía situarme, percibir mi futuro y sentir como si, de algún modo, estuviera conectado con un paisaje cambiante y aprehensible.

Y así recorrí ocho agradabilísimos kilómetros Kittatinny arriba hasta llegar a Sunfish Pond, un bello lago de hectáreas de extensión rodeada de bosque. A lo largo del camino me encontré solo con otros dos excursionistas, y ambos estaban realizando caminatas de un día, y de nuevo pensé en la exageración que supone afirmar que el sendero de los Apalaches está abarrotado. Aproximadamente treinta millones de personas viven a menos de una hora en coche de Water Gap; Nueva York está tan solo a 72 kilómetros hacia el este, y Filadelfia tan solo a un poco más en dirección sur, y era un día de verano perfecto. Y aun así los tres teníamos para nosotros solos aquellos majestuosos bosques.



Para los senderistas que van en dirección norte, Sunfish Pond es una maravillosa novedad, ya que hacia el sur no hay ninguna otra masa de agua en la cima de una montaña. Es, de hecho, el primer accidente geográfico de origen glacial con el que se encuentran los que hacen el trayecto de sur a norte. Durante la última era glacial, esto fue todo lo lejos que llegó el hielo. Lo más que avanzó en Nueva Jersey fue hasta unos dieciséis kilómetros al sur de Water Gap, pero incluso aquí, donde el clima le impidió seguir avanzando, la capa de hielo alcanzó un grosor de al menos seiscientos metros.

¡Imaginaos! Una pared de hielo de más de medio kilómetro de altura, y tras ella nada más que miles de kilómetros cuadrados de hielo, roto tan solo por algunos de los picos más altos. Sin duda, algo digno de verse. Y esta es la cuestión: seguimos viviendo en una era glacial, si bien hoy en día la experimentamos durante una parte del año. La nieve y el hielo no son realmente fenómenos típicos del planeta Tierra. Si la consideramos a largo plazo, la Antártida es en realidad una jungla que pasa por un periodo un poco más fresco. En lo más crudo de la última era glacial, hace 20.000 años, el hielo cubría el treinta por ciento del planeta. Hoy en día sigue cubriendo el diez por ciento.

A lo largo de los últimos dos millones de años ha habido al menos una docena de eras glaciales, y cada una de ellas se quedó de visita durante 100.000 años. Su fuerza es sobrecogedora. La más reciente, bautizada como glaciación winsconsiniana, se extendió desde las regiones polares por buena parte de Europa y Norteamérica, donde alcanzó grosores de más de tres kilómetros y fue avanzando a una velocidad estimada de entre 60 y 120 metros al año. A medida que absorbía el agua superficial de la tierra, el nivel del mar descendió unos 140 metros. Luego, hace aproximadamente diez mil años, no exactamente de forma abrupta, pero casi, empezó a derretirse. Nadie sabe por qué. A su paso dejó un paisaje profundamente transformado. Donde antes solo había mar, hizo aparecer Long Island, cabo Cod, Nantucket y la mayor parte de Martha's Vineyard, e hizo brotar los Grandes Lagos, la bahía del Hudson y el pequeño Sunfish Pond, entre muchas otras cosas. Cada metro del paisaje a partir de ahí hacia el norte iba a estar marcado y surcado con recordatorios de la glaciación: peñascos dispersos llamados bloques erráticos, drumlins, eskeres, valles en forma de «V» y lagos de alta montaña. Me estaba

adentrando en un nuevo mundo.

Nadie sabe demasiado sobre ninguna de las múltiples eras glaciales del planeta: por qué llegaron, por qué pararon o cuándo volverán. Una teoría interesante, dada nuestra actual preocupación por el calentamiento global, plantea que el origen de las eras glaciales no fue un descenso en las temperaturas, sino un aumento. El clima cálido provocaría un aumento de las temperaturas, que a su vez aumentaría la capa de nubes, lo cual haría que se derritiera menos nieve a grandes alturas. No hace falta demasiado mal tiempo para obtener una era glacial. Como dice Gwen Schultz en *Ice Age Lost* [La glaciación perdida]: «No es necesariamente la cantidad de hielo la que causa las glaciaciones, sino el hecho de que esa nieve, por poca que sea, perdure». También señala que «en términos de precipitación, la Antártida es el lugar más seco de la tierra, más seco incluso que cualquiera de los grandes desiertos».

Y aquí va otra reflexión interesante. Si los glaciares empezaran a formarse nuevamente, esta vez tendrían mucha más agua con la que crecer: ni la bahía del Hudson, ni los Grandes Lagos, ni los cientos de miles de lagos de Canadá estaban presentes en el pasado para alimentar la última glaciación. Su avance sería mucho más rápido. Y si efectivamente se produjese ese avance, ¿qué podríamos hacer? ¿Reventarlo con TNT o tal vez con cabezas nucleares? Bueno, intentaríamos algo así sin duda, pero tened esto en cuenta: en 1964, el mayor terremoto registrado en Norteamérica sacudió Alaska con una fuerza de 200.000 megatones, el equivalente a 2.000 bombas nucleares. En Texas, casi a 5.000 kilómetros de distancia, el agua se desbordó de las piscinas. Una calle de Anchorage se hundió seis metros. El terremoto devastó 62.000 kilómetros de terreno despoblado, gran parte de él cubierto de hielo. ¿Y qué efecto tuvo todo esto en los glaciares de Alaska? Ninguno.

Justo detrás del lago empieza una ruta secundaria, el Garvey Springs Trail, que baja trazando una brusca pendiente hasta llegar a un viejo camino pavimentado que discurre junto al río, justo por debajo de un paraje llamado Tocks Island, que me llevaría, describiendo un amplio círculo, de vuelta al centro de visitantes donde había dejado el coche. Eran seis kilómetros y medio, y cada vez hacía más calor, pero el camino era umbrío y tranquilo

(solo vi tres coches en una hora, más o menos) así que fue un agradable paseo, con plácidas vistas del río cruzando praderas de hierba alta.

En comparación con otras corrientes del continente norteamericano, el Delaware no es un río especialmente imponente, pero posee una característica casi única. Es prácticamente el único cauce fluvial importante de Estados Unidos en el que no se han construido presas. De entrada, un río que fluye tal y como quiso la naturaleza puede parecer algo muy atractivo y loable. Sin embargo, esta circunstancia se traduce en frecuentes desbordamientos. En 1955 hubo una inundación que todavía hoy se recuerda como la Gran Riada. En agosto de ese año, paradójicamente en el peor momento de una de las sequías más graves de las últimas décadas, dos huracanes azotaron consecutivamente Carolina del Norte, alterando y agitando el clima a lo largo de toda la costa este. El primero dejó 200 centímetros cúbicos de lluvia sobre el valle del Delaware en dos días. Seis días más tarde, el valle recibió otros 200 centímetros cúbicos en tan solo 24 horas. En un lugar llamado Camp Davis, un complejo vacacional, 46 personas, en su mayoría mujeres y niños, se refugiaron de las crecientes aguas en el edificio principal del *camping*. Como el agua seguía subiendo, se refugiaron en el piso superior y por último la buhardilla, pero no sirvió de nada. Durante algún momento de la noche, un muro de agua de más de nueve metros de alto cruzó bramando el valle y arrasó el edificio a su paso. Parece increíble, pero nueve personas lograron sobrevivir.

En otros puntos del valle, los puentes quedaron destrozados y las ciudades cercanas al río, inundadas. Antes de acabar el día, el Delaware había crecido 13 metros. Cuando las aguas se retiraron, dejaron tras de sí 400 muertos y todo un valle devastado.

Y en este enfangado desastre fue donde intervino el Cuerpo de Ingenieros del ejército estadounidense, con un plan para erigir una represa en Tocks Island, muy cerca de donde yo estaba caminando. El embalse, según el plan del cuerpo, no solo amansaría el río, sino que permitiría la creación de un nuevo parque nacional, en cuyo centro habría un lago recreativo de unos 64 kilómetros de longitud. Se forzó el traslado de 8.000 residentes de la zona. Todo se ejecutó de forma chapucera. Una de las personas desalojadas era ciega. A muchos granjeros solo se les expropiaron parcialmente sus tierras,

de forma que acabaron con tierras de cultivo, pero sin casas, o con casa y sin tierras. Una mujer, cuya familia llevaba trabajando las mismas tierras desde el siglo XVIII, tuvo que ser sacada de su casa entre alaridos y pataleos, para regocijo de los fotógrafos de prensa y cámaras de telediarios presentes.

El problema con el Cuerpo de Ingenieros del ejército es que no se les da muy bien lo de construir cosas. Una presa en el río Missouri en Nebraska se obstruyó con sedimentos de forma tan catastrófica que sobre la vecina población de Niobrara se abatió una ruidosa corriente de limo grumoso que obligó a evacuarla de forma permanente. En Idaho cedió también otra de las presas del cuerpo. Por suerte, era una zona poco poblada y se vio venir con algo de tiempo. Aun así, varios pueblos pequeños quedaron arrasados y 11 personas perdieron la vida. Pero esos fueron diques relativamente pequeños. La presa de Tocks habría creado uno de los embalses artificiales más grandes del mundo, con 64 kilómetros de agua tras ella. Cuatro ciudades de cierta envergadura (Trenton, Camden, Wilmington y Filadelfia) y docenas de pequeñas comunidades se alzan corriente abajo. Un desastre en el Delaware sí habría resultado catastrófico.

Y allí estaba el astuto Cuerpo de Ingenieros del ejército planeando contener casi un billón de litros de agua con depósitos glaciares notoriamente inestables. Además, había toda una serie de preocupaciones ambientales: que los niveles de salinidad por debajo de la presa se elevaran de forma catastrófica, por ejemplo, dañando esos ecosistemas, entre ellos los valiosos lechos de ostras de la bahía de Delaware.

En 1992, tras años de crecientes protestas que se extendieron mucho más allá del valle del Delaware, por fin se canceló el plan de erigir una presa, pero para entonces el proyecto se había llevado por delante pueblos y granjas enteras. Un tranquilo, remoto y bellísimo valle agrícola que apenas había cambiado en 200 años se perdió para siempre. «Uno de los resultados positivos del [cancelado] proyecto —dice la guía del sendero de los Apalaches de Nueva York y Nueva Jersey— es que los terrenos expropiados por el gobierno federal para el área recreativa nacional han proporcionado al sendero un corredor protegido».

Si os soy sincero, empezaba a estar bastante hartito de ese cuento. Ya sé que el sendero de los Apalaches trata de tener una experiencia directa con la

naturaleza, y estoy de acuerdo en que hay muchos lugares en los que sería una vergüenza que fuera de otra manera, pero en otros sitios, como aquí, la Conferencia del Sendero de los Apalaches parece sentir auténtica fobia ante el contacto humano. Personalmente, me habría encantado estar caminando en esos momentos a través de aldeas y granjas, en lugar de tener que atravesar un silencioso «corredor protegido».

Sin duda, todo tiene su origen en su propensión histórica a civilizar y explotar las tierras salvajes, pero la actitud de Estados Unidos respecto a la naturaleza es, desde todas las perspectivas, muy extraña en mi opinión. No pude evitar comparar mi experiencia actual con la que había tenido hacia tres o cuatro años en Luxemburgo, cuando fui de caminata con mi hijo por encargo de una revista. Luxemburgo es un sitio mucho más encantador para recorrer caminando de lo que puede uno imaginar. Abundan los bosques, pero hay también castillos y granjas, y pueblecitos llenos de historia y valles por los que serpentean ríos. Vamos, el paquete europeo al completo. Los senderos que seguimos discurrían en buena parte por bosques, pero también emergían amablemente de ellos a intervalos para llevarnos por soleados caminos secundarios, cruzando cercas, campos de labranza y aldeas. Cada día, en algún momento u otro, tuvimos ocasión de entrar en una panadería o en una oficina de Correos para oír el tintineo de las campanas en la puerta y oír conversaciones ininteligibles para nosotros. Cada noche dormimos en una casa de huéspedes y comimos en un restaurante con otras personas. Experimentamos todo Luxemburgo, no solamente sus árboles. Fue maravilloso, y lo fue porque todo ese encantador y pequeño paquete está integrado de forma impecable.

En Norteamérica, sin embargo, la belleza es algo a lo que se debe llegar en coche, y la naturaleza se convierte en una disyuntiva de blancos o negros: o la subyugas sin piedad, como en la presa de Tocks y en otro millón de lugares, o la endiosas y la tratas como algo sagrado y remoto, una cosa aparte, como sucede a lo largo del sendero de los Apalaches. Es muy poco frecuente que a ninguna de las dos partes se le ocurra que la gente y la naturaleza pueden coexistir para beneficio mutuo; que, por poner un ejemplo, un puente de líneas más elegantes sobre el río Delaware puede realzar el paisaje que lo rodea, o que el sendero de los Apalaches podría ser más

interesante y gratificante si no fuera toda naturaleza salvaje y de vez en cuando te llevara a propósito a cruzar pastos de ganado o campos labrados. Habría preferido con mucho que la guía del sendero de los Apalaches hubiera dicho: «Gracias a los esfuerzos del organismo conservador, la agricultura ha vuelto al valle del río Delaware, y se ha modificado la ruta del sendero para incorporar 26 kilómetros de caminos paralelos al río porque, a qué mentir, uno a veces llega a hartarse de tanto árbol».

Sin embargo, mirémoslo por el lado positivo. Si el Cuerpo de Ingenieros del ejército hubiera sacado adelante su estúpido plan, en esos momentos habría estado nadando de vuelta a mi coche, y me alegré mucho de haberme ahorrado eso. En cualquier caso, era hora de volver a caminar en serio.



## 16

En 1983, un hombre que caminaba por las colinas Berkshire de Massachusetts, junto al sendero de los Apalaches, vio —o por lo menos juró haber visto— un puma que se cruzó en su camino, un hecho ligeramente inquietante y todavía más inesperado, porque no se había avistado ningún puma en el noreste de Estados Unidos desde 1903, cuando mataron al último de un tiro en el estado de Nueva York.

Pese a todo, pronto se registraron avistamientos por toda Nueva Inglaterra. Un hombre que circulaba por una carretera secundaria de Vermont vio a dos cachorros jugando en la cuneta. Un par de senderistas divisaron a una madre y dos cachorros cruzando un prado en New Hampshire. Todos los años se producían media docena o más de avistamientos de este tipo, todos ellos a cargo de testigos creíbles. A finales del invierno de 1994, un granjero de Vermont caminaba por su propiedad, llevando algo de grano a un comedero de pájaros, cuando observó lo que le parecieron tres pumas a unos veinte metros de distancia. Los miró pasmado durante algunos instantes, porque los pumas son criaturas rápidas y feroces, y tres de ellos lo estaban contemplando con mirada serena. Salió pitando hacia el teléfono y llamó a un biólogo conservacionista del estado. Para cuando el biólogo llegó, los animales ya se habían ido, pero encontró excrementos frescos que, como era su obligación, embolsó y envió a un laboratorio del Servicio de Pesca y Vida Silvestre de Estados Unidos. El informe del laboratorio concluyó que se trataba, efectivamente, de excrementos de *Felis concolor*, el puma de las montañas del este.

Toda esta información me resultaba de cierto interés, porque me encontraba haciendo senderismo más o menos en el mismo lugar en el que se



produjo el primer avistamiento de un puma. Había regresado al sendero con entusiasmo renovado y un nuevo plan. Iba a recorrer Nueva Inglaterra a pie, o al menos tanto trecho como pudiese en las siete semanas previas a que llegase Katz para recorrer conmigo las Cien Millas de Bosque Cerrado de Maine. En Nueva Inglaterra había casi 1.130 kilómetros de sendero de los Apalaches, un tramo espléndidamente montañoso que cubre casi la tercera parte de la longitud total del sendero; suficiente para mantenerme ocupado hasta agosto. Con ese fin, pedí a mi servicial esposa que me llevase en coche al sudoeste de Massachusetts y me dejase en el sendero, cerca de Stockbridge, para realizar una caminata de tres días a través de los Berkshires. Así fue como una calurosa mañana de mediados de junio me encontré trepando, sudoroso, una empinada aunque modesta cumbre llamada monte Becket, envuelto por una nube de moscas negras a prueba de repelentes y dándome de vez en cuando unos golpecitos en el bolsillo para comprobar que el cuchillo seguía ahí.

Lo cierto es que no esperaba encontrar ningún puma, pero el día antes había leído un artículo en el *Boston Globe* que informaba de que los pumas del oeste (de los que no cabe la menor duda de que NO se han extinguido) se habían dedicado recientemente a acechar y matar senderistas y corredores en los bosques de California, e incluso a algún que otro infeliz enfrascado en la barbacoa de su patio trasero con un delantal y un gorrito ridículo. Parecía un mal presagio.

No era una idea del todo descabellada que los pumas pudiesen haber sobrevivido en Nueva Inglaterra sin ser detectados. Se sabe que los lince, criaturas obviamente mucho más pequeñas, son bastante numerosos en la zona, pero son tan tímidos y furtivos que nada hace barruntar su presencia. Muchos guardas forestales ejercen su trabajo durante toda una vida sin ver ninguno. Además, los bosques del este ofrecen un espacio lo bastante amplio como para que los grandes felinos puedan campar a sus anchas sin ser molestados. En Massachusetts hay más de 101.000 hectáreas de bosque, 40.500 de las cuales se encuentran en los Berkshires. Desde el lugar en el que me encontraba, de haber querido, y también de haber dispuesto de una provisión más o menos infinita de fideos, habría podido recorrer a pie toda la distancia que me separaba del cabo Chidley, al norte del Quebec, a 2.900 kilómetros de distancia, en el gélido mar de Labrador, sin apenas tener que

abandonar el cobijo de las ramas de los árboles. En cualquier caso, era improbable que un gran felino lograra sobrevivir en poblaciones suficientes y criar no solo en una zona, sino evidentemente en toda Nueva Inglaterra, sin ser detectado en nueve décadas. Sin embargo, el excremento aquel... Fuera lo que fuese, cagaba como un puma.

La explicación más plausible era que los pumas que pudiera haber (si efectivamente eran pumas) fuesen animales de compañía abandonados, que alguien había comprado por impulso para después lamentar la decisión. Evidentemente, pensé que no iba a ser de gran consuelo que me destripase un animal con un collar antipulgas y un historial médico. Ya me veía siendo devorado por una criatura que llevaba al cuello una chapita plateada: «Me llamo Señor Bojangles. Si me encuentra, por favor, llame a Tanya y Gus al 924-4667».

Como la mayoría de los grandes animales y un buen número de animales más pequeños, el puma del este fue erradicado porque se consideró que iba a terminar siendo una molestia. Hasta la década de 1940, muchos estados del este llevaron a cabo «campañas de erradicación de alimañas» muy publicitadas y a menudo dirigidas por departamentos estatales de conservación, por las que se concedían puntos a los cazadores por cada depredador que matasen, es decir, prácticamente todos los animales que hubiese en la zona: halcones, búhos, martines pescadores, águilas y prácticamente cualquier otro tipo de animal grande. Virginia Occidental otorgaba una beca universitaria anual al alumno que matase más animales; otros estados ofrecían alegremente recompensas y otros premios en efectivo, pocas veces por motivos estrictamente racionales. Pensilvania llegó a pagar en un año 90.000 dólares en recompensas por la muerte de 130.000 búhos y halcones para ahorrar a los granjeros del estado la no tan elevada suma de 1.875 dólares en pérdidas estimadas de ganado (pocos son los búhos, después de todo, capaces de arramblar con una vaca).

Aún en 1890, el estado de Nueva York pagó recompensas por 107 pumas, pero en cuestión de una década se habían extinguido casi por completo. El último puma del este murió en las Smokies en la década de 1920. El lobo gris y el caribú de los bosques también desaparecieron de sus últimos enclaves en los Apalaches a principios de siglo, y el oso negro estuvo muy cerca de seguir

el mismo camino. En 1900, la población de osos de New Hampshire, que actualmente supera los 3.000 individuos, había caído hasta solo 50 animales.

Todavía queda mucha vida en los bosques, pero en su gran mayoría es de muy pequeño tamaño. Según un censo realizado por un ecologista de la Universidad de Illinois, V. E. Shelford, una parcela típica de 25 kilómetros cuadrados de bosque norteamericano alberga casi 300.000 mamíferos: 220.000 ratones y otros pequeños roedores, 63.500 ardillas y ardillas listadas, 470 ciervos, 30 zorros y cinco osos negros.

Las grandes perdedoras en los bosques del este han sido las aves canoras. Una de las pérdidas más chocantes fue la del periquito de Carolina, un pájaro encantador e inofensivo cuyo número en estado salvaje posiblemente solo era superado por la increíblemente numerosa paloma migratoria. (Cuando los primeros europeos llegaron a Norteamérica, se estimaba que había unos nueve mil millones de palomas migratorias, más del doble de la cantidad de aves que pueden encontrarse hoy en día en todos Estados Unidos.) Ambas especies fueron víctimas de la caza hasta su extinción; la paloma migratoria como alimento para los cerdos y por el simple placer de abatir montones de pájaros del cielo con gran facilidad, y el periquito de Carolina porque se comía la fruta de los campos y tenía un plumaje maravilloso que quedaba estupendo en el sombrero de una dama. En 1914, los últimos ejemplares de ambas especies murieron en cautividad con pocas semanas de diferencia.

Un destino similarmente aciago aguardaba a la encantadora reinita de Bachman. Siempre había sido poco común, y se dice que poseía uno de los trinos más deliciosos del reino de las aves. Durante años no se supo de su existencia, pero en 1939 dos ornitólogos que se hallaban en lugares distintos vieron por casualidad reinitas de Bachman con tan solo unos días de diferencia entre sí. Ambos abatieron a los pájaros (buen trabajo, chicos) y, según parece, ahí se acabó la reinita de Bachman. De todos modos, es casi seguro que otros pájaros desaparecieron antes de que nadie se diese cuenta. Los cuadros de James Audubon incluyen tres pájaros (el manuelito, la reinita carbonera y la reinita del Blue Mountain) que nadie ha vuelto a ver. Lo mismo puede decirse del arrocero americano, del cual se conserva un ejemplar disecado en el Smithsonian de Washington.

Lo que se sabe con certeza es que entre las décadas de los cuarenta y los

ochenta, la población de pájaros cantores migratorios cayó un cincuenta por ciento en el este de Estados Unidos (en gran medida debido a la pérdida de lugares de apareamiento y otros hábitats cruciales para la emigración en Sudamérica), y según algunas estimaciones sigue cayendo aproximadamente un tres por ciento anual. La población del setenta por ciento de las especies de pájaros orientales se ha visto reducida desde la década de 1960.

Hoy en día, el bosque es un lugar bastante tranquilo.

A última hora de la tarde, salí de entre los árboles y fui a dar con lo que parecía ser una pista forestal abandonada. En mitad de la pista había un hombre mayor con una mochila y una expresión claramente desorientada, como si acabara de despertar de un trance y se hubiese encontrado en ese lugar sin saber cómo había llegado hasta allí. Observé que llevaba su propia nube de moscas negras.

—¿Por dónde le parece que continúa el sendero? —me preguntó.

Era una pregunta extraña, porque estaba claro y era obvio que el sendero continuaba al otro lado. Había un hueco de un metro de ancho entre los árboles del otro lado y, por si quedaba cualquier duda posible, una marca blanca pintada en un roble robusto.

Me espanté las moscas de la cara por millonésima vez ese día e hice un gesto con la cabeza hacia el hueco.

—Diría que justo por ahí.

—Ah, sí —asintió—. Por supuesto.

Volvimos a meternos en el bosque juntos y charlamos un rato sobre el lugar del que veníamos ese día, hacia dónde íbamos y cosas así. Era un senderista de larga distancia, el primero que había visto tan al norte, y se dirigía a Dalton, como yo. Tenía una eterna expresión intrigada y miraba los árboles de un modo peculiar, recorriéndolos con la mirada lentamente de arriba abajo y a la inversa una y otra vez, como si nunca hubiese visto nada semejante.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Bueno, me llaman Chicken John.

—¡Chicken John!

Chicken John era famoso. Me emocioné bastante. Algunos senderistas

adquieren una condición casi mítica por su idiosincrasia. Al principio del viaje, Katz y yo no dejamos de oír hablar de un muchacho con un equipo de tan alta tecnología que nadie había visto nada igual. Una de sus posesiones era una tienda que se montaba automáticamente. Al parecer, abría una bolsa con cuidado y la tienda salía volando, como las serpientes con muelle de una lata de broma. También tenía un sistema de navegación vía satélite, y Dios sabe qué más. El problema era que su mochila pesaba unos 43 kilos y abandonó antes de llegar a Virginia, así que no llegamos a verle. Woodrow Murphy, el gordo andador, había alcanzado una fama semejante el año anterior. Sin duda, Mary Ellen habría hecho lo mismo de no haber abandonado. En ese momento, Chicken John gozaba de esa fama, aunque no habría sido capaz de recordar el motivo aunque me fuese la vida en ello. Habían pasado meses desde que había escuchado hablar de él por primera vez, todavía en Georgia.

—¿Por qué lo llaman Chicken John? —pregunté.

—Francamente, no tengo ni idea —respondió, como si él también llevase un tiempo preguntándose lo mismo.

—¿Cuándo comenzó su viaje?

—El veintisiete de enero.

—¿El veintisiete de enero? —pregunté algo asombrado, y a continuación hice unas cuentas rápidas—. De eso hace casi cinco meses.

—Qué me va a contar —replicó con una especie de alegría compungida.

Llevaba caminando casi medio año y solo había recorrido tres cuartos del camino hasta el Katahdin.

—¿Cuántos...? —No sabía cómo expresarlo—. ¿Cuántos kilómetros hace al día, John?

—Bueno, entre veintidós y veinticuatro, si todo va bien. El problema es que me pierdo muy a menudo —confesó con una mirada avergonzada.

Era eso. Chicken John perdía el sendero constantemente y terminaba en los lugares más improbables. Sabe Dios cómo puede alguien ingeniárselas para salirse del sendero de los Apalaches. Es el camino mejor definido y señalizado que uno puede imaginarse. Como norma general, es lo único que hay en el bosque que no es bosque. Si eres capaz de distinguir entre los árboles y un largo paso abierto a través de ellos, no tendrás problema alguno

para seguir el sendero de los Apalaches. Cuando puede haber un atisbo de duda (en la intersección con un sendero secundario, o en los puntos en los que el sendero cruza una carretera) hay siempre una baliza. Sin embargo, la gente se pierde. La famosa Abuelita Gatewood, por ejemplo, se pasaba la vida llamando a la puerta de la gente para preguntar dónde diablos estaba.

Le pregunté cuánto era lo más lejos que se había llegado a perder.

—Sesenta kilómetros —respondió casi con orgullo o, como mínimo, con ternura—. Me alejé del camino en el Blood Mountain, en Georgia, todavía no sé cómo, exactamente, y pasé tres días en el bosque antes de llegar a una autopista. Esa vez pensé que la palmaba. Acabé en las cataratas de Tallulah, e incluso publicaron mi foto en el periódico. Al día siguiente, la policía me llevó en coche de vuelta al sendero, e incluso me indicaron la dirección correcta. Fueron muy amables.

—¿Es verdad que una vez caminó tres días en la dirección equivocada?

Asintió con alegría.

—Dos días y medio, para ser exactos. Por suerte, al tercer día llegué a un pueblo y le dije a un joven: «Disculpe, joven, ¿dónde estoy?», y él me contestó: «Esto es Damascus, Virginia, señor», y pensé: «Vaya, qué raro, hace solo tres días estuve en un lugar que se llamaba exactamente igual». Y entonces reconocí el parque de bomberos.

—¿Cómo diablos...? —comencé a decir, pero decidí reformular la pregunta—. John, ¿cómo le pasan estas cosas exactamente?

—Hombre, supongo que si lo supiera no lo haría —respondió con una especie de risita—. Solo sé que de vez en cuando termino muy lejos del lugar al que pretendía ir. Sin embargo, estas cosas hacen que la vida sea interesante, ¿sabe? He conocido a muchas personas agradables, y he comido muchísimas veces gratis. Disculpe —dijo de pronto—, ¿está seguro de que vamos en la dirección correcta?

—Segurísimo.

Asintió.

—Hoy me molestaría mucho perderme. En Dalton hay un restaurante.

Lo entendía perfectamente. Si vas a perderte, no quieres que sea el día que vas a comer en un restaurante.

Caminamos juntos los últimos diez kilómetros, pero después de esa

conversación no hablamos mucho. Ese día había caminado 30 kilómetros, el trecho más largo que iba a recorrer de una tirada, y aunque la pendiente era en general fácil y llevaba una mochila ligera, a última hora de la tarde ya estaba muy cansado. John parecía contentarse con tener a alguien a su lado y, en cualquier caso, estaba muy atareado inspeccionando los árboles.

Llegamos a Dalton pasadas las seis. John tenía el nombre de un hombre en Depot Street que permitía a los senderistas acampar en su jardín trasero y usar la ducha, así que lo acompañé a una gasolinera y pedimos que nos indicaran el camino. Al salir de la gasolinera, John echó a andar justo en la dirección equivocada.

—Es por allí, John —le indiqué.

—Claro que sí —convino—. Y me llamo Bernard, por cierto. No sé de dónde han sacado eso de Chicken John.

Asentí y le dije que lo buscaría al día siguiente, pero no le volví a ver.

Pasé la noche en un motel y al día siguiente seguí caminando hacia Cheshire. Estaba a tan solo quince kilómetros y el terreno era fácil, pero las moscas negras lo convertían en un tormento. Como nunca he visto el nombre científico de estas manchitas minúsculas, maliciosas y aladas, no sé qué son exactamente, más allá de una multitud voladora de bichos que te acompaña adondequiera que vayas y que no dejan de metérsete en las orejas, la boca y los agujeros de la nariz. El sudor humano las transporta a un reino de éxtasis orgásmico, y el repelente contra insectos solo parece servir para animarlas más. Son especialmente implacables cuando te detienes para descansar o para beber algo, tanto, que al final dejas de parar a descansar y bebes mientras caminas, y terminas escupiendo un puñado de moscas. Es una especie de infierno en vida. Por ese motivo, a primera hora de la tarde abandoné con cierto alivio el bosque que constituye sus dominios y entré en la somnolienta y remota comunidad de Cheshire.

En Cheshire había un albergue gratuito situado en una iglesia de la calle principal (al parecer, la gente de Massachusetts es muy amable con los senderistas; en otros rincones había visto casas con carteles que invitaban a la gente a tomar el agua que necesitasen o a coger manzanas de los árboles), pero no me apetecía pasar una noche en una barraca, y todavía menos una

larga tarde sentado sin nada que hacer, así que proseguí hacia Adams, situada a seis kilómetros y medio de distancia por una autopista abrasadora pero que, como mínimo, ofrecía la posibilidad de pasar una noche en un motel y varios restaurantes donde elegir.

En Adams solo había un motel, un establecimiento cochambroso a las afueras de la ciudad. Alquilé una habitación y pasé el resto de la tarde paseando, echando un vistazo ocioso a los escaparates y curioseando las cajas de libros de una tienda de artículos de segunda mano, aunque, claro está, no había nada salvo volúmenes del *Reader's Digest* y esos libros extraños que solo se encuentran en tiendas de segunda mano con títulos como *Enciclopedia del desajuste doméstico: volumen uno* o *Mueve la cabeza si me escuchas: vivir con un vegetal humano*, y más tarde salí al campo para contemplar el monte Greylock, mi destino al día siguiente. El Greylock es la cumbre más alta de Massachusetts, y la primera cumbre de más de novecientos metros desde Virginia que encuentran los senderistas que se dirigen al norte. Apenas hay 1.064 metros hasta la cumbre, pero como está rodeada de otras colinas mucho más pequeñas, parece considerablemente más alta. En cualquier caso, posee una cierta majestuosidad imponente que atrae. Tenía muchas ganas de subir.

Así pues, a primera hora de la mañana siguiente, y antes de que el calor del día pudiera asentarse (habían anunciado que haría un calor achicharrante) me detuve en la ciudad para comprar una lata de refresco y un sándwich para comer, y partí por una pista sinuosa de tierra hacia el Gould Trail, un sendero secundario y empinado que conducía al sendero de los Apalaches y al monte Greylock.

El Greylock es, sin duda, el más literario de los montes Apalaches. Herman Melville, que vivía en una granja llamada Arrowhead en la vertiente occidental, lo contemplaba desde la ventana de su estudio mientras escribía *Moby Dick*, y según cuentan Maggie Stier y Ron McAdow en su excelente *Into the Mountains* [En las montañas], una historia de los picos de Nueva Inglaterra, Melville aseguraba que su silueta le recordaba a la de una ballena. Una vez hubo terminado el libro, subió a pie a la cima junto a un grupo de amigos y estuvieron allí de fiesta hasta el anochecer. Nathaniel Hawthorne y Edith Wharton también vivieron cerca y situaron allí algunas de sus obras, y



entre las décadas de 1850 y 1920 apenas hubo figuras literarias asociadas a Nueva Inglaterra que no subieran a la cima a pie o en automóvil para gozar de sus vistas.

Irónicamente, en su momento de mayor fama el Greylock carecía de buena parte del majestuoso manto verde del que goza hoy en día. Sus laderas parecían sarnosas, cubiertas de cicatrices por la explotación forestal, mientras que la falda estaba horadada por las canteras de pizarra y mármol. Había cobertizos enormes y destartalados, y casas de madera por doquier. Todo aquello desapareció y fue engullido por la vegetación; pero en la década de 1960, y con el apoyo entusiasta de las autoridades de Boston, se trazaron planos para convertir el Greylock en una estación de esquí con un teleférico, una red de telesillas y un complejo turístico en la cumbre que incluía un hotel, tiendas y restaurantes, todo ello en un estilo arquitectónico sesentero propio de los Supersónicos. Por fortuna, no llegó a materializarse jamás. Hoy en día, el Greylock se alza entre 4.700 hectáreas de zona protegida. Es una belleza.

La caminata hasta la cima fue empinada, calurosa y aparentemente interminable, pero valió la pena. La cumbre abierta, soleada y repleta de aire fresco del Greylock está coronada por un edificio de piedra enorme y hermoso llamado Bascom Lodge, construido en la década de 1930 por los incansables y ubicuos integrantes del Cuerpo de Conservación Civil. Actualmente, ofrece alojamiento a los senderistas y cuenta con un restaurante. En la cima también hay un faro maravilloso y tremendamente fuera de lugar (el Greylock está a 225 kilómetros del mar), que en realidad es el monumento de Massachusetts en memoria a los soldados caídos en la Primera Guerra Mundial. Según el diseño original, debía erigirse en el puerto de Boston, pero terminó aquí por algún motivo.

Comí, descargué la vejiga y me lavé en el albergue, y a continuación me apresuré a reemprender la marcha, porque todavía me quedaban 13 kilómetros y había quedado con mi esposa a las cuatro de la tarde en Williamstown. Durante los siguientes cinco kilómetros, el camino recorría principalmente una cresta elevada que conectaba el Greylock con el monte Williams. Las vistas eran sensacionales, y más allá de unas colinas apacibles se distinguían los Adirondacks, a unos diez kilómetros hacia el oeste, pero

hacía un calor espantoso. Incluso allí arriba, el aire era pesado y lánguido. Después comenzaba un descenso muy acusado (900 metros en cinco kilómetros) por bosques densos y frescos, hasta llegar a una carretera secundaria que transcurría entre campos exquisitamente abiertos.

Fuera del bosque, el calor era achicharrante. Tenía ante mí tres kilómetros a lo largo de una carretera totalmente desprovista de sombra, y el pavimento estaba tan caliente que podía sentir el calor a través de las suelas de las botas. Cuando alcancé por fin Williamstown, el letrero de un banco anunciaba una temperatura de 36 grados. Con razón tenía calor. Crucé la calle y entré en un Burger King, el lugar en el que habíamos acordado encontrarnos. Si existe un mejor motivo para agradecer vivir en el siglo XX que el disfrute de pasar de las vaharadas infernales de un día de verano al frescor crujiente, limpio y aséptico de un establecimiento con aire acondicionado, francamente, no se me ocurre.

Compré una Coca-Cola tamaño gigante y me senté a una mesa junto a la ventana, muy satisfecho. Había recorrido 27 kilómetros por una montaña razonablemente complicada a pesar del calor. Estaba sucio, sudoroso y hecho polvo, y apestaba lo suficiente como para que la gente volviese la cabeza. Volvía a ser un senderista.

En 1850, el setenta por ciento de Nueva Inglaterra eran tierras de cultivo abiertas y el treinta por ciento eran bosques. Hoy en día, las proporciones son exactamente inversas. Es probable que ninguna zona del mundo desarrollado haya sufrido un cambio tan profundo en cuestión de un siglo, al menos en el sentido contrario al que sigue el progreso.

Si decidierais convertirlos en granjeros, difícilmente podríais optar por un lugar peor que Nueva Inglaterra (quizás el centro del enorme lago Erie, pero ya me entendéis.) El suelo es rocoso, el terreno es empinado y hace tan mal tiempo que la gente se enorgullece de ello. Según un viejo dicho, un año en Vermont son «nueve meses de invierno seguidos de tres meses en los que cuesta un poco ir en trineo».

De todos modos, hasta mediados del siglo XIX los granjeros lograron sobrevivir en Nueva Inglaterra gracias a su proximidad a ciudades costeras como Boston o Portland y también, supongo, porque no conocían nada mejor.

Entonces sucedieron dos cosas: la invención de la cosechadora McCormick, ideal para las grandes granjas onduladas del Medio Oeste pero totalmente inútiles para los campos apretados y rocosos de Nueva Inglaterra; y el desarrollo del ferrocarril, progresos ambos que permitían a los granjeros del Medio Oeste llevar la producción al este en plazos aceptables. Los granjeros de Nueva Inglaterra no podían competir con ellos, así que también se convirtieron en granjeros del Medio Oeste. Llegado el año 1860, casi la mitad de las personas nacidas en Vermont (200.000 de 450.000) vivían en otros lugares.

En 1840, durante la campaña para las elecciones presidenciales, Daniel Webster pronunció un discurso frente a 20.000 personas en el monte Stratton de Vermont. Si hubiese intentado hacer lo mismo veinte años más tarde (y como truco no habría estado nada mal, ya que había fallecido en el intervalo) habría tenido suerte si hubiese conseguido un público de cincuenta personas.

Hoy en día, el monte Stratton es prácticamente puro bosque, aunque si te fijas bien todavía se pueden ver viejas entradas de sótanos y los últimos restos de manzanos que se aferran a la vida con uñas y dientes a la sombra de abedules, arces y nogales más jóvenes y decididos. Por toda Nueva Inglaterra se encuentran antiguas vallas destartaladas, a menudo en mitad de los bosques más frondosos y con aspecto de más asentados, un recordatorio de la velocidad pasmosa a la que la naturaleza reclama la tierra en Estados Unidos.

El caso es que un día nublado y piadosamente fresco de junio subí caminando el Stratton. Había un empinado trayecto de seis kilómetros y medio hasta la cumbre, a poco más de 1.200 metros de altitud. En Vermont, el sendero de los Apalaches coexiste durante algo más de 160 kilómetros con el Long Trail, que transcurre sobre los picos más altos y más famosos de las Green Mountains y sigue su curso hasta llegar a Canadá. En realidad, el Long Trail es más antiguo que el sendero de los Apalaches (se abrió en 1921, año en que se realizó la propuesta del sendero de los Apalaches) y me cuentan que hay devotos del Long Trail que desprecian el sendero de los Apalaches como un camino vulgar y excesivo. En cualquier caso, el Stratton suele citarse como el lugar de nacimiento espiritual de ambos senderos, ya que aquí fue donde James P. Taylor y Benton MacKaye aseguraban haber tenido la inspiración que llevó a la creación de sus rutas forestales, Taylor en 1909 y

MacKaye algún tiempo después.

El monte Stratton era una montaña absolutamente correcta, con buenas vistas a otros picos ilustres (el Equinox, el Ascutney, el Snow y el Monadnock), pero tampoco puedo decir que me inspirase a asir un hacha y ponerme a despejar una ruta hacia Georgia o Quebec. Tal vez la sensación solo se debía al cielo apagado y pesado, y a la luz mortecina, que conferían a todo un aire romo y desgastado. Había otras ocho o nueve personas por la cumbre, pero llamaba la atención un jovencuelo bastante regordete que iba solo y llevaba un cortavientos que parecía caro. Llevaba también una especie de aparato electrónico de mano con el cual tomaba unas lecturas misteriosas del cielo o el paisaje.

Se dio cuenta de que lo miraba y dijo en un tono que sugería que estaba esperando a que alguien se interesase por él:

—Es un monitor meteorológico.

—¿Ah, sí? —respondí amablemente.

—Mide ochenta valores: temperatura, radiación ultravioleta, punto de condensación, y todo lo que uno quiera saber.

Ladeó la pantalla para que yo pudiese verla.

—Esto es el estrés térmico.

Era una cifra sin sentido que acababa con dos decimales.

—También registra la radiación solar —continuó—, la presión atmosférica, la sensación térmica, la pluviosidad, la humedad (ambiental y activa) e incluso el tiempo estimado antes de que aparezcan quemaduras en la piel.

—¿Y hornea galletas? —pregunté.

El comentario no le gustó.

—Créame, en ocasiones podría salvarle la vida —dijo con cierta rotundidad.

Traté de imaginar una situación en la que pudiera correr un grave peligro a causa del aumento del punto de condensación, pero no se me ocurrió. De todas formas, no quería que se enfadase, así que señalé una cifra que parpadeaba en la esquina superior izquierda de la pantalla y pregunté:

—¿Qué es eso?

—No estoy seguro, pero esto... —comenzó a decir, y dio un duro golpe

al teclado—. Esto es la radiación solar.

Era otra cifra sin sentido con tres decimales.

—Hoy es muy baja —observó, e inclinó la máquina para tomar otra lectura—. Sí, es muy baja.

Ya lo sabía. De hecho, aunque no podía certificarlo con tres decimales, yo solía tener una buena noción de las condiciones meteorológicas, dado que estaba al aire libre y las sentía. Lo más interesante de aquel hombre era que no llevaba mochila, así que tampoco tenía impermeable, y llevaba unos pantalones cortos y zapatillas de deporte. Si el tiempo empeoraba de repente, cosa nada extraña en Nueva Inglaterra, probablemente moriría, pero al menos tenía una máquina que le indicaría en qué momento iba a morir y le permitiría saber cuál había sido su último punto de condensación.

Habrá quien me llame anticuado y cansino, pero odio toda esta tecnología en el sendero. Leí en alguna parte que hay quien lleva el ordenador portátil y un módem al sendero de los Apalaches para poder mandar informes diarios a su familia y amigos. Si estáis pensando en hacer lo mismo, os voy a contar un secreto: a nadie le importa demasiado. Perdón, no es cierto. A nadie le importa *en absoluto*. Hoy en día, cada vez más, puede encontrarse a gente con aparatos electrónicos como el Enviro Monitor, o personas que llevan sensores conectados a las zonas de pulso cardíaco, gente que parece que haya llegado al sendero directamente desde una clínica de trastornos del sueño.

En 1996, el *Wall Street Journal* publicó un espléndido artículo sobre las molestias que ocasionan los aparatos de navegación vía satélite, los teléfonos móviles y otros accesorios semejantes en las zonas salvajes. Al parecer, todo este equipo de alta tecnología está llevando a las montañas a personas que tal vez no deberían estar allí. Según el *Wall Street Journal*, en el Parque Estatal de Baxter, en Maine, un senderista llamó a una unidad de la Guardia Nacional y solicitó que mandasen un helicóptero para evacuarlo por aire del monte Katahdin porque estaba cansado. Mientras, en el monte Washington, «dos mujeres muy cargantes», según un agente local, llamaron al cuartel de la patrulla de montaña diciendo que no eran capaces de recorrer los últimos dos kilómetros y medio que les quedaban hasta la cumbre a pesar de que todavía les quedaban cuatro horas de luz solar. Pidieron que acudiese un equipo de rescate para llevarlas de vuelta al coche. La petición fue rechazada. Pocos

minutos después, volvieron a llamar y pidieron que un equipo de rescate les llevase linternas. Esa petición también fue rechazada. Unos días más tarde, otro senderista llamó y solicitó un helicóptero porque se había atrasado un día en su plan de viaje y temía perderse una importante reunión de negocios. El artículo también describía a varias personas que se habían perdido mientras usaban aparatos de navegación vía satélite. Podían informar de su posición a 36,2 grados norte y 17,48 grados oeste, o la que fuera, pero desgraciadamente no tenían ni la más remota idea de lo que significaba porque no llevaban consigo un mapa, una brújula o, evidentemente, un cerebro.

Creo que mi nuevo amigo del Stratton podría haberse unido a su club. Le pregunté si le parecía seguro iniciar el descenso con una radiación solar de 18,574.

—Sí, ya lo creo —respondió muy serio—. En lo que a radiación solar se refiere, hoy el riesgo es muy bajo.

—Demos gracias al cielo —dije igual de serio, y me despedí de él y de la montaña.

Seguí recorriendo Vermont en una serie de agradables caminatas diurnas, sin aparatos electrónicos pero con algunas fiambreras más que deliciosas que mi esposa me preparaba cada noche antes de irse a dormir y siempre dejaba en el mismo lugar del estante superior de la nevera. Cada mañana me levantaba al alba, guardaba la comida en la mochila e iba en coche hasta Vermont. Aparcaba el coche y subía caminando una gran montaña o bien cruzaba una serie de colinas verdes y onduladas.

En algún momento del día, cuando me apetecía, generalmente hacia las once de la mañana, me sentaba sobre una roca o un tronco, sacaba la fiambarrera y examinaba su contenido. Según el día, pensaba: «Galletas de manteca de cacahuete, ¡mis favoritas!» o «Vaya, hombre, otra vez carne enlatada», y masticaba en un silencio entusiasta pensando en todas las cumbres en las que había estado sentado con Katz, donde habríamos sido capaces de matar por algo semejante. A continuación, lo recogía todo con mucho cuidado, lo metía de nuevo en la mochila y seguía caminando hasta que llegaba el momento de tocar retirada y volver a casa. Así pasé finales de junio y principios de julio.

Hice el Stratton, el Bromley, Prospect Rock y Spruce Peak, Baker Peak y el Griffith Lake, la White Rocks, Button Hill, Killington Peak, el parque estatal de Gifford Woods, el Quimby, Thistle Hill y concluí con un suave paseo de 18 kilómetros de West Haford a Norwich. El trayecto me llevó más allá de Happy Hill Cabin, el refugio más antiguo del sendero de los Apalaches y seguramente el más pintoresco y tierno. Poco después lo derribaron unas autoridades con una falta de sensibilidad que bordeaba la estupidez. La localidad de Norwich es notoria por tres cosas: porque se pronuncia «Norwitch» (se llamaba «Norritch» antes de que los forasteros se apoderasen de ella en la década de 1950), por ser el pueblo que inspiró el programa televisivo de Bob Newhart (la serie en la que él dirigía una pensión y todos los habitantes del pueblo eran tontos de capirote) y por ser el hogar del gran Alden Partridge, de quien nadie ha oído hablar, aunque, por supuesto, vosotros estáis a punto de hacerlo.

Partridge nació en Norwich en 1755 y era un caminante de mil demonios, posiblemente la primera persona del planeta que recorría a pie largas distancias por puro placer. En 1785 fue nombrado superintendente en West Point a la temprana edad de treinta años, algo sin precedentes, y posteriormente tuvo algún problema en ese puesto, regresó a Norwich y fundó una institución rival, la American Literary, Scientific and Military Academy. Allí, acuñó el término «educación física». Acostumbraba a llevar a sus jóvenes y sufridos discípulos a dar paseos de 55 a 65 kilómetros a paso ligero por las montañas vecinas. Y, encima, salía solo en expediciones más ambiciosas. Durante uno de sus trayectos habituales, caminó 177 kilómetros por las montañas desde Norwich a Williamstown, Massachusetts (básicamente, el mismo trayecto que yo había recorrido en cómodas etapas), subió al trote hasta la cumbre del Greylock y regresó a casa por el mismo camino. Solo tardó cuatro días en el camino de ida y vuelta, y hay que recordar que hablamos de una época en la que no existían los senderos bien conservados ni las socorridas marcas de ruta que hoy conocemos. Hizo lo mismo prácticamente con todos los picos de Nueva Inglaterra. Le deberían haber dedicado una placa en algún lugar de Norwich para inspirar a los pocos senderistas persistentes que todavía siguen dirigiéndose hacia el norte desde ese punto pero, tristemente, esa placa no existe.

Aproximadamente a un kilómetro y medio de Norwich se encuentra el río Connecticut y un puente agradable y modesto construido hacia 1930 que lleva al estado de New Hampshire y la ciudad de Hanover, en la orilla opuesta. Antiguamente, la carretera que comunicaba Norwich y Hanover era arbolada, ligeramente sinuosa y de dos carriles, el tipo de vía que uno espera encontrar entre dos ciudades de Nueva Inglaterra situadas a un kilómetro y medio de distancia. Entonces, a alguna autoridad de las autopistas se le ocurrió que sería una idea genial construir una carretera enorme y rápida entre ambas ciudades. Así, la gente podría recorrer ese kilómetro y medio entre Norwich y Hanover unos ocho segundos más rápido sin tener que sufrir ataques de ansiedad si alguno de los coches de delante quería girar por una carretera lateral, porque habría carriles para girar por todas partes, carriles de giro lo bastante grandes para que un camión cargado con un misil gigante pudiese girar sin tener que pisar la cuneta o interrumpir el fluido vital del tráfico.

Así pues, construyeron una autopista amplia y recta, de hasta seis carriles en algunos tramos, con medianas y unas farolas excesivamente grandes de sodio que iluminan el cielo nocturno en kilómetros a la redonda. Desgraciadamente, el plan tenía el defecto de provocar un atasco en el punto en el que la carretera se estrechaba para recuperar sus dos carriles. A veces, dos coches llegaban en el mismo momento al puente y uno de ellos tenía que ceder el paso (¡intolerable!) por lo que, mientras escribo estas palabras, están sustituyendo ese antiguo puente inútilmente atractivo por algo mucho más grande y apropiado para la Era del Cemento. Para rematar la faena, están ensanchando la calle que trepa por una pequeña colina hacia el centro de Hanover. Obviamente, ello supone cortar árboles a lo largo de toda la calle y recortar drásticamente la mayoría de los jardines con muros de contención de cemento, e incluso cualquier autoridad de autopistas tendría que admitir que el resultado no es exactamente pintoresco, no es algo que uno pondría en un calendario titulado «Vistas de Nueva Inglaterra», pero arañará unos segundos más a ese imponente trayecto desde Norwich, y eso es lo que de veras importa.

Todo esto tiene cierta importancia para mí, en parte porque vivo en Hanover, pero principalmente, según creo, porque vivo a finales del siglo XX.



Afortunadamente, tengo buena imaginación, así que, mientras caminaba entre Norwich y Hanover, imaginé que en lugar de caminar por una bulliciosa autopista en miniatura lo hacía por una carretera de campo a la sombra de los árboles, enmarcada por setos y flores silvestres, y flanqueada por una imponente hilera de farolas de tamaño modesto, de cada una de las cuales colgaba, boca abajo, un alto responsable de autopistas, y me sentí mucho mejor.



## 17

De todos los destinos funestos que uno puede encontrarse al aire libre, es posible que ninguno sea más imprevisible y siniestro que la hipotermia. Apenas existen casos de muertes por hipotermia que no resulten mínimamente misteriosos e improbables. Tomemos, por ejemplo, una breve historia narrada por David Quammen en su libro *Natural Acts* [Actos naturales].

A finales del verano de 1982, cuatro jóvenes y dos adultos que practicaban el piragüismo durante unas vacaciones en el parque nacional Banff no regresaron al campamento base por la noche. A la mañana siguiente, una expedición de rescate trató de localizarlos. Encontraron a los piragüistas desaparecidos muertos, flotando en un lago con los chalecos salvavidas puestos. Todos estaban boca arriba y parecían tranquilos. No mostraban ninguna señal de sufrimiento o pánico. Uno de los hombres todavía llevaba puestos el sombrero y las gafas. Las piraguas, que flotaban a la deriva en un lugar cercano, estaban en perfectas condiciones, y la noche anterior las condiciones meteorológicas habían sido suaves y plácidas. Por algún motivo inescrutable, los seis habían abandonado las piraguas cuidadosamente y se habían sumergido completamente vestidos en las frías aguas del lago, donde habían fallecido apaciblemente. En palabras de un testigo, era «como si, simplemente, se hubiesen echado a dormir». En cierto modo, era lo que había ocurrido.

A pesar de la creencia popular, son relativamente pocas las víctimas de hipotermia que mueren en condiciones extremas, tambaleándose entre ventiscas o luchando contra vientos árticos. Para empezar, un número relativamente bajo de personas sale a la intemperie con un clima semejante, y

las que lo hacen suelen estar preparadas. La mayoría de las víctimas de la hipotermia mueren de un modo mucho más anodino, en estaciones templadas y con una temperatura ambiental muy por encima de los cero grados. Normalmente, se ven atrapadas por un cambio imprevisto del tiempo o bien por una serie de contratiempos como pueden ser una súbita bajada de las temperaturas o una lluvia fría y torrencial, o bien se encuentran de repente con que se han perdido, circunstancias para las que cuentan con una preparación emocional o física inadecuada. Casi siempre agravan el problema haciendo alguna estupidez, como abandonar un camino bien delimitado en busca de un atajo, adentrarse más en un bosque cuando lo mejor habría sido permanecer donde estaban o vadear ríos cuando lo único que van a lograr es terminar más mojados y ateridos.

Ese fue el desdichado destino de Richard Salinas. En 1990, Salinas salió a caminar con un amigo por el bosque nacional de Pisgah, en Carolina del Norte. Al sorprenderlos el anochecer, trataron de regresar al coche, pero, por algún motivo, se separaron. Salinas era un excursionista con experiencia, y le habría bastado con seguir un camino bien señalizado que descendía de la montaña y desembocaba en un aparcamiento. No lo consiguió. Tres días más tarde, encontraron su chaqueta y su mochila abandonadas en el suelo, varios kilómetros bosque adentro. Su cadáver apareció dos meses después atrapado en unas ramas en el pequeño río Linville. Al parecer, abandonó el camino en busca de un atajo, se perdió, se adentró en lo más profundo del bosque, le entró el pánico y continuó avanzando hasta que la hipotermia lo privó de la razón, con resultados mortales. La hipotermia es un síndrome paulatino y traidor. Te asalta literalmente grado a grado a medida que va bajando tu temperatura corporal y tus respuestas naturales se van volviendo torpes e inadecuadas. En este estado, Salinas abandonó sus pertenencias y, poco después, tomó la desesperada e irracional decisión de intentar cruzar el río, más caudaloso a causa de las lluvias, a pesar de que, en condiciones normales, se habría percatado de que con ello solo iba a alejarse más de su objetivo. La noche que se perdió, el tiempo era seco y la temperatura estaba entre los 5 y los 10 grados. Si no se hubiese quitado la chaqueta y no se hubiera metido en el agua, solamente habría pasado una incómoda noche helado de frío y tendría una anécdota más que contar. En lugar de eso, murió.

Una persona afectada por la hipotermia atraviesa distintas fases progresivas que comienzan, como cabría esperar, por unos temblores suaves al principio pero cada vez más intensos, motivados por el intento del cuerpo de calentarse mediante contracciones musculares, y que posteriormente derivan en un agotamiento profundo, movimientos pesados, alteración de la percepción del espacio y el tiempo, y una confusión cada vez más intensa que desemboca en la tendencia a tomar decisiones imprudentes o ilógicas y la imposibilidad de reconocer obviedades. El afectado se va sintiendo gradualmente más desorientado y es víctima de alucinaciones cada vez más peligrosas, incluyendo la cruel sensación de que en lugar de congelarse, se está asando de calor. Muchas víctimas se quitan la ropa a tirones, tiran los guantes o salen del saco de dormir. Las crónicas de muertes de excursionistas están repletas de historias de cadáveres encontrados medio desnudos tumbados sobre un banco de nieve justo frente a la tienda de campaña. Al alcanzar esta fase, los temblores cesan, ya que el cuerpo se rinde y la apatía se apodera de la víctima. El ritmo cardíaco decrece y las ondas cerebrales comienzan a parecer una llanura apacible. Llegados a este punto, aunque se encuentre a la víctima, el *shock* de la reanimación puede ser más de lo que su cuerpo es capaz de soportar.

Esta circunstancia se ve claramente ejemplificada en un incidente recogido en el número de enero de 1997 de la revista *Outside*. Según el artículo, en 1980, dieciséis marineros daneses emitieron una llamada de emergencia, se pusieron los chalecos salvavidas y saltaron al mar del Norte mientras su nave se hundía bajo sus pies. Flotaron en el agua durante noventa minutos antes de que un barco de rescate los sacase del mar. Incluso en verano, el mar del Norte está tan mortalmente frío que puede matar a una persona sumergida en él en media hora, por lo que el hecho de que los dieciséis sobrevivieran fue motivo de cierta celebración. Los arrojaron con mantas y los llevaron bajo cubierta, donde les sirvieron bebidas calientes, y fallecieron. Los dieciséis.

Basta de entretenernos con anécdotas. Regocijémonos con este fascinante cuadro clínico en nuestras propias carnes.

Estaba en New Hampshire, cosa que me alegraba porque me acababa de trasladar a ese estado y me sentía naturalmente inclinado a explorarlo.

Vermont y New Hampshire están tan cerca, y su tamaño, clima, acento y modo de sustento (básicamente el esquí y el turismo) se parecen tanto entre sí que a menudo se los considera gemelos, pero en realidad poseen caracteres bastante distintos. Vermont es tierra de Volvos, tiendas de antigüedades y hoteles rurales de nombre dulce, como Quail Hollow Lodge o Fiddlehead Farm Inn. New Hampshire es tierra de tipos con gorros de caza y camionetas con matrículas que lucen el enérgico eslogan «Vive libre o muere». El paisaje también difiere de forma espectacular. Las montañas de Vermont son relativamente apacibles y onduladas, y sus abundantes granjas de vacuno las hacen más acogedoras y transmiten una mayor sensación de paisaje poblado. New Hampshire es un gran bosque. Aproximadamente el ochenta y cinco por ciento de sus 24.097 kilómetros cuadrados de territorio, es decir, un área algo mayor que la de Gales, está cubierto de árboles, y casi todo el resto son lagos o tierras altas situadas por encima de la línea de bosques. Así pues, con excepción de los muy dispersos pueblos o las estaciones de esquí, New Hampshire es principalmente, y a veces sobrecogedoramente, naturaleza pura. Además, sus colinas son más elevadas, escarpadas, difíciles y amenazadoras.

En el *The Thru-Hiker's Handbook*, que aprovecho para comentar que es la única guía indispensable del sendero de los Apalaches, el gran Dan «Wingfoot» Bruce apunta que, cuando un senderista que viaja hacia el norte deja atrás Vermont, ha completado el ochenta por ciento de los kilómetros del recorrido pero solo el cincuenta por ciento del esfuerzo necesario. Solo la región de New Hampshire, que transcurre a lo largo de 260 kilómetros a través de las White Mountains, cuenta con treinta y cinco montañas por encima de los 900 metros. Si el Ben Nevis<sup>[9]</sup> estuviese en el sendero de los Apalaches de New Hampshire apenas se situaría entre las diez cumbres más altas. Snowdon<sup>[10]</sup> desaparecería en la lista sin dejar rastro. New Hampshire es dura.

Me habían hablado tanto de las dificultades y los peligros de las White Mountains que me incomodaba ligeramente aventurarme en ellas solo. No me sentía realmente aterrorizado, pero sí podía llegar a estarlo si escuchaba una sola historia más sobre alguien a quien había perseguido un oso, así que es fácil imaginar la disimulada alegría que me embargó cuando un vecino amigo

mío, llamado Bill Abdu, se ofreció a acompañarme en algunas expediciones diurnas. Bill es un tipo muy agradable, afable y muy competente, con experiencia en el senderismo de montaña y con el valor añadido de ser un talentoso cirujano ortopédico, justo lo que necesitas en la naturaleza salvaje. No esperaba que fuese capaz de llevar a cabo ninguna operación útil ahí arriba, pero si me caía y me rompía el espinazo, al menos sabría los nombres en latín de mis lesiones.

Decidimos comenzar por el monte Lafayette y, con ese destino, partimos en coche al alba de un día claro de julio y recorrimos el trayecto de dos horas hasta el parque estatal de Franconia Notch (en el habla de New Hampshire, un *notch* es un paso de montaña), un famoso y pintoresco paraje que reposa bajo las imponentes cumbres de las 283.000 hectáreas del bosque nacional de las White Mountains. Lafayette es un bloque de granito cruel y empinado de 1.600 metros de altitud. Una crónica de la década de 1870 citada en *Into the Mountains* apunta: «El monte Lafayette es (...) una auténtica montaña alpina, con picos y riscos en los que juguetean los relámpagos, de vertientes cubiertas por cicatrices marrones y desfiladeros profundos». Todo es cierto. Es una bestia. Solo el cercano monte Washington lo supera, tanto en altura como en popularidad, como destino de senderistas en las White Mountains.

Desde el valle nos aguardaban 1.127 metros de ascenso, 600 de los cuales estaban situados en los tres primeros kilómetros de trayecto, y tres cumbres más bajas por el camino (el monte Liberty, el Little Haystack y el monte Lincoln), pero lucía una mañana espléndida, con una luz solar mortecina pero abundante y el aire vigorizante, limpio y mentolado que solo se respira en las montañas del norte. Tenía todos los visos de ser un día perfecto. Caminamos unas tres horas hablando poco a causa de lo empinado de la subida, pero disfrutábamos del aire libre y avanzábamos a buen paso.

Todas las guías, todos los senderistas con experiencia y todos los carteles junto a los aparcamientos situados al principio del sendero advierten de que el tiempo en las White Mountains puede cambiar en un instante. Las historias de campistas que salieron a pasear por las cumbres soleadas equipados con pantalones cortos y zapatillas de deporte, y apenas tres o cuatro horas después terminaron despeñándose y hallando una muerte infeliz entre la niebla helada son un buen tema para cualquier hoguera de campamento, pero también son

ciertas. A nosotros nos pasó a menos de cien metros de la cumbre del Little Haystack. La luz del sol se desvaneció de pronto y una neblina surgida de la nada engulló los árboles. Llegó acompañada de una caída súbita de la temperatura, como si hubiésemos entrado en una cámara frigorífica. En cuestión de minutos, el bosque estaba inmerso en una densa niebla silenciosa, fría y húmeda. Debido a lo inclemente del tiempo, en las White Mountains, la línea de los árboles apenas llega a los 1.460 metros de altitud, aproximadamente la mitad de la altura que alcanza en la mayoría de las demás cordilleras, y pude comenzar a comprobar cuál era el motivo. Tras abandonar una zona de *krummholz*, los árboles achaparrados que marcan la última bocanada del bosque, pisamos la cumbre yerma del Little Haystack y nos acometió un viento cortante y súbito, el tipo de viento capaz de arrancarte un sombrero de la cabeza y mandarlo a treinta metros de distancia antes de que tengas tiempo de levantar la mano, del que la montaña nos había cobijado en la vertiente occidental pero que nos azotaba sin obstáculo alguno en la cumbre despejada. Nos resguardamos en unos peñascos para ponernos los impermeables, principalmente para estar más calientes, porque estábamos empapados con el sudor del esfuerzo y la humedad del aire, lo cual no era la mejor de las condiciones, ya que la temperatura estaba bajando y el viento nos arrebatava el calor corporal. Abrí la mochila, hurgué en su interior y, a continuación, levanté la mirada con la expresión confundida que acompaña al descubrimiento de un contratiempo. No llevaba el impermeable. Volví a hurgar en la mochila, pero apenas llevaba nada: un mapa, un jersey fino, una botella de agua y la fiambarrera con la comida. Reflexioné un instante y reprimí un suspiro al recordar que había sacado el impermeable hacía unos días y lo había tendido en el sótano para que se ventilara. Había olvidado volverlo a guardar.

Bill se ajustó el cordel de la capucha y me miró:

—¿Algún problema?

Le conté lo que pasaba y su expresión se volvió seria.

—¿Quieres que volvamos?

—No, no.

Sinceramente no quería regresar. Además, la situación no era tan grave. No llovía y solo tenía un poco de frío. Me puse el jersey y me encontré mejor



de inmediato. Consultamos su mapa. Casi habíamos completado la ascensión y estábamos a tan solo unos dos kilómetros y medio del Lafayette. Llegados a la cresta de la montaña, se nos presentaba un descenso pronunciado de 365 metros hasta Greenleaf Hut, un albergue de montaña que tenía cafetería. Si realmente necesitaba calentarme, llegaríamos al albergue mucho antes que si desandábamos los ocho kilómetros que nos separaban del coche.

—¿Seguro que no quieres volver?

—No —insistí—. Llegaremos dentro de media hora.

Para empeorar las cosas, llevaba vaqueros. Cualquiera os dirá que los vaqueros son la prenda de ropa más estúpida que puedes ponerte para hacer senderismo. A pesar de todo, yo me había convertido en un defensor de esos pantalones porque son recios y protegen bien de las espinas, las garrapatas, los insectos y las ortigas, lo que los hacía ideales para el bosque. Sin embargo, admito sin reparos que son totalmente inútiles en condiciones de frío y humedad. En realidad, había metido en la mochila el jersey como una simple formalidad, del mismo modo uno lleva medicamentos para las mordeduras de serpiente o unas tablillas. Por el amor de Dios, era julio. No esperaba tener que ponerme ropa de abrigo salvo, tal vez, mi fiel impermeable, que tampoco llevaba conmigo. En resumidas cuentas, iba peligrosamente mal equipado y pedía a gritos sufrir y morir. No cabe duda de que sufrí.

Tuve suerte de salir de aquel trance. El viento rugía con estrépito y vigor a unos potentes 40 kilómetros por hora, pero algunas rachas como mínimo doblaban esa velocidad y su dirección cambiaba constantemente. A veces, cuando el viento nos soplaba de cara, dábamos dos pasos hacia delante y uno hacia atrás. Cuando nos golpeaba lateralmente, nos daba un empujón hacia el borde de la cresta. Sumidos en la niebla, era imposible determinar cómo sería la caída por cualquiera de los dos lados, pero parecía aterradoramente empinada y, a fin de cuentas, caminábamos entre las nubes a más de 1.500 metros de altura. Si el tiempo hubiese empeorado un poco más, si la niebla nos hubiera impedido ver dónde pisábamos por completo o si el viento hubiese ganado la fuerza suficiente para tumbar a un hombre adulto nos habríamos quedado atrapados allí arriba, y yo estaba bastante empapado. Cuarenta minutos antes, silbábamos bajo el sol. En ese momento entendí

cómo era posible que la gente muriese en las White Mountains incluso en verano.

Lo cierto es que me encontraba un tanto inquieto. Temblaba como un loco y me sentía extrañamente mareado. Nada parecía justificar el pánico, pero era evidente que tenía motivos para estar preocupado. La cresta parecía interminable, y en aquel vacío lechoso era imposible determinar cuánto tiempo faltaba hasta que la silueta del Lafayette se alzase frente a nosotros. Miré mi reloj de pulsera: eran las once menos dos minutos. Justo a tiempo para comer en cuanto llegásemos —si llegábamos— al maldito albergue, y me consolé pensando que, como mínimo, todavía tenía la mente clara. O, al menos, a mí me lo parecía. Se supone que una persona confundida debería estar demasiado desorientada para saber que está confundida. De ello se deduce que si sabes que no estás confundido es que no lo estás. A menos, tal como pensé de pronto (y la idea era muy persuasiva), a menos, digo, que convencerte a ti mismo de que no estás confundido sea simplemente un síntoma cruel y temprano de confusión. O incluso un síntoma avanzado. ¿Quién sabe? En realidad, podía estar sumiéndome en una especie de estado irreversible previo a la confusión, caracterizado por el miedo de la víctima a estar sumiéndose en una especie de estado irreversible previo a la confusión. Es el problema de perder la cabeza: cuando se te va, ya es demasiado tarde para recuperarla.

Volví a mirar mi reloj de pulsera y descubrí, aterrorizado, que todavía eran las once menos dos minutos. ¡Me estaba fallando el sentido del tiempo! Tal vez no fuera capaz de valorar el estado de mi maltrecho cerebro, pero tenía la prueba en la muñeca. ¿Cuánto tiempo faltaba para que me pusiese a bailar medio desnudo e intentase apagar las llamas a golpes, o se me ocurriese la brillante idea de que la mejor manera de escapar de aquel atolladero era volar hasta el valle en un paracaídas mágico e invisible? Gimoteé un momento y aceleré el paso, esperé un minuto y volví a mirar el reloj. ¡Todavía eran las once menos dos minutos! No cabía duda de que tenía un problema.

Mi amigo Bill, que parecía serenamente ajeno al frío y, evidentemente, no tenía ni idea de que estuviésemos haciendo nada que no fuera avanzar por una cresta elevada azotados por un viento impropio de la estación, volvía la

vista atrás de vez en cuando para preguntarme cómo lo llevaba.

—¡Estupendo! —le respondía, porque me daba demasiada vergüenza admitir que en realidad estaba perdiendo la cabeza y me faltaba poco para saltar de la cresta con una sonrisa, chillando: «¡Nos vemos al otro lado, viejo amigo!».

Supongo que Bill nunca había perdido a un paciente en la cumbre de una montaña, y yo no quería que se preocupase. Además, no estaba completamente convencido de estar perdiendo la cabeza; solo me sentía tremendamente incómodo.

No tengo ni idea de cuánto tardamos en alcanzar la cima del Lafayette, pero sí sé que me pareció una doble eternidad. Hace un siglo, en ese lugar desolado e inhóspito se alzaba un hotel, y sus cimientos, erosionados por el viento, todavía eran un lugar de referencia —los he visto en fotografías— aunque no recuerdo haberlos visto. Estaba concentrado exclusivamente en descender por un camino lateral hasta Greenleaf Hut. El camino atravesaba un talud y aproximadamente un kilómetro y medio de distancia más adelante se adentraba en el bosque. El viento amainó casi en el mismo instante en que abandonamos la cumbre y, en cuestión de ciento cincuenta metros, el mundo recobró la calma con una inmediatez espeluznante y la densa niebla quedó reducida a un puñado de jirones deshilachados de bruma. De pronto, pudimos ver de nuevo el mundo a nuestros pies y comprobar lo altos que estábamos, una altitud considerable aunque el resto de las cumbres cercanas estuviesen envueltas de nubes. Para mi sorpresa y alivio, me sentía mucho mejor. Me enderecé con la sensación de estarme espabilando y me di cuenta de que llevaba tiempo caminando encorvado. Definitivamente me encontraba mucho mejor: apenas tenía frío y sentía la cabeza agradablemente despejada.

—Bueno, no ha estado tan mal —dije a Bill con la risita de un montañero, y eché a andar hacia el albergue.

Greenleaf Hut es uno de los diez albergues de piedra pintorescos y, en este caso, tremendamente prácticos, construidos y gestionados en las White Mountains por el venerable Appalachian Mountain Club. El AMC, fundado hace más de 120 años, no solo es el club de senderismo más antiguo de Estados Unidos, sino que también es el grupo conservacionista más antiguo de cualquier clase. Cobran la inequívocamente alta cifra de 50 dólares por un

camastro, cena y desayuno, por lo que entre los senderistas que pasan por la zona se los conoce como el Appalachian Money Club. Además, hay que reservar con días o incluso semanas de antelación. Lo cierto es que no dan la impresión de ser aliados de los senderistas, sino más bien de ser un club de senderismo para los pijos de cabo Cod. Sin embargo, el AMC puede enorgullecerse de mantener 2.250 kilómetros de caminos en las White Mountains, dirige un magnífico centro de atención al visitante en Pinkham Notch, publica libros dignos y permite la entrada en sus instalaciones para usar el baño, proveerse de agua o simplemente para calentarse, que es justo lo que hicimos con enorme gratitud.

Compramos dos cafés para calentarnos y fuimos a beberlo a las mesas del comedor comunitario, donde nos sentamos junto a un puñado de senderistas sudorosos y comimos lo que llevábamos en las fiambreras. El albergue era muy acogedor en un sentido básico y rústico, tenía el techo alto y ofrecía un amplio espacio por el que moverse. Al terminar de comer comencé a sentirme algo agarrotado, así que me levanté para dar una vuelta y eché un vistazo al interior de uno de los dos dormitorios. Era una habitación amplia, llena de literas empotradas que se apilaban en columnas de a cuatro. Estaba limpia y bien ventilada, pero era sorprendentemente sencilla, y cabía imaginar que por la noche, repleta de senderistas con su equipo, debía de parecer un barracón militar. No me resultaba ni remotamente atractiva. Benton MacKaye no había tenido nada que ver con estos albergues, pero se ajustaban fielmente a su visión (sobrios, rústicos y eminentemente comunitarios) y me percaté, con una especie de leve *shock*, de que, si su sueño de establecer una cadena de albergues junto a los senderos se hubiera hecho realidad, el resultado habría sido exactamente así. Mi fantasía de hallar un refugio tranquilo y acogedor con una explanada llena de mecedoras se había transformado más bien en un campo de adiestramiento militar, y bastante caro, por cierto, a juzgar por las tarifas del AMC.

Realicé un cálculo rápido. Tomando los 50 dólares como precio estándar, un senderista medio necesitaría entre 6.000 y 7.500 dólares para alojarse todas las noches en un albergue mientras recorría el camino. Evidentemente, no habría funcionado. Tal vez era mejor así.

Al partir del albergue para descender de nuevo la montaña por un sendero

lateral en dirección a Franconia Notch, el sol brillaba tímidamente, y fue cobrando fuerza a medida que descendíamos, hasta que gozamos de nuevo de un hermoso día de julio, con una brisa suave y perezosa, y nos vimos rodeados de árboles salpicados de luz y del trinar de los pájaros. Cuando llegamos al coche, a última hora de la tarde, yo ya estaba casi completamente seco, y el miedo pasajero que había sentido en el Lafayette —iluminado en ese momento por un sol radiante y recortado sobre un cielo azul intenso— parecía un recuerdo lejano.

Al subir al coche, miré el reloj de pulsera. Marcaba las once menos dos minutos. Lo agité y observé atentamente cómo el segundero se volvía a poner en marcha.



## 18

La tarde del 12 de abril de 1934, Salvatore Pagliuca, un meteorólogo del observatorio situado en la cumbre del monte Washington, vivió una experiencia que nadie había vivido ni ha vuelto a vivir desde entonces.

Por expresarlo con suavidad, diremos que el monte Washington a veces es un poco ventoso, y ese día el viento soplaba con especial intensidad. Durante las veinticuatro horas anteriores, la velocidad del viento no había bajado de los 172 kilómetros por hora, con frecuentes rachas mucho más intensas. Llegado el momento en el que Pagliuca debía realizar las lecturas de la tarde, el viento soplaba con tal fuerza que se ató una soga alrededor de la cintura y pidió a dos de sus colegas que sujetasen el otro extremo. La situación era tal que a los hombres les costó incluso abrir la puerta de la estación meteorológica, y tuvieron que emplear todas sus fuerzas para evitar que Pagliuca se convirtiese en una especie de cometa humana. Se desconoce cómo logró Pagliuca alcanzar el instrumental y hacer las lecturas, como también se desconocen sus palabras cuando por fin logró regresar tambaleándose al interior, aunque «¡Jooodeeeer!» parece una opción plausible.

Lo que sí es cierto es que Pagliuca acababa de experimentar una velocidad del viento en superficie de 372 kilómetros por hora. Nunca se ha registrado una velocidad cercana a esa en ningún lugar del mundo.

En *The Worst Weather on Earth: A History of the Mount Washington Observatory* [El peor clima del planeta: historia del monte Washington], William Lowell Putnam comenta irónicamente: «Es posible que en algún lugar inhóspito del planeta Tierra se den de vez en cuando condiciones más adversas, pero todavía no ha quedado constancia adecuada de ello». Entre los

muchos récords que ostenta la estación meteorológica del monte Washington se encuentran: mayor número de instrumentos meteorológicos destruidos, más viento en veinticuatro horas (casi 5.000 km) y sensación térmica más baja (debida a la combinación de vientos de 160 km/h y una temperatura de – 44 grados, una inclemencia sin igual ni siquiera en la Antártida).

Las peculiaridades climatológicas del monte Washington se deben no tanto a su altitud o latitud, aunque ambos son factores a tener en cuenta, como a su posición en el punto exacto en el que los sistemas climáticos de elevada altitud de Canadá y los Grandes Lagos topan con el aire húmedo y comparativamente cálido del Atlántico o el sur de Estados Unidos. A consecuencia de ello, recibe 625 centímetros de nieve al año y un grosor de 6 metros de nieve en la superficie. En 1969, durante una tormenta memorable, en cuestión de tres días cayeron sobre la cumbre 2,4 metros de nieve. El viento merece una mención especial; de media, sopla con fuerza huracanada (por encima de los 120 km/h) dos de cada tres días de invierno y el cuarenta por ciento de los días del año. Debido a la larga duración y la dureza de sus inviernos, la cruel temperatura media anual en la cumbre es de unos tristes 3 grados bajo cero. La media estival es de 11 grados, casi 14 grados por debajo de la que se registra en su base. Es una montaña brutal, pero pese a todo, la gente sube a ella, o al menos lo intenta, incluso en invierno.

En su libro *Into the Mountains*, Maggie Stier y Ron McAdow recogen que Derek Tinkham y Jeremy Haas, dos alumnos de la Universidad de New Hampshire, decidieron en enero de 1994 hacer senderismo a lo largo de toda la Presidential Range (siete cumbres, incluyendo la del Washington, bautizadas en honor de presidentes de Estados Unidos). Aunque eran experimentados senderistas de invierno e iban bien equipados, no podían ni imaginar dónde se estaban metiendo. En su segunda noche, los vientos alcanzaron los 145 kilómetros por hora y la temperatura se desplomó hasta los 35 grados bajo cero. Yo he experimentado una temperatura de 31 grados bajo cero y os aseguro que, incluso estando bien abrigado y beneficiándome del calor residual de un espacio interior, la situación resulta inequívocamente incómoda en cuestión de minutos. Ambos se las apañaron para sobrevivir a la noche, pero al día siguiente, Haas anunció que no podía continuar. Tinkham le ayudó a meterse en un saco de dormir y se dirigió tambaleándose al



observatorio meteorológico, situado a poco más de tres kilómetros de distancia. Logró llegar, aunque sufría graves congelaciones. A su amigo lo encontraron al día siguiente «con medio cuerpo fuera del saco de dormir y congelado como un témpano».

Decenas de personas más han perecido en el Washington en condiciones mucho menos extremas. Una de las muertes más tempranas y célebres fue la de una joven llamada Lizzie Bourne que, en 1855, poco después de que el monte Washington comenzase a atraer turistas, decidió subirlo caminando junto a dos acompañantes masculinos una soleada tarde de septiembre. Tal como seguramente imaginabais, el tiempo cambió y se encontraron perdidos en la niebla. Por algún motivo, se separaron. Los dos hombres lograron alcanzar un hotel situado en la cumbre ya caída la noche. Encontraron a Lizzie al día siguiente a apenas cuarenta y cinco metros de la puerta, pero bastante muerta.

En total, 122 personas han perdido la vida en el Washington. Hasta no hace mucho, cuando lo superó el monte Denali en Alaska, era la montaña que más víctimas se había cobrado en toda Norteamérica. En vista de ello, cuando el intrépido doctor Bill Abdu y yo detuvimos el coche a sus pies unos días más tarde para iniciar la segunda de nuestras grandes ascensiones, yo llevaba suficiente ropa de repuesto como para atravesar la Antártida: impermeable, jersey de lana, chaqueta, guantes, pantalones de recambio y ropa interior larga. No pensaba volver a pasar frío en las alturas nunca más.

En el Washington, el pico más alto al norte de las Smokies y el este de las Rocosas, con sus francamente respetables 1.898 metros de altitud, los días claros no abundan, y aquel era un día claro, por lo que había una multitud de visitantes. A las ocho y diez de la mañana, cuando llegamos, conté más de setenta coches en el aparcamiento del centro de visitantes de Pinkham Notch, y llegaban más a cada minuto. El monte Washington es la cumbre más popular de las White Mountains, y el sendero de Tuckerman Ravine, la ruta que habíamos escogido, el más popular para ascenderlo. Cada año, unos 60.000 senderistas enfilan la ruta Tuckerman, aunque buena parte de ellos suben en coche hasta la cima de la montaña y bajan caminando, por lo que puede que las cifras estén un poco hinchadas. En cualquier caso, aquella mañana cálida, de cielo azul y maravillosamente prometedor de finales de

julio, estaba algo más que moderadamente transitada.

El ascenso fue mucho más fácil de lo que había imaginado. Todavía no acababa de acostumbrarme a la novedad de subir colinas elevadas sin cargar con una aparatosa mochila. La diferencia es abismal. No diré que fue un paseo, pero, si tenemos en cuenta que en el transcurso de poco menos de cinco kilómetros debíamos cubrir un ascenso de casi 1.400 metros, seguimos un ritmo bastante bueno. Tardamos dos horas y cuarenta minutos (la guía para senderistas de las White Mountains que llevaba mi amigo Bill sugería un tiempo de unas cuatro horas y quince minutos), así que nos sentimos bastante orgullosos.

Puede que a lo largo del sendero de los Apalaches se puedan coronar cumbres más exigentes y emocionantes, pero ninguna resulta más sorprendente. Tras salvar el último tramo de empinada pendiente rocosa, sacas la cabeza por encima del borde y te recibe un enorme aparcamiento en hileras, repleto de automóviles que brillan abrasados por el sol. Más allá se alza un complejo de edificios dispersos entre los cuales se mueven multitudes de personas vestidas con pantalones cortos y gorras de béisbol. Da la impresión de que una exposición universal se ha trasladado misteriosamente a la cumbre de una montaña. Cuando recorres el sendero de los Apalaches te acostumbras hasta tal punto a compartir la cumbre con un puñado de otras personas que se han esforzado tanto como tú para llegar hasta allí, que me sentí francamente asombrado. Los visitantes del Washington pueden llegar a la cumbre siguiendo una sinuosa carretera de peaje, o bien mediante un ferrocarril de cremallera que asciende por la otra vertiente; cientos de personas (cientos y cientos de ellas, al parecer) habían optado por hacer uso de esas alternativas. Estaban por todas partes: disfrutando del sol, encorvados sobre las barandillas de los miradores, yendo y viniendo entre diversas tiendas y restaurantes... Por un instante, me sentí como un visitante llegado de otro planeta. Me encantaba. Era una pesadilla, por supuesto, y la profanación de la montaña más alta del noreste, pero me agradaba que eso ocurriera en un sitio en concreto. Hacía que el resto del sendero pareciera perfecto.

El epicentro de toda la actividad era un edificio de cemento monstruosamente feo, el Summit Information Center, con grandes ventanas,

amplias plataformas para contemplar las vistas y una cafetería exageradamente bulliciosa. Nada más cruzar el umbral había una larga lista de todas las personas que habían muerto en la montaña junto con la causa de la muerte. Comenzaba por un tal Frederick Strickland, de Bridlington (Yorkshire, Inglaterra), que se perdió en octubre de 1849 mientras caminaba a través de una tormenta, y proseguía con una serie bastante impresionante de infortunios que concluían con la muerte de dos senderistas a causa de una avalancha tan solo tres meses atrás. Las laderas del Washington se habían cobrado ya seis vidas en los seis meses que llevábamos de 1996 (una estadística que da bastante que pensar), y en el mural quedaba todavía mucho espacio para más.

En el sótano había un pequeño museo con exposiciones sobre el clima del Washington, su geología y su vegetación característica, pero lo que me llamó la atención especialmente fue un cortometraje cómico titulado *El desayuno de los campeones*, que supongo que rodaron los meteorólogos para divertirse. Estaba filmado con una cámara fija instalada en una de las terrazas de la cumbre y mostraba a un hombre sentado a una mesa, como si estuviera en un restaurante al aire libre, durante una de sus famosas ventoleras. Mientras sujeta la mesa con ambos brazos, un camarero se le acerca luchando contra el viento con grandes dificultades, como un equilibrista caminando sobre el ala de una avioneta a 9.000 metros de altura. Intenta servir a su comensal un cuenco de cereales, pero todo sale volando horizontalmente desde la caja. A continuación, añade leche, pero sigue el mismo camino (y la mayoría cae sobre el cliente, un momento especialmente gratificante). Acto seguido, el cuenco también sale volando, seguido de los cubiertos, si no recuerdo mal, y al final la mesa empieza a moverse y ahí termina la cinta. Me gustó tanto que lo vi dos veces, y después fui a buscar a mi amigo Bill para que lo viese, pero como no logré encontrarle en el bullicio salí al mirador y contemplé el tren de cremallera que trepaba por la montaña escupiendo volutas de humo negro por el camino. Se detuvo en la estación de la cumbre y cientos de turistas felices más se apearon torpemente.

El turismo en el monte Washington cuenta con una larga historia. Ya en 1852 existía un restaurante en la cumbre, y sus propietarios servían unas cien comidas diarias. En 1853, se construyó un pequeño hotel de piedra, el Tip-

Top House, que tuvo un éxito rotundo e inmediato. Más tarde, en 1869, un empresario local llamado Sylvester March construyó el tren de cremallera, el primero del mundo. La opinión generalizada fue que estaba loco y que, aunque lograra construir el ferrocarril, lo que ya era de por sí dudoso, no tendría demanda. En realidad, tal como me demostraban las multitudes que vomitaba el tren en ese momento, la gente todavía no se ha cansado de él.

Cinco años después de la inauguración del cremallera, el viejo Tip-Top fue sustituido por el Summit House Hotel, mucho mayor, al cual sucedió una torre de 12 metros con un reflector multicolor que podía verse desde toda Nueva Inglaterra y desde buena distancia mar adentro. A finales de siglo se publicaba un periódico en la cumbre como novedad estival y American Express había abierto una sucursal.

A ras de suelo, por su parte, las cosas también iban viento en popa. La industria turística moderna, entendida como el transporte de grandes grupos de gente a un lugar atractivo donde encontrarán una abundante oferta de ocio al llegar es, esencialmente, un invento de las White Mountains. Hoteles inmensos de hasta 250 habitaciones brotaron en todos los valles. Construidos en un vistoso estilo, como cabañas hinchadas hasta alcanzar el tamaño de un hospital o un sanatorio, eran edificios sumamente decorados y elaborados, de los más grandes y complicados jamás construidos en madera, con tejados interminables y enfatizados con torres y torretas, y cualquier otro aditamento arquitectónico que pudiera idear una mente victoriana. Tenían jardines de invierno y salones, comedores con un aforo de 200 personas y verandas que parecían la cubierta de paseo de un transatlántico, en las cuales los huéspedes podían beber al aire libre y contemplar el escarpado esplendor de la naturaleza.

Los mejores hoteles eran realmente buenos. El Profile House de Franconia Notch tenía su propia línea de ferrocarril hasta Bethlehem Junction, a casi trece kilómetros de distancia; sus instalaciones contaban con veintiún edificios, en cada uno de los cuales había hasta doce dormitorios. El Maplewood tenía su propio casino. Los huéspedes del Crawford House podían elegir entre nueve periódicos llegados de Nueva York o de Boston, que distribuían especialmente para ellos. Si algo era nuevo y emocionante (ascensores, iluminación a gas, piscinas, campos de golf...), los hoteles de las

White Mountains eran de los primeros en adoptarlo. En la última década del siglo XIX había 200 hoteles diseminados por las White Mountains. Nunca se han reunido tantos y tan esplendorosos hoteles en un mismo lugar, y menos todavía en un entorno de montaña. Hoy en día han desaparecido prácticamente todos.

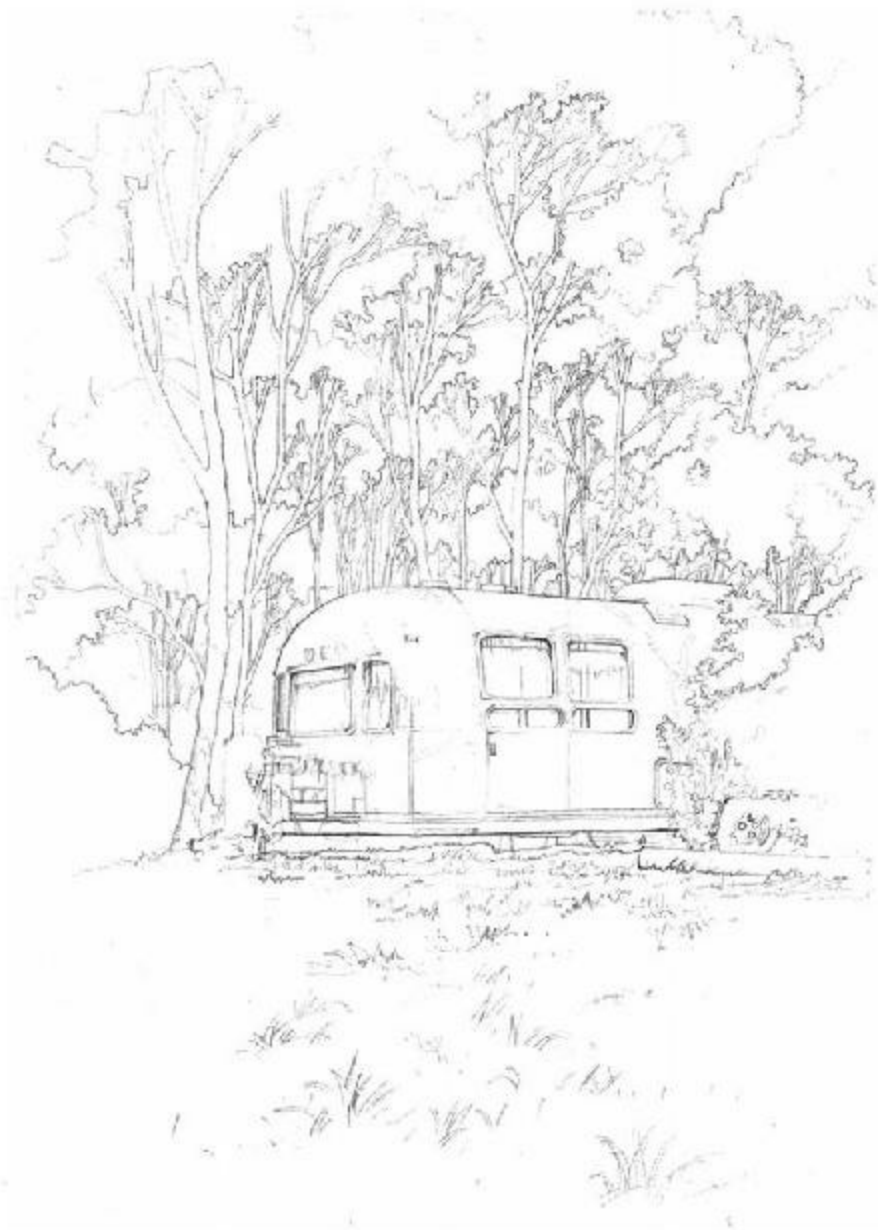
En 1902, el Mount Washington Hotel, el más majestuoso de todos ellos, abrió en Bretton Woods, en un paraje abierto, entre praderas, y con la Presidential Range de fondo. Construido con un imponente estilo que el arquitecto describió con optimismo como «Renacimiento español», era un derroche de elegancia y opulencia, con 1.052 hectáreas de tierras cultivadas, 235 habitaciones y hasta el último aditamento que pudiera adquirirse con montañas de dinero. Solo para los enyesados, los promotores llevaron a la obra a 250 artesanos italianos. Y sin embargo, cuando abrió ya era en gran medida un anacronismo.

La moda iba por otro lado. Los turistas norteamericanos descubrieron la costa. Los hoteles de las White Mountains eran un poco demasiado aburridos, un poco demasiado remotos y caros para los gustos modernos. Peor aún, habían comenzado a atraer al tipo de gente equivocada: novatos pretenciosos de Boston y Nueva York. Por último, y por encima de todo, había llegado el automóvil. Los hoteles se habían construido asumiendo que los visitantes se quedarían como mínimo una noche, pero los vehículos a motor concedían a los turistas una movilidad pasmosa. En la edición de 1924 de la guía *New England Highways and Byways from a Motor Car* [Carreteras y caminos de Nueva Inglaterra en vehículo a motor], el autor loaba efusivamente el esplendor sin igual de las White Mountains (las vertiginosas cataratas de Franconia, la majestuosidad de alabastro del Washington o el encanto secreto de pueblecitos como Lincoln o Bethlehem) y animaba a los visitantes a dedicar a las montañas un día y una noche enteros. Estados Unidos no solo entraba en la edad del automóvil: empezaba también a perder la capacidad de concentrarse en las cosas.

Uno a uno, los hoteles fueron cerrando, empezaron a venirse abajo o, en la mayoría de los casos, ardieron hasta los cimientos (a menudo, y como si de un milagro se tratase, prácticamente lo único que sobrevivía era la póliza del seguro), y el bosque recuperó lentamente el terreno que ocupaban. Hubo un

tiempo en el que se podían ver unos veinte grandes hoteles desde la cumbre. Hoy en día solo queda uno, el monte Washington, que todavía resulta imponente y jovial con su alegre tejado rojo, pero también parece inevitablemente desolado en su solitaria majestuosidad (e incluso este hotel ha estado al borde de la quiebra varias veces). En el resto del espacioso valle que se extendía a nuestros pies, en los lugares donde antaño se habían alzado orgullosos el Fabyan, el monte Pleasant, el Crawford House y muchos otros, solo quedaba bosque, autopistas y moteles.

De principio a fin, la edad dorada de los grandes hoteles de las White Mountains duró tan solo cincuenta años. Una vez más tengo que insistir en lo longevo y venerable que es por comparación el sendero de los Apalaches. Con esa idea en la cabeza, fui a buscar a mi amigo Bill para completar la caminata.



## 19

—He tenido una idea genial —dijo Stephen Katz.

Estábamos en la sala de estar de mi casa, en Hanover. Habían pasado dos semanas. Nos íbamos a Maine a la mañana siguiente.

—¿Ah, sí? —contesté, intentando no parecer suspicaz, puesto que tener ideas no era el punto fuerte de Katz.

—¿Sabes lo horrible que es llevar una mochila llena a cuestas?

Asentí. Por supuesto que lo sabía.

—Pues estaba pensando en eso el otro día. De hecho, he estado pensando mucho en ello porque, si te digo la verdad, Bryson, la idea de echarme esa mochila a la espalda de nuevo... —bajó la voz—, me acojonaba.

Asintió con solemnidad y Katz repitió su concepto clave.

—Entonces se me ocurrió una gran idea: una alternativa. Cierra los ojos.

—¿Para qué?

—Quiero darte una sorpresa.

Odio tener que cerrar los ojos para una sorpresa, siempre lo he odiado, pero lo hice. Pude oír que escarbaba en su petate militar.

—¿Quién carga un montón de peso todo el tiempo? —continuó—. Eso fue lo que me pregunté. ¿Quién carga con un montón de peso un día detrás de otro? Oye, no mires todavía. Y entonces se me ocurrió.

Se quedó callado por un momento, como si estuviera haciendo algún ajuste crucial que asegurara un impacto perfecto.

—Vale, ya puedes mirar.

Abrí los ojos. Katz, con una exagerada sonrisa, lucía una bolsa de repartidor del *Des Moines Register*, uno de esos morrales de color amarillo brillante que los repartidores de periódicos estadounidenses se echan al



hombro antes de subirse a la bicicleta y salir a recorrer su ruta.

—No estás hablando en serio —respondí con calma.

—No he hablado más en serio en mi vida, mi viejo amigo de la montaña. Tengo otra para ti.

Del petate sacó otra bolsa y me la tendió, impecablemente doblada y envuelta en plástico transparente.

—Stephen, no se pueden atravesar los bosques de Maine con una bolsa de repartidor de periódicos.

—¿Por qué no? Es cómoda, es impermeable (lo suficiente), tiene mucha capacidad, y pesa unos cien gramos. Es el accesorio perfecto para el senderista. Déjame hacerte una pregunta: ¿cuándo viste por última vez a un repartidor de periódicos con una hernia?

Asintió con gesto de sabihondo, como si me fuese a desarmar con ese argumento. Empecé a mover la boca para dar forma a una réplica, pero Katz se me adelantó antes de que pudiera poner en orden mis pensamientos.

—Este es el plan —prosiguió—. Reducimos la carga al mínimo imprescindible: nada de estufas, botellas de gas, fideos, café, tiendas, bolsas accesorias, ni sacos de dormir. Caminaremos y acamparemos como hombres de montaña. ¿Acaso Daniel Boone tenía un saco de dormir de tres estaciones? Lo dudo. Solo llevaremos comida fría, botellas de agua y puede que una muda de ropa. Creo que podríamos rebajar la carga a unos dos kilos y medio. Y... —introdujo la mano satisfecho en la bolsa de repartidor de periódicos vacía—, lo meteremos todo aquí dentro.

Se le veía en la cara que estaba ansioso porque rompiese en aplausos.

—¿Se te ha ocurrido pensar en lo ridículo que estarías?

—Sí. Me da igual.

—¿Has considerado que serías un motivo de burla incontrolable para todo aquel que se cruzara contigo de aquí al Katahdin?

—Me importa una mierda.

—Vale, ¿y has pensado en lo que te diría un guarda forestal si te encontrase adentrándote en las Cien Millas con una bolsa de repartidor de periódicos? ¿Sabes que tienen autoridad para retener a cualquiera que consideren que no esté mental o físicamente en forma? —Esto último era mentira, pero dibujó un atisbo de ceño en su rostro—. ¿Tampoco se te ha

ocurrido que tal vez la razón por la que los repartidores de periódicos no padecen hernias es porque solo cargan con la bolsa durante más o menos una hora al día? ¿Que a lo mejor te golpearía las piernas todo el tiempo y te irritaría los hombros? Mira cómo te está rozando el cuello ya.

Sus ojos se dirigieron furtivamente hacia la correa. Lo único positivo de las ocurrencias de Katz era que nunca resultaba demasiado difícil convencerle para descartarlas. Se quitó la bolsa por encima de la cabeza.

—De acuerdo —asintió—. Al cuerno las bolsas, pero llevaremos equipaje ligero.

Me conformaba con eso. De hecho, me parecía una propuesta perfectamente sensata. Incluimos más de lo que Katz quería (insistí en los sacos de dormir, la ropa de abrigo y las tiendas de campaña con el argumento de que recorrer las Cien Millas podría ser bastante más duro de lo que él suponía), pero accedí a prescindir de las estufas, las botellas de gas, los cazos y las sartenes. Comeríamos cosas frías, sobre todo Snickers, pasas y una variedad indestructible de salami llamada Slim Jim. No nos mataría en quince días. Además, no me veía con ánimos de enfrentarme a otro tazón de fideos. Entre los dos ahorramos quizás unos dos kilos y medio cada uno, que en realidad no era casi nada, pero la alegría de Katz fue desproporcionada. No se salía a menudo con la suya, ni siquiera en parte.

Y así fue como al día siguiente mi esposa nos llevó hasta las profundidades de los inmensos bosques de Maine para comenzar nuestra excursión a través de las Cien Millas. Maine es engañoso: es el décimo segundo estado más pequeño, pero cuenta con una superficie de bosques inhabitados (cuatro millones de hectáreas) mayor que la de ningún otro excepto Alaska. En las fotografías se antoja sereno y atrayente, casi como un parque, repleto de cientos de lagos frescos y profundos, y miles de montañas ondulantes, brumosas y tranquilas. Solo el Katahdin, con sus rocosas pendientes de subida y su impresionante mole, puede llegar a intimidar un poco al caminante. Sin embargo, Maine es durísimo.

Los encargados del mantenimiento del sendero de Maine parecen regodearse en buscar las cumbres más escabrosas y las pendientes más inasequibles, y Maine alberga una multitud apabullante de ambas. En Maine, a lo largo de 450 kilómetros, el sendero de los Apalaches obsequia a los

excursionistas que se dirigen al norte con casi 30.000 metros de ascenso, el equivalente a tres Everests. Y en el corazón de todo esto se extienden las célebres Cien Millas: 160,45 kilómetros de bosque boreal que, sin una sola tienda, casa o carretera asfaltada, unen el pueblo de Monson con una zona de acampada en Abol Bridge, justo a los pies del Katahdin. Es la sección más recóndita de todo el sendero de los Apalaches. Si ocurre algún problema en las Cien Millas, estás solo. Te puedes morir allí de una ampolla infectada.

La mayoría de la gente tarda de una semana a diez días en recorrer esta legendaria ruta. Puesto que nosotros disponíamos de quince días, mi mujer nos dejó en Caratunk, un pueblo remoto junto al río Kennebec, a 60 kilómetros de Monson y del inicio oficial del bosque cerrado. Tendríamos tres días para calentar y la oportunidad de reabastecernos en Monson antes de adentrarnos en la profundidad del bosque de forma irreversible. A modo de reconocimiento, yo ya había practicado un poco de senderismo hacia el oeste por los lagos Rangeley y Flagstaff, la semana anterior a la llegada de Katz, así que creía conocer el terreno. Aun así, el impacto fue enorme.

Era la primera vez en casi cuatro meses que cargaba con una mochila llena hasta arriba. No me podía creer lo mucho que pesaba; no me podía creer que en algún momento hubiese llegado a pensar que podía cargar con todo ese peso. El esfuerzo fue tan repentino como descorazonador. Pero al menos yo había hecho algo de senderismo. Katz, era evidente, empezaba desde cero (en realidad, a unos cuantos desayunos con tortitas por debajo de cero). Había un largo y suave trayecto desde Caratunk hasta un enorme lago llamado Pleasant Pond, que apenas suponía desafío alguno, pero enseguida me di cuenta de que caminaba midiendo muchísimo cada paso, respirando ruidosamente y mostrando una expresión de desconcierto que decía: «¿Dónde me he metido?».

Tan solo era capaz de murmurar «Dios...» con tono de asombro cada vez que le preguntaba cómo se encontraba, y cuando liberó su espalda dejando caer la mochila en el primer descanso tras cuarenta y cinco minutos, resopló con un hondo y prolongado «jodeeeeeeeeer», parecido al ruido que hace un cojín mullido cuando alguien se le sienta encima. Cogió una botella de agua y vació casi la mitad. A continuación, me lanzó una mirada silenciosa y desesperada, volvió a echarse la mochila a los hombros y, sin decir palabra,

continuó caminando.

Pleasant Pond era un destino vacacional; oímos alegres chillidos de niños que chapoteaban y nadaban a tal vez unos cien metros de distancia, aunque no podíamos ver nada del lago a través de los árboles. De hecho, si no fuera por aquel alborozo no habríamos sabido que se encontraba allí, un recordatorio aleccionador de lo sofocantes que podían llegar a ser aquellos bosques. Más adelante se alzaba el Middle Mountain, de solo 760 metros de altura, pero extraordinariamente empinado, una experiencia totalmente distinta en un día caluroso y con una engorrosa mochila hundiéndose en nuestros tiernos hombros. Con paso lento y derrotado me puse en camino hacia la cima. Pronto dejé atrás a Katz, que más que caminar arrastraba los pies.

Eran más de las seis de la tarde cuando llegue al pie de la montaña y encontré una zona de acampada decente junto a una pista forestal poco transitada y cubierta de hierba, en una zona llamada Baker Stream. Esperé a Katz unos minutos y después empecé a montar mi tienda. Pasados veinte minutos seguía sin haber rastro de él y fui en su busca. Cuando lo encontré, estaba casi a una hora del campamento y venía con los ojos vidriosos.

Le quité la mochila y suspiré al descubrir lo liviana que era.

—¿Qué le ha pasado a tu mochila?

—Bueno, tiré algunas cosas —dijo con tono mohíno.

—¿Qué?

—Ropa y cosas así.

No parecía estar seguro de si avergonzarse o ponerse a la defensiva. Se decantó por la segunda opción.

—Ese dichoso jersey, para empezar.

Habíamos tenido una ligera disputa acerca de la necesidad de ropa de abrigo.

—Pero puede hacer frío. El tiempo es muy cambiante en las montañas.

—Sí, claro. Es agosto, Bryson, por si no te habías dado cuenta.

No tenía demasiado sentido tratar de razonar con él. Cuando llegamos a donde yo había levantado el campamento, mientras montaba su tienda, le eché un vistazo a su mochila: al parecer, había tirado casi toda su ropa de repuesto y una buena cantidad de comida.

—¿Dónde están los cacahuetes? —pregunté—. ¿Dónde están todos tus Slim Jims?

—No necesitamos todas esas chorradas. Solo son tres días hasta Monson.

—Stephen, casi toda esa comida era para las Cien Millas. No sabemos qué clase de suministros habrá en Monson.

—Ah.

Parecía afectado y arrepentido.

—Ya pensaba que era mucho para tres días.

Rebusqué en la mochila con desesperación y luego miré a mi alrededor.

—¿Y la otra cantimplora?

Me miró con ojos de cordero degollado.

—La tiré.

—¿Has tirado una cantimplora?

Aquello ya era demasiado; si hay algo imprescindible en un sendero en pleno agosto, es llevar mucha agua.

—Pesaba mucho.

—Pues claro que pesaba. El agua siempre pesa, pero es un pelín indispensable, ¿no crees?

Me lanzó una mirada de desesperación.

—Es que tenía que quitarme de encima algo de peso. Estaba desesperado.

—No, estabas haciendo el imbécil.

—Ya, eso también —asintió.

—Stephen, ojalá no anduvieras haciendo esas cosas.

—Ya lo sé —contestó. Parecía arrepentido de verdad.

Mientras él terminaba de montar su tienda, fui a filtrar agua para la mañana siguiente. Baker Stream era en realidad un río, amplio, claro y poco profundo, y muy hermoso bajo el brillo de un atardecer de verano. Al otro lado, los árboles dejaban caer sus ramas sobre la superficie, en la que centelleaban los últimos rayos de sol. Al arrodillarme en la orilla, me percaté, extrañado, de algo, una presencia por encima de mi hombro izquierdo. Aquello me hizo ponerme en pie y observar la maraña de vegetación que crecía a la orilla del agua. Quién sabe qué me impulsó a mirar, porque no podía haber oído nada debido al tumulto musical del agua, pero allí estaba, dirigiéndome una mirada torva arropado por el oscuro sotobosque, a unos

cinco metros de distancia. Era un alce, una hembra adulta, o eso supuse, ya que carecía de astas. Era evidente que iba a beber al río y que mi presencia la había hecho detenerse, y ahora se encontraba claramente indecisa, sin saber qué hacer a continuación.

Es una experiencia extraordinaria encontrarte cara a cara con un animal mucho más alto que tú. Uno sabe que esas criaturas están ahí, por supuesto, pero nunca espera encontrarse con una en ningún momento en particular, y menos cerca, y esta estaba lo bastante cerca para que yo pudiera ver las moscas y demás insectos que revoloteaban en círculos alrededor de su cabeza. Nos miramos durante un largo minuto, sin que ninguno estuviera seguro de qué hacer. Aquello tenía un aura obvia y muy gratificante de aventura, pero también había algo mucho más simple y elemental: una clase de respeto mutuo que se deriva de sostenerse la mirada. Era eso lo inesperadamente emocionante; la sensación de que, en cierta medida, había un saludo en aquella cautelosa evaluación mutua. Muy despacio, con el fin de no alarmar al animal, me escabullí para buscar a Katz.

Cuando volvimos, el alce había avanzado hasta el agua y bebía a unos siete metros y medio de nosotros.

—Hala... —susurró Katz.

También estaba emocionado, advertí complacido.

El alce alzó la vista hacia nosotros, resolvió que no teníamos intención de hacerle daño y volvió a beber. Lo contemplamos durante quizás unos cinco minutos, pero los mosquitos nos acribillaban, así que nos dimos la vuelta y retornamos al campamento en un estado de considerable euforia. Nos parecía una especie de confirmación (ahora sí que estábamos en plena naturaleza) y una agradable recompensa por un día de duro esfuerzo.

Cenamos Slim Jims, uvas pasas y Snickers, y nos retiramos a nuestras tiendas para escapar del perpetuo ataque de los mosquitos. Ya acostados en ellas, Katz habló.

—Ha sido un día duro. Estoy rendido —dijo con entusiasmo.

No era propio de él mostrarse hablador a esas horas.

Asentí con un gruñido.

—Había olvidado lo duro que es.

—Sí, yo también.

—El primer día siempre es duro, de todos modos, ¿verdad?

—Sí.

Exhaló un suspiro al acomodarse y dio un melodioso bostezo.

—Irá mejor mañana —afirmó, aún bostezando.

Con eso querría decir, supuse, que no iría tirando nada tontamente por ahí.

—En fin, buenas noches —añadió.

Dirigí la vista a la pared de mi tienda, en la dirección de la que provenía su voz. En todas las semanas que habíamos acampado juntos, esa era la primera vez que me daba las buenas noches.

—Buenas noches —contesté.

Me giré hacia un lado. Tenía razón, por supuesto. El primer día siempre va mal. Mañana iría mejor. Nos dormimos en cuestión de minutos.

Pues bien, ambos nos equivocamos. El día siguiente empezó bastante bien, con un amanecer soleado que prometía otra calurosa jornada. Era la primera vez en todo el recorrido que hacía calor al despertarnos y nos alegramos de aquella novedad. Desmontamos las tiendas, desayunamos pasas y Snickers, y emprendimos la marcha hacia el bosque profundo.

A eso de las nueve el sol ya estaba en lo alto y abrasaba. Incluso en días calurosos, los bosques suelen ser frescos, pero allí el aire era pesado, letárgico y húmedo, casi tropical. Alrededor de dos horas después de iniciar la marcha nos topamos con un lago como de una hectárea de superficie, repleto de juncos apergaminados, árboles caídos y de los troncos blanqueados de los árboles muertos que aún quedaban en pie. Las libélulas danzaban sobre la superficie. Al otro lado, expectante, se alzaba una mole descomunal llamada Moxie Bald Mountain. Pero lo que se apreciaba inmediatamente era que el sendero, de forma abrupta y desconcertante, se interrumpía al llegar al agua. Katz y yo nos miramos: seguro que algo estaba mal. Por primera vez desde Georgia, nos preguntamos si habíamos perdido el sendero (solo el cielo sabe lo que Chicken John habría pensado de aquello). Volvimos sobre nuestros pasos una distancia considerable, estudiamos el mapa y la guía del sendero, intentamos buscar un camino alternativo alrededor del estanque, atravesando la calurosa e impenetrable vegetación a cada lado, para

finalmente concluir que tendríamos que vadearlo. En la lejana orilla, a unos setenta metros de distancia, Katz divisó una de las balizas del sendero de los Apalaches. Evidentemente, había que cruzar el agua.

Katz iba en cabeza, descalzo y en calzoncillos, valiéndose de una especie de pértiga para tantear el camino a través de un revoltijo de troncos medio sumergidos. Yo lo seguía de la misma manera, pero a distancia suficiente como para no cargar mi peso sobre el tronco en el que él se encontraba. Los troncos estaban cubiertos de moho resbaladizo y tendían a oscilar o rotar de forma alarmante al poner el pie en ellos. Dos veces estuvo a punto de caerse. Finalmente, unos veinte metros más adelante, perdió el equilibrio del todo y se zambulló agitando los brazos en aquellas aguas turbias, a la vez que soltaba un infeliz gemido. Se hundió hasta el fondo, salió a la superficie, volvió a hundirse de nuevo, y volvió a salir, agitándose y chapoteando con tal fuerza que por unos momentos realmente angustiosos pensé que se estaba ahogando. El peso de la mochila lo arrastraba hacia atrás y le impedía recuperar la vertical, o incluso mantener la cabeza fuera del agua. Estaba a punto de tirar mi mochila y zambullirme en su ayuda cuando consiguió asirse a un tronco y auparse hasta quedar de pie. El agua le llegaba al pecho. Se aferró al tronco y jadeó notablemente debido al esfuerzo de recobrar el aliento y calmarse. Era obvio que se había llevado un susto.

—¿Estás bien? —le dije.

—De lujo —contestó—. Estoy de lujo. No sé por qué no han puesto cocodrilos en el agua y convertido esto en una aventura de verdad.

Seguí deslizándome y un instante más tarde también me caí. Viví unos momentos surrealistas a cámara lenta, en los que pude ver el mundo desde la inusual perspectiva del nivel del agua, mientras mi mano intentaba infructuosamente llegar hasta un tronco que apenas quedaba fuera de mi alcance, todo ello en un curioso y burbujeante silencio, antes de que Katz acudiera chapoteando en mi ayuda, me agarrase firmemente de la camisa y me empujara de nuevo a un mundo de luz y sonido, y me pusiera de pie. Tenía una fuerza sorprendente.

—Gracias —resollé.

—No hay de qué.

Vademos lenta y pesadamente el lago hasta la lejana orilla, turnándonos



para ayudarnos si tropezábamos, y chapoteamos hasta la cenagosa ribera del sendero, cubierta de vegetación medio podrida, con las mochilas chorreando enormes cantidades de agua. Nos despojamos de la carga y nos sentamos en el suelo, embarrados y exhaustos, y contemplamos el lago como si nos hubiera gastado una broma pesada. No recordaba haberme sentido tan cansado a una hora tan temprana del día en ninguna otra parte del sendero. Mientras estábamos allí sentados, llegaron voces y dos jóvenes excursionistas, de aspecto *hippie* y en muy buena forma, emergieron del bosque por detrás de nosotros. Nos saludaron con un gesto y se quedaron mirando el lago.

—Me temo que tendréis que vadearlo —dijo Katz.

Uno de los excursionistas lo miró compasivo.

—¿Es la primera vez que venís por aquí? —preguntó.

Asentimos.

—Pues no quiero desanimaros, pero lo de mojarse de verdad empieza ahora.

Y con eso él y su compañero alzaron las mochilas hasta colocárselas en la cabeza y entraron caminando en el agua. Vadearon con destreza el lago en unos treinta segundos (a Katz y a mí nos había llevado otros tantos minutos) y salieron al otro lado como si acabasen de enjuagarse los pies; cargaron de nuevo con las mochilas secas, nos saludaron con la mano y desaparecieron.

Pensativo, Katz inspiró hondo, en un gesto que era en parte suspiro y en parte el acto de alguien que recientemente había recuperado la capacidad de respirar.

—Bryson, no estoy queriendo ser negativo, te juro por Dios que no, pero no estoy seguro de estar hecho para esto. ¿Tú serías capaz de levantar la mochila por encima de la cabeza de esa manera?

—No.

Y con aquella buena disposición, nos cargamos las mochilas a la espalda y, empapados, comenzamos el ascenso al Moxie Bald.

El sendero de los Apalaches es lo más difícil que he hecho jamás, y el tramo de Maine fue el más duro de todo el sendero de los Apalaches, y se debió a un factor que apenas podía calcular. Fue, en parte, el calor. Maine, un estado

por general muy templado, sufría entonces una ola de calor mortal. Bajo el sol achicharrante, el pavimento de granito sin sombras del Moxie Bald irradiaba calor como un horno. Hasta en los bosques el aire era oprimente y pegajoso, como si los árboles y el follaje exhalaran su aliento caliente y vegetativo sobre nosotros. Sudábamos sin remedio, copiosamente, y bebíamos cantidades portentosas de agua, pero sin dejar nunca de tener sed. El agua abundaba en ocasiones, pero a menudo era lo bastante inexistente durante largos tramos como para no estar seguros de cuánto era prudente ingerir para no nos faltara poco después. Y aunque tuviéramos las reservas llenas, nos seguiría faltando por culpa de la cantimplora que Katz había tirado. Por último estaban los insectos, que eran implacables; la turbadora sensación de aislamiento y un terreno inmisericorde.

Katz respondía a todo esto de un modo que no había visto jamás. Mostraba una especie de resolución obstinada, como si la única manera de enfrentarse al problema fuera abrirse paso a través de él y acabarlo cuanto antes.

A la mañana siguiente llegamos muy temprano al primero de varios ríos que debíamos vadear. Se llamaba Bald Mountain Stream. En realidad era un río, ancho, vivaz y salpicado de rocas. Era una auténtica preciosidad (sus aguas transparentes resplandecían al sol de la mañana) pero la corriente parecía fuerte y no había manera de dilucidar desde la orilla cuánta profundidad tendría. Varios ríos de la zona, informaba con despreocupación mi guía: «pueden ser difíciles o peligrosos de cruzar por sus profundas aguas». Decidí no decírselo a Katz.

Nos quitamos los zapatos y calcetines, nos enrollamos las perneras de los pantalones y nos adentramos con cautela en las frías aguas. Las piedras del fondo eran de todas las formas y tamaños (planas, redondeadas, convexas) y un castigo para los pies; las cubría una fina película de lógamo verde y extraordinariamente resbaladizo. No había dado ni tres pasos cuando patiné y caí dolorosamente de culo. Traté de ponerme de pie, pero a media altura resbalé y me caí de nuevo. Traté de volverme a levantar, trastabillé durante uno o dos metros y me desplomé impotente hacia delante, amortiguando la caída con las manos, con lo que acabé a gatas en el agua, como un perro. Al tocar el suelo, la mochila se deslizó hacia delante y las botas, que había atado

al amazón por los cordones, se soltaron en una especie de órbita contenida. Volaron a un lado de la mochila describiendo una bonita y prolongada trayectoria, hicieron un alto en el camino para chocar contra mi cabeza y acabaron en el agua, flotando sobre la corriente. Mientras me ponía en cuclillas, intentando respirar con calma y diciéndome a mí mismo que algún día todo aquello sería solo un recuerdo, dos jóvenes (casi unos clones de los que habíamos encontrado el día anterior) me sobrepasaron confiados, salpicándome con sus zancadas, con las mochilas cargadas sobre la cabeza.

—¿Te has caído? —dijo alegremente uno de ellos.

—No, solo quería ver el agua de cerca.

«Parejita de musculitos de las narices», pensé.

Volví a la ribera, me calcé las botas empapadas y descubrí que era infinitamente más fácil cruzar con ellas puestas. Me proporcionaban suficiente agarre y las rocas no dolían tanto como con los pies descalzos. Crucé con precaución, alarmado por la fuerza de la corriente en el centro (cada vez que levantaba una pierna la corriente trataba de empujarla de vuelta al agua, como si fuese el tablero de una mesa extensible), pero el agua no llegaba a más de 90 centímetros de profundidad, así que alcancé el otro lado sin caerme.

Katz, mientras tanto, había descubierto un modo de atravesarlo saltando de roca en roca, pero se quedó clavado en el borde de un ruidoso rápido en lo que parecían aguas profundas. Allí se quedó, con el ceño fruncido. A mí se me hacía imposible imaginar cómo había acabado allí: aquella roca parecía aislada en medio de una peligrosa extensión de agua que discurría peligrosamente a su alrededor, y era evidente que no sabía qué hacer. Trató de bajar al agua con calma para vadear los diez metros que le quedaban hasta la orilla, y al instante se vio arrastrado como una pluma. Por segunda vez en dos días pensé que se ahogaba (estaba completamente indefenso) pero la corriente lo llevó hasta un banco de guijarros brillantes seis metros más adelante, donde pudo incorporarse sobre las manos y rodillas, caminar a gatas hasta la ribera, y continuar su camino hacia el bosque sin mirar atrás, como si fuese lo más normal del mundo.

Apretamos los dientes y seguimos hacia Monson, a través de un duro camino y de otros muchos ríos, coleccionando rasguños, arañazos y picaduras

de insecto que transformaban nuestras espaldas en mapas en relieve. Al tercer día, ofuscados por el bosque y sucísimos, dimos con una carretera soleada, la primera desde Caratunk, y seguimos sus calurosos meandros hasta llegar a la olvidada aldea de Monson. Cerca del centro del pueblo se erigía una vieja casa revestida de tablillas, en cuyo césped se erguía la silueta de madera de un senderista barbudo sobre la que se había escrito: «Bienvenidos a Shaw's».

Shaw's es la pensión más famosa de todo el sendero, en parte porque es la última oportunidad de descansar cómodamente para cualquiera que vaya a adentrarse en las Cien Millas y la primera para quienes salen de ellas, pero también por ser muy acogedora y mantener precios razonables. Por 28 dólares cada uno teníamos una habitación, cena y desayuno, y uso libre de las duchas, la lavandería y la sala de huéspedes. A cargo de la pensión estaban Keith y Pat Shaw, que habían puesto en marcha su negocio más o menos por casualidad veinte años atrás, cuando Keith trajo a casa a un excursionista hambriento y recién salido del sendero que más tarde hizo correr la voz sobre lo bien que lo habían tratado. Tan solo unas semanas antes, me dijo Keith con orgullo mientras firmábamos en el registro, habían inscrito al excursionista número 20.000.

Teníamos una hora hasta la cena. Katz me pidió prestados cinco dólares, supuse que para un refresco, y desapareció en su habitación. Me di una ducha, puse una lavadora y salí al jardín delantero, donde había un par de tumbonas en las que traté de acoplar mi agotado trasero, fumar una pipa y saborear el placentero discurrir de las últimas horas de la tarde y la agradable expectación ante una merecida cena. De una ventana opaca cercana llegaban los sonidos del chisporrotear de la comida y el estrépito de las sartenes. Olía bien, fuera lo que fuese.

Un minuto más tarde llegó Keith y se sentó conmigo. Era un hombre mayor, ya sesentón. Casi no le quedaban dientes y su cuerpo parecía haber soportado toda clase de duros esfuerzos en su día. Era muy simpático.

—No habrás intentado acariciar al perro, ¿no? —dijo.

—No.

—Ni se te ocurra acariciar al perro. Te lo digo yo: ni se te ocurra. Un senderista lo acarició el año pasado después de decirle que no lo hiciera y le mordió las pelotas.

—¿En serio?

—Tuve que pegarle con el rastrillo al puñetero perro para que lo soltara. Es el perro más malo que he visto en mi vida. Ni te acerques a él, créeme.

—¿Y cómo quedó el excursionista?

—Bueno, no le alegró el día precisamente, ya te lo digo yo. —Se rascó el cuello como si estuviera pensando en afeitarse un día de estos—. Era de los que lo hacen del tirón. Había recorrido todo el camino desde Georgia. Tanto caminar para que luego te muerdan las pelotas.

Y dicho esto se fue a echarle un vistazo a la cena.

La cena se servía en una enorme mesa de comedor cubierta con una generosa cantidad de platos de carne, cuencos de puré de patatas y mazorcas de maíz, una rebosante bandeja de pan y una tarrina de mantequilla. Katz llegó un momento después que yo, con aspecto de recién duchado y muy contento. Lo vi desacostumbrada, casi exageradamente animado, y al pasar intentó hacerme cosquillas, algo que no iba con su carácter.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Mejor que nunca, mi viejo amigo de la montaña, mejor que nunca.

A la mesa se sentaron también otras dos personas, una titubeante pareja joven de aspecto saludable, ambos bronceados, en forma y también muy limpios. Katz y yo les dimos la bienvenida con una sonrisa, y nos lanzamos a por la comida, para devolverla inmediatamente a su sitio cuando nos dimos cuenta de que la pareja estaba murmurando una oración. Creíamos que no iban a acabar nunca. Después, nos lanzamos sobre la cena otra vez.

La comida estaba impresionante. Keith actuaba de camarero e insistía en que comiéramos mucho.

—Si no os lo coméis, se lo comerá el perro —decía.

A mí me parecía fantástico dejar que el perro se muriese de hambre.

La joven pareja venía de Indiana y querían hacer el camino entero. Habían empezado en el Springer el 28 de marzo (al calor de aquella noche de agosto, la fecha me sonaba muy remota y envuelta en nieves) y llevaban caminando sin parar 141 días. Habían recorrido 3.291,9 kilómetros. Aún les quedaban 184,9 por delante.

—Así que estáis a punto de terminar —dije, un poco a lo tonto, solo por entablar conversación.

—Sí —respondió la chica despacio, pronunciándolo casi en dos sílabas, como si no se le hubiese ocurrido a ella antes.

Había cierta serena simpleza en sus modales.

—¿Habéis pensado en abandonarlo en algún momento?

La muchacha se quedó pensando un momento.

—No —respondió sin más.

—¿En serio? —Me parecía increíble—. ¿No habéis pensado nunca: «Señor, esto es demasiado. No sé si quiero pasar por todo esto?».

Se quedó pensando otra vez, como si el pánico la invadiera. No cabía duda de que nada de aquello le había pasado por la cabeza.

Su compañero acudió al rescate.

—Sufrimos un par de momentos de duda en las primeras fases —comentó—. Pero confiamos en nuestro Señor y Su voluntad prevaleció.

—Alabado sea —susurró la chica, de forma casi inaudible.

—Ah —respondí, y tomé nota de que debía cerrar la puerta con llave cuando fuese a dormir.

—¡Y Dios bendiga a Alá por el puré de patatas! —dijo Katz, eufórico, y agarró el bol por tercera vez.

Después de la cena, Katz y yo nos acercamos a un supermercado situado calle arriba para comprar suministros para la ruta, que iniciaríamos por la mañana. Se le notaba raro en la sección de alimentación (estaba alegre, pero distraído y poco atento). Teníamos que abastecernos para diez días en la naturaleza, un asunto bastante serio, pero Katz parecía incapaz de concentrarse y deambulaba escogiendo cosas tan poco apropiadas como salsa de chile o un abrelatas.

—Oye, ¿por qué no nos llevamos un paquete de seis cervezas? —dijo de repente, con tono festivo.

—Vamos, Stephen, un poco de seriedad —le repliqué.

Yo estaba mirando los quesos.

—Hablo en serio.

—¿Prefieres cheddar o colby?

—Lo que sea.

Fue paseando hasta el refrigerador de bebidas y volvió con un *pack* de

seis cervezas Budweiser.

—Mira, birra. Birra. A ver, a ver, a ver... A-virr-a-virr-a-virr... ¡Birra!

Y me dio un codazo en las costillas para subrayar el chiste. Me aparté sobresaltado por el codazo, que me había pillado desprevenido.

—Venga, Stephen, deja de hacer el capullo.

Estaba ya en la sección de los chocolates y los pastelitos, y trataba de averiguar qué podría durarnos diez días sin convertirse en un mejunje pringoso ni acabar hecho una bolsita de migas.

—¿Quieres Snickers o prefieres probar algo diferente? —pregunté.

—Quiero Budweiser —dijo sonriendo.

A continuación, viendo que aquello me había pasado inadvertido, adoptó un repentino y solemne tono de seriedad.

—Por favor, Bryson, ¿me prestas...? —Miró el precio con atención—. Cuatro dólares y setenta y nueve céntimos. Estoy pelado.

—Stephen, no sé qué te ha dado. Vuelve a poner la cerveza en su sitio. Además, ¿qué ha pasado con los cinco dólares que te di?

—Me los he gastado.

—¿En qué?

Y entonces caí en la cuenta.

—Ya has estado bebiendo, ¿verdad?

—No —dijo con firmeza, como si negara una afirmación ridícula y posiblemente difamatoria.

Pero estaba borracho, o medio borracho, al menos.

—Sí que lo has hecho —continué, asombrado.

Suspiró y puso los ojos ligeramente en blanco.

—Un par de latas de birra. Ya ves...

—Has bebido. —Yo estaba consternado—. ¿Cuándo empezaste a beber otra vez?

—En Des Moines. Solo un poco. Ya sabes, un par de cervezas después de trabajar. Nada preocupante.

—Stephen, sabes que no puedes beber.

No quería oír eso. Parecía un niño de catorce años al que le acababan de mandar que ordenase su habitación.

—No necesito un sermón, Bryson.

—No pienso comprarte cerveza —afirmé, tajante.

Sonrió como si yo estuviera siendo inexplicablemente mojigato.

—Solo un *pack* de seis, venga.

—¡No!

Estaba furioso, fuera de mí, más furioso de lo que nunca había estado por nada en años. No podía creer que Katz estuviera bebiendo de nuevo. Parecía una traición profunda y estúpida contra él, contra mí, contra todo lo que estábamos haciendo.

Katz aún sonreía a medias, pero ya no a causa de sus emociones.

—¿Así que no vas a comprarme un par de cervecillas de nada después de todo lo que he hecho por ti?

Esto era un golpe bajo.

—No.

—Pues que te jodan —espetó, y se giró y salió a la calle.





## 20

En fin, como cabe imaginar, aquello enturbió un poco las cosas. No volvimos a mencionar el asunto, que se quedó en el aire. Durante el desayuno nos dimos los buenos días, como era más o menos normal, pero no hablamos después. Más adelante, mientras esperábamos a que llegara la camioneta de Keith para llevarnos al inicio del sendero, como nos había prometido, guardamos un incómodo silencio, como dos adversarios en un pleito de lindes mientras esperan a que les llamen a comparecer ante el juez.

Cuando nos apeamos en los límites del bosque, una señal indicaba que nos hallábamos al inicio de las Cien Millas de Bosque Cerrado de Maine. En ella, una larga y sobria advertencia anunciaba que lo que se extendía a continuación no era como otros tramos del sendero, y que no se debía acceder a él si uno no contaba con comida para al menos diez días y una forma física excelente.

Aquello dotaba al bosque de un aura ominosa y ligeramente inhóspita. Desde luego, era muy diferente a otros bosques situados más al sur: más oscuro y sombrío, con unos tonos más cercanos al negro que al verde. Los árboles también eran diferentes (había más coníferas a niveles bajos y muchos más abedules) y el sotobosque estaba salpicado de rocas negras y redondas que, como si fueran animales durmientes, conferían a los claros un cierto aire fantasmagórico. Cuando Walt Disney decidió realizar *Bambi*, envió a sus dibujantes a inspirarse en los bosques de Maine, pero este no era, claro estaba, el típico bosque de Disney, repleto de claros espaciosos y criaturas adorables. Era un bosque con reminiscencias de *El Mago de Oz*, en el que los árboles tienen caras feas e intenciones malignas y el visitante se la juega a cada paso; un bosque en el que acechan los osos, cuelgan las

serpientes y habitan lobos de ojos rojos como punteros láser. De inmediato comprendí por qué el finolis de Henry David Thoreau, se cagó de miedo aquí.

Como de costumbre, el sendero estaba bien definido, aunque descuidado en algunas zonas en las que los helechos y otras plantas rastreras casi se tocaban en la mitad del camino. Puesto que solo un diez por ciento de los que intentan completar el sendero llegan hasta este punto, y dado que es demasiado recóndito para que los excursionistas de día accedan a él, el sendero se estrecha en Maine. Más que ningún otro factor, es el terreno lo que da forma la ruta. Sobre el papel, la topografía del sendero a lo largo de los 30 kilómetros que van desde Monson al monte Barren parecía poco exigente, pues se mantiene constante a unos cuatrocientos metros de altitud, con apenas un par de subidas y bajadas pronunciadas. Fue infernal.

En media hora habíamos llegado a una pared de roca, la primera de muchas. Debía de medir unos 120 metros de alto. El sendero trepaba por la superficie, aprovechando una pequeña hendidura similar a la del hueco de un ascensor. Era todo lo perpendicular que puede llegar a ser una pendiente sin ser una pared de escalada. Con ritmo lento y laborioso comenzamos a recorrer el camino entre las rocas, utilizando tanto las manos como los pies. El calor era bochornoso y casi insoportable. Me di cuenta de que tenía que parar cada diez o veinte metros para respirar y limpiarme el sudor de los ojos. Estaba nadando en calor, buceando en él, me envolvía por completo. Creo que nunca había pasado tanto calor ni sudado tanto. Me bebí tres cuartos de una cantimplora de agua durante la subida y utilicé gran parte del resto para humedecer un pañuelo con el que intenté refrescarme la cabeza, que no paraba de palpar. Me sentía muy débil, al borde de un golpe de calor. Empecé a descansar con más frecuencia y por períodos más largos, con la intención de enfriarme un poco, pero cada vez que emprendía de nuevo la marcha me invadía una nueva ola de calor. Nunca me había costado tanto esfuerzo ni tanto cansancio superar un obstáculo de los Apalaches, y este era tan solo el primero de una larga serie.

La cima de la pendiente nos obsequió con un larguísimo tramo de granito desnudo. Era como caminar sobre el lomo de una ballena. Desde cada cima el panorama era sensacional, ya que, hasta donde alcanzaba la vista, todo lo que se veía eran frondosos bosques verdes, lagos azules y sinuosas montañas.

Muchos de los lagos eran inmensos, tan grandes como el Windermere<sup>[11]</sup>, si no más, y lo más probable es que en casi ninguno nadie hubiese llegado siquiera a probar la temperatura del agua con la punta del pie. La sensación cautivadora de haber penetrado en un rincón secreto de la tierra nos embargaba, pero era imposible entretenerse bajo aquel sol devastador.

Al otro lado tuvimos que hacer frente a un difícil e inesperado descenso por un precipicio, y luego dar un breve paseo a través de un valle oscuro y sin agua que terminaba a los pies de otra pared de roca. Así pasamos el día, escalando pendientes monumentales, con la esperanza de encontrar agua de camino a la siguiente cima como mayor incentivo. Katz se quedó pronto sin agua. Le ofrecí un poco de la mía y la aceptó agradecido, al tiempo que con la mirada me ofrecía una tregua. Pero aún quedaba cierto malestar entre nosotros, una triste sensación de que todo había cambiado y no volvería a ser igual.

La culpa, sin duda, era mía. Yo insistía, sin consultarle, en caminar mayores distancias y durante más tiempo de las que teníamos por costumbre, castigándolo así sin disimulo por haber roto el equilibrio que existía entre nosotros, y Katz soportaba aquella carga en silencio, como si cumpliera así con su deber. Recorrimos 22 kilómetros, una distancia más que considerable dadas las circunstancias, y podríamos haber avanzado aún más, pero a las seis y media llegamos a un amplio vado, llamado Wilder Brook, y nos detuvimos. Estábamos demasiado cansados para cruzarlo (es decir, yo estaba demasiado cansado) y era una tontería mojarse tan cerca de la puesta de sol. Acampamos y compartimos nuestras frugales raciones con una cortesía un tanto forzada. Aunque no hubiéramos estado disgustados, apenas habríamos hablado. Estábamos demasiado cansados. Había sido un día muy largo, el más duro de todo el viaje, y sobre nosotros pendía como una amenaza la certeza de que aún faltaban otros 137 kilómetros para llegar a la tienda para campistas de Abol Bridge, y 160 kilómetros largos hasta la dura subida al Katahdin.

Y ni siquiera allí parecía que pudiésemos encontrar algo de confort. El Katahdin se encuentra en el parque estatal de Baxter, que se enorgullece de su devoción por la austeridad y las privaciones. No hay restaurantes ni albergues, ni tiendas de regalos, ni puestos de hamburguesas. Ni siquiera tiene carreteras asfaltadas. El propio parque está en mitad de la nada, a dos

días a pie de Millinocket, la ciudad más cercana. Podían pasar diez u once días hasta que comiéramos en condiciones o durmiéramos en una cama. Nos quedaba un largo camino por delante.

Por la mañana cruzamos el vado sin decir una palabra (algo que se nos daba cada vez mejor) y empezamos el largo y lento ascenso a lo más alto de la cadena de Barren Chairback: 22 kilómetros de cumbres irregulares que deberíamos cruzar antes de descender a un tramo más tranquilo en el valle del río Pleasant. El mapa solo mostraba tres lagos de montaña situados fuera del sendero, todos ellos restos de glaciares. No indicaba la presencia de agua en ninguna otra parte. Puesto que entre los dos solo teníamos capacidad para almacenar menos de cuatro litros de agua y el sol ya calentaba, el largo recorrido entre los lagos donde podríamos abastecernos de agua prometía ser, como mínimo, incómodo.

El monte Barren supuso un esfuerzo extenuante, abrasador en su totalidad y empinado en su mayor parte. A pesar de ello, parecía que nuestras fuerzas iban en aumento. Incluso Katz avanzaba con relativa agilidad. Hacía bochorno. Nos llevó casi toda la mañana recorrer los siete kilómetros de ascenso. Llegué a la cima un poco antes que Katz. La cumbre era de granito y el sol que lo azotaba lo había recalentado. Sin embargo, soplaba una brizna de aire, la primera en días, y encontré un rincón a la sombra bajo una torre de vigilancia abandonada. Era la primera vez en lo que me parecían semanas que me sentaba en alguna parte con relativa comodidad. Me incliné hacia atrás. Me pareció que podría echarme a dormir un mes entero. Katz llegó diez minutos más tarde, resoplando, pero contento por haber alcanzado la cima. Se sentó en un peñasco junto a mí. Me quedaban dos dedos de agua, así que le pasé la cantimplora. Le echó un sorbo discreto y me la ofreció de vuelta.

—No te cortes —contesté—. Estarás sediento.

—Gracias.

Dio otro sorbo, este menos discreto, y bajó la cantimplora. Permaneció sentado un minuto, después sacó una barra de Snickers, la partió en dos y me ofreció una de las mitades. Era un gesto extraño, en cierto modo, puesto que yo ya tenía Snickers para mí y él lo sabía, pero era lo único que podía ofrecerme.

—Gracias —le dije.

Dio un mordisco a la barra y masticó durante un minuto.

—Una pareja de novios está hablando —dijo sin venir a cuento—. La novia le dice a él: «Jimmy, ¿cómo deletrearías “pedofilia”?». El novio la mira sorprendido y le responde: «Caray, cielo, esa es una palabra demasiado complicada para una niña de ocho años».

Me reí.

—Siento lo de la otra noche —se disculpó Katz.

—Yo también.

—Me puse un poco... no sé.

—Ya lo sé.

—A veces es muy duro para mí —continuó—. De verdad que lo intento, Bryson, pero...

Paró un momento y encogió los hombros, dejando ver su impotencia.

—Hay como una especie de hueco en mi vida donde antes estaba la bebida.

Se había puesto a contemplar las vistas, la habitual infinidad verde de bosques y lagos. Había algo en sus ojos, una mirada como de estar completamente absorto, que me hizo pensar que ya había terminado, pero continuó:

—Cuando volví a Des Moines después de lo de Virginia encontré un trabajo en una constructora, haciendo casas. Al final de la jornada los compañeros se iban al bar de la calle de enfrente. Siempre me invitaban, pero yo respondía: «No, chicos, me he reformado». —Levantó las manos y adoptó una voz profunda y seria—. Entonces, me iba a mi apartamento, me calentaba una cena precocinada y me sentía íntegro, como se supone que tenía que ser. Sin embargo, cuando uno hace eso una noche detrás de otra es difícil convencerse a sí mismo de que su existencia es plena y emocionante. Quiero decir que si tuvieras un divertómetro, la aguja no marcaría la zona orgásmica solo porque tienes una cena precocinada para ti solo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Me miró y me vio asentir.

—Un día, al salir del trabajo, me invitaron por enésima vez y pensé: «Qué demonios. No hay ninguna ley que me prohíba entrar en una taberna como todo el mundo». Así que fui y me tomé una Coca-Cola *light*. Y no pasó nada.

No sé, salir por ahí está bien, pero ya sabes lo bien que sienta una cerveza al final de una larga jornada. Y había un imbécil llamado Dwayne que no paraba de insistir: «Venga, pide una cerveza. Sabes que la quieres. Una cañita no te hará daño. No has bebido nada en tres años. Puedes hacerlo».

Me miró de nuevo.

—¿Entiendes?

Asentí.

—Me pilló en el momento más vulnerable —dijo Katz con una sonrisa irónica y dura—. Me quería tomar un respiro, ya me entiendes. Juro por Dios que no me tomé más de tres seguidas. Ya sé lo que vas a decir, créeme, ya me lo ha dicho todo el mundo. Sé que no puedo beber. Sé que no puedo tomarme un par de cañas como una persona normal, que pronto la cifra irá subiendo poco a poco hasta que haya perdido el control. Eso ya lo sé, pero...

Se calló de nuevo y sacudió la cabeza.

—Pero me encanta beber. No puedo evitarlo. Me encanta, Bryson. Me encanta el sabor, me encanta el atontamiento que te entra cuando llevas un par de copas, el olor y el ambiente de los bares. Me gustan las historias sucias de los bares, el sonido de las bolas de billar chocando unas con otras a mi alrededor y esa especie de resplandor apagado y azulado que tienen los bares por la noche.

Por un minuto se quedó quieto, inmerso en el recuerdo de todo el alcohol consumido en una vida.

—Y no puedo volver a eso, ya lo sé.

Respiraba con fuerza por la nariz.

—Simplemente... es que a veces, veo que lo único que tengo por delante son platos y platos de comida precocinada, bailando a mi alrededor como en un dibujo animado. ¿Has comido platos precocinados alguna vez?

—No desde hace años.

—Pues son asquerosos, en serio. Y, no sé, es un poco duro... —Su voz se apagaba—. En realidad es muy duro.

Me miró, a punto de emocionarse, con una expresión franca y humilde.

—Me vuelve un poco gilipollas a veces —dijo con calma, pero con sinceridad.

—Te vuelve algo más que un gilipollas —le sonreí.

—Ya imagino —gruñó entre risas.

Me incliné hacia él y le di una palmada en el hombro, una estúpida muestra de afecto. La recibió con un atisbo de aprecio.

—¿Y sabes cuál es la mayor putada de todo el asunto? —dijo de repente, intentando recuperar la compostura—. Que ahora mismo mataría por una cena precocinada. En serio.

Nos echamos a reír.

—Una bandeja de plástico con sus filetes de pavo y su compartimento para la salsa. Ñam ñam. Te dejaría aquí plantado solo para oler eso.

Se frotó el rabillo de un ojo.

—Joder... —murmuró, y se fue a echar una meada por el borde del precipicio.

Lo observé mientras se alejaba, con su aspecto de viejo cansado, y durante un minuto me pregunté qué narices estábamos haciendo ahí arriba. Ya no éramos unos chavales.

Examiné el mapa. Casi nos habíamos quedado sin agua, pero faltaba poco más de un kilómetro para llegar al lago de Cloud Pond, donde podríamos reabastecernos. Nos repartimos el último dedo que quedaba y le comenté a Katz que me adelantaría hacia el lago, filtraría el agua y esperaría allí a que llegara.

Fue un simple paseo de veinte minutos a lo largo de la ladera cubierta de hierba. Cloud Pond estaba al fondo de un camino inclinado, poco menos de medio kilómetro del sendero. Dejé la mochila apoyada en una roca en el margen del camino, y bajé con el filtro y las cantimploras hacia la orilla del estanque, donde las rellené.

Tardé quizás unos veinte minutos en bajar, rellenar las tres botellas y recorrer el camino de vuelta, por lo que cuando volví al sendero habrían transcurrido unos cuarenta minutos desde que había visto a Katz por última vez. Aunque se hubiera detenido en la cima de la montaña, e incluso teniendo en cuenta que caminaba a una velocidad moderada, ya tendría que haber llegado. Además, era un trayecto sencillo y sabía que tenía sed, por lo que era extraño que no hubiese acelerado el paso. Lo esperé quince minutos, luego otros veinte, luego otros veinticinco, hasta que al fin decidí soltar la mochila y volver en su búsqueda. Había pasado una hora larga desde que lo había



visto al alcanzar la cima y no estaba allí. Me quedé quieto, perplejo ante el rincón en el que nos habíamos sentado juntos por última vez. Sus cosas no estaban allí. Era obvio que se había ido, pero si no estaba en el monte Barren, ni en Cloud Pond ni en ningún otro lugar entremedias, ¿dónde estaba? La única explicación plausible era que se hubiera dado la vuelta hacia el otro lado, lo cual era impensable. Katz nunca, jamás, me habría abandonado sin darme explicación alguna. También cabía la posibilidad de que se hubiera despeñado por la ladera. Esa era una idea absurda, ya que la ladera no era nada peligrosa ni suponía el más mínimo reto, pero nunca se sabe. John Connolly nos había hablado unas semanas antes de un amigo suyo que se había desmayado a causa del calor y había rodado hacia abajo un par de metros desde un sendero llano bastante seguro; allí había permanecido durante horas, sin ser descubierto, y el sol abrasador se había cebado en él hasta matarlo lentamente de calor. Durante todo el trayecto de vuelta a la salida de Cloud Pond examiné con cuidado los matorrales y los límites del sendero por si había alguna señal de alteración en el terreno, y a intervalos me asomaba al borde de la cornisa, temiendo cada vez ver a Katz tumbado sobre alguna roca, desmadejado. Lo llamé en varias ocasiones, pero no oí nada, excepto el eco de mi propia voz.

Para cuando llegué al cruce habían transcurrido casi dos horas desde que lo había visto por última vez. La situación era preocupante y cada vez más inexplicable. La única posibilidad que quedaba era que hubiese llegado a la salida y continuado el camino mientras yo filtraba agua en el lago, pero me parecía muy poco probable. Junto al camino sobresalía una señal con una flecha que decía: Cloud Pond, y era imposible no ver mi mochila con claridad junto al sendero. E incluso si todo aquello le había pasado inadvertido, sabía que Cloud Pond estaba a tan solo a kilómetro y medio del monte Barren. Cuando llevas tanto tiempo como nosotros en el sendero de los Apalaches, eres capaz de medir los kilómetros con bastante precisión. No habría llegado demasiado lejos antes de percatarse de su error y volver. No tenía ningún sentido.

Todo lo que sabía era que Katz estaba solo en el bosque, sin agua, sin mapa, sin una idea clara del terreno que se extendía a sus pies, probablemente sin la menor idea de qué se había hecho de mí, y con una falta preocupante de

sentido común. Si había alguien en el mundo capaz de decidir, al perderse en los Apalaches, que abandonaría el sendero y buscaría un atajo, ese era Katz. Empecé a inquietarme MUCHO. Dejé una nota en la mochila y bajé por el sendero. Poco menos de un kilómetro después, este descendía abruptamente, casi en perpendicular, hasta un valle anónimo y profundo unos doscientos metros más abajo. Sin duda, en este punto tendría que haberse dado cuenta ya de que se había equivocado. Yo le había dicho que Cloud Pond era llano.

Llamándolo de vez en cuando, continué despacio bajando por la ladera del precipicio. Me temía lo peor al llegar al fondo, ya que en esa pendiente era muy fácil perder pie, sobre todo si se lleva con torpeza una mochila grande y la cabeza llena de preocupaciones, pero no encontré rastro de él. Seguí el sendero que atravesaba el valle otros tres kilómetros y subí a lo más alto de un promontorio llamado Fourth Mountain. Desde allí podía verse hasta muy lejos en todas direcciones. La naturaleza nunca me pareció tan inmensa como entonces. Grité su nombre muchas veces, con rabia, y no recibí respuesta alguna.

Para entonces ya estaba cayendo la tarde. Katz llevaba al menos cuatro horas sin agua. No tenía ni idea de cuánto podría sobrevivir una persona sin agua bajo ese calor, pero sabía por experiencia que no se puede caminar más de media hora sin experimentar un malestar considerable. Me angustié al pensar que podría haber visto otro lago, ya que había media docena para elegir dispersos por el valle, seiscientos metros más abajo. En su confusión, quizás había pensado que el que buscaba era uno de ellos y había intentado llegar hasta él campo a través. E incluso sin estar confundido, podría haber intentado alcanzar uno de aquellos lagos, movido por la sed. Se veían frescos, atractivos, maravillosos. El más cercano estaba a apenas tres kilómetros de distancia, pero no había ningún sendero que condujera hasta él y había que descender por una peligrosa pendiente a través de bosque muy cerrado. Una vez en el bosque y carente de orientación, era muy fácil perder el rumbo y pasar de largo, del mismo modo que podía uno estar a cincuenta metros del agua sin darse cuenta, como nos había sucedido en Pleasant Pond unos días antes. Y una vez perdido en aquel bosque inmenso estabas muerto. Así de simple. Nadie podía salvarte. Ningún helicóptero podría avistar a nadie bajo el manto de los árboles. Ningún equipo de rescate sería capaz de encontrarte.

Sospechaba incluso que ninguno lo intentaría. Allí abajo seguramente había osos. Osos que posiblemente no habían visto jamás un humano. Todas las posibilidades me encogían el corazón.

Recorrí el sendero de vuelta a la salida de Cloud Pond, deseando como pocas veces he deseado algo que estuviera sentado en la mochila, y que me diera alguna explicación graciosa y no contemplada por mí hasta entonces: que nos habíamos estado esquivando el uno al otro, como en una comedia de enredo: él esperándome desconcertado junto a la mochila y luego yéndose a buscarme mientras yo llegaba un minuto más tarde y me ponía a esperar perplejo antes de salir corriendo de nuevo... Pero sabía que no estaría allí, y así fue. Ya anochece cuando regresé. Escribí una nueva nota y la dejé bajo una roca en mitad del sendero, por si acaso. Me eché la mochila a la espalda y bajé hasta el estanque, donde había un refugio.

Lo irónico es que aquella era la zona de acampada más hermosa que había vivido a lo largo de todo el camino, y fue la única en la que acampé sin Katz. Cloud Pond consistía en unos cuantos centenares de exquisitas hectáreas de aguas serenas, rodeadas por un bosque de coníferas oscuras. Los picos de los árboles se erguían como siluetas negras recortadas contra el cielo azul pálido del atardecer. El refugio (que tenía para mi exclusivo disfrute) se encontraba en una zona llana a treinta o cuarenta metros del camino de vuelta del lago, en una ligera elevación. Estaba prácticamente nuevo, inmaculado. Cerca había un retrete. Era casi perfecto. Tiré mis pertenencias sobre la plataforma de madera y bajé hasta la orilla para filtrar agua y así no tener que hacerlo por la mañana. Me quedé en calzoncillos y me sumergí unos centímetros en el agua para lavarme con un pañuelo. De haber estado allí Katz, seguramente me habría puesto a nadar. Intenté no pensar en él, y desde luego no imaginarlo perdido y desorientado. Después de todo, yo no podía hacer nada más.

En vez de eso, me senté en una roca y contemplé la puesta de sol. La belleza del lago era desgarradora. Los rayos alargados del sol del atardecer otorgaban al agua un brillo dorado. En la superficie nadaban dos colimbos, como si estuvieran dando un paseo después de cenar. Los observé durante un largo rato, y pensé en algo que había visto en un documental de la BBC hacía unos años.

Según el documental, los colimbos no son animales sociales. Sin embargo, a finales de verano, justo antes de emprender el vuelo de vuelta al Atlántico Norte, donde pasan el invierno zambulléndose en olas embravecidas, celebran una serie de reuniones. Una docena o más de colimbos procedentes de todos los lagos vecinos vuelan para reunirse, y todos nadan juntos durante un par de horas sin motivo aparente, excepto el de estar juntos. El anfitrión conduce a sus invitados por un orgulloso, aunque discreto, recorrido por su territorio. Primero los lleva, digamos, a su cala favorita; después, quizá les muestre un tronco caído de aspecto interesante, y luego un grupo de nenúfares. Parece que les diga: «Aquí es donde suelo pescar por la mañana, y aquí es donde tenemos pensado mudar el nido el año que viene». Los demás colimbos lo siguen con diligencia y cortesía. Nadie sabe por qué hacen esto (aunque también es verdad que nadie sabe qué empuja a un ser humano a querer mostrar a otro las reformas en su cuarto de baño), ni cómo convocan la reunión, pero todos aparecen cada noche en el lago correcto y en el momento adecuado, como si hubiesen recibido una tarjeta que dijera: «¡Vamos a dar una fiesta!». Me parece maravilloso. Supongo que lo habría disfrutado más si no siguiera pensando en Katz avanzando entre trompicones y jadeos en busca de un lago a la luz de la luna.

Por cierto, los colimbos están desapareciendo de todas partes porque sus lagos se mueren a causa de la lluvia ácida.

Por supuesto, pasé toda la noche alterado y me levanté antes de las cinco para volver al camino con la primera luz del día. Continué hacia el norte en la dirección en la que imaginaba que habría ido Katz, pero agobiado ante la idea de que me estaba adentrando cada vez más en las Cien Millas. Quizá no era la mejor dirección si él estaba en algún lugar cercano y en problemas. A esto se añadía cierto desasosiego por encontrarme solo en medio de ninguna parte, desasosiego que se intensificó cuando di un traspié, debido a las prisas, en mi descenso hasta el valle anónimo y profundo, y estuve a punto de despeñarme quince metros ladera abajo antes de rebotar en el fondo. Esperaba estar haciendo lo correcto.

Incluso si el terreno hubiera sido llano tardaría tres días, cuatro, quizás, en llegar a Abol Bridge y el campamento. Para cuando hubiese alertado a las

autoridades, Katz llevaría extraviado cuatro o cinco días. Por otro lado, si daba la vuelta y deshacía el camino andado, podría llegar a Monson a la tarde siguiente. Lo que de verdad necesitaba era encontrar a alguien que viniese en mi dirección y que pudiera decirme si había visto a Katz, pero en el sendero no había nadie. Miré el reloj. Pues claro que no había nadie; acababan de dar las seis de la mañana. Había un refugio en Chairback Gap, diez kilómetros más adelante. Podía llegar a él hacia las ocho, y con suerte habría alguien. Eché a andar con más cuidado y agobiado por la incertidumbre.

Volví a subir al Fourth Mountain (mucho más agotador con la mochila a cuestas) y salí a otro valle boscoso. A siete kilómetros de Cloud Pond llegué a un arroyo tan pequeño que no merecía ese nombre. Era más bien una corriente de barro húmedo. Allí, ensartado en una rama colocada a posta junto al sendero, vi un paquete vacío de cigarrillos Old Gold. Katz no fumaba, pero siempre llevaba encima un paquete de Old Gold. En el barro, junto a un tronco caído, había tres colillas. Era obvio que había estado esperando allí. Así pues, estaba vivo y no había abandonado el sendero. Me sentí muchísimo mejor. Al menos, iba en la dirección adecuada. Mientras él permaneciera en el sendero, acabaría alcanzándolo en algún momento.

Lo encontré cuatro horas después de haber empezado la marcha, sentado en una roca junto a la salida a West Chairback Pond, con la cabeza inclinada al sol, como si estuviera concentrado en broncearse. Tenía arañazos y manchas de barro por todas partes, además de estar empapado hasta arriba, pero aparte de eso estaba bien. Por supuesto, se mostró encantado de verme.

—Bryson, viejo montañero. Dichosos los ojos. ¿Dónde te habías metido?

—Eso me estaba preguntando yo.

—¿Es posible que me pasara del lago?

Asentí.

—Me di cuenta, claro —asintió él a su vez—. En cuanto llegué al fondo de aquel precipicio tan grande pensé que no podía ser por ahí.

—¿Por qué no te diste la vuelta?

—No lo sé. Se me metió en la cabeza que tú habrías continuado el camino. Tenía mucha sed. Creo que a lo mejor estaba algo confundido, aturdido, como quien dice. Tenía muchísima sed.

—¿Entonces qué hiciste?

—Bueno, seguí adelante y seguí pensando que tarde o temprano me encontraría con agua, y al final me encontré con una corriente de barro.

—¿Dónde dejaste el paquete de cigarrillos?

—¿Lo viste? Qué orgulloso estoy. En fin, empapé el pañuelo con un poco de agua, porque recordaba que Fess Parker había hecho eso una vez en *El Show de Davy Crockett*.

—Eso es tener iniciativa.

Aceptó el cumplido con un gesto de asentimiento.

—Así estuve como una hora, luego te esperé durante otra hora más y me fumé un par de pitillos. Entonces empezó a oscurecer, así que monté la tienda, me comí un Slim Jim y me fui a la cama. Por la mañana recogí un poco más de agua con el pañuelo y llegué hasta aquí. Hay un lago muy bonito ahí abajo y pensé que llegarías en algún momento. Ya imaginaba que no me habías abandonado aposta, pero cuando caminas siempre estás en las nubes, y era fácil imaginarte recorriendo todo el camino hasta el Katahdin sin darte cuenta de que no iba contigo.

Adoptó entonces un acento pedante.

—¡Oh!, diría que estas vistas son un de-lei-te, ¿verdad, Stephen? ¿Stephen? ¿Stephen? Pero ¿se puede saber dónde diantres se ha metido?

Me echó una mirada cómplice.

—Me alegro mucho de verte.

—¿Cómo te has hecho esos arañazos?

Se miró el brazo, que estaba repleto de marcas de sangre seca.

—Ah, no es nada.

—¿Qué quieres decir con «nada»? Parece que hayas estado jugando con un bisturí.

—Bueno, es que no quería asustarte, pero también me perdí un poco.

—¿Qué?

—Bueno, desde que te perdí y antes de llegar al riachuelo de barro, traté de llegar a un lago que había visto desde la montaña.

—Ay, Stephen, no me digas eso.

—Me moría de sed, y no parecía estar muy lejos. Así que bajé hasta el bosque. No fue muy buena idea, ¿verdad?

—No.

—Pues no. Me di cuenta enseguida porque no había recorrido ni medio kilómetro y ya me había perdido, pero perdido del todo. Es muy extraño, porque uno piensa que solo tiene que ir colina abajo en dirección al agua y volver por el mismo camino, y eso no debería ser muy difícil si se presta atención. El problema, Bryson, es que no hay nada a lo que prestar atención. Solo hay un bosque enorme, así que en cuanto me percaté de que no tenía ni la más mínima idea de dónde estaba pensé: «Vale, me he perdido yendo hacia abajo, así que ahora iré hacia arriba». Pero de repente me topé con un montón de subidas y un montón de bajadas. Estaba completamente confundido. Así que subí y subí hasta que era evidente que me había alejado mucho del lugar del que había venido. Entonces pensé: «A ver, Stephen, pedazo de tarugo», porque a decir verdad estaba enfadado conmigo mismo en aquel momento. Me dije: «Tienes que haberte pasado, imbécil», así que volví por un camino que bajaba, pero aquello tampoco funcionó, así que lo intenté por un lateral y... bueno, ya te lo imaginas.

—Nunca hay que dejar el sendero, Stephen.

—Anda, mira, eso sí que es un consejo oportuno, Bryson. Muchas gracias. Es como decirle a alguien que se ha matado en un accidente que conduzca con cuidado.

—Perdona.

—No pasa nada. Creo que aún estoy un poco agitado. Pensaba que la había cagado. Perdido, sin agua, y tú tenías todas las galletas de chocolate.

—¿Y cómo volviste al sendero?

—Eso fue un milagro, te lo juro por Dios. Justo cuando estaba a punto de tirarme en el suelo y abandonarme a los lobos y los lince, levanté la vista y vi algo blanco que brillaba en un árbol. Miré hacia abajo y estaba en el sendero. De hecho estaba junto al riachuelo de barro. Me senté y me fumé tres cigarrillos seguidos, solo para calmarme, y entonces pensé: «Mierda, a que Bryson ha venido por aquí mientras yo deambulaba perdido por el bosque y ya no va a volver porque ya ha explorado esta parte del sendero...». Empezaba a preocuparme por no volver a verte nunca más. Me alegré un montón cuando te vi llegar. Si te digo la verdad, nunca me he alegrado tanto de ver a una persona en toda mi vida, y eso incluye a unas cuantas mujeres desnudas.

Había algo en su mirada.

—¿Quieres volver a casa? —le pregunté.

Se quedó pensativo un segundo.

—Sí, claro que sí.

—Yo también.

Así que decidimos salir de aquel sendero interminable y dejar de fingir que éramos montañeros.

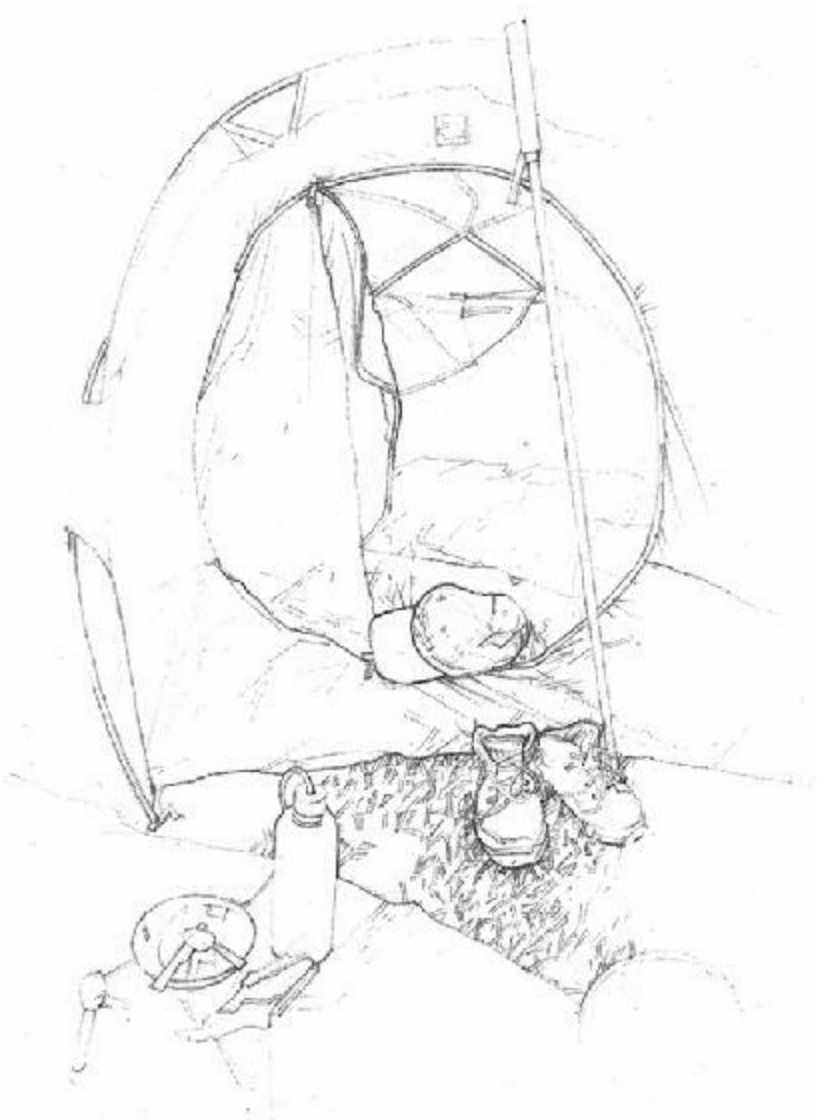
A los pies del monte Chairback, a seis kilómetros de allí, discurría una pista de tierra de una explotación maderera. No sabíamos adónde se dirigía, pero tenía que llevar a alguna parte. En el borde del mapa, en dirección sur, una flecha apuntaba a los altos hornos del Katahdin, las instalaciones de una improbable fábrica del siglo XIX construida en mitad del bosque, que ahora es un monumento histórico estatal. Según mi guía del sendero, en los altos hornos había aparcamiento público, así que tendría que haber una carretera de salida. Nos abastecimos de agua en un arroyo que discurría al pie de la montaña y emprendimos la marcha por la pista forestal. No llevábamos más de tres o cuatro minutos de camino cuando oímos un ruido a lo lejos. Al girarnos, nos topamos con una nube de polvo que acudía a nuestro encuentro, precedida por una vieja camioneta que se movía a gran velocidad. A medida que se acercaba, levanté el pulgar de forma instintiva. Para mi asombro, se paró a unos quince metros de donde estábamos.

Corrimos hacia la ventanilla del conductor. Había dos tipos en la cabina. Ambos llevaban casco de obra y venían sucios de trabajar. Leñadores, sin duda.

—¿Adónde vais? —preguntó el que conducía.

—A donde sea —contesté—. A donde sea lejos de aquí.





## 21

Así que no vimos el Katahdin. Ni siquiera vimos los altos hornos del Katahdin, excepto como un fugaz borrón al pasar junto a ellos a unos ciento diez kilómetros por hora, en el trayecto más agitado y temerario que espero sufrir jamás subido a la caja de carga de una camioneta lanzada por una pista de tierra.

Teníamos que agarrarnos con todas nuestras fuerzas a los bordes de la caja trasera, levantando los pies para permitir que las motosierras y otros aparatos mortíferos bailasen de un lado a otro mientras el conductor nos propulsaba a través de aquel bosque con despreocupado placer. Tomaba los baches con tal fuerza que salíamos volando tres o cuatro palmos por el aire cada vez, y entraba en las curvas de cualquier manera, como si no las esperase siquiera. En consecuencia, nos apeamos en la pequeña comunidad de Milo, a treinta kilómetros más al sur, con las piernas temblorosas y asimilando la rapidez con la que habían cambiado nuestras circunstancias. Hacía un momento nos encontrábamos en plena naturaleza salvaje, a dos días a pie como mínimo de la civilización, y ahora estábamos delante de una estación de servicio a las afueras de un pueblecito remoto. Tras contemplar cómo se alejaba la camioneta tomamos nuestras pertenencias.

—¿Quieres una Coca-Cola? —le dije a Katz. Había una máquina expendedora junto a la puerta de la gasolinera.

Miró hacia la máquina.

—No —dijo—. Quizá más tarde.

No era propio de Katz no sucumbir con ansia desbordante a los refrescos y la comida basura si se le presentaba la oportunidad, pero creo que sabía lo que le pasaba. Salir del sendero y verse catapultado a un mundo de

comodidades y opciones sin fin descoloca siempre, pero aquella vez era distinto: era algo permanente. Íbamos a colgar las botas de montaña. De ahora en adelante siempre tendríamos refrescos a mano, camas mullidas y duchas, y todo lo que quisiéramos. Ya no había prisa. No era una urgencia en ese momento. Curiosamente aquella idea nos refrenaba.

En Milo no había moteles, pero nos dirigieron a una pensión llamada Bishop's Boarding-house. Era un caserón viejo pintado de blanco en una espléndida calle repleta de caserones viejos, de esos cuyos garajes, originalmente, habían sido cocheras provistas de habitaciones para el servicio en el piso de arriba.

La propietaria, Joan Bishop, nos recibió con una amabilidad calurosa y desbordante. Era una mujer risueña de pelo blanco con un marcado acento de la zona. Acudió a la puerta limpiándose las manos llenas de harina en el delantal y sin el más mínimo recelo nos arrastró a nosotros y a nuestras mochilas mugrientas al immaculado interior de la casa.

La casa olía por completo a masa de hojaldre recién horneada, tomates de huerto y ese aire auténtico que no ha sido modificado por ventiladores ni aparatos de aire acondicionado, propio de un verano de otra época. Insistió en llamarnos «chicos», y se comportaba como si llevara días o incluso años esperándonos.

—¡Cielo santo! ¿Os habéis visto? —exclamó asombrada, pero complacida—. Parecéis dos osos recién salidos de una pelea.

Imagino que seríamos dignos de ver. Katz estaba literalmente cubierto de sangre a consecuencia de su agitada aventura en el bosque y el cansancio se nos reflejaba en el cuerpo, incluso en los ojos.

—Subid, daos una buena ducha y luego bajad, chicos, que tendré una buena jarra de té helado preparada para vosotros. ¿O preferís una limonada? Da igual, haré las dos cosas. ¡Vamos, arriba!

Se fue corriendo.

—Gracias, mamá —murmuramos perplejos y agradecidos al unísono.

Katz se había transformado al instante, tanto que quizá se sentía demasiado como en su casa. Yo estaba sacando con desgana algunos objetos de mi mochila cuando se plantó en mi habitación sin llamar y cerró apresuradamente la puerta, con cara de desconcierto. Una toalla, envuelta de

forma no muy adecuada alrededor de su cintura, era lo único que protegía su voluminoso pudor.

—Una viejecita... —dijo, atónito.

—¿Cómo?

—He visto a una viejecita en el pasillo.

—Es una pensión, Stephen.

—Sí, no había pensado en eso —respondió.

Miró de reojo por la rendija de la puerta y desapareció sin dar explicaciones.

Después de ducharnos y cambiarnos, nos unimos a la señora Bishop en el porche cubierto, donde nos apoltronamos satisfechos en unas tumbonas viejas y grandes, estirando las piernas como es habitual cuando uno está cansado y hace calor. Me habría gustado que la señora Bishop nos contara que no hacía otra cosa que alojar a senderistas que habían sido vencidos por las Cien Millas, pero resultamos ser los primeros de los que tenía noticia.

—Leí el otro día en el periódico que un hombre de Portland hizo la excursión del Katahdin para celebrar su septuagésimo octavo cumpleaños —comentó en tono familiar.

Aquello, como podéis imaginar, me hizo sentir muchísimo mejor.

—Espero estar listo para intentarlo de nuevo entonces —contestó Katz, a la vez que deslizaba el dedo sobre un rasguño de su antebrazo.

—Aquí seguirá cuando estéis preparados, chicos —dijo ella. Y tenía razón, claro.

Cenamos en un popular restaurante del pueblo y después, puesto que la noche era cálida y acogedora, fuimos a dar un paseo. Milo era un agradable pueblecito perdido, carente por completo de comercios, alejado de todas partes y sin apenas vida, pero curiosamente atractivo. Quizá nos lo pareció porque se trataba de nuestra última noche lejos de casa.

—¿Te sientes mal por haber abandonado el sendero? —pregunto Katz, después de un rato.

—No lo sé —respondí—. Sí y no, supongo. ¿Y tú?

—Sí y no —asintió.

Siguió caminando unos minutos, inmerso en sus pequeños pensamientos.

—De todos modos, lo conseguimos —dijo por fin, elevando la vista. Se

percató de mi expresión de asombro.

—Quiero decir que hemos recorrido Maine.

—Stephen, tío. Ni siquiera hemos visto el monte Katahdin.

Descartó mi objeción por irrelevante.

—Otra montaña. ¿Cuántas más necesitas ver, Bryson?

—Bueno —esboqué una pequeña sonrisa—. Esa es otra manera de verlo.

—Es la única manera de verlo —continuó Katz con seriedad—. Por lo que a mí respecta, he recorrido el sendero de los Apalaches. Lo he recorrido con nieve y con calor, por el norte y por el sur. Lo he recorrido hasta que me han sangrado los pies. He recorrido el sendero de los Apalaches, Bryson.

—Nos hemos perdido muchas partes de él.

—Minucias —refunfuñó.

Encogí los hombros. No me sentía descontento.

—A lo mejor tienes razón.

—Pues claro que la tengo —espetó, como si lo contrario no fuese algo habitual.

Para entonces ya habíamos alcanzado las afueras del pueblo; nos encontrábamos junto a la pequeña gasolinera en la que aquellos leñadores nos habían dejado. Aún estaba abierta.

—¿Te apetece un refresco de vainilla? —se le ocurrió preguntar—. Invito yo.

Lo observé con un profundo interés.

—No tienes dinero.

—Ya lo sé. La pagaré con el tuyo.

Me reí y le entregué un billete de cinco dólares de la cartera.

—Hoy echan *Expediente X* —añadió muy, pero que muy entusiasmado, y se precipitó al interior de la tienda.

Mientras le veía alejarse, me preguntaba cómo lo hacía para acordarse siempre de eso.

Y así, me temo, es como acabó aquella historia para Katz y para mí, con un paquete de seis latas de refresco de vainilla en Milo (Maine).

Yo continué haciendo senderismo de vez en cuando, con objetivos más modestos, durante el resto del verano y el invierno. A principios de

noviembre, cuando ya soplaba el viento y la temporada había terminado, me senté por fin a la mesa de la cocina con mi diario y una calculadora para comprobar los kilómetros que había recorrido. Repasé las cifras dos veces, y entonces levanté la vista con una expresión no muy diferente a aquella que Katz y yo habíamos compartido meses atrás, en Gatlinburg, cuando nos dimos cuenta de que nunca íbamos a recorrer el sendero de los Apalaches.

Había recorrido 1.400 kilómetros. Considerablemente menos de la mitad, una distancia no mucho mayor de un tercio. Tanto esfuerzo, sudor y suciedad, tantos días interminables arrastrándonos, tantas noches durmiendo sobre lechos duros... Todo eso sumaba solo un 39,5 por ciento del sendero. No quiero saber cómo puede alguien llegar a recorrerlo entero. Admira profundamente a quienes lo consiguen. Y además, perdonad pero 1.400 siguen siendo muchos kilómetros.

Stephen Katz volvió a Des Moines, a llevar una vida dedicada a la sobriedad. Me llama de vez en cuando y me habla de venir algún día a intentar de nuevo las Cien Millas, aunque no creo que lo haga nunca.

No voy a decir que la experiencia cambió nuestras vidas, y no puedo hablar por Katz, pero yo, desde luego, les tengo un mayor aprecio y respeto a los bosques y la naturaleza, y al colosal tamaño de Estados Unidos. Perdí mucho peso, y durante un tiempo estuve en una forma envidiable.

Y lo mejor de todo: ahora, cuando veo una montaña, la observo lenta, pausadamente, con ojos entrecerrados y tallados en puro granito.

# Notas

[1] *Neither Here nor There* es uno de los primeros libros escritos por el autor. Hasta la fecha no ha sido publicado en español. Stephen Katz, con todo, es un personaje destacado de *Aventuras y desventuras del Chico Centella*, publicado por RBA. (N. del t.) <<



[2] Virgil Starkweather es el nombre del personaje interpretado por Woody Allen en *Toma el dinero y corre*, un documental ficticio sobre la carrera criminal de un delincuente bastante incompetente. (N. del t.) <<

[3] La Wilderness Society es una organización sin ánimo de lucro que tiene por objetivo la protección de los espacios naturales en EE.UU. (*N. del t.*) <<

[4] La película se estrenó en España como *Defensa*. La novela ha sido publicada en español con los títulos de *Liberación* (Destino, 1987) y *Deliverance* (Random House, 1994). (N. del t.) <<

[5] *Slutz*, coloquialmente, significa «guarra» en inglés. (*N. del t.*) <<

[6] *The Lost Continent: Travels in Small-Town America*, aún no publicado en España. (N. del t.) <<

[7] Literalmente, «vías del parque». (*N. del t.*) <<

[8] *Meadow* significa «prado» en inglés. (N. del t.) <<

[9] El pico más alto de las Islas Británicas, con 1.344 metros. (*N. del t.*) <<



[10] El pico más alto de Gales (1.085 metros). (*N. del t.*) <<

[11] El lago natural más grande de Inglaterra. (*N. del t.*) <<